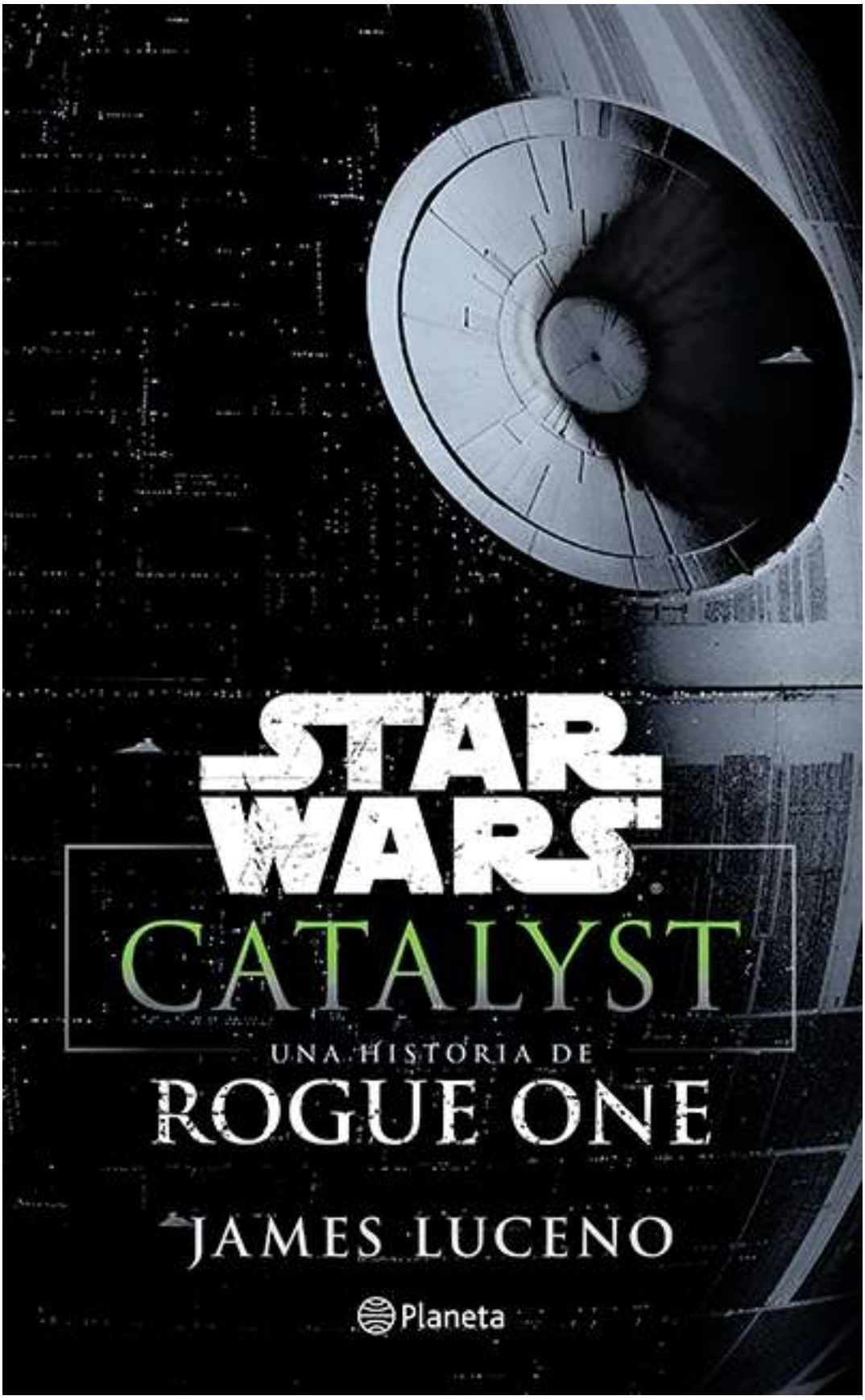
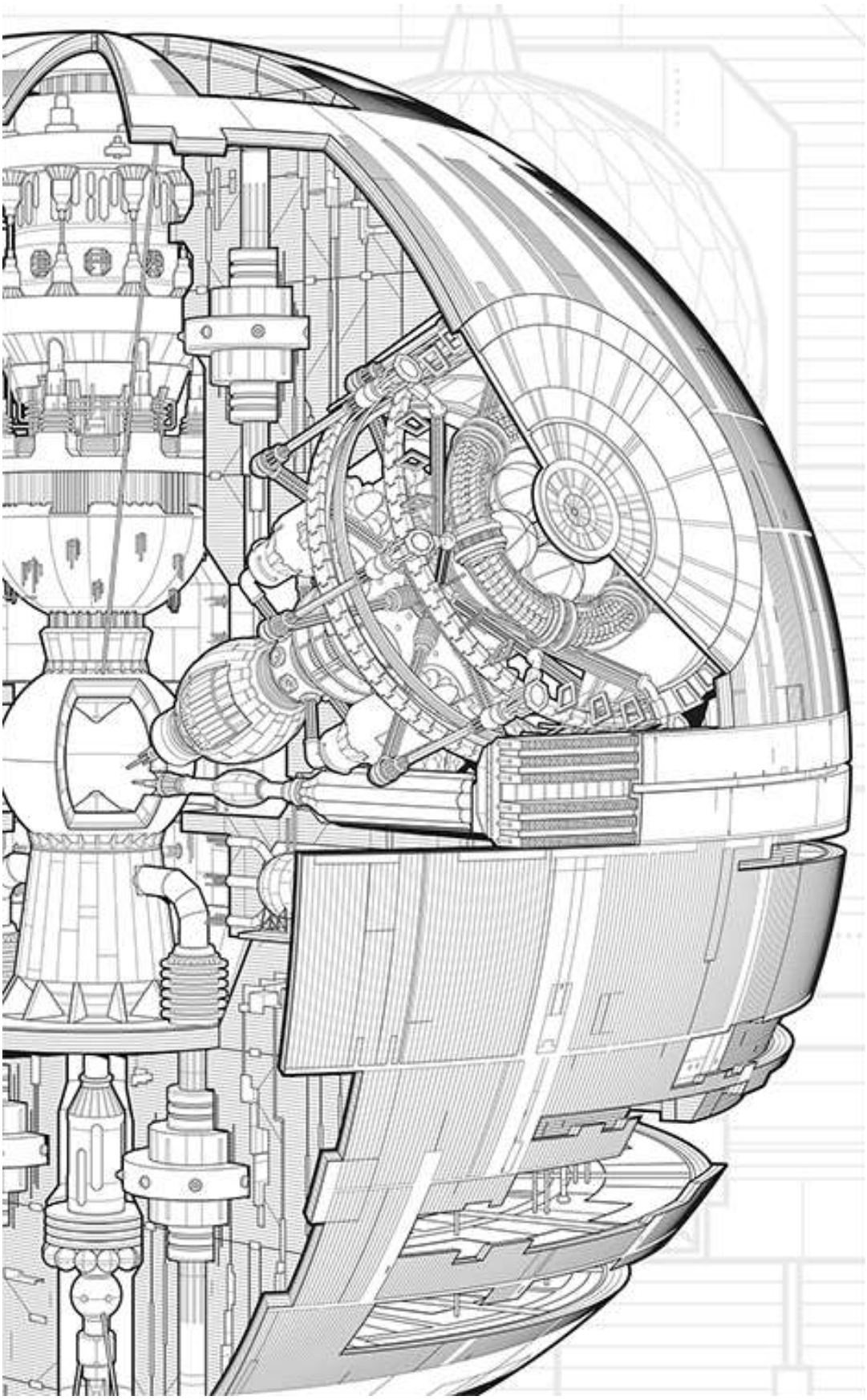

STAR WARS
CATALYST
UNA HISTORIA DE
ROGUE ONE
JAMES LUCENO
Planeta

El fin de las guerras de los clones está cerca; pero, más allá del horizonte de esperanza, la estrella más oscura está naciendo.



Catalyst

Una historia de Rogue One

James Luceno

NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Catalyst: A Rogue One Novel*

Autor: James Luceno

Arte de portada: Nombre del ilustrador

Traducción: Emma Alejandra Velázquez Rodríguez

Publicación del original: noviembre 2016

de 21 a 17 años antes de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

22.03.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para Udi Saly y Liz Conover, «corazones de fogata».
Que la Fuerza las acompañe infinitamente.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

Las Guerras de los Clones retumban por toda la galaxia desde hace varios años. Incontables mundos han sido arrastrados al conflicto entre la República Galáctica y el Ejército Separatista liderado por un terrible Lord Sith, el Conde Dooku: El terror se apresa de la República cuando llegan rumores de que los separatistas están a punto de terminar un arma de devastación masiva. En respuesta, el Canciller Supremo Palpatine le comisiona a un grupo secreto, de investigadores la tarea de perfeccionar la mejor estación de combate que la República haya tenido jamás:

La Estrella de la Muerte.

PARTE UNO

LA VIDA EN TIEMPOS DE GUERRA

1

PRESIÓN

—¿QUÉ PASARÍA SI…?

Fue lo único que logró decir Galen Erso antes de quedarse absorto en sí mismo, dando pasos en silencio, alejándose del campo de datos alfanuméricos sobre el holoproyector. Su fragmento de pregunta parecía flotar en el aire, igual que los números. Sus compañeros de trabajo también se quedaron en suspenso y dejaron lo que estaban haciendo para mirarlo en espera del segundo pedazo de la oración. Nurboo rompió el silencio espeso y embarazoso:

—¿Se te ocurrió algo nuevo, Galen? ¿Deberíamos retrasar el examen para ver?

Galen no lo escuchó o no le importó responder. Estuvo inerte durante un momento, con la mirada desenfocada, fija en todo y en nada. Luego volvió a dar pasos sin dirección, musitando números y cálculos para sí mismo.

Un valltii sacudió la cabeza grande e hirsuta.

—Nop. Lo perdimos.

Desde el otro lado del cuarto, se escuchó la voz grave de Tambo.

—Cállate, ¿no ves que está pensando?

La pose de Galen indicaba justo eso. Tenía la cabeza baja, los ojos y labios entreabiertos, y los brazos cruzados en el pecho, como si estuviera abrazando algo con fuerza. La nueva idea, quizá.

Galen medía más de 1.80, de hombros anchos y cuerpo atlético, a pesar de haber pasado la mayoría de sus treinta y tantos años inmerso en profunda contemplación y reflexión, donde su único ejercicio era mover la pluma para escribir partes de todo ese pensamiento en un pedazo de lo que tuviera a la mano. Su pelo rebelde enmarcaba su cara con hebras gruesas que lo hacían verse elegante de día y peligroso de noche.

Lyra se puso de pie y caminó tranquilamente hacia él.

—¿Qué pasaría si qué? —le preguntó con paciencia, para que quisiera responderle.

Todos en el cuarto de control pensaron que era buena señal que Galen se llevara la mano a los labios y los tocara con la punta de sus dedos en lugar de contestar.

—Ya casi lo tiene —dijo Lyra. Le encantaba cuando Galen se metía tan profundamente en sus pensamientos que desaparecía del mundo; se perdía en su propio hiperespacio, a donde nadie podía seguirlo.

Lyra era sólo unos centímetros menos alta que él. Tenía la frente alta y el pelo castaño rojizo en capas hasta los hombros. Sus cejas eran arqueadas y su boca estaba ligeramente curveada hacia abajo, lo cual le daba un aspecto sombrío que no correspondía con su forma de ser. Se casó con Galen en Coruscant hace casi cinco años. Ella y su esposo eran igual de atractivos físicamente, con cuerpo atlético, cincelado por décadas de exploración de decenas de planetas remotos. Aunque traía puesto un suéter

enorme y pantalones holgados, ni siquiera se veía mal cuando decidió rematar con un gorro de estambre local, de esos que tienen orejitas.

Eran los únicos humanos del grupo de investigación. Estaban muy alejados del Núcleo y aún más del conflicto que recién había explotado entre la República y la Confederación de Sistemas Independientes, los famosos separatistas. Los seis valltii robustos con los que habían vivido durante cuatro meses estándar tenían caras redondas y grandes, y bocas hechas para masticar carne. Debajo de sus parches lustrosos de pelo facial, su piel era tan azul como el hielo glacial que cubría medio planeta. Galen y Lyra conversaban con ellos usando lo básico del idioma galáctico común y el idioma indígena, que era gutural y estaba lleno de palabras largas y complicadas que confundían a los humanos. Lyra tenía buen oído para imitar, a ella le iba un poco mejor que a Galen con la comunicación.

Ella estuvo a punto de interrumpirlo de nuevo, cuando de repente él parpadeó como si recordara quién era y dónde estaba, y volcó su atención al campo de datos.

Lyra sonrió discretamente al darse cuenta de que había vuelto en sí.

Galen se acercó al campo para revisar las ecuaciones diferenciales de arriba a abajo, como si lograra ver algo detrás de él, o escrito en sus bordes, que oscilaban débilmente.

—Assis. —Se dirigió al holoproyector.

—¿Sí, Doctor Erso?

—Cambia el coeficiente a cinco en la línea cuatro y recalcula.

El asistente de investigación TDK-160, un droide reconfigurable con piernas delgadas de aleación, cumplió la instrucción y envió los resultados a la holomesa.

Todo mundo puso atención absoluta en el campo donde los cocientes, coeficientes y derivadas comenzaban a cambiar.

El cuarto de control estaba diseñado para albergar tecnología, no seres humanos. Estaba tapizado de máquinas vibrantes, no tenía ventanas y siempre hacía más frío del que debía. Se calentaba por medio de tubos en el techo, pero su única calidez provenía de la gente que lo había hecho su hogar en meses de investigación y experimentos. A nadie le importaba que hubiera cajas a medio desempacar en cada esquina, contenedores de comida vacíos sobre el escritorio de Nurboo o montones de dispositivos de respaldo apilados por todas partes. El espacio estaba saturado y daba un poco de claustrofobia, pero aun así era más acogedor que cualquier lugar de afuera.

Lo único que había en las paredes era entradas deslizables; esto permitía tolerar el frío. Había una puerta trasera para acceder a una rampa, que daba a un laberinto de corredores que conectaban partes dispersas de las instalaciones. Algunos eran más anchos para que cupieran speeders compactos de servicio. Fuera de eso, por todos lados había computadoras, analizadores, pizarrones de organización, estaciones de comm y hasta un transceptor HoloNet rudimentario para comunicaciones extraplanetarias.

A Lyra no le encantaba el lugar, pero ya había hecho amistad con los colegas de Galen; por ahora estaba bien tenerlo de hogar.

La mayoría de las instalaciones de ignición estaban justo debajo de ellos, aunque muy lejos. Ahí, la mezcla forzada de ciertos gases generaba el calor intenso que los mantenía tibios. También había un reactor de ion-plasma sobrecalentado y bobinas superconductoras para enfriarlo, además de autoclaves hidrotermales para generar cristales sintéticos enormes. Tan sólo la planta de fusión podría darle energía a todo el continente norte de Vallt, y quizás algún día lo haría, pero por ahora ese no era su propósito. Su meta presente era generar explosiones de fuerza pura que pudiera ser cosechada, almacenada en condensadores y repartida sustentablemente a planetas de bajos recursos. Financiar este lugar y su maquinaria había salido carísimo, incluso con créditos de la preguerra, por lo que Industrias Zerpen, con oficinas en un sistema autónomo del Borde Exterior, seguía esperando los frutos de su inversión.

—No se resuelve la ecuación… —dijo Nurboo al ver que el campo de datos parpadeaba como loco de confusión.

Una vez más, Galen instruyó al droide.

—Assis, regresa un paso.

Todos los símbolos e integrales originales regresaron al campo. Galen los estudió durante lo que se sintió como muchísimo tiempo.

—¿Eso que veo es una sonrisa? —preguntó Tambo—. Lyra, ¿está sonriendo?

En lugar de pedírselo a Assis, Galen se inclinó hacia el campo y movió cosas de aquí para allá con las manos, como si fuera director de orquesta. Cuando acabó de transformar y estabilizar el campo, el equipo se reunió alrededor de la holomesa para analizar los resultados finales.

—Qué chulada de número —dijo uno de los valltii.

—Muy elegante solución —pronunció otro.

—¿Hacemos la prueba ahora?

Los seis se dirigieron hacia sus instrumentos y mesas de trabajo, intercambiando sugerencias y comentarios con un nuevo entusiasmo por seguir trabajando.

—La esfera está en su lugar —reportó Easel, refiriéndose al cristal sintético.

Galen fijó la mirada en el monitor central de la pantalla.

Nurboo se aclaró la garganta antes de decir:

—Secuencia de prueba iniciada.

La iluminación del cuarto de control bajó de intensidad brevemente por el jalón de energía y presión que el cristal enorme debía soportar. Habían modelado la gema sintética hacía sólo dos meses; era una réplica de un cristal kyber real que a Zerpen le había costado muchísimo trabajo y dinero conseguir. Los llamados «cristales vivientes» eran relativamente escasos, casi exclusivamente propiedad de los jedi, quienes los consideraban prácticamente sacrosantos. Sus sables de luz funcionaban con uno solo del tamaño de un dedo; se dice que los más grandes se usaban para decorar las fachadas de sus templos remotos.

—Los resultados arrojan un efecto piezoeléctrico punto tres más alto que el anterior —dijo Nurboo.

Los investigadores vieron a Galen negar con la cabeza.

—¿No? —dijo Tambo.

—El incremento debería ser mucho mayor —Galen apretó los labios, pero no culpó a nada en particular aún. Primero debía descifrar qué había salido mal.

—El apilamiento de unidades celulares del sintético no es lo suficientemente estable. Tenemos que hacer una autopsia espectrográfica y empezar de cero. Quién sabe si todo el lote de esferas esté mal.

No era nada que no hubieran hecho ya mil veces, pero aun así, un aire de decepción conjunta se mezcló con el aire frío.

Galen regresó a su pose de pensar.

—Podríamos aplicar más presión —sugirió Easel de la manera más amable—. Quizá regresar el cristal a la cámara de vapor e intentar con un dopante nuevo.

Galen vio alrededor con mirada distraída, dubitativo. Abrió la boca para responder, pero una notificación sonó en la estación comm del cuarto de control.

—Puerta principal —dijo uno de los valltii.

Lyra rodó su silla hacia el equipo comm y observó el monitor. Durante la noche, había caído un metro de nieve muy fina y el viento la hacía volar en espirales. Los calentadores de superficie que normalmente mantenían libre el acceso principal habían fallado; ahora, con cada soplido la nieve se apilaba más y más en la puerta, desde la reja hasta la entrada frontal. Lyra esperaba ver un trineo de provisiones conducido por un taqwa (la palabra *taqwa* significaba «el que corre sobre la nieve», aunque la aproximación no le hacía justicia a la ferocidad innata del cuadrúpedo), pero en lugar de eso, el monitor enmarcaba un transporte dilapidado de tropas militares.

—Este transporte proviene del Torreón —dijo Nurboo por encima de su hombro.

—La Legión del Guante de Hierro —añadió Easel—. Se distingue por el camuflaje de sus uniformes.

Lyra frunció el ceño con incertidumbre. Ver el vehículo militar de pronto la llenó de aprensión.

—¿Qué querrán los soldados a esta hora?

—¿Pedirnos otra vez que le demos energía a su base?

Nurboo intentó aligerar la situación:

—Y yo que esperaba que fuera un repartidor de comida…

Galen se unió a ellos en la estación de comm.

—Cualquiera que sea la razón, seremos amables y hospitalarios como siempre.

—Ya qué —contestó Tambo.

—Yo me encargo —Lyra resopló, resignada. Justo cuando se levantaba, Nurboo se interpuso en su camino.

—No harás absolutamente nada. Has estado demasiado tiempo de pie.

—Tienes que descansar, no descansas lo suficiente —concordó un segundo valltii.

Lyra alternaba la mirada de uno al otro, con una sonrisa tolerante en los labios.

—Ni se quiten las batas, chicos, sólo voy a bajar para abrirles.

—Alguien irá de tu parte —insistió Nurboo.

—Qué, ¿soy más delicada que tus figuritas de hielo?

—Y más preciosa, también.

La sonrisa de Lyra se amplió.

—Qué lindo eres, Nurboo, pero ya tengo una mamá y por suerte no está aquí. Lo último que voy a permitir es que todos hagan su mayor esfuerzo para tenerme prisione…

Una segunda notificación en la interfaz del comm la interrumpió. La cara del guardia principal de la reja apareció en la pantalla central.

—¿Qué quieren los soldados, Rooni? —preguntó Lyra hacia el micrófono.

Rooni dijo algo que ella no logró escuchar, y se volteó hacia Nurboo y los otros:

—¡Cállense, no estamos en un gallinero!

En cuanto hubo silencio en la habitación, regresó al micrófono.

—Repítelo, por favor, Rooni.

—El Rey Chai está muerto —dijo el valltii—. Phara gobierna el Torreón.

—Marshal Phara no tenía suficiente apoyo militar como para destronar al Rey Chai —dijo Nurboo, con gesto de preocupación—. Debe haber un error.

—A menos que la hayan apoyado los separatistas —dijo Tambo.

—¿Los separatistas? —Nurboo intentó hallarle sentido a la situación—. ¿Por qué el Conde Dooku querría meterse en los asuntos internos de Vallt?

Por un momento, nadie habló. Luego Easel miró a Nurboo, y luego a Tambo y a Galen.

—Por Galen —dijo Easel—. Los separatistas quieren su investigación. Seguramente Phara les prometió entregárselos en custodia.

Los ojos de Nurboo se abrieron asombrados y la punta de sus bigotes se erizó.

—Es la única explicación —le dijo a Galen—. Dooku necesita tu cerebrote.

Galen apretó los labios ansioso. Cerca de Lyra, le dijo al oído:

—La guerra nos alcanzó.

Lyra sintió la verdad presionarle el pecho: la burbuja de protección que creyeron tener explotó dentro de ella. Ni siquiera recordaba la última vez que había estado aterrada, no tanto por ella ni por Galen, sino por la incertidumbre del futuro que se había imaginado.

—Rooni, ¿es verdad? ¿Los soldados vinieron por Galen? —dijo al micrófono.

La cabeza peluda de Rooni asintió lentamente.

—Marshal Phara se apropió de todas las empresas extraplanetarias. A partir de hoy, estas instalaciones son propiedad de Vallt.

—Zerpen protestará, seguramente —dijo Galen.

—Puede ser —concedió Rooni—. Pero tú y Lyra tienen que irse ya mismo y dejar que Zerpen se arregle con Phara.

—Hazle caso a Rooni —sugirió Nurboo—. Phara no habría enviado tropas si no fuera en serio.

Galen miró a los valltii por un momento, pensó en las opciones y negó con la cabeza.

—¿Irnos cómo, exactamente?

—Por los túneles —dijo Easel—. Si se van de inmediato, tendrán tiempo justo para llegar a su nave y despegar.

Galen miró la habitación entera, consternado, sin asimilar que debía dejar todo esto atrás, todos los meses de investigación que le tomó tan sólo empezar… ¿cómo se atrevía Phara a quitarle esto? ¿Qué no sabía lo que arriesgaban Vallt y muchos otros mundos si interrumpía su labor?

—¡Galen! ¡Están perdiendo el tiempo, muévanse ya! —Nurboo se levantó para enfatizar la prisa.

Galen asintió a regañadientes y se dirigió al droide:

—Assis, tú vienes con nosotros.

—No esperaba menos, Doctor Erso —contestó el droide.

Nurboo los dirigió hacia la rampa de acceso del cuarto de control, casi empujándolos.

—¡Apúrense! Nosotros retrasamos a los soldados lo más que podamos, confíen en nosotros.

—Con qué, ¿sus lápices de datos? Casi me dan ganas de quedarme a ver. —Lyra sonrió con ternura.

—Somos tan aptos para pelear como los soldados, Lyra. —La cara de Nurboo delató que le había avergonzado la broma inocente.

Galen se puso serio.

—No permitan que los traten mal. Me quieren a mí, no a ustedes, no lo olviden.

—El transporte ha pasado la reja —dijo Easel desde la interfaz del comm.

Lyra recorrió el cuarto de prisa para abrazar a todos de despedida.

—De verdad que no voy a extrañar el olor a circuitos fritos y comida rancia —dijo cuando llegó a donde estaba Nurboo.

—Promete que nos veremos por el comm —respondió—. Queremos ver muchas, muchas holoimágenes.

—Vamos a resolver esto —dijo Galen, intentando sonar optimista—. Todavía no se libran de nosotros.

—Sí, pues… —Nurboo contestó, casi corriéndolos del cuarto—. Lo hablamos cuando estén del otro lado del «dizque» satélite patético de Vallt.

Un speeder compacto se balanceaba en la base de la rampa. El aire se sentía mucho más frío, y el estrépito de la maquinaria bajo tierra hacía eco en las paredes de piedra. El túnel principal se extendía desde las instalaciones hasta el hangar de naves; sus docenas de bifurcaciones llevaban a edificios remotos del exterior y a varias centrales eléctricas subsidiarias.

Las piernas de Assis se alargaron y se deslizó con destreza hacia el asiento frontal del speeder. Galen y Lyra se treparon al asiento doble de atrás, y el droide se contrajo para acoplarse a los controles.

—Písale, Assis —dijo Galen—. Tenemos una nave que tomar.

Assis giró la cabeza hacia él.

—Por favor, agárrese, doctor.

El speeder se impulsó tan de golpe que Galen y Lyra quedaron adheridos al respaldo del asiento. Cruzaron semicírculos de luz como si fueran umbrales que iluminaban partes del túnel, uno tras otro. Pero ni siquiera habían llegado a la primera bifurcación, cuando el droide frenó el vehículo en seco.

—¿Qué pasa, Assis? —preguntó Lyra.

La cabeza del droide rotó.

—Hay actividad más adelante, en el túnel principal y en la bifurcación de la central eléctrica. Son más de veinte valltii, todos a pie.

—Nos descubrieron —dijo Galen en voz baja. No sonaba sorprendido. Revisó el túnel con la mirada y encontró una escotilla en la pared—. Assis, ¿dónde estamos, precisamente?

—Debajo de la sala de equipamiento de la estación sur.

Galen miró fijamente a su esposa, como pidiéndole que no se alarmara por lo que iba a decir:

—Tenemos que seguir por la superficie.

Lyra levantó las cejas con incredulidad.

—Es broma, ¿verdad? No vamos a avanzar ni medio kilómetro en esa nieve.

—Assis nos va a llevar —dijo Galen, y puso la mano sobre el hombro caído del droide TDK, que tembló como humano y se negó.

—Me temo que sólo los retrasaría más, Doctor Erso.

—¡El módulo de rodada doble…! —Lyra asintió, lo recordó de repente.

—Sólo esperemos que todo siga donde lo dejamos —dijo Galen, y le apretó firmemente la mano para animarla y reconfortarla.

Salieron del speeder y los tres corrieron hacia la escotilla. Detrás de esta había unas escaleras cortas de metal que daban a la sala de equipamiento de la estación sur. Lyra sabía justo dónde encontrar los abrigos, guantes, botas y esquís de madera; en cuanto los tuvo, comenzó a aventarle ropa a Galen. Assis, tan versátil como siempre, contrajo sus extremidades y se acopló sobre un par de orugas de tracción, adaptadas para rodar sobre la nieve. Galen se abotonó un abrigo largo de capucha revestida con piel y fijó sus cuerdas a unas proyecciones del cuerpo del droide, que ahora era como un pequeño tanque cuadrado.

Lyra levantó la puerta; el golpe de frío los silenció un momento. Las ráfagas de viento levantaban espirales heladas de nieve, y ellos estaban en medio.

—Vamos poco a poquito —dijo Galen, y abrochó sus botas en los esquís.

Lyra le disparó una mirada.

—Ay, no, ¿tú también me vas a condescender? ¿Quién fue el que se partió la rodilla en esa cuesta de Chandrila?

—Bueno, ya, perdóname por preocuparme —dijo Galen, sintiéndose reprendido.

Terminó de ponerse bien los guantes y se acercó a él. Cuando lo tuvo de frente, le puso los brazos sobre los hombros, lo jaló hacia ella con la mano en su nuca y le plantó un beso firme en los labios.

—Preocúpate todo lo que quieras, amor. Es sólo otra aventura, ¿no? —Lyra se relajó un poco.

—Es más bien otro experimento.

—Te amo. —Lo besó de nuevo.

Lyra se colocó la capucha y cerró el cuello de su chamarra. Assis comprimió la nieve recién caída con sus orugas, las cuerdas se tensaron y pronto el trío iba a toda velocidad, imprimiendo huellas en el piso sin árboles, hacia el puerto de acoplamiento que estaba a cuatro kilómetros. A pesar de la hora, el satélite de Vallt se veía de un azul lúgubre, encaramado por lo bajo del horizonte, su lugar acostumbrado a esas alturas del año en estas latitudes norteñas. Las capas de nieve debajo de la más reciente estaban comprimidas y, para no resbalarse con el hielo, se mantuvieron cerca de las pequeñas zanjas que dejaban las huellas de Assis.

En cuanto dejaron atrás las luces de las instalaciones, la primera ronda de proyectiles pasó tan rápido que los oídos les zumbaron. Galen echó un vistazo sobre su hombro; vio dos grupos de jinetes valltii pisándoles los talones. Un ligero cambio en la dirección del viento arrastró consigo el ruido terrible de pezuñas taqwa partiendo la nieve con furia.

—¡Assis, tenemos que llegar al hangar antes que ellos! —gritó Galen.

—No es que no quiera llegar antes, doctor, es que me están disparando.

De pronto, Galen se dio cuenta de que no le disparaban a él porque su «cerebrote» era demasiado valioso como para dañar el empaque.

El droide aceleró; Galen y Lyra compactaron sus cuerpos lo más posible para ir más rápido. La velocidad y el aire helado hacían que sus ojos se llenaran de lágrimas que sólo duraban medio segundo en sus mejillas. Los jinetes valltii dispararon sus rifles antiguos y no se detuvieron, aunque se iban quedando atrás. Para cuando divisaron la bahía de acoplamiento, ya estaban fuera del alcance de sus enemigos, pero no lo suficiente como para disuadirlos de la persecución. Al ver la cercanía del módulo, Assis hizo todo lo que pudo para acortar la brecha lo más rápido posible. En cuestión de segundos, tenían casi encima el domo del hangar, con el logo sinuoso de Zerpen estampado a la vista de todos.

Bajo la luz tenue, Galen revisó el último tramo de nieve para llegar.

—No hay señal de huellas ni marcas. Lo vamos a lograr.

A punto de llegar al domo, Lyra soltó la cuerda y se arrojó a sí misma hacia la escotilla principal, se detuvo en seco frente al panel exterior de control y, para cuando Galen llegó de forma menos glamurosa, la escotilla ya estaba abierta y se estaban prendiendo las luces del hangar. Su nave pequeña y elegante estaba esperándolos; las luces la resaltaban como si fuera la única en el mundo.

—¡Lyra, prepara la nave! Yo abriré el domo.

—¡Cuidado con la nieve que va a caer!

—¿Y yo, Doctor Erso? —preguntó Assis con las cuerdas aún colgando de su torso—. ¿Cuáles son mis instrucciones?

Galen dio un vistazo a los jinetes que ya se acercaban.

—Tú quédate aquí y cuídanos las espaldas. Asegura la entrada. —Se agachó un poco para hablarle más de cerca al droide—. Tienes instrucciones por si esto no funciona.

—Seguiré sus órdenes, Doctor Erso.

Galen y Lyra se dividieron las tareas: él tomaría el control del domo; ella, el de la nave. Galen activó el interruptor que abría el techo y ambos corrieron hacia la nave, pero ninguno avanzó más de un par de metros. Una red de cuerda, pesada como un trío de taqwas y peor de dura, les cayó encima desde quién sabe dónde.

—Supongo que no tenías esto previsto en tus cálculos —dijo Lyra, intentando ponerse siquiera de rodillas.

Galen intentó liberar su brazo derecho de la red. Su escape a un lugar seguro se le estaba yendo de las manos. Se llenó de ira por no haber pensado que los valltii pondrían algo para cuando abrieran el techo. ¿Cómo pudo no pensar algo tan tonto? ¿Él los condujo a esta trampa tan primitiva?

—Creo que tomamos una mala decisión.

—En Coruscant, ¿no?

Assis se reconfiguraba para echarles una mano literal, cuando el estruendo de animales a galope y voces guturales se infiltró al domo. Formados por estaturas, ocho taqwas desaliñados y de pies gigantes marcharon a través de la escotilla y caminaron con cuidado alrededor de la red. Cada uno de sus respiros exhalaba una nube enorme. Tenían la marca de Marshal Phara en el trasero, cuellos largos, dientes afilados y ojos vacíos y cansados. Los jinetes eran machos gordos vestidos con abrigos largos de cuero hervido y botas de carnaza. La parte de sus mejillas que no estaba cubierta por barba cerrada ostentaba un brillo cerúleo pulido por las tormentas de Vallt. Uno de ellos desmontó su silla de madera, se quitó un gorro de lana y se dirigió a Galen.

—Gracias por no decepcionarnos, Doctor Erso —dijo en la lengua indígena.

Galen dejó de intentar liberar su brazo y se resignó a acostarse en el piso frío del hangar.

—Buen trabajo, cubrieron bien sus huellas.

El jinete de ojos negros se arrodilló con una sola pierna frente a él. Tenía cuentitas rojas cual gotas de sangre trenzadas en los bigotes, y olía a humo y a té de mantequilla rancio.

—Pusimos la red hace dos días. La nevada de ayer favoreció nuestros planes. Pero no se sientan mal, tampoco habrían llegado por los túneles.

—Nos dimos cuenta.

—¡Yo soy inocente de todo esto! —dijo Assis desde adentro de la escotilla, en modo bipedal y agitando dos bracitos—. ¡Me obligaron a servir, no tengo de otra más que seguir órdenes!

Sin levantarse, el jinete le habló a su cohorte.

—Ciérrenle la boca al droide.

Dos jinetes desmontaron para llevar a cabo la orden. Galen escuchó cómo le martillaban un perno de restricción en el torso.

—No, la inocente es Lyra —dijo, desesperado—. ¡Sáquenla de abajo de esta cosa!

Los mismos jinetes que silenciaron a Assis levantaron una esquina de la red pesadísima y le ayudaron a Lyra a levantarse. No hicieron nada para ayudar a Galen.

—Está bajo arresto por órdenes de Marshal Phara —le informó el líder de los jinetes.

—¿Bajo qué cargos, exactamente?

—Espionaje. Entre otros.

—Hace dos semanas compartimos el té y ahora me arresta —Galen lo miró fijamente.

—Las cosas cambian, Doctor Erso. Mis órdenes eran sólo capturarlo. Marshal Phara decidirá si es culpable o inocente. —Se incorporó para darle instrucciones a uno de sus soldados montados—. Galope a las instalaciones y mande al transporte de tropas para escoltar al Doctor Erso a la prisión de Tambolor.

2

AISLAMIENTO

DOS GUARDIAS CON CHAMARRAS PELUDAS y gorras enormes a juego escoltaron a Galen desde una celda con paredes de piedra hacia una habitación de yeso blanco y techo alto arqueado. Había trozos de albura crujiendo en las fauces de una chimenea grande, y el humo aceitoso que emanaba de ella chocaba contra los candelabros que pendían arriba. Una mujer muy robusta estaba sentada detrás de un escritorio tallado por el desgaste. Traía puesto un uniforme café y un cinturón. Estaba peinada de raya en medio, como libro abierto, el pelo relamido con lo que parecía ser grasa y con dos trenzas idénticas entramadas con estambre de colores y unidas entre sí. Anillos de plata adornaban sus deditos azules y regordetes, y un *piercing* en la nariz que parecía una gota redonda de sangre. Sus ojos eran negros y brillantes, y se veían aún más brillantes por el montón de moras estimulantes que tenía metidas en el cachete. Lo llamó a sentarse en la silla desvencijada frente a su escritorio.

Galen le mostró las manos con los brazos extendidos.

—¿Segura que no quiere ponerme esposas?

La sonrisa de la mujer reveló que sus dientes enormes estaban manchados de algo oscuro.

—No creo que pueda hacer mucho daño aquí, Doctor Erso —dijo en el idioma local—. A menos que la República le haya implantado una especie de arma secreta.

Galen se sumió en la silla. Todos le estaban aplicando la «ley del hielo» desde hacía dos semanas naturales, aunque le habían permitido a Nurboo una visita breve. Su amigo prometió intentar hacer llegar un mensaje de su parte a Lyra, en donde fuera que la tenían prisionera.

—Usted tiene unas nociones algo… extrañas sobre las funciones de la República. —Hizo un gesto de desdén con las manos—. Es la tragedia de vivir en el Borde Exterior, doctor. —Pausó, luego continuó en el mismo tono—. Soy la Capitana Gruppe. ¿Está usted cómodo, necesita algo?

Galen se frotó la cara con las manos.

—Una navaja de afeitar. Un baño caliente. Una cobija más.

—Me encargaré de que lo reciba. —Se volteó hacia un lado y escupió una especie de flemas negras a un bote en el piso.

—Pensé que en Vallt había leyes contra el arresto arbitrario, capitana.

—Nueva constitución, ¿qué le puedo decir? Podemos hacer lo que queramos, cuando queramos, donde sea, a quien sea —dijo Gruppe bruscamente.

—Estoy seguro de que será terrateniente pudiente más rápido de lo que usted cree.

—Un pequeño beneficio de mi línea de trabajo.

Galen volteó hacia el techo y vio que tenía goteras que manchaban de agua las paredes.

—Debería sellar esas goteras con un poco de permacreto.

—No sabía que además de ser investigador era usted albañil, doctor. —Gruppe giró levemente sobre su silla para seguir la mirada de Galen, que no pudo impedir su ira.

—¿Dónde está Lyra? ¿Eh, capitana? ¿Qué hizo con ella?

—Bien resguardada. Descansando plácidamente. —Sonrió con los labios tensos.

—¿Cuándo puedo verla?

—Eso depende de usted. —Gruppe se reclinó en su silla.

—No me está entendiendo… —Su expresión se endureció.

—Lo entiendo perfectamente, doctor. ¿Cuántos de sus meses faltan para que nazca la criatura?

—Dos, más o menos…, si es que no la han puesto en peligro.

Gruppe hizo un gesto para indicar que no le importaban un bledo sus preocupaciones.

—¿La criatura es suya?

—¡Por supuesto que sí!

—Sólo pregunto porque, según tengo entendido, las mujeres de Coruscant no gestan ni dan a luz a su progenie, contratan a gente para que lo haga por ellas, ¿no es así?

—No en el Coruscant que conozco.

—No son de los que moran en las nubes, entonces…

—Lyra y yo tenemos un departamento pequeño en uno de los campus de la universidad.

—¿En verdad? ¿Un hombre de su condición? —Gruppe consideró la información.

—Exijo estar con Lyra durante el parto, capitana —dijo sin vacilar.

—No hay nada que exigir, doctor, no somos bárbaros después de todo. —Lo miró sostenidamente un momento—. Ya nos habíamos conocido, ¿sabe? Hace tres meses, en el baile para darle a Zerpen la bienvenida a Vallt.

—Disculpe si prefiero no acordarme.

Gruppe frunció el ceño. Volteó de nuevo para escupir otro torrente de líquido oscuro y se limpió la boca en la manga de su uniforme monocromático.

—Dígame, ¿se siente como uno de los roedores que usa en sus experimentos?

—No uso animales en mi investigación.

—Bueno, el punto es que no tiene por qué quedarse aquí. El tiempo que permanezca encerrado es elección suya; podría salir hoy mismo, regresar con su mujer.

—Sólo tengo que confesar que soy espía de la República y jurarle obediencia a los separatistas, ¿no es así? —Galen sonrió sin alegría y negó con la cabeza—. Siento decepcionarla, pero sólo soy un empleado de Industrias Zerpen, no trabajo para la República y no pienso trabajar para el Conde Dooku.

—«La ciencia es imparcial», digamos.

—Ni más ni menos.

—Con los asuntos de la galaxia así como están, nadie gana nada al mantenerse neutral, doctor.

Galen inclinó la cabeza, la miró y dijo con honestidad:

—Me pregunto qué le ofreció el Conde Dooku al nuevo gobierno de Vallt. Apuesto que les prometió remolcarlos un poco más cerca de su sol.

—Respeto, intercambio comercial, representación justa en la Confederación…, ya sabe, todo lo que no recibíamos como miembros de la República —Gruppe se encogió de hombros.

—Las palabras se las lleva el viento, capitana, sobre todo el viento de aquí. Ustedes son los que ganarían más con la neutralidad. Sigan haciendo lo suyo sin meterse con nadie. Sugiéraselo a Marshal Phara.

—¿Para qué, doctor? ¿Para seguir viviendo bajo techos que gotean, durmiendo en camas heladas, bebiendo té rancio? ¿Cree usted que no deseamos todo lo que los mundos del Núcleo y el Borde Medio tienen al alcance de los dedos? ¿Preferiría que Vallt se mantuviera primitivo y alejado, como si fuéramos un museo para los turistas élite de Coruscant?

—¿Y si los separatistas pierden la guerra, qué le espera a Vallt?

—Para ser un hombre tan neutral, tiene una fijación con los ganadores y los perdedores.

—Me importa un bledo quién gane y quién pierda. Sólo sé que es un error pensar que Vallt va a beneficiarse de esta guerra. —Hizo una breve pausa y continuó—. ¿Cómo cree que responderá Zerpen cuando se enteren de que sus instalaciones fueron tomadas? Han invertido muchísimo tiempo y créditos en Vallt.

—Con ansias de renegociar los términos del contrato original.

—Supongo que soy el artículo de intercambio en esta negociación.

—Algo por el estilo, sí. —Se mantuvo pensativa unos segundos y luego dijo—: ¿Qué sabe usted sobre el ejército de la República?

—Nada en absoluto, por suerte.

—¿En dónde se originó el ejército de clones?

Galen la miró fijamente y rio.

—De verdad, ¿por quién me toma?

—¿Cuánto tiempo llevan Palpatine y los jedi planeando esta guerra?

—Pregúnteles a ellos, capitana. Conmigo pierde su tiempo.

Gruppe se inclinó para escupir, pero en lugar de eso se colocó una baya morada en la parte interior de la mejilla.

—A decir de todos, su investigación ha sido muy productiva.

—Vamos progresando, sí.

—En materia de enriquecimiento de energía…

—Gracias a la generosidad del Rey Chai y a la abundancia de recursos en Vallt, es correcto.

—Escuché que fabrica sus propios cristales.

—Sí. Es un proceso complejo, pero si logramos crear cristales funcionales, podríamos llevar energía barata a mundos en desarrollo.

—Como Vallt, por ejemplo.

—Como Vallt, por ejemplo.

—Pero también es cierto que la energía tiene varios usos: así como puede iluminar una ciudad entera, también puede destrozarla.

—Si tuviera motivos para sospechar que Zerpen desarrolla armas, no trabajaría con ellos.

—¿En serio? —Lo consideró—. Muchos de sus amigos nos dicen que lo desterremos o que lo entreguemos a sus superiores de Zerpen. Pero, verá, usted es demasiado valioso como para soltarlo así nada más, especialmente ahora con todas estas acusaciones de espionaje. No nos gustaría que su neutralidad se inclinara hacia la República y quisiera prestarle sus talentos. ¿Entiende nuestro dilema?

—No me está entendiendo, capitana.

—Tal vez no. Pero en Vallt el tiempo sobra, así que no nos molesta «perderlo», como dice usted. Tenemos suficiente tiempo para indagar y para llevarlo a juicio ante el Tribunal. Y todo el tiempo que «perdamos», lo pierde usted con su mujer. Entiendo su postura, pero una pensaría que usted querría darle una mejor vida a su hijo. —Exhaló—. Bueno, Marshal Phara está considerando este asunto con sus asesores. Si se dictamina su inocencia, podrá salir de Vallt, claro está.

Galen sacudió la cabeza con exagerado descontento.

—Verá, tenemos una prueba en las instalaciones de ignición… Se trata de someter ciertos cristales a una presión intensa para forzarlos a producir una corriente eléctrica. Esos mismos cristales pueden encogerse muchísimo cuando interactúan con una corriente externa. Me pregunto en cuál de estas situaciones me encuentro.

Los ojos de Gruppe se nublaron, después sonrió con genuina calidez, o así lo percibió Galen.

—Es usted un ser extraño, Doctor Erso.

—No es la primera en notarlo, capitana.

—Así que se enorgullece de su necedad.

—Es la única forma de ser que conozco.

—Debe ser difícil vivir así… —Gruppe inhaló profundamente.

—¿Con ética? —Intentó adivinar a qué se refería.

—No. —Golpeteó su sien con la punta del índice—. Con la cabeza llena de ideas.

Lyra abrió con manos temblorosas la carta que le entregó Nurboo. Estaba escrita sobre el tipo de pergamino rígido que usan los valltii, llena por ambos lados. Los márgenes de un lado estaban repletos de dibujos de rostros y figuras entre fragmentos de ecuaciones, como si Galen se hubiera dividido entre dos tareas distintas: una parte de él le escribía a

Lyra, mientras otra parte resolvía lo que le viniera a la mente. Tuvo que girar la página en varios ángulos para descifrar sólo algunos de sus garabatos. El lado inverso estaba tapizado por completo con la letra microscópica de Galen. Sus trazos diminutos resultaban igual de crípticos que sus teorías sobre los cristales y cómo podrían generar energía barata, pero Lyra sumaba varios años de experiencia como intérprete de sus notas, por lo que logró leer las palabras y las cifras.

La carta decía lo siguiente:

> La Capitana Gruppe, con quien llevo ya tres interrogatorios, me dice que estás, según ella, «bajo resguardo» en el ala norte del Torreón. Por suerte, alcanzo a ver un poco de esa porquería arquitectónica desde la ventanita ridícula de mi habitación (por no decir «prisión»), aunque para lograrlo tengo que balancearme precariamente sobre un banquillo de tres patas que puse sobre la plancha de concreto en donde duermo. A veces ni así se puede, a veces la luz débil del invierno hace que sólo vea un borrón donde está el satélite de Vallt. Pero aun así intento imaginarme el cuarto en el que vives, las cosas que ves, todo lo que tocas, y me gusta pensar que tú también te asomas hacia Tambolor y miras con todo tu amor la luz con la que te escribo.

No había hecho ninguna de esas cosas porque no tenía ni idea de por dónde buscarlo. Pero, en cuanto lo supo, se levantó de la silla afelpada al pie de su cama amplia y se dirigió lentamente hacia el mirador de su ventana. Con una mano sostenía su vientre, que cada vez era más grande y pesado. Limpió un poco de escarcha del vidrio y dirigió la mirada más allá del patio y de la ciudad que se esparcía adelante, hecha a mano sin mucha destreza ni planeación. Al centro del patio había una estatua enorme de un jinete taqwa ataviado con casco y capa. Su brazo derecho blandía un garrote de guerra. Más adelante, en las alturas, una decena de naves de ala ancha parecía flotar contra el cielo gris. En la ciudad se veían algunos valltii haciendo sus cosas sobre trineos jalados por bestias, un hato de tráfico y maniobras sobre un laberinto helado. La prisión se imponía sobre una meseta al este y se parecía al Torreón de muchas formas. Ambos sirvieron al palacio en épocas de antaño. Algunas luces titilaban en los pisos de abajo, pero en los de arriba, hasta el techo exagerado (tan escarpado que no acumulaba nieve), reinaba la oscuridad de la noche. ¿En qué nivel, en qué celda? ¿Por qué no le había dicho más o menos a qué hora mirar, o que haría una señal con su vela para hacerle saber que todo estaba bien?

Se sumió en el cojín suave del mirador de la ventana. El bebé lo percibió y la pateó (o le dio un codazo, tal vez). Lyra sonrió, pero de inmediato la inundó un profundo deseo de estar con Galen para que pudiera tocarle el vientre y sentir la vida que él puso ahí.

Una de sus damas de compañía era partera, emocionada por la posibilidad de presenciar y asistir un nacimiento humano. Las damas reían como niñas y sólo profesaban lealtad a Phara cuando los matones del alguacil estaban cerca. En realidad tenían tantas ganas de conocer a Galen como ella de abrazarlo.

Alzó la hoja para ver mejor en la luz tenue de su habitación y siguió leyendo:

En la categoría de celdas de prisión, la mía no está tan mal. Es impresionante lo que los valltii pueden hacer con la piedra, y esta habitación (el edificio entero, honestamente) es de los mejores trabajos de cantería que he visto en varios mundos. Las paredes tienen un metro de espesor, los techos altos son arcos ovoides impecablemente geométricos, y las columnas enormes están lisas, sin adornos, como si los albañiles quisieran que se reconociera su obra. Los corredores siempre están repletos del ruido constante de manos cincelando.

Pero bueno, también están los barrotes, la falta de luz, la peste y los trozos de nieve que caen como proyectiles del techo que está tan escarpado que casi es otra pared. Cuando hace mucho frío de noche, puedo patinar sobre las baldosas del piso. Lo interesante es que descubrí patrones y hasta caras en las algas y el musgo que sale por la humedad; encuentro patrones hasta en la irregularidad de las piedritas del suelo. Te incluyo un par como recuerdito.

He estado haciendo cálculos mentales de todo tipo. Lo único bueno de la rutina estricta para ir al baño y a comer raíces feculentas apenas tibias es que tengo espacio de sobra en la cabeza para meter esas cosas.

Pero no hablemos más de mí.

A decir de la Capitana Gruppe, te están tratando bien, pero me urge estar seguro. Nurboo vino a recoger la carta, y dice que no logra averiguar nada sobre tus condiciones de alojamiento ni tu estado de salud. Cuando me recordaste lo de la cuesta de Chandrila, me vinieron a la mente mil cosas de esa expedición…, sé que les debo la vida a ti y a tu inteligencia. ¿Te acuerdas del interior de esa cueva? La veo como si la tuviera enfrente…: las estalactitas, las gotas de agua que caían una por una por una, la vista desde el glaciar… Qué bien la hemos pasado juntos, ¿verdad? Tantas experiencias, tantas aventuras.

Siempre logramos salir de las peores; esto no es nada, cariño. Sólo tenemos que resistir y confiar.

Despegó los ojos de la carta un momento porque estaba absorta en el pasado. Galen solía irse por la tangente y, como de costumbre, estaba recordando mal las cosas a propósito. Él hizo lo mismo que ella para que sobrevivieran esa expedición; hizo fogatas, protegió el campamento, derritió nieve para poder cocinar…, pero nunca se daba crédito a sí mismo, intentaba no mencionar su fuerza y habilidad nata. Se acordó de lo que pensó cuando lo vio por primera vez, en Espinar: «Este tipo es tan magnético que seguro se la pasa despegándose droides y cucharas».

Continuó leyendo.

Asumo total responsabilidad por este embrollo (por Chandrila no, eso sí que no fue mi culpa). Tú no estabas cómoda con venir a Vallt, debí haberte escuchado. Sólo era cuestión de tiempo para que Vallt se aliara con los separatistas, no supe predecirlo.

O quizá lo hice y me negué a reconocerlo; en aras de la investigación, por supuesto. Pero debes admitir que hemos conocido amigos entrañables estos meses…, y los cristales, todo lo que hemos descubierto en equipo… Estamos a punto de lograr algo grande con la última tanda de kybers sintéticos, lo presiento. A estas alturas, ya no hay límites: esto significa energía suficiente y sustentable para continentes enteros, quizá hasta mundos enteros. Me urge regresar al trabajo. Esto es para lo único que soy bueno y lo que más quiero es mantenerlas a ti y a nuestro bebé. Lamento que ese prospecto se sienta tan lejano, por el momento.

¡Pero, otra vez, dejemos de hablar de mí!

Más bien lo que me urge es abrazarte y haré lo que sea para estar contigo cuando nazca nuestro bebé. La Capitana Gruppe me ha dicho mil veces que yo decido cuándo irme. Pero esa «decisión» significa que tengo que acceder a trabajar con los separatistas, no en Zerpen. Olvidarán los cargos falsos de espionaje y podemos volver a vivir como hace algunas semanas. No puedo decidir sin tu opinión, ¿acepto los términos? Si me dices que sí, lo haré sin miramientos, por ti y por nuestra hija. Sólo dímelo.

Sabe que mi mente sigue libre y siempre contigo. Hasta pronto. Todo mi amor.

Dejó la carta en el sillón, junto a ella. Él sabía que ella nunca le pediría que actuara en contra de sus principios. Pero, aunque pudiera sonar como un plan para echarle a ella el peso de una decisión que él no soportaba tomar, Lyra leyó su sinceridad, palabra por palabra. Tomó la carta para volver a leerla; sus ojos desbordaron lágrimas cuando terminó. Fue doloroso leerla, pero ese pedazo de papel era lo primero que recibía de él en años. Lo atesoró.

Assis volvió en sí de golpe.

Sus sensores ópticos registraron que un soldado valltii con bigotes largos y enjoyados había removido el perno de restricción que otro soldado le había instalado hacía 27 días locales, 18 divisiones y 6.23 fragmentos.

Había mucho silencio en la entrada del domo de aparcamiento en donde el Doctor Erso y Lyra fueron atrapados con la red. Una nave de Zerpen yacía inmóvil sobre la capa de hielo que se formó desde la captura. Varios soldados circulaban la nave. Exhalaban nubes de aire helado. Uno de ellos se había percatado de los ruidos de Assis reiniciándose y haciéndose un autodiagnóstico, pero no le prestó mucha atención. La aleación que componía las extremidades de Assis se hacía un poco más frágil con el frío extremo. Sus circuitos y conductores tardaban mucho en calentar.

De acuerdo con las instrucciones programadas del Doctor Erso, los sensores del TDK-160 buscaron dispositivos con los cuales comunicarse. Encontró el transceptor de hipercomunicaciones de la nave, e inició un diálogo con él, muy quitado de la pena.

Mientras las máquinas hablaban, los sistemas de inteligencia de Assis produjeron varios posibles escenarios con respecto a su futuro si acaso los valltii descubrían que estaba ejecutando la encomienda del Doctor Erso: uno de estos involucraba que le borraran la memoria y lo programaran desde cero; el otro tenía que ver con desmantelamiento y reciclaje; y el tercero, con el elogio de aquellos a quienes servía, en donde pertenecía.

Luego de establecer una relación con la serie de comunicaciones hiperespaciales de la nave, Assis transmitió información audiovisual del arresto del Doctor Erso y la toma de las instalaciones, protagonizada por soldados del nuevo gobierno de Vallt. A su vez, el transmisor reenvió las imágenes a los recipientes adecuados en una emisión ráfaga.

Todo esto, en un abrir y cerrar de ojos.

3

ARMAS SECRETAS

CORUSCANT ERA UN MUNDO TAN DENSAMENTE poblado, que a veces la lista de invitados de un evento a puertas cerradas podía medir miles de nombres. La junta interespecie de 150 seres que tenía lugar en el Anfiteatro de Planeación Estratégica, en la cumbre del Centro de Operaciones Militares de la República, le daba un nuevo significado a la palabra «exclusivo». Hace un año estándar, antes del comienzo de la guerra y de la adquisición aún impactante de un Gran Ejército de Clones, la sola idea de tener un Consejo de Asesoría Estratégica habría parecido un ardid para que los miembros del Senado siguieran hinchándose con las arcas de la República. Pero ahora, a la luz de la nueva información sobre el estado de la máquina de guerra separatista, el comité se consideraba (casi a sí mismo, en la opinión de sus asambleístas) crucial para los esfuerzos contra la Confederación de Sistemas Independientes.

El Teniente Comandante Orson Krennic, la persona a cargo de remodelar y expandir el edificio, estaba sentado entre el escenario del anfiteatro y piso tras piso de palcos reservados para miembros selectos del senado, y representantes de los cárteles industriales que se habían mantenido leales a la República: Ingeniería Corellian, Patios Kuat Drive, Rendili StarDrive, por mencionar algunos.

Krennic recién había cumplido los treinta. Era de estatura promedio, con ojos azules brillantes, labios estrechos y cabello castaño ondulado. Lo habían transferido desde el Cuerpo de Ingenieros hasta la Unidad de Armas Especiales de la organización; traía puesta la misma túnica blanca que usaban algunos miembros de los servicios de seguridad e inteligencia.

Los asientos no fueron asignados por rango, especie u orden de importancia. Krennic sabía dónde se sentaba la mano derecha de Palpatine, Mas Amedda, y estaba decidido a acercarse. El hombre estaba al lado del escenario con varios de sus asesores (vestidos como para llamar la atención), frente a una pared curva transparente que daba al sur del Distrito del Senado de Coruscant. En los meses desde que comenzaron los informes semanales, Krennic había logrado avanzar diez filas hacia su meta, y estaba seguro de alcanzarla para el primer aniversario de la Batalla de Geonosis.

El cuarto era una mezcla de uniformes y ropa de civil. A la izquierda de Krennic estaba sentado el jefe de inteligencia naval. A su derecha, el director de la Comisión para la Protección de la República. Alrededor, había militares de alto rango, ingenieros estructurales, diseñadores de naves, y físicos teóricos y experimentales. Muchos eran semi y no humanos; un puñado de la segunda categoría estaba inmerso en tanques de líquido o tenía transpiradores que contenían los gases atmosféricos de sus planetas de origen. Krennic conocía a algunos científicos como asociados de la Junta de Producción de Guerra. A otros los conocía por reputación.

En cuanto hubo silencio en la habitación, Krennic se asomó un poco entre dos pequeñas cabezas cornudas y divisó al científico alienígena de extremidades delgadas que tenía la palabra en la fila de adelante.

—Vicecanciller Amedda, estimados colegas; me complace anunciarles que la fase uno del proyecto está terminada.

El Doctor Gubacher era un parwan especialista en inteligencia artificial con cabeza en forma de domo, que diseñaba droides de espionaje y vigilancia en colaboración íntima con los jedi. Tenía adherido a la laringe un dispositivo que traducía sus ruidos sibilantes a un básico fluido.

—Presten atención al holoproyector, por favor.

La mayoría lo hizo, otros prendieron un dispositivo de transmisión 3D que proyectaba los datos de la unidad enorme del escenario desde el reposabrazos. No se permitían comlinks personales en el anfiteatro y hasta los proyectores estaban en cuarentena de la HoloNet.

Arriba del escenario había un aro reluciente de metal, suspendido frente a un fondo de estrellas. Gubacher se levantó sobre sus tentáculos para mirarlo un segundo, luego volteó hacia la cabina de control del último piso del anfiteatro.

—La vista alternativa, por favor…

Esperó a que el aro se convirtiera en una línea vertical.

—Mucho mejor. Ahora, por favor expanda el campo para que podamos ver la imagen en contexto.

El aro se hizo más pequeño a medida que se alejaba y comenzaron a entrar a cuadro naves de combate, buques de construcción, asteroides y el borde estrellado de un planeta en ruinas.

—Ciento veinte kilómetros de polo a polo. Una hazaña increíble por sí sola. —Gubacher hizo un gesto hacia el aro.

El anfiteatro estalló en aplausos, hasta Mas Amedda esbozó una sonrisa de satisfacción. Sin embargo, Krennic había pasado bastante tiempo en el sitio de construcción y sentía que el holovideo no le hacía justicia a la obra en progreso que se erguía sobre el planeta Geonosis. Pero tendría que ser suficiente con eso, ya que muy pocos miembros del consejo tenían permitido visitar el proyecto. Para negarle la entrada a cualquiera sin acceso autorizado, había varios destructores estelares Venator a la vista como cuñas en el aire, además de los que había repartidos por el sistema geonosiano.

—Lo que vemos es el producto de incontables horas de labor de máquinas, recién diseñadas en su mayoría. Como podrán ver, algunas son controladas por operadores sensibles estacionados en nuestros hábitats de comando orbitales. —Señaló tres puntos brillantes en el holocampo—. Aquí, aquí y aquí. —Volteó hacia la cabina de control y dijo—: El aspecto dos, por favor.

La audiencia estalló en una variedad de murmullos en idiomas distintos cuando el campo desapareció. En su lugar se formó un panorama del cinturón de asteroides del

planeta rojo repleto de navíos de construcción de todo tipo: mineros, transportistas, auxiliares y remolques, yendo y viniendo como abejas erigiendo un panal.

—Nuestra cantera, por así decirlo —dijo el parwan—. Nos provee de metales, material orgánico, incluso agua. Hemos remolcado asteroides similares; los trajimos al sitio con un rayo tractor desde el campo y, en algunas instancias, desde campos vecinos de los gigantes de gas del sistema.

El holovideo cambió de nuevo y mostró una imagen de plataformas orbitales enormes, con un tránsito pesado de naves.

—Cuando hayamos terminado de minarlos, serán llevados a fundidoras en sincronía orbital, para que se produzca duracero y otros metales estructurales. Al reutilizar las fábricas de droides de combate que Baktoid Armor construyó en la superficie, pudimos poner en marcha las fundidoras justo a tiempo para el inicio de la extracción. —Una vez más, se dirigió a la cabina de control—. Por favor, el esquema original.

Una esfera con una concavidad gigante en el hemisferio norte apareció sobre el holoproyector.

—Nuestra meta, señoras y señores —dijo Gubacher—: La estación móvil de combate.

Palpatine en persona le había presentado el esquema al Consejo de Asesoría Estratégica durante su segunda sesión. Pero el hecho innegable era que la idea no era resultado de la inteligencia e investigación de la República, sino de los separatistas. Poggle el Menor, el líder geonosiano capturado, sostenía que el Conde Dooku le había dado los planos básicos para su colmena, y que los geonosianos sólo los perfeccionaron. Según Poggle, no sabía que los separatistas tuvieran algún proyecto entre manos, pero la mayoría de los miembros del consejo decidieron no creerle, pues sus servicios de inteligencia estaban seguros de que las huestes de Dooku, con ayuda de compañías aliadas a la Confederación, construían desde hace tiempo una estación de combate en alguna parte secreta de la galaxia y la buscaban por todos lados para localizarla y destruirla. La evidencia le parecía especiosa a Krennic, pero ponerla en duda habría puesto en peligro el patrocinio de la República para el proyecto, a pesar de la autoridad que la Ley de Poderes de Excepción le había conferido a Palpatine. Si la estación de combate era tan potente como los científicos predecían, era de vital importancia que la República tuviera una primero.

Había preguntas al aire acerca de cómo cayeron los esquemas originales en manos de la República, pero la mayoría admitía que habían sido hallados durante o un poco después de la segunda Batalla de Geonosis. No por los jedi, claro está, que no tenían ni representación en el consejo, ni estaban enterados de él. Hasta a Gubacher se le hizo firmar el Acta de Secretos Oficiales, e iba a tener que quedarse calladito cuando lidiara con miembros de la Orden.

—Ahora que completamos el meridiano principal —dijo el científico alienígena—, podemos proceder con la fabricación de un ecuador temporal, junto con una serie de bandas latitudinales para fortalecerla. Estas bandas se colocarán de polo a ecuador para

después añadir el casco y las divisiones de las secciones internas. Estos espacios estarán sellados y presurizados para que pueda haber trabajadores además de droides.

—¿Y de dónde saldrán los trabajadores? —preguntó alguien en la fila de enfrente.

—Estamos explorando nuestras opciones. —Gubacher dio una pirueta en dirección de la voz.

—He visto presupuestos millonarios de mano de obra —dijo la misma persona.

Un alienígena sentado unas cuantas filas adelante de Krennic habló antes de que Gubacher pudiera contestar:

—El subcomité del consejo está considerando darle a los kamineanos la plantilla para que generen mano de obra clónica adaptada para trabajar en el hiperespacio.

Antes de que nadie pudiera opinar, Mas Amedda y sus dos metros se levantaron de la silla. Su báculo tenía una figura en la empuñadura, la asió y golpeó el piso con él para callar a la gente.

—Quiero advertir a todos que no se adelanten. Surgirá un número adecuado de empleados cuando haya necesidad.

Krennic observó al vicecanciller chagriano, ataviado con una túnica espléndida. Tenía entrecerrados los ojos de bordes pálidos y su cabeza grande estaba en un ángulo que hacía que sus dos cuernos apuntaran directo al público.

«Entrelaza los dedos a nivel del pecho cuando duda de lo que está escuchando. Sus alcuernos colgantes tiemblan cuando está interesado. Asoma su lengua bifurcada cuando se equivoca…».

Gubacher mandó proyectar holoimágenes de la nave de la Federación de Comercio junto con las del esquema. Los ingenieros de la República habían sugerido que la estación de combate estaba inspirada en el orbe de control central de transporte Lucrehulk, que llevaba décadas funcionando.

—Imaginen que hay un ecuador en lugar de los brazos gemelos del Lucrehulk, pero el nuestro será una suerte de trinchera, con bahías de hangares y acoplamiento, generadores de rayo tractor, proyectores y torres emisoras, emplazamientos turboláser y plataformas de anclaje para las naves de la flota. Tendrá proyectores de escudos y sistemas de comunicaciones distribuidos por toda la superficie blindada, que funcionarán como colonias. Salvo una capa habitable de varios kilómetros de espesor que tendrá centros de mando, armerías y bloques de mantenimiento, podremos dedicar todo el espacio interior para el reactor de fusión, los motores de hiperimpulsión y subluz, y, por supuesto, el arma.

Krennic miró a Amedda. Se acariciaba la barbilla con las uñas largas de sus dedos mientras caminaba alrededor de las imágenes proyectadas, que le doblaban la altura.

—¿Cuál es el estatus del arma? —preguntó el chagriano.

Gubacher giró hacia alguien en la audiencia y le hizo un gesto con sus bracitos delgados para que se acercara.

—Profesor Sahali, quizás usted pueda contestar esa pregunta.

El hombre que se incorporó para referirse al asunto era el científico en jefe del Grupo de Armas Especiales. Era casi tan ancho como alto, y tenía un sombrero aguado y lentes de seguridad.

—Con respecto al arma… —comenzó a hablar con acento muy marcado del Borde Exterior—, hasta los esquemas son imprecisos. Pero tenemos razones para sospechar que los geonosianos tenían en mente usar el plato de enfoque para albergar un arma capaz de evaporar atmósferas enteras, o quizás hasta quebrantar núcleos planetarios.

—¿Existe un arma así? —preguntó Amedda, y volteó hacia abajo para ver a Sahali—. ¿Fabricar una está dentro de nuestras posibilidades?

—Bueno, desde el origen de la República jamás habíamos tenido la necesidad de investigar esto; mucho menos de invertir dinero. —Aclaró Sahali—. Dicho esto, después de la crisis de hace once años en Naboo, el Grupo de Armas Especiales de la República desarrolló los planos de una luna de combate automatizada.

—Me parece que también hay planos para una plataforma de asedio torpedo —dijo alguien. Sahali admitió la observación asintiendo.

—Sobra mencionar que los proyectos se quedaron en el diseño, vicecanciller.

—Supongo que son… juguetes, al lado de esto —Amedda señaló vagamente hacia los esquemas de la estación de combate.

—Supone bien —dijo Sahali.

—El arma será el reto más difícil —dijo Gubacher—. El reactor de hipermateria, todas las unidades, todo lo demás, es sólo el armamento que nuestras más dedicadas compañías de ingeniería le han diseñado a destructores estelares y otras naves. Pero el arma… El arma no va a ser sólo una versión ampliada del turboláser, no… Será algo digno de ver.

—¿Cuánto tiempo tardarán en desarrollar este «hito» de la tecnología? Necesito una fecha —dijo Amedda.

La cabeza de domo de Gubacher se inclinó con incertidumbre.

—No es fácil de calcular, señor. Varias de las mejores mentes de la República están trabajando en ello. Sin embargo, el arma requiere algo verdaderamente innovador en el campo de manejo de energía. Tendría que ser un descubrimiento de proporciones galácticas.

Krennic se reclinó en su silla, confiado en que el destino le había regalado los medios para avanzar a primera fila.

—No hace falta estar de pie, teniente comandante —dijo Mas Amedda, dándole la bienvenida a Krennic a su amplia oficina en el Domo del Senado—. Por favor, tome asiento.

Krennic evaluó la habitación y tomó el mejor asiento.

—Gracias, vicecanciller.

—Una disculpa por no haber podido recibirlo antes.

—Nada que disculpar, sé que ha estado ocupado con la guerra y todo… —Krennic contestó con un vago gesto despectivo.

«Ahí va, a entrelazar los dedos…».

Amedda entrelazó los dedos frente a su pecho y analizó a Krennic desde el otro lado de su escritorio de metal.

—Mis asistentes me informan que su visita tiene algo que ver con el proyecto.

—Tiene todo que ver con el proyecto. —Krennic sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué parte del proyecto, exactamente?

—El arma.

Los alcuernos bulbosos del chagriano hicieron justo lo que se esperaba que hicieran: temblaron levemente; Amedda prestaba atención.

—Bien, en ese caso, la disculpa por no haberlo visto antes es doble.

Krennic nunca había convivido personalmente con el vicecanciller. Habían estado en la misma habitación juntos y lo había observado aquí y allá, en la ópera antes de la guerra, en el edificio del Senado, en varios lugares, varias veces. La invitación que recibió Krennic (mejor dicho, la orden) para unirse al Consejo de Asesoría Estratégica salió de Amedda, aunque Krennic dudaba que el chagriano se acordara (o supiera) que lo había hecho.

La vida de Krennic cambió desde que lo transfirieron del Cuerpo de Ingenieros y le pidieron que tomara innumerables juramentos. De entrada asumió que su comlink personal estaba intervenido; que habían entrevistado a todos sus amigos más cercanos, amantes del pasado y familiares vivos, y que controlaban todo lo que veía en la HoloNet. Aunque usaba la túnica blanca, en público seguía siendo miembro del Cuerpo de Ingenieros. Sólo sus socios dentro del grupo sabían de sus obligaciones como coordinador de Armas Especiales. Esta nueva tarea también requería que volviera a la escuela: debía tomar cursos intensivos sobre las armas que Rothana, Kuat y otros le habían dado a los kaminoanos para equipar su gran ejército, y sobre las que Baktoid, Hoersch-Kessel Drive y otros les diseñaban y producían a los separatistas. Al graduarse, supervisó un grupo de expertos de investigación, que seguían órdenes directas del grado superior del Ejército de la República. Como vicecanciller, Mas Amedda no tenía autoridad sobre él, pero Krennic creyó que sería útil fingir que estaba bajo su mando, por lo menos para establecer en dónde estaban parados.

Amedda continuó hablando.

—Si se trata del arma, debió mencionarlo en la junta.

—Sí, debí hacerlo. Pero sentí que era más prudente discutirlo en privado.

Los alcuernos de Amedda se sacudieron con un ligero tremor.

—Bien. Henos aquí.

Krennic fue directo al grano.

—El Doctor Gubacher tenía razón, las mentes más brillantes de la República están desarrollando el arma de la estación de combate. Todas menos una.

El temblor en las carnosidades colgantes de Amedda se incrementó.

—Su nombre es Galen Erso.

—Erso… ¿Debería sonarme el nombre? —Amedda juntó sus garras.

—No tiene por qué conocer a todo mundo, vicecanciller.

—Bueno, me muevo dentro de la política, no la ciencia y la tecnología.

Para ser precisos, se movía entre dinero ilícito de la República y su función era aplacar a Palpatine. Krennic lo sabía. Pero si el chagriano quería jugar, jugarían.

—Galen Erso es uno de los eruditos más reconocidos del Núcleo. Es teórico, matemático, ingeniero y físico experimental. Hoy en día, es la autoridad eminente en cristales y su uso en fuentes de energía mejorada.

—¿Cristales? —Amedda le lanzó una mirada en blanco.

—Sí. Lleva diez años experimentando con varios tipos, pero recientemente se ha enfocado en cristales kyber.

La expresión de Amedda no cambió.

—Los conozco de nombre. Por lo que sé, son extremadamente escasos.

—Lo son, sobre todo los más grandes. —Krennic suspiró enfáticamente—. Si tan sólo se pudiera persuadir a los jedi de compartirnos información, todo sería muy distinto.

«Sacará la punta de la lengua».

Amedda se mojó los labios con la punta de la lengua.

—Estos… cristales, ¿son importantes para los jedi?

—Son la fuente de energía de sus sables, entre otras cosas.

—Con razón. Tanta exclusividad debe frustrar al Doctor Erso en demasía.

—Por eso intenta sintetizarlos.

Los ojos azules de Amedda se abrieron más.

—Parece una empresa osada. He escuchado que el cristal es «viviente».

—Yo escuché lo mismo.

—¿Qué le hace pensar que la investigación del Doctor Erso tiene algo que ver con el arma de la estación?

—Le confesaré que no estoy familiarizado con el estado de su investigación actual. Pero Armas Especiales analizó su investigación anterior, y todo indica que las teorías de Erso podrían descubrir un nuevo modo de enriquecimiento energético. Estamos estudiando formas de adaptar su investigación…

—«Adaptarla» significa hacerla arma, supongo.

—Exactamente. Sin embargo, necesitamos comprender cabalmente su trabajo, sin mencionar que requerimos acceso a su actual investigación sobre síntesis.

Amedda se tomó un momento para desglosar la información.

—¿De dónde conoce a Erso, teniente comandante?

—Nos hicimos amigos en Brentaal, fuimos compañeros en el Programa de Promesas.

—¿Usted estuvo en el programa para superdotados? —El tono de Amedda reveló su escepticismo. Krennic lo dejó pasar.

—Sí, una temporada, antes de que me ofrecieran un puesto en el regimiento de diseño del Cuerpo de Ingenieros.

—Ah, sí —dijo Amedda, y se hundió en su silla tamaño trono—. Si mal no recuerdo, su equipo es responsable de varios cuarteles militares en Coruscant. —Estuvo en silencio un momento, y dijo—: Dígame, ¿usted cree que los separatistas estén haciendo una estación de combate?

Krennic movió la cabeza de lado a lado mientras pensaba.

—Dooku ha dejado evidencia, sí, cantidades masivas de ciertos recursos escasos, asaltos informáticos para adquirir datos científicos…, y entre esos datos está la investigación publicada de Galen Erso.

—¿Por qué no se invitó al Doctor Erso a unirse al Consejo cuando inició?

—En ese momento ya estaba bajo contrato con Industrias Zerpen.

—Ah, muy neutrales, pero enriqueciéndose con ambos lados del conflicto. —Amedda frunció el ceño y decidió—: No tenemos opción más que inducirlo a romper su contrato.

—Por desgracia, nos enteramos de que se encuentra atrapado en una prisión de Vallt.

—¿Qué demonios hace en Vallt? —Amedda se molestó de nuevo—. Vallt le pertenece a los separatistas, ¿sabe?

—Lo sé, pero Vallt era miembro de la República cuando el Doctor Erso aceptó supervisar las operaciones de Zerpen ahí. Hicieron un trato con los antiguos líderes de Vallt para poder minar y construir, a cambio de un paquete de ayuda bastante generoso.

—Una mala decisión por donde se vea. ¿Por qué fue arrestado?

—Le inventaron cargos de espionaje.

—¿Para persuadirlo de cambiar bandos?

—Eso creemos.

—Vallt tuvo una década entera de inestabilidad social… Cuando fui presidente del Senado, serví en un comité con los representantes de Vallt, e incluso ellos estaban descontentos. Se quejaban de que la República los ignoraba y, ahora, los militares dieron un golpe y se afiliaron con los separatistas. —Consideró la situación un momento y preguntó—: ¿Cómo reaccionó Zerpen al arresto del doctor?

—La inteligencia de la República ha estado vigilando a Zerpen, por supuesto. Hace varias semanas estándar se interceptó una transmisión ráfaga. Al parecer, la envió una hipercomunicación desde una nave de Zerpen en Vallt hacia las oficinas de la compañía en el sistema Salient. Ya están enterados de la toma de las instalaciones y del arresto.

—¿Y bien? ¿Cuál fue la respuesta?

—Querían tomar medidas, pero les pedimos que se abstuvieran de hacer entradas espectaculares.

—¿Quién más está incluido en este «pedimos»?

—En este caso, sólo fui yo, vicecanciller —Krennic sonrió ligeramente.

Amedda entrelazó los dedos y se inclinó hacia adelante con sus cuernos.

—¿Con qué propósito, teniente comandante?

Krennic no se sintió amenazado por la postura de Amedda; en lugar de eso, siguió explicando.

—Creo que, si lo rescatamos nosotros, podríamos persuadirlo de compartir su investigación con el Grupo de Armas Especiales.

Amedda retrocedió un poco.

—¿Por qué necesita persuasión? Usted mismo dijo que estuvo en el Programa de Promesas de la República, ¿no es así? Seguramente está más que dispuesto a cumplir y a cooperar.

—Excepto que el hombre es pacifista. Un objetor de conciencia, si gusta llamarlo así.

—Si eso es cierto, entonces no tenemos que preocuparnos por su relación con los separatistas. Que se pudra en prisión. —Amedda exhaló con desdén. Su cambio de tono le advirtió a Krennic que estaba a punto de perderlo, así que cambió su acercamiento.

—Bajo circunstancias normales, estaría de acuerdo. Sin embargo, la mujer del Doctor Erso está embarazada y, a menos que algo extraordinario haya sucedido, está a punto de dar a luz.

Amedda se tomó un momento para contestar. Sus alcuernos temblaron levemente.

—¿Me está diciendo que quien sea que esté a cargo de Vallt puede usar a su familia para convencerlo?

—En la guerra y en el amor, vicecanciller… Y si los separatistas tienen una estación de combate, haga usted las cuentas.

—Veo su punto. Pero aun así, es posible que lo deje pasar, o permitir que Zerpen se adelante y lo libere antes.

—De nuevo, estoy de acuerdo. Pero tengo una idea para que Zerpen haga justo eso, y nosotros hagamos lo nuestro también.

Los alcuernos de Amedda se estremecieron; miró a Krennic intensamente.

—Esperaba que la tuviera, pero no quiero detalles, teniente comandante. E insisto en que tome las medidas adecuadas para distanciarse y asegurarse de poder negarlo todo.

—Naturalmente.

—Permítame decirle que si la investigación de Erso nos acerca a tener un arma para la estación, tendrá mi gratitud y la del Canciller Supremo Palpatine, sin mencionar a la República entera.

Krennic contuvo una sonrisa de emoción.

—Sólo cumplo con mi deber, vicecanciller.

4

EL COMIENZO

EL PRIMER LLANTO DEL BEBÉ HIZO ECO en los techos altos de la habitación de Lyra. Era costumbre en Vallt que un nacimiento dentro de las murallas del Torreón fuera motivo de celebración, especialmente si coincidía con el primer día de la temporada primaveral. Desde el patio de abajo, lanzaban cohetes hacia la oscuridad de la noche. Un pequeño grupo de personas que se había enterado del bebé decidió salir a festejar, a pesar de la temperatura ártica. Estaban dispersos alrededor de fogatas y de puestos de comida que vendían brochetas de carne a la parrilla y vegetales. Varios hombres estaban sentados en banquillos, tenían tarros de licor casero tan fuerte como el frío y lo bebían como si fuera agua.

Nombraron Jyn a la bebé. Reposaba tranquila sobre el pecho palpitante de su mamá, con el calor y los latidos a los que estaba acostumbrada.

El parto había sido laborioso, pero no difícil. Lyra aguantó como campeona, hasta cuando le gruñía a cualquiera que tuviera enfrente. Estaba pálida y empapada de sudor, pero con todo y eso, se veía en mejores condiciones que Galen, que seguía procesando la experiencia.

Se preguntó a sí mismo si quizá su captura había sido un beneficio. En cualquier otro lugar, él y Lyra estarían rodeados de droides con buenas intenciones pero ninguna humanidad, en un ambiente tan estéril que cualquier forma de vida resultaría contradictoria.

¿Sería extraño sentir *gratitud*?

La Capitana Gruppe nunca llegó con las tijeras y navaja. Era obvio el esfuerzo que hacían para que Galen se pareciera más a sus captores. Estaba varios kilos más delgado y muy desaliñado. Lo habían dejado salir de su celda en cuanto Lyra rompió fuente y lo transfirieron al Torreón sobre un trineo jalado por taqwas, vigilado por dos guardias que supuso lo devolverían a la prisión en cuanto el sueño venciera al llanto del bebé.

La partera que recibió a Jyn y la arropó sacó a Galen de sus pensamientos.

—Puede quedarse con Lyra y el bebé, o darles un momento para reposar.

Lyra asintió para indicar que prefería la segunda opción.

—No sé si tengo fuerzas para irme. —La miró con amor y cansancio.

—No se apure —dijo una de las parteras—, podrá quedarse el resto de la noche.

Galen no ocultó su alivio y se agachó para darle un beso en la frente a Lyra y otro en la cabeza a Jyn. Era una niña preciosa, de buen peso y tamaño, muy saludable según la partera que la revisó. Tenía rizos oscuros y, según Galen, la boca de su madre.

Dos de las parteras amables lo escoltaron hacia la puerta enorme de madera de la habitación. En la habitación de enfrente, lo esperaban sus colegas de Zerpen; Nurboo, Easel, Tambo y los demás lo abrazaron, lo felicitaron, y le dieron palmaditas

congratulatorias en la espalda. Y, por supuesto, lo pusieron a beber. Todos morían por ver a la niña, pero las parteras no se los permitieron (los llamaron «magos desgreñados y sucios del mal», pero en tono de complicidad bromista).

De la nada, llegó un tarro lleno de un líquido viscoso a las manos de Galen, y estallaron los brindis seguidos de tragos y sorbos. A Galen se le subió el trago casi de inmediato, no por sus condiciones deplorables de no haber dormido ni comido en mucho tiempo, sino porque siempre le pasaba lo mismo. Pero en este caso, la luz de las antorchas y las caras de emoción de sus amigos lo nutrían de otras maneras y lo hacían aguantar la bebida.

—Pensé que le ibas a poner Nurboo en mi honor.

—¿Cómo sonaría eso en una niña?

—Para tu información, en Vallt, Nurboo es nombre de niña y de niño por igual.

Galen no lo dudaba. Nurboo, Tambo e Easel eran nombres designados por día de la semana. Toda la población del planeta tenía alrededor de dos decenas de nombres para elegir.

—¿Para el siguiente, quizá? —Nurboo insistió.

—Lo platicaré con Lyra.

De repente, la habitación se quedó en silencio. Galen dio media vuelta; la Capitana Gruppe estaba parada justo detrás de él. La severidad de su expresión se disolvió en una sonrisa honesta; lo abrazó aún más fuerte que los demás y aceptó una jarra de la bebida, que engulló de un solo trago.

Galen sabía que era peligroso sentir afecto por sus carceleros; había intentado todo lo posible para mantenerse a una distancia emocional sana de Gruppe y los demás. Pero hoy lo rebasó la calidez que lo asaltó cuando se sintió en familia. Era irresponsable de su parte, pero había creado un vínculo significativo con los valltii, con sus captores, y hasta con Gruppe.

—No somos enemigos, ¿sabe? —dijo, después de soltar un eructo largo de apreciación a la bebida.

—No es que quiera verla como enemiga, pero los barrotes de mi celda me nublan la mirada.

—Sólo son las circunstancias…

—Lo sé, capitana, pero dicen que a nadie le gusta ser víctima de ellas. —Galen sonrió, pícaro. Ella contestó asintiendo de manera más solemne.

—Hace no mucho tiempo, Vallt era de los planetas miembro de la República. Ahora apoya a los separatistas. Dígame, ¿por qué tendría que pesar un asunto externo entre nosotros?

—Pesa mucho en mi estadía en la prisión de Tambolor.

Los ojos de Gruppe le dieron la razón, a pesar de su renuencia.

—El trato con los separatistas parecía razonable en su momento: apoyo para el golpe de estado a cambio de entregarlo a su custodia. Pero ahora…, no estamos tan seguros de querer perderlo.

«¿Más manipulación?», pensó Galen.

—¿Quiere decir que se encariñaron conmigo?

Gruppe rio.

—Sus colaboradores dicen que han seguido trabajando en su ausencia. ¿Ha considerado trabajar para nosotros, es decir, para Vallt? Podría convertir las instalaciones en una estación de energía para alimentar el Torreón y la ciudad entera.

—No sé qué opine Zerpen de eso.

—Sí, sí, ya leí los términos de su contrato. No puede meterse en temas locales, mucho menos de política.

—Desafortunadamente.

—Pero ¿dónde está Zerpen ahora? ¿Por qué no se han comunicado con nosotros para preguntar por usted?

—¿Están enterados, siquiera?

Gruppe rio y le dio una palmada en el hombro.

—Assis, su droide de laboratorio. Sabemos todo sobre la transmisión ráfaga.

—Entonces no tengo idea de por qué no me han buscado. —Galen frunció el ceño.

—Le repito, no somos su enemigo. No tenemos nada personal contra usted. Nuestra molestia va contra el Senado de la República y Palpatine.

—Yo también tengo esas molestias.

—Entonces ¿cuál es el problema? Quédese, ayúdenos a desarrollar Vallt, críe a su hija lejos de los problemas y del ruido del Núcleo. Sentimos que es uno de los nuestros, sobre todo ahora que Jyn es valltii, un ciudadano legítimo de nuestro mundo.

—Es un buen argumento, capitana.

Le sirvió otro trago a Erso.

—Los rumores dicen que el Tribunal revisará su caso pronto y… —bajó la voz—, es probable que lo exoneren.

Galen la miró fijamente con temor de hacerse esperanzas.

—¿Y luego?

—Podrá salir de Tambolor y reunirse con Lyra y su bebé.

—¿Y podré salir de Vallt? —preguntó con cautela.

—Todavía no puedo prometer nada. Quizá Marshal Phara le conceda un perdón. —Gruppe se encogió de hombros—. Algún día habrá otro golpe, otro líder…, así funcionan todos los mundos, no sólo Vallt.

—El eterno círculo vicioso.

Gruppe resolló y pidió otro tarro.

—Quién sabe, Galen, quizá Dooku o tu Palpatine encuentren una manera de romper el ciclo de una vez por todas.

Dos clone troopers con armaduras blancas escoltaron a Has Obitt desde la ataguía que unía a su pequeño carguero con el Buque de la República. Había pensado en dar la media vuelta y huir cuando apareció en sus escáneres, pero decidió que no era buena idea rechazar la invitación de una nave gigante de guerra que se puso en su camino.

—¿Cuándo sabré a dónde vamos? —se aventuró a preguntar a los clone troopers.

—Cuando lleguemos —dijo el de la izquierda.

—¡Ja! Siempre predecibles, muchachos.

—Así nos hacen —dijo el de la derecha.

Has era nativo de la remota Dressel. Era alto, su piel no tenía pelo y su cutis era arrugado. Tenía un surco craneal profundo que se extendía desde su nariz hasta su gruesa nuca. Algunos humanos decían que su boca era demasiado grande para el resto de su cara, pero que sus ojos tenían alma. El resto de él era suficientemente similar a los humanos como para no incomodarlos en su presencia y viceversa.

Los clone troopers lo guiaron a través de varios corredores anchos y varios giros de noventa grados hasta que llegaron a una escotilla abierta, que flanquearon después de indicarle que entrara.

Adentro había un oficial humano. Era un poco menos alto que Has, pero era muy fuerte y su postura recta compensaba la brecha. Su cabello era castaño claro y los humanos lo considerarían atractivo. Tenía una túnica blanca y pantalones negros metidos dentro de unas botas lustrosas a la altura de la rodilla. Detrás del humano, en la esquina de la bahía de observación, Has logró ver las alas cortas y amplia popa de su nave, y se imaginó qué estaría pensando su nueva tripulación de la situación en la que los metió su capitán.

—Bienvenido a bordo, Capitán Obitt —dijo el oficial.

—Gracias. —Sus nervios convirtieron la palabra en pregunta—. ¿Comandante…?

—Krennic. Es teniente comandante, pero gracias por darse cuenta.

El humano se veía un poco fuera de lugar a bordo del buque con ese uniforme, por lo que Has se permitió a sí mismo relajarse un poco. Seguramente esta era otra de esas veces en las que le pedían información sobre la distribución o movimientos de naves separatistas. Has miró alrededor sin pena alguna.

—Es mi primera vez a bordo de uno de estos —dijo de manera casual.

—¿Y bien?

—Oh, muy impresionante, pero demasiado frío.

—¿Frío por lo austero o por la temperatura?

—¿Austero?

—Severo, incómodo, sin calidez humana.

—Bueno, no he visto suficiente como para coment…

—Quizá podemos arreglar un tour privado cuando terminemos aquí —dijo Krennic, interrumpiéndolo—. Está en venta, de cualquier manera.

La seriedad del tono de Krennic hizo que sonara aún más extranjero.

—Un poco fuera de mi presupuesto, me temo.

—No me diga que no le ha ido bien en los negocios… —dijo Krennic, sorprendido.

De nuevo, la disparidad entre el tono y el mensaje desconcertó a Has.

—Los negocios van bien.

—¿Sólo bien? ¿Me está diciendo que no ganó muchísimo llevando provisiones a Ryloth? ¿Y la entrega de municiones a Hellenah? Seguramente esa movida inteligente de Christophsis le rindió algún lucro…

Has comenzó a responder, pero luego lo pensó mejor y reformuló su oración.

—Está bien, no me da pena admitir cuando he perdido un argumento.

Krennic sonrió.

—Bien por usted, el orgullo es una cualidad sobrevalorada.

—Evidentemente sabe más de mí que yo de usted.

—Es cierto, capitán. Pero emparejemos las cosas, ¿qué le parece? Dígame, ¿qué puedo decirle de mí?

Decidió que no tenía nada que perder y preguntó:

—Supongo que me gustaría saber con qué facción de la República estoy lidiando, porque ese uniforme me dice que esta nave no es suya.

—Qué observador. Estoy con el Cuerpo de Ingenieros.

Has sabía que quizá no era mentira, pero tampoco era la respuesta completa.

—¿Alguna vez ha entregado algo en la estación Regalia? —dijo Krennic.

—Sabe que sí…

—Comenzamos a entendernos. Regalia es mía. Bueno, no *mía*, pero yo fui el jefe de los equipos de diseño y construcción. ¿Ha ido recientemente a Coruscant?

—No, no recientemente.

—Le puedo dar una lista de lugares *míos*, para que visite a la próxima.

Era turno de Has para elegir qué hacer y decidió no aceptar la lista.

—¿Qué quiere conmigo el Cuerpo de Ingenieros? Cuando nos interceptaron, sólo dijeron algo sobre una conversación amigable.

—¿Acaso hemos hecho otra cosa?

Has esperó.

—La cuestión es simple; tengo una propuesta para usted.

Has deseó poder taparse los oídos. Informar era una cosa, pero las «propuestas» siempre resultaban ser un problema enorme.

—Por ahora sólo hacemos trabajos pequeños.

—Yo diría que esto es un trabajo pequeño, considerando cómo suelen ser. —Krennic no quitó el dedo del renglón.

—Mire, comandante…, sólo soy un contrabandista más, como miles en este sector, intentando ganarse la vida…

—¿Has Obitt, haciéndose el humilde? Colaborador constante de los jedi, piloto de reputación sin importar el cargamento, afamado escapista de situaciones imposibles… —pausó un momento y dijo—: ¿Has Obitt, el mismo que hace entregas periódicas a Merj?

Has se mantuvo en silencio.

—Seguramente sabe que Merj es un planeta separatista, capitán.

Has tragó saliva con dificultad e intentó hablar con normalidad.

—No entregamos armas ni mercancía prohibida. Estrictamente equipo y provisiones.

—Sí, sí, puede ser. Sólo quiero saber cómo se entrega esta mercancía tan inocente, es todo.

—No comprendo…

—Imagíneselo paso a paso y cuénteme. Llega a Merj y…

—Control aéreo nos da permiso para aterrizar —comenzó Has—. Aterrizamos, descargamos las provisiones…

—¿Las descargan ustedes mismos o usan droides?

—Nosotros.

—¿Con levantadores?

—Usamos contenedores antigravedad. Dos tripulantes por contenedor, normalmente no más de cuatro por entrega.

—¿De qué tamaño son los contenedores? —Krennic señaló una banca de dos plazas—. ¿Así de grandes?

—Son contenedores de repulsoelevación estándar. Dos metros por uno, uno punto cinco de profundidad.

—¿Los conduce hasta las instalaciones de investigación contiguas al puerto o los guardan en el hangar?

—Las llevamos hasta adentro, ¿por qué…? —Su curiosidad incrementó junto con su ansiedad.

—¿De entrada por salida?

—Normalmente, sí.

—¿Cuánto personal hay en tierra?

Empezaron a formarse perlas de sudor en las arrugas de la frente de Has, pero logró contenerse para no limpiárselas.

—¿En el puerto? Seis, a veces ocho o diez.

—¿Inspeccionan los contenedores?

—Por lo general, no —dijo Has, esperando que terminara rápido el interrogatorio—. O por lo menos, no últimamente.

—¿Ni cuando se van?

—¿Por qué habrían de hacerlo?

—¿Sí o no?

—Al principio sí, sí los inspeccionaban. Ahora que nos conocen, no —Has dijo, con más fuerza de la que pudo controlar.

—Muy bien, capitán. —Krennic sonrió con ganas otra vez—. Bien, a mí y a un par de mis camaradas nos gustaría ser miembros de su tripulación…, de manera provisional, por supuesto.

Has sintió que el corazón se le sumía hasta el estómago. Apretó sus labios regordetes.

—Comandante, lo de Merj ha sido una buena relación de negocios para mí. No quiero hacer nada que arriesgue algo que me tomó tanto tiempo construir.

—No quiere arriesgar su popularidad con los separatistas, más bien.

Has hizo lo posible por aclarar sus palabras.

—Procuro no tomar partidos, sólo soy…

—Un contrabandista más, sí, ya pasamos por eso. Pero digamos que puedo ofrecerle que, a cambio de sus servicios, la República esté dispuesta a hacerse de la vista gorda con sus actividades más cuestionables.

No era la primera vez que le hacían esta oferta, pero Has supo que esta vez no habría opción de rechazarla.

—Carta blanca para evitar la cárcel, ¿entendí bien?

—Figúrese que siempre estaremos demasiado ocupados como para meternos en su vida.

—¿Y si decido no aceptar la oferta? —preguntó lo que quería evitar.

—Entonces tendremos que hablar con su familia.

—¿Para convencerme?

—No, para que intenten reconocer sus restos. —Caminó hacia él y dijo—. Seguramente se pregunta en qué demonios se metió.

—¿Usted no lo haría?

—Las ligas mayores, Has. Las ligas mayores.

5

PRISIONEROS DE LA FORTUNA

CUANDO HAS OBITT LE DIJO A KRENNIC que él y su equipo selecto tendrían que usar transpiradores en Merj, Krennic supuso que los vapores cáusticos del laboratorio morseeriano eran tóxicos y nada recomendables para la salud. Pero esa no era la verdadera razón.

—Los morseerianos respiran metano —explicó Has.

Krennic se reprochó a sí mismo no haber pensado eso, pero tuvo que decidir que las máscaras no afectaban el estatus operativo de la misión. No sólo eso, sino que las máscaras resultarían ser el factor más importante para su éxito.

Has también le informó a Krennic que los morseerianos no distinguían rostros humanos, así que no podrían reconocer a los clone troopers infiltrados. Sin embargo, no esperaba que el equipo de Krennic estuviera conformado de soldados de operaciones de inteligencia de la República, en lugar de clones. Quizá los miembros del Cuerpo de Ingenieros recibían solamente entrenamiento básico; a Krennic no le gustaría recibir órdenes de algún clon. Como fuera, los operativos que eligió el teniente comandante eran antiguos Judiciales de la República que habían participado en incontables misiones de pacificación antes de la guerra, así como muchas misiones de movilidad desde entonces. El grupo de seis estaba liderado por un coruscanti joven llamado Matese. Era un francotirador de renombre y experto en demoliciones. Puede que haya sido responsable del asesinato de varios objetivos altamente valiosos en el Núcleo, puede que no. Era alto, musculoso, y con el sentido del humor de una planta, pero Has observó que jamás cuestionaba las órdenes de Krennic y que era evidentemente capaz de lograr cualquier trabajo.

Has no había hecho las paces con que lo convocaran al servicio de la República, a pesar de que Krennic le aseveró que no esperaba más que una pequeña e insignificante colaboración. Su tripulación estaba aún más inconforme con lo del reemplazo temporal, hasta que Krennic malversó suficientes fondos como para pagarles un par de semanas estándar de «descanso y recuperación» en Ralltiir, donde se hizo el intercambio de personas.

El *Good Tidings*, el carguero ágil y hábil de Has, era perfecto para esquivar bloqueos. Estaba equipado con un hiperimpulsor de clase dos y un par de cañones láser que se usaban poco, pero se mantenían meticulosamente. Krennic lo inspeccionó detalle a detalle y al abordar le hizo un escaneo con sensores. Se sintió aliviado al presenciar en vivo la pericia con la que Has manejaba al *Good Tidings* tras décadas de pilotearlo y, cuando vio la relación tan cordial que Has mantenía con los agentes de control del puerto aéreo, se convenció de que era un contrabandista de lo más confiable.

El cargamento eran reactores químicos, equipo de laboratorio y virus vivos en frascos empacados al vacío. Iba oculto en los interiores acolchados de los contenedores antigravitacionales; la tripulación debía guiarlo por la aduana hacia el complejo de investigación separatista.

Krennic había expresado su preocupación de que una tripulación sólo de humanos levantaría sospechas entre los agentes de aduana e inmigración, pero Has le aseguró que ya lo había hecho antes, que no tenía por qué ponerse nervioso. De hecho, los oficiales morseerianos (bípedos de cuatro brazos con piel transparente y cabezas de cono cubiertas de escamas de colores) no hicieron más que echarle un vistazo rápido a los manifiestos de embarque y golpetear uno de los contenedores con los nudillos. Una vez que pasaron la aduana, los ocho miembros del grupo condujeron las cajas a través de puertas herméticas cerradas y hacia un corredor ancho que daba al complejo de investigación. Krennic felicitó a Has por haber sabido exactamente cuántos oficiales esperar y haber descrito perfectamente el área de llegadas. Le dijo que la realidad era casi idéntica a la imagen mental que se había hecho.

Pero, por desgracia, toda la perfección de su entrada no hizo mucho por calmar los nervios implacables de Has.

A medida que se adentraban más y más en el complejo, empezaron a aparecer holoseñales en varios idiomas, incluyendo el básico. Los letreros advertían a los visitantes que no entraran en áreas restringidas con riesgo de contaminación.

El destino de los contenedores era el laboratorio de investigación biológica, en donde tres científicos separatistas supervisaban la creación de un agente de infección para el ejército de clones. Al fin, se abrió el último par de puertas selladas y entraron a la habitación donde los esperaba un trío de morseerianos, impacientes por desempacar la entrega que trajo Has desde el otro lado de la galaxia. Sacaron los objetos de sus espumas protectoras, entusiasmados, y manejaban todo como si fuera un bebé recién nacido.

—¡Qué maravilla! —dijo uno de ellos en básico, gesticulando con su par superior de brazos—. Lograste conseguir el Saloflex…

—Ochenta y nueve por ciento puro —dijo Has a través del enunciador de su máscara.

—Perfecto, Has. Como siempre, tu profesionalismo es impresionante.

Has hizo un gesto detrás de su máscara. Podía sentir los ojos de Krennic encima; era justo lo que el teniente comandante no debía escuchar: que a los separatistas de Dooku les parecía impresionante cómo les cumplía Has Obitt.

Los comandos tomaron su posición mientras los morseerianos se distraían desempacando. Matese dio una señal sutil para que uno de los miembros del equipo activara un microdispositivo que desactivó las cámaras de seguridad, mientras que otro prendió un mecanismo detonante implantado en su muñeca. En cuanto estuvieron listos, el más alto de los tres morseerianos halló la sorpresa de Krennic: un cilindro más pequeño que un extintor, equipado con una sola válvula.

—¿Qué es esto? —el virólogo alienígena le preguntó a Has—. Eso no estaba en el manifiesto.

—Lea con cuidado —dijo Has—. Nosotros sólo subimos el cargamento.

Otro morseeriano inspeccionó el dispositivo con sus manos inferiores y miró detenidamente a Has.

—Capitán, ¿qué está pasando aquí?

Has sintió en el tímpano el chillido agudo y ondulante de gas que salía a presión, y vio el contenedor exhalar una nube blanca neuroparalizante. El cuarto se cubrió de niebla y los morseerianos quedaron inmóviles. Uno de ellos intentó sonar una alarma con desesperación, pero Matese lo agarró antes de que pudiera moverse. Los otros dos investigadores sólo cayeron al piso. Los comandos entraron en acción de inmediato; arrancaron la espuma protectora de los contenedores y luego obligaron a los investigadores a meterse poco a poco en los contenedores vacíos, como si los fueran a enterrar.

—Tenemos que darles metano en cuanto aborden la nave —dijo Has—, o morirán.

Krennic ignoró la advertencia con un gesto de la mano.

—Los contenedores están modificados para imitar la atmósfera. Tendrá que ser suficiente por ahora.

—¡Este no cabe en el contenedor! —dijo uno de los comandos.

—Dóblalo —ordenó Matese.

—¡Dijeron que nadie saldría herido! —Has intervino.

Krennic le sostuvo una mirada penetrante y lo quitó del camino.

—Sólo obedece, Has. No se va a romper.

Has aguantó la lengua y no dijo nada más. Obedecer era justo lo que no quería hacer, era la razón por la cual se había hecho contrabandista en primer lugar. Siempre había jugado con sus propias reglas, ahora seguía órdenes.

A la señal de Krennic, el equipo regresó los contenedores por donde llegaron: pasando puertas corredizas y corredores hasta que llegaron al área de aduanas. Estaban a metros de la salida y de la zona de aterrizaje, cuando uno de los agentes de aduana señaló el último contenedor, el que tenía al morseeriano doblado.

—Hay algo colgando de ahí —dijo el agente, y de repente se dio cuenta de que era una mano con tres dedos. De inmediato, desenfundó un arma de aspecto intimidante y le apuntó a Matese—. Ábrelo.

Pero, para cuando terminó de emitir la palabra, Matese ya se había puesto en movimiento. De un golpe a la tráquea, silenció al morseeriano antes de que dijera otra cosa. El resto de los agentes fueron rápidos en reaccionar, los comandos se aventaron detrás de los contenedores para protegerse. Se dispararon las alarmas y comenzaron a llegar morseerianos armados hasta los dientes desde un corredor del edificio contiguo.

Has se puso pecho tierra; sobre su cabeza volaron rayos de luz que rebotaban en donde golpeaban. Los comandos abrieron fuego con una hueste de armas que habían ocultado bien. Has vio a tres agentes de aduana azotar contra el piso, llenos de hoyos por todo el cuerpo. La voz de Krennic retumbó en sus oídos.

—¡Cambio de planes! ¡Nos las tendremos que arreglar con dos!

Has no entendió a qué se refería, hasta que vio a Matese empujando el contenedor pillado hacia un grupo de agentes que avanzaba a toda velocidad. Sin aviso alguno, el resto de los comandos se abalanzó hacia la pista de los hangares y un destello cegador borró el color del mundo alrededor por un segundo.

La carga explosiva del contenedor antigravitacional convirtió a media decena de morseerianos en carne picada. El resto quedó malherido o inconsciente. Has sobrevivió, pero la explosión lo noqueó, y cuando despertó vio a Matese y a Krennic arrastrándolo hacia la nave mientras el resto del equipo metía los dos contenedores sobrantes a la bahía de carga del *Good Tidings*.

—… nadie herido —Has balbuceó y Matese lo depositó sobre una pila de objetos en la cubierta helada de la bodega—. Se supone que nadie saldría herido…

Lo último que vio antes de perder la conciencia fueron los ojos de Krennic brillando sobre el transpirador.

—Ay, la naturaleza impredecible del engaño… —Krennic habló a través del micrófono de su máscara—. Lo felicito, Has. Hoy se inauguró como agente de la República.

En la madrugada, las damas de compañía llegaron a despertar a Lyra y le dijeron que tenía órdenes de salir del Torreón inmediatamente. Ninguna sabía decirle por qué, dos de ellas lloraban sin control. Lyra se vistió mientras una de las valltii envolvió a su bebé de seis meses en cobijas, la besó y se la entregó a su madre. Les dio un abrazo a ambas y las dejó llorando al pie de las escaleras. Dos guardias la escoltaron hacia abajo. Afuera, el sol brillaba más alto en el cielo que hacía un mes, pero el viento del norte se sentía helado. Lyra tembló mientras la subían al transporte.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó. Como no esperaba ninguna respuesta, se sorprendió cuando el guardia le contestó.

—A la prisión de Tambolor.

El corazón le golpeó el pecho. ¿Sería una transferencia? ¿Los meterían a todos a la cárcel porque Galen se negaba a jurar lealtad al nuevo régimen? Peor aún, ¿quizás habrían ejecutado a Galen? ¿Los ejecutarían a todos?

La incertidumbre se apoderó de ella. El transporte traqueteó por las calles de la ciudad hasta que la prisión se hizo visible, yerma y fría. Llevaba tanto tiempo viéndola desde su ventana, que estar frente a ella se sentía irreal, como una pesadilla.

Se abrieron los portones y detrás de ellos estaba Galen, flanqueado por dos guardias de prisión, más delgado de lo que Lyra querría admitir, y con una barba de babero. Pero los guardias no hicieron esfuerzo alguno por retenerlo cuando corrió hacia ella y las abrazó a ambas por largo rato.

—Soñé mucho este momento —dijo, y se separó de ellas para contemplarlas—. Déjame sostenerla.

Lyra le pasó a Jyn. Galen removió las capas de tela que cubrían su cara y, al verla, sonrió la sonrisa más amplia que Lyra había visto en todo su tiempo de conocerlo. Jyn se acomodó en sus brazos.

—Se acuerda de su papá —dijo Lyra.

—Está hermosa —respondió Galen, viendo su carita con ternura—. Sus ojos cambiaron de color.

—Tienen rayos de color. —Asintió Lyra.

—Es polvo de estrellas, amor.

—Galen, ¿qué está pasando? —Lyra se atrevió a romper el momento y preguntar—. ¿Por qué estamos aquí? ¿Nos van a…?

—No lo sé, no me han dicho nada. Me sacaron de mi celda antes del amanecer.

—A nosotras también. Eso me preocupa…

—No te preocupes. —Le mostró las manos sucias—. Mira, no tengo ataduras. Nadie me ha apuntado un arma en todo el día.

A Lyra no le sonó reconfortante.

—¿Podrían transferirnos a una prisión peor? ¿Existe algo peor?

Antes de que pudiera contestarle, uno de los guardias les ordenó que se subieran al transporte. Así lo hicieron; los conductores les dieron un latigazo a los líderes de la manada taqwa y todos avanzaron de prisa. Las ruedas de madera del transporte crujían cada que golpeaban un bache; el movimiento brusco y violento de los asientos hizo que Lyra se mordiera la lengua por accidente. Cuando Tambolor quedó atrás, Galen se asomó para ver alrededor.

—Vamos hacia el puerto espacial.

—¿Crees que…? —Lyra abrió los ojos con sorpresa.

—Todavía es muy pronto para creer nada.

Lyra contuvo el aliento al contemplar la estación circular de aterrizaje que aparecía poco a poco en su campo de visión…, junto con cincuenta o más droides de combate separatistas formados a la orilla del campo, recibiendo instrucciones de un koorivar de cuerno alto y uniforme suntuoso.

—Así que Phara cambió de opinión sobre lo de entregarme a Dooku… —Galen dijo, anonadado.

Lyra hizo lo posible para no soltarse a llorar. De una prisión a otra. ¿Qué querían los separatistas? ¿Usarlas para presionar a Galen y obligarlo a unirse a esta guerra?

Frente a los droides de combate había varios jinetes taqwa al mando de la Capitana Gruppe, ataviada con su uniforme café de siempre, y un gorro con orejeras cubriendo sus trenzas. En cuanto Galen y Lyra bajaron del carruaje, Gruppe desmontó y se acercó a ellos.

—Siento mucho tener que dejarlos ir.

—Yo siento varias cosas en este momento —dijo Galen con una mezcla de ira y decepción—. Me dio a entender que retirarían los cargos y nos iríamos de aquí.

—Entendió mal. —Gruppe sonrió.

Como si esas palabras hubieran sido la señal, una nave comenzó a descender desde lo alto hacia la zona de aterrizaje. La resguardaba de cerca una decena de sky-kings entrenados para destruir drones de vigilancia y demás naves insignificantes.

El koorivar dio una orden casi inaudible y los droides de combate se cruzaron los rifles a la altura del pecho.

Galen intentó divisar el emblema que portaba el carguero ligero en la parte inferior.

—¡Zerpen!

—¿Desde cuándo Zerpen trae naves así de usadas? —Lyra protegió sus ojos de la luz para ver mejor. Galen ignoró la pregunta.

—¡Sabía que no podían dejarnos así!

Lyra sacudió la cabeza como para asegurarse de no estar soñando. Abrazó fuertemente a Jyn mientras la nave de Zerpen se posaba sobre sus trenes de aterrizaje y les aventaba a todos arena en la cara. Se abrió la rampa de abordaje; una figura solitaria en un traje ambiental blanco con el logotipo de la compañía descendió a la plataforma.

Cuando Lyra reconoció a la figura, sintió que la mandíbula se le caía hasta el piso. Volteó a ver a Galen quien también estaba boquiabierto.

—¿Orson Krennic? —dijo ella en voz baja.

Galen asintió, incapaz de decir palabra o de mirar hacia otra parte.

—Pero…

—Tenemos que jugarle al tanteo. No hay más.

El comandante koorivar y la Capitana Gruppe se acercaron a Krennic primero; los tres pasaron un momento en silencio midiendo la situación antes de hablar.

—¿Quién de ustedes está a cargo? —preguntó Krennic.

—Marshal Phara me autorizó encargarme de este asunto.

—¿Y tú? —se dirigió al koorivar.

—Estoy aquí para asegurarme de que se cumplan los términos del acuerdo.

Krennic bufó y dio unos pasos hacia la rampa de abordaje.

—Por favor, traigan a nuestros invitados —ordenó hacia el interior de la nave, de donde salieron un humano musculoso con el mismo uniforme de Zerpen; un par de humanoides de cuatro brazos muy nerviosos, con máscaras de respiración y trajes ambientales; y un dresseliano igual de nervioso, con ojos enormes que miraban por todas partes. El humano llevó a los humanoides hacia donde esperaban Gruppe y el koorivar.

El comandante separatista evaluó a los humanoides.

—Identifíquense.

—Soy el Doctor Nan Pakota —dijo el más alto—. Este es mi colega, Urshe Torr.

—Necesito más confirmación. —Gruppe volteó hacia Krennic.

Krennic sacó un datapad de entre sus bolsillos y se lo dio a Gruppe con la pantalla prendida.

—¿Satisfecha? Es más, quédeselo.

Gruppe asintió y el koorivar aprobó la transacción. Se guardó el datapad en el abrigo y señaló hacia donde estaban parados Galen y Lyra.

—Supongo que no hay necesidad de presentarlos.

Krennic sonrió y caminó animosamente hacia ellos. Le ofreció la mano a Galen y dijo:

—Doctor Erso, me alegra verlo con buena salud. —Se volteó hacia Lyra sin dejar de apretar la mano de Galen—. Y usted, señora Erso, qué gusto verla, ¿esa es la bebé?

Lyra abrió la boca para responder pero no emitió sonido alguno.

—¿Puedo asomarme?

Su madre le destapó la cara brevemente para que la viera.

—Qué hermosa, ¡es idéntica a usted!

Krennic retomó su tono de negocios y regresó hacia donde estaban Gruppe y el koorivar.

—En nombre de industrias Zerpen, debo decir que este incidente ha sido lamentable, empezando por que la República secuestrara a sus investigadores separatistas. Por suerte, estuvimos en posición para negociar su liberación, al igual que la del Doctor Erso y su familia, que nunca debieron ser sometidos a ninguna especie de trato indigno, mucho menos al de la prisión.

—La guerra da pie a toda clase de comportamiento indigno. Pero no hablo sólo por mí cuando digo que ha sido un privilegio conocer a Galen Erso; de verdad espero que él y Lyra puedan perdonar nuestra falta de hospitalidad.

—Sigo intentándolo —dijo Galen.

—Recuerde que Jyn es un ciudadano de Vallt —dijo Gruppe.

Los ojos de Krennic se entrecerraron con desprecio.

—Prepare la nave, capitán —le dijo al dresseliano mientras subía la rampa—. Entre más rápido salgamos de este planeta miserable, mejor. —Le hizo un gesto a Galen para que lo siguieran hacia adentro—. Doctor Erso, ¿serían tan amables de apresurarse a abordar?

—¡Espero que todos sus viajes rindan fruto! —gritó la Capitana Gruppe, y la plataforma se cerró detrás de ellos.

Una vez adentro, Krennic jaló a Galen para darle un abrazo.

—¡Qué bueno verte después de tanto tiempo!

—Orson, no entie…

—Luego. Te explicaré todo a su debido tiempo, ahora hay asuntos más importantes que atender —dijo, y le dio un apretón a sus brazos.

Pasaron a la cabina principal, donde tres humanos con cortes casi al ras estaban sentados en varias estaciones de trabajo. Todos miraban con atención a Galen y a Lyra mientras se amarraban los cinturones de uno de los sillones de aceleración. Lyra protegía a Jyn en un abrazo.

—Contacta al Comandante Prakas en cuanto despeguemos —le dijo Krennic al técnico del comm mientras se acomodaba en su lugar—. Dile que sólo espere a que salgamos del pozo.

El carguero salió disparado hacia el cielo pálido de Vallt. Galen miró hacia las ventanas de estribor de la cabina y vio aparecer estrellas.

—¡Prepárense para acción evasiva! —advirtió Krennic.

Galen vio un cambio repentino en el campo de estrellas, seguido por un vistazo de una nave de guerra separatista repleta de armas. De pronto, el cielo que se oscurecía cada vez más se iluminó con el fuego cruzado de disparos láser.

—¡Honrar los términos del intercambio! Sí, cómo no —gritó Krennic.

El carguero se sacudió por los disparos; Lyra presionó a Jyn contra su pecho. Un destello como de supernova saturó la habitación; el carguero rodó sobre estribor, completamente cernido de escombros.

—¡Agárrense! —gritó Krennic por encima de los gritos de Jyn—. ¡Quizás haya más enemigos en el área!

Galen protegió a las chicas con el brazo, se asomó de nuevo hacia estribor y vio un Buque de la República con forma de daga aparecer desde el hiperespacio. De forma simultánea, surgió una voz desde la bocina de la estación comm.

—Teniente comandante, estamos en posición.

Krennic giró hacia la consola.

—Justo a tiempo, Prakas. Había droides y una nave Settie en la superficie, aunque puede que ya esté en el aire. Cuando acabes con ellos, destruye el Torreón.

—¡Orson, no! —dijo Lyra, angustiada—. ¡Se acabó, tú ganaste…!

—Todavía no —dijo Krennic, mirando hacia Galen, no hacia ella—. Un golpe así le daría a las legiones aliadas a la República la oportunidad que merecen para reclamar el poder. Además, le prometimos a Zerpen devolverles sus instalaciones.

—Son inofensivos, Orson —dijo Galen—. Separatistas o no.

—Quizá. Pero estamos en guerra, y ellos son del bando equivocado. —Krennic contestó, condescendiente.

Galen seguía temblando cuando saltaron al hiperespacio. Pensar en que Gruppe y los demás arderían bajo bolas de fuego estelar lo desarmaba por completo. Lyra debía sentirse igual de abatida, pero no lograba mirarla a los ojos para confirmarlo.

Krennic se liberó de su arnés, arrancó el logotipo de Zerpen de su túnica y lo aventó al suelo.

—¡Tenemos que ponerte carne en los huesos! —dijo mientras caminó hacia Galen—. Pero creo que podría acostumbrarme a la barba, ¿eh? —Después volteó hacia Lyra—. Y la niña…

—Jyn.

Krennic lo repitió sólo por repetir.

—¿Está saludable?

—Mucho.

—Bueno, por lo menos algo puede decirse de los valltii.

—Se puede decir mucho de los valltii, Orson —dijo Galen.

—Me lo contarás en su momento. Ahora es tiempo de una explicación. —Se sumió en una silla desde donde podía verlos a ambos—. Zerpen se rehusaba a negociar con el nuevo régimen de la ahora difunta (con suerte) Marshal Phara. Los cargos de espionaje en tu contra los ponían nerviosos, ellos no tenían idea de si eras un agente de la República o no. Ya sé que suena cruel, pero ya sabes cómo son estas corporaciones, les importa el dinero, no la gente. En fin, naturalmente, la República intervino. Zerpen aceptó que nos hiciéramos pasar por sus emisarios si eso lograba que les devolvieran sus instalaciones más rápido.

—¿Esto fue un operativo de la República? —preguntó Galen con incredulidad evidente.

—Lo fue. Estoy en verdad sorprendido de que Dooku no haya enviado más tropas para observar el intercambio, pero no me voy a quejar de un poquito de buena suerte inesperada.

—Orson, no sé cómo agradecértelo —dijo Galen con la cara blanca de asombro.

—Bueno, no podíamos permitir que el Doctor Erso se enmoheciera en prisión, en un planeta desolado. —Krennic sonrió con empatía—. No me imagino lo que les pasó, la posición en la que estabas…, tuve que tomar esta decisión por ti. Espero que no me lo tomes a mal.

Galen sacudía la cabeza, intentando medir la dimensión de lo que sucedía.

—Pero todos estos recursos, ¿sólo para liberarnos? No es lo correcto…

—Estás siendo ridículo, Galen. Además, esta operación surgió de lo más alto de la cadena de mando.

—Ni siquiera tenía idea de que alguien en el poder supiera de mí. —Galen parpadeó.

—Cuando les expliqué quién eras y qué había pasado, mis instrucciones fueron hacer todo lo posible para liberarte.

—Pero sigues con el Cuerpo de Ingenieros, ¿qué no?

—Claro, pero mis obligaciones se han diversificado de manera considerable. Se necesitan estaciones espaciales, armamento, una flota…

—¿Y destrozar el Torreón era parte de tus obligaciones? —Lyra no titubeó.

—Digamos que el Canciller Supremo se sentía incómodo con la colaboración de Vallt con los separatistas.

Lyra le sostuvo la mirada hasta que él miró hacia otra parte. Galen exhaló fuertemente.

—Intentamos evitar inmiscuirnos en todo esto y ahora mira dónde estamos.

—Tú no le hiciste nada malo a Vallt, Galen.

—Esto es como si lo hubiera hecho.

Krennic entrecerró los ojos.

—Si quieres azotarte por esto, bueno, no puedo detenerte. Pero entre más rápido te acostumbres al mundo real, mejor.

—¿Qué significa eso? —dijo Lyra en el mismo tono desafiante.

—Significa que la guerra se termina cuando alguien gana, y estamos determinados a terminar esta guerra.

—¿Y los perdedores no importan? —preguntó Galen.

—Hasta cierto punto, ellos pueden decidir —suspiró Krennic.

Los tres estuvieron un rato en silencio, hasta que Galen preguntó:

—¿Vamos hacia Coruscant?

Krennic se levantó de su silla y asintió.

—Sí. Pero quiero que vean algo primero.

Has hizo que el *Good Tidings* saliera del hiperespacio a una distancia segura de Grange y soltó el cinturón de su asiento.

—¿Puedes encargarte de esto? —le preguntó a Matese, en el asiento del copiloto.

—Lo intentaré, Obitt —respondió con sarcasmo.

Krennic había mencionado que Grange era el planeta de origen del científico, y Has tenía curiosidad de ver su reacción hacia lo que estaba a punto de enfrentar. Cuando llegó a la cabina principal de la nave, los tres presenciaban atónitos la batalla que rugía por todos lados del planeta, desde el mirador de estribor. Naves republicanas y separatistas se atacaban con todo su poderío sobrevolando la superficie parda y verduzca de Grange. Las explosiones florecían en el espacio, y a lo largo de la curva estrellada del planeta agrario.

Has notó que la mano derecha del científico parecía escribir cosas en el aire. No estaba bien de salud después de varios meses estándar de encierro, y ver la destrucción de Grange era el golpe que faltaba para que colapsara.

«Justo como Krennic planeaba», pensó Has.

—Tu planeta natal lleva dos meses estándar bajo asedio —explicó el comandante—. Desafortunadamente, no podemos arriesgarnos a acercarnos sin tener que involucrarnos. La República despachó a todos los elementos que tenían para enviar, pero los separatistas tenían muy buena ventaja. Ahora nos están dando nuestras propias cabezas de recuerdito.

—¿Por qué Grange? Grange no tiene nada.

Has perdió la cuenta de cuántas veces escuchó a Galen preguntar lo mismo, y la respuesta siempre era la misma.

—Grange tiene recursos. Está bien situada para poner puntos de salto hiperespacial hacia sectores remotos, por ejemplo. Para el Conde Dooku, sólo importan las cifras; entre más planetas agrega a la Confederación, más debilita a la República. Ningún planeta está exento, ni siquiera el tuyo.

—¿Está así de mal por todas partes? —Erso estaba devastado.

—Peor —contestó Krennic.

Lyra lo fulminó de inmediato con la mirada.

—Y no tuviste ningún miramiento para contribuir a esto en Vallt.

Krennic no respondió. Has sonrió para sí mismo, pasmado por las agallas de Lyra. Si se pelearan a puño limpio, quizá le habría apostado a ella.

—Los separatistas no triunfarán, es cuestión de tiempo —dijo Erso.

Krennic respondió sin apartar la vista del horror.

—La República está haciendo todo lo posible con sus recursos, pero los diseñadores del Gran Ejército no supieron prepararse contra todo; frecuentemente nos vemos rebasados en número o en armas. Tenemos un número limitado de clones contra lo que parece un número infinito de droides.

—¿Y los jedi? —preguntó Lyra.

—Hacen lo que pueden, como nosotros. Pero recuerden; Dooku es uno de ellos, y es un oponente astuto. A veces parece que nos lee la mente, o que adivina todo correctamente. A pesar de esto, muchos planetas del Núcleo y del Borde Medio están comprometidos con preservar la República. Varios fabricantes de naves se dedican a darle al Gran Ejército naves y equipo de avanzada. Desafortunadamente, la investigación y el desarrollo no progresan como nos gustaría. Entre más permitimos que se prolongue la destrucción, más víctimas inocentes caen. Si no ganamos lo más rápido posible, la galaxia entera enfrenta su muerte.

—¿Qué va a pasar con Grange? —preguntó Erso.

—Me atrevo a pensar que la República se retirará antes de sufrir más pérdidas, y Grange caerá en manos de los separatistas.

Erso retrocedió de la ventana.

—Ya no puedo ver esto.

Has miró a Lyra seguir a su esposo y detenerse detrás de él. Ella quiso decirle algo, pero el bebé empezó a hacer ruido y a incomodarse en sus brazos, y Erso volteó inmediatamente a verla.

—Tiene hambre —dijo Lyra—. Me la llevaré para que coma tranquila.

Has se hizo el ocupado en la estación del comm para poder seguir escuchando la conversación. Krennic esperó deliberadamente a que Lyra saliera de la habitación para decir:

—Perdón por traerte aquí, Galen, pero debías verlo por ti mismo. Ignorarlo no va a lograr nada. Tu hogar cayó en el conflicto; hay miles de personas sufriendo.

«Gran táctica de Krennic», pensó Has. Era brillante manipular a Erso para que se involucrara de manera voluntaria en la guerra. Pero Krennic no lo conocía lo suficiente.

—Justo por esto no quiero nada que ver con la guerra —dijo Erso sin moverse.

—Creo que no estás pensándolo bien, Galen. Tú crees que estás muy lejos de todo, pero no lo estás. ¿Sabías que Industrias Zerpen es una de las compañías que trabaja para ambas partes? —Krennic señaló a Has—. Pregúntale a nuestro capitán, él sabe.

Has asintió porque sabía que era inútil mentir frente a Krennic.

—He entregado algunas cosas de parte de Zerpen a planetas de ambos lados, sí.

—Ya lo ves —dijo Krennic, orgulloso de sí mismo—. Si te importara de verdad quién paga tu investigación, estarías ahora mismo con un picahielo buscando kyber, no

alegando que eres muy neutral, parado en un laboratorio sintetizador multimillonario de los traidores para «la causa». —Krennic se dirigió hacia Obitt—. Mira lo que le pasó a nuestro capitán aquí presente; pensó que podía desentenderse de todo y ahora está obligado a tomar partido.

—Obligado, sí —le reiteró Has a Erso—. El comandante elige qué detalles les cuenta, pero sí, es verdad lo que dice. Un día estás haciendo lo tuyo, y al día siguiente estás cumpliendo las órdenes de alguien más.

Erso no entendió el trasfondo, pero Krennic bufó una pequeña risa y se acercó más a Galen.

—Eso fue justo lo que te hicieron los valltii, ¿no?

—Intentaron, pero preferí quedarme en prisión.

—¿Y lograste mucho haciendo eso?

Erso dejó muy claro que la pregunta lo ofendió.

—Por lo menos podía vivir con mi decisión. —Hizo un gesto vago hacia donde estaba su planeta en llamas—. Todo esto no hace nada más que reforzar mi postura ante la guerra.

—Mira, Galen, el propósito de traerte aquí no es alterar tu postura. Sólo quiero abrirte los ojos a la verdad. Llevas más de un año estándar en un planeta enemigo, y el gobierno interino de Coruscant cambió mucho en ese tiempo. No esperes que te reciban con los brazos abiertos.

6

VÍNCULOS

JYN SE QUEDÓ DORMIDA DESPUÉS DE COMER. Lyra escuchaba a Galen y a los demás hablar en la cabina principal y se alegró de no participar en la conversación. Ella creía que los gobiernos de toda índole sólo servían para hacer creer a sus seguidores que estaban arreglando el caos de la galaxia, perfeccionando el universo…, pero sólo la Fuerza era perfecta. Para los seres comunes y corrientes, la vida no es más que un equilibrio entre orden y caos, día y noche, luz y oscuridad.

Su admiración por la Fuerza se originó en su profundo amor a la naturaleza. Se consideraba fuerte e intuitiva, y entendía que sus atributos no eran extraordinarios como los de un jedi; sin embargo, seguía las enseñanzas de la Orden sobre la generosidad, la compasión y la resolución pacífica de cualquier conflicto. En varios planetas había experimentado una conexión con el universo que sólo podía ser descrita como trascendental. Sí, era posible que esos momentos derivaran de meras creencias y sensaciones, pero eso no le importaba: si no podía *usar* la Fuerza, podría por lo menos *sentirla*, y eso le parecía suficiente. Había llegado el momento de comprobar si la Fuerza era capaz de triunfar sobre el poder del mal que había convertido a la República en un conflicto irresoluble. ¿Prevalecerían los jedi, o se establecería la oscuridad hasta en el más brillante de los planetas?

Quizás Orson tuvo razón en mostrarle Grange a Erso. Durante su tiempo en Vallt, habían logrado ignorar la guerra, concentrarse en la investigación mientras su bebé crecía como si fuera un cristal brillante. Pero era imposible ocultar la cabeza en la nieve para siempre. Ahora que regresarían al Núcleo, lo más importante era entender todo lo que sucedía y cómo sucedía…, la «verdad», según Krennic.

Grange nunca fue un planeta próspero, pero hace sólo cuarenta años era aún menos que eso: era un campo despoblado. Galen fue hijo único en un vecindario pobre de una de las ciudades principales. Su padre era comerciante de suministros de su propia cosecha; su madre, maestra de preescolar. De orígenes humildes, se podría decir. Aun así, cuando su madre reconoció que Galen tenía talento, juntó todos los créditos que pudo ahorrar para mantener su cerebro ocupado cuando no estaba en la escuela. Primero le dio un sintetizador musical que Galen dominó de inmediato, luego, un juego de química, y después, todos los datacrones que podía comprar. Cuando tenían un par de créditos de sobra, se suscribían a un servicio de HoloNet para que su hijo tuviera un entendimiento más amplio de la inmensa galaxia, para que supiera que la vida iba mucho más allá de Grange.

Sus esfuerzos dieron frutos. Para cuando entró a la secundaria, Galen ya era excelente en matemáticas y ciencias, y sus maestros lo describían como un prodigio. Aprendía idiomas y trucos de magia sólo para pasar el rato, y terminó por construir su propio

transceptor primitivo de HoloNet. Pero lo más impresionante es que postulaba teorías y fórmulas antes de que se las enseñaran, y a veces resolvía problemas matemáticos de formas excéntricas que rebasaban su entendimiento académico. En varias ocasiones, sus respuestas impactaban a los profesores, y fue uno de ellos quien lo postuló al Programa de Promesas del sector de Grange, y después de Coruscant.

Para algunas mujeres era traumático que un hijo se les fuera al Núcleo, pero la madre de Galen no cabía de alegría. Consideró que era destino de ambos que su hijo se codeara con la crema y nata de los intelectuales de la galaxia. Después de todo, nació bajó un arcoíris; Grange no le ofrecía nada más que hacerlo comerciante como su padre. El señor Erso no aprobó la invitación de Coruscant, y al principio Galen tampoco; sentía que no tenía por qué presumir su inteligencia o recibir educación de científico. Tenía la galaxia entera en la cabeza. No tenía nada en contra de ser comerciante, podría explorar la vida y el mundo material como quisiera, y sus ideas no tendrían límites para llegar a donde quisieran, sin rendirle cuentas a nadie.

Era buen conversador, pero sólo por timidez de que la gente le preguntara cosas. Temía más la atención que el fracaso, y no le gustaba celebrar su cumpleaños, mucho menos recibir loas o regalos. Estaba perdido en el tema del romance; fingía no estar interesado, cuando en realidad lo confundía que su cuerpo pensara más en eso que en sus cosas profundas.

Ya estaba inscrito en el Programa en Brentaal cuando le llegaron las noticias de que su madre había muerto tras una enfermedad breve. Su muerte y la de su padre, años después en un accidente vehicular, fueron un golpe severo a su sentido de continuidad y permanencia.

Conoció a Orson Krennic no mucho después.

Empezó a frecuentar el Instituto de Ciencias Aplicadas meses antes de que estallara la guerra, y parecía estar en buenos términos con varios profesores y compañeros de Galen. A Lyra nunca le pareció así, pero Galen insistía en que Orson era tan brillante y talentoso como cualquiera en el programa. Aun así, nunca lograba imaginárselos de amigos: a uno había que arrastrarlo a las fiestas y al otro había que sacarlo de las fiestas a rastras; además, su reputación lo precedía.

Orson ingresó al servicio del gobierno (Lyra nunca supo si se graduó o si lo corrieron), y escaló rápidamente hasta la cima en el Cuerpo de Ingenieros. Supervisaba proyectos enormes en planetas y en el espacio. Galen siguió estudiando después de graduarse, tuvo pasantías de investigación y dio clases. A los veinticinco ya había publicado copiosamente y se había ganado la reputación de académico destinado a la grandeza. Años atrás, Orson le había ayudado a conseguir una cátedra honoraria en el Instituto de Ciencias Aplicadas, junto con un gran estipendio y un departamento que no tenía que pagar. Para entonces, ya había determinado todos sus campos de interés; los redujo a cristalografía y fuentes de energía, aunque siempre decía que los cristales lo eligieron a él y no al revés. Comenzó a viajar por todas partes en busca de cristales raros; conoció a Lyra durante una de esas expediciones. Ella estaba en Espinar, guiando un

equipo de exploración que había recorrido recientemente un sistema extenso de cuevas con cristales únicos, producto de la filtración de agua de lluvias a través de capas y capas de suelo y piedra. A veces emergían como lágrimas radiantes en la punta de las estalactitas. No eran kyber, pero tenían suficientes características en común con el cristal vivo como para atraer a la comunidad científica. Por suerte o destino, Lyra estaba a cargo de la logística del equipo de Galen. No podía decir que fue amor a primera vista, pero sí le pareció atractivo desde un principio.

En Espinar, dormía hasta que lo despertaban, o se quedaba despierto hasta que lo mandaban a dormir. No le importaba tener hambre hasta que alguien le diera algo de comer, o le pidiera que por favor buscara algo de alimento. A veces no había manera de callarlo, y otras veces no había cómo sacarle palabra durante días enteros, que se pasaba encerrado escribiendo o dibujando. Organizaba y reorganizaba sus materiales frecuentemente, y le costaba trabajo mantener el equilibro en pendientes pronunciadas. Cuando platicaban, Lyra sentía de repente que conversaba con un droide, aunque sabía apreciar la extensión de su cultura y su facilidad para prestar atención durante lapsos prolongados. También entendió que lo que interpretó como hostilidad de su parte, era sólo una barrera para mantener su distancia mientras descifraba qué quería ella de él y resolvía la logística y las ecuaciones de su prerrelación.

La expedición duró seis meses locales y, para cuando terminó, ya eran pareja. Ella dio el primer paso, pero él se acostumbró fácilmente. Para cuando logró racionalizarlo, Lyra era el centro de su universo. Se abrió camino a su corazón de la forma más violenta e inesperada y, por primera vez, Galen estrenó sentimientos que no sabía que tenía.

En los años previos a la guerra, a Lyra le preocupaba que Galen cambiara de enfoque hacia la investigación militar. Pero en retrospectiva, no había nada de qué preocuparse. Varios de sus colegas empezaron a aceptar puestos en el gobierno, pero él aceptó la oferta de Zerpen para seguir investigando cristales y energía. La última vez que vieron a Orson había sido poco antes de partir hacia Vallt. Ese día, le platicaron sobre el embarazo. Y hoy, su compañerito de clases reaparecía para rescatarlos.

¿Cómo no agradecerle esto? ¿Cómo podrían sospechar siquiera de sus intenciones? Sí, trajo a Galen a ver Grange por alguna razón torcida, pero había arriesgado mucho por ellos, y de no haber aparecido… bueno, ni siquiera un jedi podía ver el futuro para saber qué habría sido de su familia.

Escuchó la conversación de la otra habitación. Galen estaba hecho un manojo de confusión, pero Lyra resistió sus instintos maternos y no intervino. Era su pareja, no su mamá. Además, era cierto que Orson entendía el mundo real mucho mejor que ellos.

Los eventos del año estándar que dejaban atrás se cristalizaban en memorias, mientras Lyra se quedaba dormida con la respiración pequeñita y tibia de Jyn en la mejilla. Pensó que si Coruscant de verdad había cambiado, quizá necesitarían la ayuda de Orson más que nunca.

7

ESCLAVO DE LAS IDEAS

—NO PUEDO CREER QUE PASAMOS TODO EL AÑO del otro lado de la galaxia —dijo Galen.

—Recuerda tu barba y créelo —contestó Lyra.

Galen pasó sus dedos por el bigote que Lyra le había recortado para hacer juego con sus pómulos prominentes y su mandíbula varonil. Ambos estaban echados en un sillón del cuarto principal de su departamento, dentro del campus del Instituto de Ciencias Aplicadas. El edificio se elevaba desde el corazón de uno de los distritos más lujosos del centro de Coruscant.

Jyn reposaba sobre el muslo izquierdo de Galen, quien la puso delicadamente en el piso para que practicara gatear.

—¿Estás seguro de que está bien dejarla en el piso?

Él se agachó para tocar el piso.

—Está limpio —dijo, y le mostró a Lyra la punta de su dedo—. Además, es hora de que se acostumbre al lugar.

Lyra sonrió mientras veía a Jyn escabullirse y de repente hacer intentos por levantarse del suelo ella sola.

—Va a caminar más rápido de lo que creemos. Y va a ser un manojo de travesuras.

Galen no respondió nada, estaba completamente absorto y distraído viendo a su hija. Pero su mirada era una mezcla de alegría con ansiedad, y era fácil leerle la mente.

—Galen, de verdad lamento que las cosas salieran así. O más bien, que no salieran.

Su tono de voz lo regresó al presente; él exhaló.

—Estábamos tan cerca de lograr algo monumental en Vallt, tan cerca… —sacudió la cabeza—. Cada vez que pienso en Nurboo y los demás, en cómo deben estar pasándola…

—No, Galen, no te aferres a eso. No había nada que pudiéramos hacer para evitar lo que pasó. Pero te entiendo, no pienses que no… No pasa un día sin que… —Dejó sus palabras perderse y se acercó más a él, vigilando a Jyn por si tenía intenciones de meterse a la boca algún descubrimiento del piso—. Algo sucederá, ya verás.

Sonrió con un poco de nostalgia y arrepentimiento.

—Me gustaría creer que algo bueno va a pasar, pero nos metí en una situación complicada. Zerpen no va a arriesgar recibirme en su rebaño justo ahora, y sin un puesto de investigación no sirvo para nada.

—Sirves para muchas cosas, amor. Y no soy incapaz de trabajar, se te olvida.

—No, ya lo sé. Pero siento que tengo que compensarles esto a ambas.

—¿A nosotras qué? No te estás echando la culpa de que te metieran en prisión, ¿o sí?

—Yo fui el que quiso aceptar lo de Zerpen. Tú por lo menos intentaste convencerme de no hacerlo.

—Lo hicimos juntos, Galen. Nadie me obligó a ir. Y vamos a salir de esto de la misma manera, juntos.

—Está bien, creo que tengo un plan… —Sus ojos destellaron por primera vez en mucho tiempo.

—¿Sí? Cuéntamelo —le pidió ella sonriendo.

—Voy a ver a Orson.

Suficiente para borrar la sonrisa de Lyra.

—¿A Orson para qué?

—Mira, gracias a él estamos juntos en Coruscant. —Señaló con la cabeza en dirección del bebé—. Le debemos todo esto.

Lyra se mordió el labio inferior.

—Supongo que hasta cierto punto es cierto. Pero a pesar de haber sido Orson quien nos rescató, la orden salió de la República…

—Bueno, entonces le debemos esto a la República.

Lyra analizó sus expresiones para ver si hallaba una explicación en su rostro.

—Sólo creo que hay que tener cuidado con Orson. Se presenta como ingeniero, pero es un soldado hecho y derecho.

—Sí, pero no tiene que ver con eso. No voy a pedirle trabajo.

—¿Entonces por qué lo vas a ver?

—Porque yo también lo voy a rescatar.

El escáner de la entrada del centro de detención militar de Coruscant leyó las insignias de la túnica de Krennic y, con un pitido de aprobación, la puerta se replegó para permitirle el paso. Dos clone troopers lo interceptaron y lo guiaron a través de otra puerta y un corredor brillante que descendía hacia la bahía de turbo despegue. Pasando eso, llegarían a las entrañas del edificio; Krennic lo sabía porque supervisó la remodelación del lugar.

Llevaba un mes estándar de regreso en Coruscant. Casi diario se reunía con científicos en el campus e iba a informes de planeación estratégica. Después del último reporte, recibió un mensaje de Mas Amedda, diciendo que debía hablar con él. Se enteró del rescate hacía ya varias semanas, y seguramente querría saber cuándo comenzaría Galen a trabajar en el arma, pero ni siquiera Krennic sabía. Durante el viaje al Núcleo y a partir de entonces, había tenido la precaución de no preguntarle directamente si querría participar en el programa; es más, ni siquiera mencionó el proyecto. Lo que no entendían Amedda y los otros era que Galen no funcionaba como los demás, no se le podía proponer nada directamente; uno debía esperar a que Galen se convenciera a sí mismo de querer hacer algo, para después intervenir y guiarlo hacia cerrar el trato. Galen debía estar plenamente convencido de que su destino era contribuir a la estación de combate, y Krennic debía estar al pendiente de que no se perdiera el llamado de su «vocación».

Esperaba que, una vez plantadas las semillas en su mente, Coruscant se encargara de regarlas.

Hasta que esto sucediera, Krennic sabía que tenía que seguir demostrando su utilidad ante Amedda y Palpatine, y tenía una idea para lograrlo que derivó de Galen y la prisión de Vallt. Por eso había ido al centro de detención para hablar con el archiduque geonosiano, Poggle el Menor.

El alienígena insectoide esperaba detrás de una reja de rayos láser, en una habitación sin ventanas ni decoración. Había evadido su captura durante la Primera Batalla de Geonosis, pero no lo logró después de la segunda. Los jedi lo habían llevado a Coruscant para interrogarlo.

—Quiero que suspendan la vigilancia mientras esté adentro con él —le dijo Krennic a los clones a la entrada de la habitación.

—¿Mantenemos activa la reja láser? —preguntó uno de ellos.

—Desactívenla un rato.

El trooper asintió amablemente.

—Como usted mande, teniente comandante.

Poggle tenía la estatura promedio de cualquier geonosiano y el cráneo de un homínido de mandíbula larga. Tenía ojos ilegibles detrás de los gruesos párpados, y debajo del hocico le colgaba un órgano de un metro de longitud que parecía una lengua, pero no lo era. Alas de insecto emergían de sus omóplatos huesudos, y su exoesqueleto quitinoso era casi inmune a la radiación. Sus piernas tenían las articulaciones invertidas, y sus dedos diestros estaban equipados con garras largas.

Desde que se originó el Consejo de Asesoría Estratégica, Krennic se dedicó a estudiar a la sociedad de Geonosis y su lenguaje. Todavía no lograba entender varios clics, silbidos y golpes de glotis, pero podía conversar y proferir un saludo formal que tomó a Poggle por sorpresa.

—Si piensa conversar inteligentemente en geonosiano, tendrá que enfocarse en dividir las sílabas que forman nuestras palabras —dijo Poggle en básico a través de un dispositivo traductor—. Entendí lo que quiso decir sin problema, pero lo que dijo en realidad se traduce a «Saludos a las viejas de su colmena. Mis deseos más intensos hacia su majestad».

—Haré lo posible por mejorar.

—Agradezco su esfuerzo, sin duda. —Poggle continuó con su escrutinio.

Krennic se sentó en una silla común y corriente, y entrelazó los dedos sobre la mesa que lo separaba del archiduque.

—Soy el Teniente Comandante Orson Krennic, del Cuerpo de Ingenieros de la República.

—¿Ingeniero? ¿No soldado, o analista de inteligencia?

—No, archiduque. Me especializo en diseño y construcción, igual que usted.

—Me pregunto por qué querría un ingeniero aprender nuestro lenguaje.

—Primero, porque me fascina su sociedad desde hace tiempo. He querido felicitarlo desde que le introdujo pensamiento autónomo a sus droides de combate. Las computadoras de control central fueron definitivamente una gran extensión de la estructura jerárquica neimoidiana. Y todos vimos lo que sucedió en la batalla de Naboo. El ejército de droides separatistas ha progresado mucho desde entonces; y los geonosianos no reciben el crédito que merecen. El mero hecho de que esté usted encarcelado aquí me dice que los líderes separatistas no lo aprecian como deberían, o jamás habrían permitido que la República se le acercara.

—Geonosis estuvo mal defendido, es cierto —concedió Poggle.

—Aunque estoy seguro de que usted tenía toda clase de armas para rellenar los huecos del Ejército Separatista.

—También es cierto.

—Pero lo que más me interesa está en la estación de combate que construyen en el espacio profundo… —Krennic se inclinó hacia adelante y bajó la voz como si fuera un secreto entre los dos. La «lengua» de Poggle se estremeció discretamente después de escuchar la oración.

—No sé nada de ninguna estación de combate.

Krennic se recargó en su asiento y asintió.

—Aprecio sus razones para decirme eso, pero me refiero a una estación del tamaño y forma de una luna pequeña. —Esperó a que se hiciera un silencio incómodo, y añadió—: Ya sé, se está preguntando a usted mismo, «¿Acaso olvidé purgar los datos de las computadoras del cuarto de guerra en Stalgasin?». La respuesta es no, no lo olvidó. No logramos extraer ni un ápice de información del sistema. —Sonrió débilmente—. Pero, de todas formas, sabemos mucho sobre el proyecto.

—No hay ninguna estación de combate. —La piel rojiza de Poggle se oscureció.

—Todavía no. Pero déjeme preguntarle, ¿es otro ejemplo del genio geonosiano, o el diseño original salió de Dooku o de Tambor? —Krennic detuvo a Poggle antes que pudiera responder—. No me malinterprete, Poggle, los planos tienen su estilo impreso por todas partes: la arquitectura, la superestructura, el reflector parabólico… —Esperó un poco—. ¿No? ¿No le suena para nada?

—No sé de qué me habla.

—Ya sé, no está pensando con claridad porque está encerrado en este lugar deplorable —dijo Krennic, con un gesto amplio alusivo a las inmediaciones—. La falta de aire fresco y sol confunden los recuerdos. Después de meses en solitario, el cerebro cede, y luego de un rato ya no distingue entre recuerdo y alucinación. ¿Tiene alguna idea de cuánto tiempo lleva Dooku construyendo la estación?

Poggle iba a decir algo, pero lo pensó dos veces.

—Archiduque, pongamos las cartas sobre la mesa. Sé que lo han interrogado mil veces; he escuchado cada minuto de las grabaciones.

—Como lo haría cualquier ingeniero, estoy seguro… —Poggle dudó.

—Es cierto, mis deberes exceden mi cargo. Vienen con el paquete del alto rango y la influencia. Así que, de un ingeniero a otro, le pido que se deje de bromas y me diga en dónde se construye la estación.

—¿De qué le sirve que hable de algo que desconozco?

Krennic exhaló en evidencia de su desesperación.

—Bueno, entonces hablemos de algo más urgente, ¿le parece? Los miembros de su colmena. Sabe, algo de su cultura que muchos ignoran es que su naturaleza es ser trabajadores. Cuando el Taller de Armas Baktoid le propuso diseñar fábricas de droides para la Federación de Comercio, seguramente no lo pudo rechazar, era la manera perfecta de mantener a sus drones y soldados contentos y ocupados. Parecen ir de la mano, ¿no? Los proyectos y esa sensación tan cómoda de plenitud… Cualquiera que conozca a su especie, aunque sea un poco, sabe que es preferible mantenerlos ocupados; de no ser así, las colmenas atacan otras colmenas, sus famosas arenas de combate desbordan sangre porque los drones buscan un mejor estatus y sus fosas se atascan de cadáveres podridos. Sus reinas ni siquiera alcanzan la madurez de tanta mortandad. Seguramente usted lo sabe bien, lo aprendió de primera mano en el camino de dron a archiduque. Pero me preocupa Geonosis en su ausencia. ¿Cuánto tardarán en descender a la barbarie? ¿Qué soldado o dron pretenderá usurpar su trono? ¿Qué tanto cree que lo esperen sus soldados antes de fundar nuevas colonias? ¿Quién va a revisar que la temperatura de las habitaciones de la reina se mantenga constante?

—¿Y usted tiene la solución, *ingeniero*?

—De hecho, sí, la tengo. Y tiene todo que ver con la estación de combate que dice que no diseñó, a pesar de lo que ya sabemos. Digamos que, hipotéticamente, sólo cooperó con el Conde Dooku para que sus ciudadanos estuvieran contentos y bien alimentados. Que no tiene nada en contra de la República.

—Hipotéticamente.

—Y, digamos también, que la República comparte la opinión de que un geonosiano productivo es un geonosiano feliz.

—Pero ¿a la República qué le importa?

—Le importa que acceda a construir la estación de combate…, para *nosotros*.

La petición de Galen Erso de verlo en privado eclipsó el placer que le dio haber manipulado al archiduque a la perfección. Pero no podía tratarse de otra cosa sino de una solicitud para unirse al ejército de la República. A Krennic no le importó si la petición derivó de su gratitud, o de que finalmente se dio cuenta de que sus opciones laborales como científico iban de escasas a nulas justo ahora. Ya que tenía a Poggle bajo la manga y a Galen a punto de enlistarse, Amedda y Palpatine no podrían sino alabar su habilidad para tomar las riendas y hacerse cargo.

«El frente del anfiteatro me espera».

Ya había decidido qué estrategia tomar con Galen. Primero, se rehusaría a interceder por él, no por falta de empatía o amabilidad, sino porque no querría ser responsable de que Galen modificara sus principios o su postura ante la guerra. Pero le permitiría explicar su punto de vista cabalmente, y accedería poco a poco a su petición. Se imaginó escoltándolo directamente al Anfiteatro de Planeación Estratégica para prestar su juramento de seguridad ante Amedda y los demás, pero sabía que las cosas no funcionaban así. Tendría que meterlo antes en algún programa subordinado, como tecnología para escudos de defensa, o quizás investigación de hiperimpulsión, para después transferirlo al Grupo de Armas Especiales.

Todo a su debido tiempo.

Krennic le pidió que se vieran en su oficina, en la sede del Cuerpo de Ingenieros. Ni él había ido a esa oficina en muchísimo tiempo; lo esperó detrás de su escritorio. Galen entró con algunos kilos más de los que tenía la última vez, y una barba limpia y presentable.

Krennic se levantó, le dio un apretón de manos y lo invitó a sentarse.

—Qué bueno verte saludable y en forma. ¿Cómo están Lyra y… el bebé?

—Jyn.

—¿Ya se adaptaron a la vida en el Núcleo?

—No ha sido fácil, especialmente sin nada que hacer.

—Es difícil imaginarte sin un proyecto, un equipo de investigadores, e instalaciones para hacer tu magia. —Krennic adoptó una postura de simpatía.

—Es justo por eso que estoy aquí, Orson. Espero que mantengas la mente abierta a lo que te voy a proponer.

—¿Proponer? —Levantó una ceja, sorprendido.

Galen sacó un datapad de su bolsillo y lo activó. Sobre el escritorio, se formó una imagen holográfica de instalaciones de algún tipo.

—¿Qué estamos viendo, exactamente? —Krennic miró la miniatura 3D, confundido.

—Nuestro proyecto.

—¿Nuestro proyecto? —Parpadeó.

—Es un bosquejo para un nuevo centro de energía. Muy superior a cualquier cosa que haya hecho Zerpen. Tenemos que cambiar varias cosas porque el diseño es propiedad de Zerpen, y tengo que esperar a que expire mi contrato de no competencia. Pero mientras tanto, podríamos reunir un equipo del mejor talento y conseguir fondos.

—¿Fondos? —El holograma giraba igual que su cabeza.

—Seguramente tienes acceso a gente millonaria de todos los sectores —dijo Galen—. Podríamos incluso hablar con la República, si es que no se han gastado todo en la guerra. El punto es que, al final, ya que todo mundo conozca el potencial de la energía que generaremos y distribuiremos, estaremos en posición de dictar nuestros propios términos y amasar cualquier fortuna que queramos.

Krennic se dio cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró.

—La propuesta es que hagamos negocios juntos…

—Ya sé, ya sé, es mucho pedir. Tendrías que salirte del Cuerpo de Ingenieros, pero estarías haciendo algo sin precedentes, todo es tan nuevo que no tendrías ni siquiera tiempo de mirar atrás.

Krennic estaba pasmado. Por un breve momento, sintió que su destino se abría ante sus ojos, una ventana hacia un futuro que jamás imaginó, una vida completamente distinta. Pero tan rápido como se abrió la ventana, Krennic la cerró por sus años de entrenamiento y su ansiedad.

—No puedes estar hablando en serio. Creo que no entiendes mi posición, Galen.

—Sí es en serio. Y sí entiendo tu posición. Sólo creo que mereces más que… esto. —Hizo un gesto vago para señalar que se refería al Cuerpo de Ingenieros.

Krennic se tragó sus ganas de ponerse a la defensiva y de decirle a Erso que *esto* no era más que una treta, y que en realidad un día le impondrían a cargo la estación de combate. Pero en lugar de hacer eso, le dijo:

—Me honra y halaga que me incluyas en tus planes, pero mi compromiso con la República está antes que cualquier cosa, especialmente ahora que la galaxia está dividida contra sí misma.

A Galen se le cayó la cara de incredulidad, pero logró reunir toda su empatía y asintió.

—Ojalá hubiera alguna manera de convencerte de que hay otras formas de contribuir a la paz.

Krennic lo miró fijamente, y concluyó:

—Lo mismo digo, Galen. Lo mismo digo.

Galen miraba a través de la ventana los ires y venires de la gente del campus. Se preguntó cómo era posible sentirse más libre en una celda de prisión que en su propio departamento. Cuando cerraba los ojos, volvía a tener justo enfrente lo que veía cuando se esforzaba como gimnasta para asomarse por los barrotes de su ventanita: nieve en copos enormes cayendo sobre la tundra, sky-kings haciendo espirales ociosamente en el aire, las luces titilantes de la ciudad lejana y cortinas ondeantes de luz polar. Y ahora, estaba en Coruscant, más infeliz que nunca. No podía ni refugiarse en sus pensamientos para intentar hallar «un punto inmóvil dentro de un barril que gira», como decía uno de sus mentores.

Habían pasado semanas desde que Orson rechazó su propuesta, pero Galen seguía sin superarlo. En retrospectiva, se dio cuenta de que habían sido patadas de ahogado, un intento desesperado por salir lo más rápido y fácil posible del atolladero. Pero ¿de dónde sacó la audacia de sugerirle a Orson que dejara así nada más la carrera que llevaba tanto tiempo construyendo? Por mucho que a Galen le pareciera aberrante su compromiso con el ejército, Orson no tenía interés alguno en ser «rescatado».

Se alejó de la ventana y se movió hacia la habitación principal, con cautela de no pisar alguno de los juguetes de Jyn. Se había obsesionado con la idea de intentar tener un poco de orden en su departamento lleno de ropa, peluches, móviles y columpios, pero no había suficiente espacio para hacer eso. Así que intentó ordenar sus pertenencias. Arregló sus notas, datacrones, y colecciones de rocas y cristales. Experimentó con todo tipo de categorías; los datacrones por orden de importancia, los cristales por tamaño y luego por color, sus apuntes por tema y luego por orden cronológico… Todo para no admitir que no lograba pensar, ni concentrarse, ni nada. Sus pensamientos no aterrizaban, como cuando no estás ni dormido ni despierto.

Buscó algo en las cuatro paredes de su habitación, lo que fuera. Nunca había tenido problemas para disfrutar su «tiempo libre», pero ese tiempo libre era para tomarse un respiro de la investigación, no una condición permanente. Estaba dividido entre el amor incondicional que les tenía a Jyn y a Lyra, y el peso de no poder asegurarles el futuro impecable que querría.

El Vallt que extrañaba tanto ya no existía como en sus recuerdos, pero tampoco Coruscant. Sin embargo, a pesar de los cambios que la guerra trajo al Núcleo, quizás aquí sería posible evitar el conflicto. Eso significaba que tendrían que huir de las noticias por HoloNet y de cualquier conversación que tratara de la guerra o de política, pero eso lo hacían ya de todas formas. Quizá la guerra terminaría tan abruptamente como comenzó y la vida regresaría a la normalidad, o por lo menos a lo que se consideraba «normal» antes.

No había sabido nada de Zerpen. Orson le confirmó que la compañía temía contactarlo por el asunto de los cargos de espionaje. Él y Lyra le habían dicho que su oportunidad llegaría pronto, pero Galen hizo a un lado su paciencia habitual y se sintió obligado a hacerse cargo. Decidió que empezaría por hablar con sus amigos y colegas del instituto, ya que conocía a varios de ellos del Programa. Varios huyeron a sus planetas cuando estalló la guerra, pero muchos se quedaron en Coruscant.

Sólo una accedió a verlo, el resto le dio excusas ridículas.

Se vistió con un traje que había comprado hace dos años, el mismo tiempo que llevaba pasado de moda. Debía encontrarse con la Profesora Reeva Demesne en el solario del edificio de astrofísica para comer juntos. Cuando salió a la calle, sintió una vibra en el ambiente de Coruscant que no se sentía antes de la guerra. Desde los más altos rascacielos hasta los distritos más bajos del centro, todos parecían estar en defensa activa de la República. Las pantallas que antes mostraban publicidad y entretenimiento ahora sólo transmitían noticias. Había filas y filas de tránsito atascado y enloquecido. Naves gigantescas despegaban y aterrizaban desde todos los puertos espaciales; el calor de sus impulsores hacía olas en el horizonte. El personal militar era omnipresente, desde oficiales uniformados de todas especies, hasta escuadrones de clone troopers con armaduras blancas.

El edificio de astrofísica también vibraba de actividad. Los visitantes debían registrarse en la entrada con los de seguridad, y un droide los sobrevolaba y tomaba una foto para el archivo. Los profesores e investigadores se movían como en pandillas

multiespecie con prisa; conversaban en voz baja, o terminaban las oraciones el uno del otro con entusiasmo explosivo. Otros oriundos del instituto se veían totalmente ensimismados, escribiendo o dictándole notas a sus datapads mientras maniobraban para no chocar entre ellos en los corredores. Galen notó que varios niveles del edificio estaban restringidos sólo para miembros y personal de la facultad, y había soldados vigilando cada salida.

Subió en turboascensor al solario y espió a Reeva antes de entrar. Estaba sentada en una mesa cuadrada al lado de las ventanas en dirección al oeste. Su piel de mirialana era verde aceituna. Tenía la cara tatuada con bandas verticales de diamantes oscuros. Sus labios carnosos eran azules con escamas irisadas. Traía puesta una túnica roja de cuerpo entero, y una capucha que cubría la mayor parte de su pelo canoso.

Su antigua mentora se levantó a recibirlo y le dio un abrazo.

—Galen, qué maravilla tenerte de regreso en Coruscant. Casi no te reconocí con la barba.

Él acarició la punta de su bigote y se sentó.

—Creo que ya es hora de rasurarme.

—No, te queda bien. —Hizo un gesto con la mano para mostrarle los sintetizadores de alimento—. ¿Qué te pido?

—Nada, gracias, no como a esta hora.

—¿Te molesta si yo pido algo?

—En absoluto, adelante.

—¿Cómo está Lyra, querido?

—Bien, se está acostumbrando. A la maternidad, digo.

—Ah, claro, la bebé…

—Jyn.

—Oh, ¿cómo se me fue a olvidar? ¡Si estuve ahí cuando eligieron el nombre! Tengo mucho en mente estos días.

Los ojos de Galen recorrieron la habitación soleada.

—Este lugar se volvió una colmena.

—Así está por todas partes. El instituto está reclutando candidatos de programas universitarios, incluso antes de que se gradúen. Hay mucha gente trabajando en muchísimos proyectos.

—¿Sigues en generación y mejora de energía?

—No, ya no.

—¿Qué? Pero siempre fue tu pasión, Reeva. —Galen mostró su sorpresa—. Seguía tu investigación cada vez que podía, estabas a punto de lograr un avance colosal.

—Las cosas cambian. —Exhaló con fatiga y le dio un trago a su bebida.

—Sí, eso escucho por todas partes. ¿En qué estás trabajando ahora?

Echó una mirada alrededor antes de contestar.

—Creación de escudos de defensa. Pero no puedo decir mucho por ahora…, estoy segura de que podremos ponernos al corriente después del siguiente informe. —Sonrió para aligerar la tensión del momento.

—¿Qué informe?

Pausó un segundo para medir su reacción.

—¿No estás…? ¿No te has unido al proyecto de defensa?

Su cara de confusión no cambió.

—¿No has firmado el Juramento de Secretos Oficiales? —insistió.

—Jamás he escuchado tal cosa.

—Lo siento, Galen…, asumí que…, bueno, olvídalo. Sigues con Zerpen, entonces.

—Honestamente, no tengo idea. Al parecer el cambio de régimen en Vallt los dejó con mal sabor de boca.

—Razón de más para que te unas a nosotros.

—¿Unirme a qué, exactamente? Reeva, nadie me da una respuesta directa sobre qué demonios pasa. ¿Qué es este lugar? Veo guardias y puestos de seguridad por todas partes, parece más una base militar que un recinto de ciencia.

Reeva apretó los labios.

—Llevas fuera mucho tiempo, Galen. La guerra cambió todo, no sólo para los que están en el conflicto, sino también para nosotros, los habitantes de esta ciudad. El Conde Dooku nos hizo ver la cruda realidad, y muchos tuvimos que cambiar la teoría por la práctica. Pero, te diré, tener fondos ilimitados hace maravillas por la investigación.

—La guerra siempre favorece la innovación. —Galen sonrió, dándole la razón—. Pero ¿qué pasó con nuestro sueño de ayudar a los mundos en desarrollo con energía renovable, de incentivar microeconomías? La idea era ayudarlos a participar en la producción del poder, no a que sigan siendo esclavos de los consorcios.

—A su debido tiempo lo haremos —dijo Reeva—, y podremos lograr mucho más de lo que pudimos lograr antes.

Galen se notaba cabizbajo.

—¿Y qué tal es trabajar para el ejército?

La mirada de Reeva se paseó por la habitación mientras contestaba.

—Nuestro contacto con ellos es limitado. Paso mi tiempo conviviendo con colegas y máquinas; calculamos, experimentamos y transmitimos nuestra investigación.

—Y los escudos que generan, ¿están diseñados como una especie de paraguas de defensa para las ciudades?

—No, están diseñados para naves de combate a gran escala.

Galen la miró fijamente, con muchas dudas.

—No entiendo, las naves de Rothana son capaces de soportar mucho más de lo que los separatistas son capaces de dispararles.

—Nuestro equipo se dedica a cosas más grandes, con cobertura más resistente y mucho más amplia.

—¿Más grande que un destructor estelar tipo Venator? ¿Es para contrarrestar esa plataforma de armas en la que está trabajando Dooku?

—Eso parece, sí.

Galen lo consideró un instante y sacó de su bolsillo un marcador con el que empezó a hacer apuntes en una servilleta.

—A corto plazo, podrías considerar maniobrar la energía de absorción de algún escudo hacia un disipador de calor y luego usar radiadores de neutrinos para devolverle esa energía a los generadores y a los proyectores mismos. Es similar a lo que hemos estado haciendo con los cristales y los medios láser. Bueno, pero tendrías que tener mucho cuidado de no bombear excesivamente. Quizá podrían poner varios generadores de escudos distribuidos al parejo a través de un casco entero para mejorar la cobertura.

Reeva tomó la servilleta para mirarla.

—Qué interesante…

—Sólo estoy pensando en voz alta. Pero este tipo de investigación no se hace en Coruscant.

—Vamos a hacer experimentos en unas instalaciones nuevas.

—¿En dónde, se puede saber?

—Ni siquiera yo sé dónde.

—Secretos oficiales… ¿A esto ha llegado? —Se reclinó y se cruzó de brazos.

—Todos tenemos que prepararnos para el futuro, Galen… Pero, oye, estamos organizando una reunión en unas semanas, van a ir varios amigos del programa. ¿Por qué no vienes? Lleva a Lyra y al bebé, estoy segura de que van a estar encantados de verte.

—Antes de que los envíen a quién sabe dónde, ¿no?

—Efectivamente. —Asintió.

8

MUESTRAS PÚBLICAS DE AFECTACIÓN

KRENNIC Y EL VICECANCILLER AMEDDA salieron juntos del anfiteatro por una puerta reservada sólo para dignatarios del más alto nivel. Un par de guardias vestidos de rojo ralentizaron su paso detrás de ellos para darles un poco de privacidad.

—¿Quién le autorizó atacar Vallt? —dijo Amedda con un gruñido de exasperación. Empuñaba su báculo en la mano derecha, y vestía una faja de seda brillosa y una capa con hombreras, como si su torso no fuera de por sí ancho.

—Fue una decisión militar.

—Le pregunto de nuevo, ¿con qué autoridad?

—Dijo que no quería ningún detalle, ¿cambió de opinión? —Lo miró desde la comisura del ojo.

—No, no quiero detalles, pero cuando inteligencia me lo informa, es obvio que debo involucrarme, lo quiera o no. ¿Quién fue?

—El almirante de sector al mando. El ataque fue parte del trato con Zerpen, y también sirvió para proteger cualquier información que Erso le haya dado al régimen sobre la disposición de naves de la República en la zona.

—Erso no tenía información de ese tipo. —Amedda hizo un ruido gutural que indicaba que la razón le parecía ridícula.

—Entonces fue sólo para estar seguros.

—En estos momentos, el regreso de Vallt a la República ha sido favorable para nosotros —Su voz perdió un poco de rudeza—. Me informan que podríamos usar el planeta como plataforma ofensiva hacia sus sistemas vecinos. Pero, si yo fuera usted, respetaría la cadena de mando, teniente comandante. De lo contrario, se arriesga a que anulemos su puesto en la organización.

—Necesito poder hacer mi trabajo, vicecanciller. —Krennic ignoró la advertencia y le agregó un poco de arrogancia.

—¿Desde cuándo «su trabajo» es reunirse en secreto con archiduques, Krennic?

No le sorprendió que Amedda estuviera enterado de la visita.

—La discusión sobre la mano de obra de seres en la estación me dio una idea y decidí llevarla a cabo.

—No me diga que Poggle accedió a proveernos drones.

Krennic asintió una vez.

—Dará el anuncio oficial en cuanto regrese.

—Bien, no estuvo mal esa iniciativa. —El chagriano eligió bien su tono para apoyar la idea, pero no festejarla.

Caminaron en silencio un momento antes de que Amedda agregara:

—Le informé al Canciller Supremo sobre el rescate de Galen Erso.

Krennic intentó no sonreír de satisfacción.

—Consideré agregar a Lok Durd y Nuvo Vindi al intercambio, pero no sabía si aprobaría su liberación para tales fines. Por eso tenemos a los dos morseerianos, que, por cierto, ya no son una amenaza para los clones del Gran Ejército.

La mano izquierda de Amedda acarició sus alcuernos.

—He estado revisando la investigación de Erso. Como dijo, podría ser de gran ayuda para el proyecto.

—Me alegro de que así lo piense.

—¿Por qué no ha sido reclutado? ¿Cuál es la tardanza?

—Sigue considerando sus opciones. Sugiero darle más tiempo.

—¿Más tiempo? ¿Se enteró de nuestra derrota en Ryloth?

—Recién lo escuché.

—¿Y de nuestras pérdidas en Bothawui?

—Muy desafortunadas, sí.

—Eso responde a su sugerencia de darle más tiempo. ¿Cómo podemos obligarlo?

—No podemos. Ya ha rechazado varias ofertas del ejército. Eligió irse a prisión en lugar de tomar una oferta, eso nos da una idea de lo difícil que es de convencer. No le gusta la burocracia, y prefiere controlar su investigación lo más que pueda.

—Pero era sólo un empleado en Zerpen.

—Sólo porque Zerpen prometió darle todo el espacio que quisiera.

—Qué molesta es la gente con principios —se quejó Amedda—. ¿Zerpen lo quiere de regreso?

—Sí, pero les pedimos que no lo buscaran. Fue parte del precio que pagó Zerpen por recuperar sus instalaciones en Vallt.

—¿No hay nadie que nos ayude a persuadirlo? ¿Su mujer, quizá?

—Me temo que ambos están cortados con las mismas tijeras, vicecanciller.

—Pero ella no es científico. ¿Qué, necesita que alguien lo cuide?

—No, más bien que lo escuche. Es su especie de traductora, se encarga de transcribir y organizar sus notas.

Amedda gruñía cada vez más.

—El Doctor Erso fue idea *suya*. Ya van meses y aún no lo tiene. Sin esa arma, nuestro proyecto no es nada más que un planetoide millonario de adorno.

Krennic se mantuvo tranquilo, se tomó su tiempo.

—Vicecanciller, supongo que en su planeta natal pescaba…

—Los mares de Champala no son lo que eran, pero sí, por supuesto —dijo Amedda, claramente preguntándose hacia dónde iba la digresión.

—Señor, usted entiende que cada pez requiere un señuelo apropiado, el cebo adecuado, hasta una caña específica para que muerda el anzuelo.

Amedda pareció comprender y exhaló lentamente.

—Así que el Doctor Erso es una de esas criaturas extrañas que dudan hasta del señuelo más colorido.

—En sus propias aguas, sí. Pero está nadando en territorio desconocido y tendremos lista la red. Galen Erso está destinado a unirse al proyecto. Sólo que aún no lo sabe.

Krennic no tenía intención alguna de ir a la reunión del Programa de Promesas, hasta que se enteró de que Galen iría. El anfitrión del evento era un exalumno adinerado que llevaba dos términos en el Senado. Su suite en el prestigioso número 500 de la Avenida República era de lo más lujoso que uno podía tener en Coruscant.

Varios invitados eran investigadores y científicos, todos involucrados en varios aspectos del proyecto. Trabajaban diseñando impulsores, escudos, tecnología de rayo tractor y plantas de energía de hipermateria…, aunque ninguno entendía para qué. Los Republicanos adoptaron tácticas para blindar su información; dispersaron a los grupos interdisciplinarios de investigación por miles de instalaciones en cientos de planetas, y la comunicación entre ellos estaba cautelosamente vigilada y bajo control. Se creó un departamento de seguridad entero sólo para monitorear al personal clave, espiar sus conversaciones personales y capturar imágenes de todos sus movimientos.

Krennic halló un buen lugar desde dónde mirar la habitación entera y observó.

«Seguro beberán hasta olvidarse de la guerra», pensó.

No era el único de uniforme. El Programa de Promesas fue una fuente de talento para el ejército, igual que lo fue para la academia, las artes y el gobierno. La diferencia era que no muchos oficiales estaban dispuestos a tomar riesgos como él. La mayoría eran tácticos y analistas, perdidos en sus bancos de datos, seguros en sus oficinas fortaleza en Coruscant; la misma gente que lo recordaba como el que siempre interrumpía a los demás, el payaso que se graduó con honores.

Se movió de su mirador y comenzó a circular entre ellos, siempre observando a Galen, pero dándole espacio para que interactuara con gente que no veía hace años. Entre los científicos, Galen era una especie de superestrella; el maestro de las conexiones invisibles.

De primera impresión, Krennic pensó que Galen era como el niño rechazado que los otros niños aterrorizaban en la escuela. Pero, poco a poco, empezó a apreciarlo no sólo por su intelecto superior, sino por las cosas que lo hacían único. Por ejemplo, cuando un profesor le preguntaba algo, Galen le respondía correctamente sin levantar los ojos del escritorio, como si estuviera demasiado ocupado con otro problema al mismo tiempo, o con los toques finales de un dibujo complejo. No tenía interés alguno en los deportes, la bebida, o las chicas. Percibía el mundo como si tuviera ojos y oídos extrasensoriales; comprendía hasta los conceptos más sesudos casi por instinto, los mismos conceptos que Krennic se esforzaba arduamente por entender. Su fascinación con el prodigio de Grange lo llevó hasta a defenderlo en peleas irracionales de puños.

Krennic aprovechó al máximo haberse rodeado de genios. Siempre fue bueno leyendo a las personas, pero el programa afiló su instinto. Se dedicó a aprender a trabajar con

académicos y científicos, a ponerlos sobre el mismo camino u organizarlos en equipos productivos. Sus cualidades de líder se volvieron tan imprescindibles para los proyectos como el trabajo de los demás. Se construyó una reputación de ser el mediador entre el poder del dinero y el talento de quienes podían hacerlo trabajar. Cuando llegó la hora de elegir a alguien del Cuerpo de Ingenieros para liderar el Grupo de Armas Especiales, no hubo duda alguna de que Orson Krennic era el candidato perfecto.

Siguió avanzando y vio a Lyra Erso platicando con Reeva Demesne, a quien Krennic reclutó en persona al programa de generación de escudos. Lyra había dejado a Jyn a cargo de la niñera y estaba sola por primera vez en mucho tiempo; era el blanco de todas las miradas en una habitación repleta de científicos anticuados y poco atractivos. Cada vez que Krennic la recordaba, la pensaba con botas sucias, shorts deportivos y una mochila pesadísima en la espalda. Verla en falda y tacones era toda una revelación.

Krennic recordó la vez que se encontró a Galen, poco después de que regresara de Espinar. Se había divertido mucho cuando le confesó con un destello en los ojos que se había enamorado. Galen, el mismo que no podía ni siquiera ver a una mujer atractiva si la tenía enfrente. Debía ser una broma. El sólo pensar que Galen pudiera dejar al lado su genio por seguir a alguna interesada le molestaba terriblemente. Pero aun así, no podía esperar a conocer a la misteriosa Lyra, la chica que cautivó a Galen Erso con un sólo toque; cuando por fin lo hizo, entendió qué le veía Galen: era su completo opuesto. Ambos se sentían atraídos por las cualidades que los complementaban. Con todo y eso, de todas formas predijo que no durarían más de un par de meses. Jamás esperó que se casaran.

Años después, seguía sin acostumbrarse a ellos como pareja.

Una vez que persuadiera a Galen de aceptar su destino, ¿sería un problema la opinión de Lyra? Por lo menos, gracias a las estrellas tenía un bebé que la mantendría ocupada y fuera de este asunto.

Se detuvo a escuchar a un grupo de personas hablando de Galen, sin dejar de vigilarlo de reojo. Se acercó a ellos para oír a un ingeniero de informática de nombre Dagio Belcoze contar detalles falsos de lo que le pasó a Erso en Vallt. Belcoze era un iktotchi de estatura media, con frente de carnero y un par de cuernos pulidos que apuntaban hacia abajo. Era miembro del equipo de inteligencia artificial del Doctor Gubacher; diseñaba droides mejorados de supervisión para emplear en la estación de combate. El semihumano sostenía un trago con la mano derecha; con la izquierda gesticulaba para ilustrar una perorata de que la República debería borrar a Raxus del mapa y que gente como Galen Erso eran un insulto para la victoria. De pronto, comenzó a abrirse camino entre la multitud y se enfrentó a Galen, que era un poco más alto que Dagio, pero mucho más delgado.

—Helo aquí. —El iktotchi arrastró la voz, pero subió el volumen—. Nuestro especialista pródigo que cree que su kyber es demasiado bueno para la causa… A lo mejor se cree demasiado inteligente para nosotros, ¿eh? ¿Qué pasa, te gusta más ser sirviente de los separatistas que servir a la República?

Galen mantuvo la calma para contestar, aunque el reclamo lo tomó por sorpresa.

—Estás ebrio, Dagio. Eso no me sorprende, lo que sí me sorprende es que estés tan confundido.

Su calma sólo atizó el fuego de su enojo.

—Siempre tan elusivo, ¿no? Igual que como eludiste tus cargos de traición, a ver, ¡niégalos públicamente!

—No tengo nada que negarte, ni que decirte. —Cerró los ojos un momento.

Lyra llegó de entre la gente para alcanzar a Galen, que estaba a punto de dar la media vuelta y retirarse. Pero Reeva Demesne sintió la necesidad de mediar la situación, que de por sí ya había escalado demasiado. Se puso en medio de los dos, con los brazos extendidos.

—Caballeros, por favor. No es momento de recriminarse cosas.

A Dagio le molestó que le dijeran que estaba fuera de lugar; tomó a Galen del hombro para detenerlo.

—¿Qué tantos secretos le dijiste a esa basura que «dizque» te capturó, eh?

—No dije ningún secreto, sólo les dije lo que todo mundo sabe: que Dagio Belcoze es una excusa de hombre que lleva años robándose el crédito de la gente que sí sabe escribir código.

Dagio lanzó su trago directamente a la cara de Galen. Pero el trago sólo era una distracción; Dagio tenía el puño libre cerrado y listo para golpear. En cuanto Galen retrocedió por instinto para esquivar el líquido, el iktotchi le lanzó un gancho poderoso, justo hacia la quijada. Pero Galen previó el movimiento y, en una fracción de segundo, se paró firme y levantó el antebrazo como escudo, desviando el golpe por completo; después, con agilidad sorpresiva, Galen se agachó un poco, surgió por debajo del brazo extendido de Dagio, y le conectó un puñetazo cruzado al pómulo que le partió el hueso y lo sacó volando, confundido y ensangrentado. Lyra apareció de inmediato detrás de Galen, zapato en mano, lista para encajarle el tacón en la cabeza si se levantaba.

—Justo como en los viejos tiempos —dijo Krennic, que observó todo justo detrás del iktotchi—. Excepto que ya no tengo que pelear tus peleas por ti.

Galen se limpió la bebida que le había caído encima, y revisó su puño adolorido.

—Jamás lo hiciste.

En la confusión que se desató, la habitación se dividió en dos. Lyra se acomodó el atuendo, se puso el zapato, ajustó su postura y comenzó a guiar a Galen hacia la salida.

Krennic los vio irse.

Galen había sido acusado de traidor en público y fue humillado por no querer servir a la República. Krennic no pudo haberlo planeado mejor.

9

PLANETA ROJO ENOJADO

ERA TEMPORADA DE LLUVIAS EN ESA PARTE de Geonosis, lo cual significaba que su vasta planicie desértica se transformaba en un lago rojo de ácido que atraía a bestias migratorias de toda la región. Los grupos de estalactitas que conformaban la colmena de Stalgasin se elevaban como islas en la niebla.

La arena Petranaki era una colina a la que le habían volado la punta y excavado un hueco enorme para que la gente se reuniera a ver luchas y ejecuciones. También tenía un lago rojo, pero de sangre de miles de drones que la arena aún no lograba absorber después de tres días seguidos de juegos de gladiadores.

Entre los aristócratas geonosianos que habían pagado una fortuna para bañarse de entrañas regadas al aire, estaba sentado Krennic. Se horrorizó al pensar que tendría que pasar quizás una década visitando este mundo irradiado. Un olor astringente golpeó su nariz, posiblemente las feromonas que liberaron para hacer que el público de drones y soldados alados se pusiera histérico de emoción.

Había dos motivos para celebrar: la víspera del Meckgin y el ansiado regreso a casa del líder de la colmena, el Archiduque Poggle el Menor. Krennic lo había escoltado en persona; navegaron en un destructor estelar hasta la nueva base centinela que salvaguardaba el espacio de Geonosis, luego tomaron una nave más pequeña hasta su hogar. Ahora estaba aquí, en un podio con forma de concha que se levantaba desde las entrañas de la arena, esperando a que se calmara la multitud para decirles unas palabras.

Alrededor de Krennic, bajo la sombra de las membranas que protegían los palcos de visitas, había un grupo selecto de emisarios y amigos íntimos del Canciller Supremo Palpatine. Entre ellos estaban Sate Pestage, Ars Dangor y Janus Greejatus. Todos traían puesto lo mismo que Krennic, trajes hidratantes antiradiación y transpiradores; excepto por Sly Moore, asistente de administración del canciller, etéreo y calvo, que traía puesto un manto de sombra umbarano invaluable que parecía hilado con plumas. Krennic se sintió aliviado al ver a Poggle por fin en el podio; estaba seguro de que otra hora de fantasmagoría le volaría el cerebro.

—Bendito sea el Creador, que nos permite estar juntos en esta ocasión de valentía y espectáculo. Se siente de maravilla regresar a mi Geonosis, llena de dramatismo e intensidad, tan quemada como inspirada por los rayos de nuestro sol ardiente. Fuimos bendecidos con esta esquina del espacio para que la sociedad geonosiana pudiera tomar control de su destino y cumplir su evolución.

Poggle se había hecho de un cetro torcido tallado del colmillo de un monstruo gigante carnívoro. Lo levantó en el aire, ante un coro ensordecedor de clics y silbidos.

—Pero es gracias a la República, cuyos representantes nos honran con su presencia, que puedo estar con ustedes.

Se escuchó un zumbido furioso desde los asientos de atrás del estadio. Picadores geonosianos montados en orray y armados con garrochas paralizantes repartieron toques eléctricos por el público para que se callaran antes de que las cosas se salieran de control. Ars Dangor se puso nervioso.

—Me temo que podríamos convertirnos en botana más rápido de lo que crees —le dijo a Krennic a través de las bocinas de su transpirador.

Como señal de buena fe, Krennic le había ordenado a su escolta de clone troopers que lo esperaran y se quedaran a bordo, pero empezó a cuestionar su decisión. Se intentó imaginar cómo había sido cuando un par de jedi estuvieron a punto de ser masacrados en la arena; habrían muerto de no ser porque otros jedi y un regimiento de soldados del Gran Ejército llegaron de la nada justo a tiempo, tomando a la galaxia por sorpresa. Podría estar sentado en el lugar de Dooku.

Poggle le hizo al público un gesto con las manos para que le bajaran un poco al escándalo.

—Sí, no podemos negar que tenemos diferencias con la República, ni que hemos librado dos batallas heroicas contra ellos en nuestro santo suelo. Pero tomemos un momento para considerar las circunstancias que nos llevaron a esos conflictos.

Varios de ustedes tienen edad suficiente para recordar cuando el Taller de Armas Baktoid llegó a Geonosis a establecer un trato para construir fundidoras y producir droides. Por esto, fuimos generosamente recompensados. Logramos superar nuestro odio natural por los foráneos, como siempre, en aras de lo que parecía una tarea noble.

Pero, tan lejos como estamos en el espacio remoto, ¿cómo podíamos prever que al dedicarnos de lleno a esa tarea, como siempre lo hacemos, estábamos sirviendo los intereses del grupo que nos trajo tantos conflictos? Cuando el Conde Dooku regresó a renovar nuestro contrato con Baktoid, ¿cómo podíamos saber que este humano, antiguo Caballero Jedi, se iba a juntar con una confederación de separatistas? ¡No sabíamos que su propósito sería separarse de la República, mucho menos hundir la economía de la galaxia al involucrarla en esta guerra! La República no es nuestro enemigo.

Desde las galeras explotó el ruido de aleteos sin control y silbidos. Tanto movimiento en el aire hizo que un tufo de comida a la parrilla se colara en la máscara de Krennic.

—Qué más adecuado que hacer este anuncio hoy, día en el que celebramos las virtudes de la industria. La próxima empresa gloriosa de la colmena Stalgasin será la más grande y ambiciosa que hayamos llevado a cabo.

La arena cayó en un silencio expectante. Hasta las bestias encadenadas se calmaron.

—¿Cuántos de ustedes han levantado la vista hacia el cielo de noche y han visto algo nuevo formándose sobre el planeta? Un círculo creciente, un anillo que parece portal a otra dimensión. Muchos ya intuyeron que el material sale de nuestros asteroides y que nuestras fundidoras rearmadas arman el producto final. Pero ¿cuántos de ustedes saben que el aro es creación de nuestra colmena? Lo que divisan ahí arriba es fuente de mentes y trabajo geonosiano.

Krennic sonrió con satisfacción de que Poggle por fin admitiera su crédito.

—Ahora se nos pide que cumplamos el sueño de nuestros diseñadores: construir una esfera móvil de tal tamaño que parezca otra luna. Será lo más importante que haya hecho nuestra colmena, no sólo por la escala, sino por la cantidad de trabajo que tendremos que ejecutar en el espacio exterior, dentro de la construcción. Desde ahí podrán ver hacia nuestro planeta natal y maravillarse de ser geonosianos mientras tienen la dicha de cumplir con su tarea. Díganme, ¿es o no es razón suficiente para celebrar como nunca antes?

Le dio a la multitud tiempo suficiente para gritar y vitorear, y luego tranquilizarse un poco.

—Guardé lo mejor para el último —añadió seriamente—. Tenemos una reina viable, lo cual significa que pronto tendremos el doble de nuestra fuerza actual de trabajo ¡y el doble de esfuerzo! ¡Que los juegos continúen otros tres días! ¡Que se derrame la sangre y que los drones prueben su valor! ¡Y que vivan los representantes de la República que hicieron este milagro posible!

Krennic sintió asco ante el prospecto de tener que pasar otros tres días viendo entrañas y partes arrancadas, pero una oleada de presunción reemplazó el sentimiento.

—Mejor entorno que el de mi último interrogatorio —dijo Galen, luego de tomar asiento en la oficina del general adjunto.

—Me dijeron que nuestros servicios de inteligencia lo trataron muy amablemente —contestó Wilhuff Tarkin desde su silla.

Había un escritorio en la habitación, pero Tarkin se sentó con Galen en una sala con una mesa de centro baja, acomodada en medio de un costoso tapete con el símbolo de la República. En las repisas de madera había obras de arte y datacrones, y una ventana grande daba hacia el Domo del Senado.

—Disculpe, me refiero a mi interrogatorio en Vallt. La habitación estaba helada y el techo tenía goteras. Es obvio que usted disfruta de un puesto administrativo más elevado que el que tiene la Capitana Gruppe. O tenía, dependiendo de si sobrevivió o no el ataque.

—Sobrevivió, según me dicen. Es posible que ahora ocupe la misma celda que usted.

Galen arqueó ambas cejas, sorprendido.

—Me alegro de saber que está bien.

—¿Eran amigos?

—¿Me pregunta si era amigo de mi captora?

—Curiosidad inocente.

—La curiosidad inocente no encaja bien con esta oficina ni con su uniforme, comandante.

En realidad, Galen no sabía nada de Tarkin, sólo que había servido en la Marina de la República antes de ser nombrado general adjunto. Era un hombre alto, diez o quince años

mayor que Galen, con mejillas hundidas, frente amplia y una mirada de inteligencia penetrante.

—No empecemos con el pie izquierdo, Doctor Erso. Esto es una entrevista informal, no un interrogatorio.

—Entrevista, interrogatorio, ¿cuál es la diferencia? ¿Quiere que mire hacia alguna cámara en particular?

—No tiene obligación alguna de responder mis preguntas. Y puede traer a su abogado, si gusta…

—Mejor responda usted a una de mis preguntas.

Tarkin se relajó en su silla y cruzó una pierna sobre la otra.

—Estoy a su disposición.

—¿Por qué no me permiten irme de Coruscant? Las instalaciones de Vallt están operando de nuevo; estoy seguro de que Zerpen volvería a contratarme.

Tarkin presionó sus labios delgados aún más.

—Según entiendo, el problema es que Zerpen continúa con su necedad de hacer negocios en planetas con riesgo de caer en manos separatistas y no podemos permitir que se involucre en otro incidente.

—Pero Vallt regresó a la República.

—Por el momento. Verá, Vallt se encuentra en un sector muy conflictivo. Podría cambiar de manos varias veces antes de que termine la guerra, como ha sido el caso con otros planetas. Me temo que también está la situación de sus cargos de traición a la República.

Galen hizo un ruido de exasperación.

—Estoy seguro de que tiene acceso a mis interrogatorios de inteligencia y COMPROR.

—Sí, ya los leí. Durante esas sesiones, juró no haberle dado información a Vallt y dijo que se rehusó a hacer investigación para los separatistas. De igual manera, tampoco tiene interés en investigar para la República.

—Soy científico, no soldado.

—Nadie le está pidiendo que luche en el frente, Doctor Erso, para esto están el Gran Ejército y los jedi. Lo que necesita la República es gente que contribuya a la causa de otras maneras.

—Le repito, no pienso apoyar la guerra en ningún puesto.

—Usted salió de un planeta de la República que resultó devastado por el conflicto. La República no escatimó gastos para educarlo en un programa de élite y en una lista considerable de instituciones.

—No recuerdo que me dijeran que debía pagar esa deuda.

—No, no está obligado. Pero seamos sinceros, Doctor Erso, ¿ya pensó en cómo queda usted? ¿Un investigador brillante que le debe todo a su gobierno y se rehúsa a levantar un dedo para agradecerle?

—Hay un mundo de diferencia entre no estar de acuerdo con las políticas de la República y ser simpatizante de los separatistas.

—Le concedo razón. Pero también hay diferencia entre no estar de acuerdo y no sentir ni un ápice de lealtad a la República.

—No siento lealtad hacia su maquinaria de guerra. Si hubiera un lugar para mí en el campo de generación de energía, tomaría la oportunidad sin pensar dos veces.

Tarkin se tomó un momento para responder.

—Su área de estudios son los cristales, ¿cierto?

—Sintéticos, en lugar de los que busco.

—El kyber —dijo Tarkin, sapiente—. ¿En continuidad con la investigación original de Marsabi?

Galen se sorprendió de no tener que explicarle esto a alguien.

—En parte, pero me interesa más lo que hizo Cuata en Mygeeto y Christophsis antes de que la guerra los pusiera en peligro.

—Zaly tuvo un éxito impresionante con su análisis de la estructura interna del cristal. ¿Cree que él o algún otro investigador separatista sigan con el descubrimiento?

—Es…, es posible, sí.

—¿También es posible que hayan tenido éxito intentando adaptar la investigación al uso de armas?

—Si lo hubieran hecho, ya habría terminado la guerra.

—Pero si mal no recuerdo, la teoría de Zaly era…

—… errónea. No hay manera de contener esa clase de poder.

—Supongamos que…

—No. Empieza a sonar más como especialista de armas que como autoridad legal —interrumpió Galen.

—Un interés eventual. Pero no se equivoque, doctor, no intento reclutarlo. Sólo quiero saber si la disposición de Vallt para intercambiar a un científico brillante por dos científicos mediocres no ocultaba una estrategia para plantarlo en Coruscant como doble agente.

Galen bufó.

—Y por fin llegamos a la razón por la cual estoy encerrado en Coruscant.

—Doctor Erso, ¿qué le preguntó la Capitana Gruppe en Vallt?

—Me preguntó sobre el Gran Ejército, de dónde venían y qué tan avanzados iban en la planeación. Preguntó por armas, el tamaño de la flota, el rol de los jedi…

—¿Y no le dijo nada?

—Aunque quisiera, no tengo idea de ninguno de esos temas.

—Así que no lo persuadieron ni haciendo sufrir a su mujer.

—No la hicieron sufrir. —Galen le sostuvo la mirada a Tarkin.

—La alejaron de usted.

—Lyra es fuerte con o sin mí. Siento que debo recordarle que fue la *República* quien me rescató. Si fuera agente doble, o lo que sea que dice que soy, ¿por qué no brincaría a la primera oportunidad de trabajar en el ejército?

Tarkin desvió un poco el tema.

—¿Sabe? Yo sé lo que se siente ser prisionero.

Galen lo miró con interés.

—Pasé varias semanas en La Ciudadela, un lugar separatista. ¿A usted lo torturaron?

—No. ¿A usted sí?

—Repetidamente.

—Lo siento.

—Por suerte, fui rescatado antes de que mis carceleros me hicieran lo peor que podían. Si hubieran continuado…, quién sabe. La cuestión es… Suponga que se va de Coruscant y cae en manos enemigas una vez más.

—Tengo aún menos que ofrecerles que antes.

—Se equivoca, doctor. Tiene algo todavía más valioso que inteligencia militar: la inteligencia de su mente. Y queremos que esos contenidos se queden en su cabeza.

—Pero tengo una familia que mantener, comandante.

—Lyra puede encontrar un empleo provisional, seguramente.

Galen dejó escapar su infelicidad.

—Ese no es el punto, tengo que poder investigar, estoy perdido…

Tarkin se reclinó y entrelazó los dedos, analizándolo.

—Espero que sepa que tiene un aliado poderoso en Orson Krennic.

Galen tenía la vista fija en el piso, la levantó para contestar.

—Fuimos compañeros en el Programa de Promesas, hace años.

—Por respeto a él, hemos decidido dejar este asunto por la paz.

Galen entrecerró los ojos con incertidumbre.

—No habrá indagación ni juicio alguno. De hecho, voy a recomendar que se cierre su caso. Tendrá que quedarse en Coruscant hasta que mis superiores lo aprueben, pero supongo que el proceso no tardará más de un par de meses estándar.

—Meses… —Galen se frotó la frente—. Pero aun así, supongo que debo agradecerle.

—Agradézcale a su compañero, Doctor Erso. Antes de que se vaya, una pregunta más: ¿El Teniente Comandante Krennic le ofreció trabajo o algún tipo de proyecto?

—Nada. En sus palabras, dijo lo mismo que usted, que la guerra seguirá a pesar de mí, y que toda contribución importa.

—¿No le importa que la guerra siga?

—Palpatine pudo haberla evitado. Ahora le toca a gente como usted terminarla.

—Y así lo haremos.

10

EL LARGO COMM

EL HÁBITAT DE LOS ALTOS MANDOS disfrutaba el paisaje más amplio del sitio de construcción: incluía un panorama árido de Geonosis, campos diezmados de estrellas y asteroides, y la esfera rudimentaria, con incontables naves de droides y provisiones rodeándola como moscas. Su estructura curveada recibía los rayos del sol primario del sistema.

Después de meses de ir y venir a la superficie, Krennic nunca había estado tan agradecido de tener una atmósfera artificial.

Hacía varias semanas locales, se había hecho una fiesta enorme para celebrar la terminación del ecuador falso, aunque el motivo de la celebración parecía más un giroscopio antiguo que una esfera. Desde entonces, varios grados del hemisferio superior habían sido equipados con soportes estructurales latitudinales y se empezaron a poner las bases del revestimiento en una porción amplia del casco curveado. Los droides de construcción ya podían dedicarse a construir los primeros espacios interiores, que servirían de referentes de posición, hasta que se pudieran dividir las cabinas con mamparas.

Los geonosianos serían los primeros en habitar los módulos inmensos de soporte vital. Inmediatamente después del anuncio de Poggle en la arena, miles de drones habían sido transferidos hacia la fundadora orbital 7, la segunda estructura más grande que se veía desde el hábitat del alto mando. Había drones supervisando la producción de las concavidades gigantes en forma de rebanada de pay que, cuando estuvieran armadas, conformarían el reflector parabólico o central de poder de la estación (aún no se sabía cuál sería su función). Los obreros recibían órdenes de soldados alados, pero ambas castas le rendían cuentas a Poggle, que tenía una suite lujosa unida a la fundidora por una serie de tubos conectores. También tenía una nave de pico curvo con rango limitado para poderse transportar a la superficie.

Al parecer, los drones estaban muy inconformes con su situación. Les habían prometido que trabajarían en la esfera, pero los obligaron a trabajar sólo en los componentes del reflector. Sin embargo, Poggle ignoró su frustración, pensando que podría ser benéfico para el resultado final de la producción.

Krennic, el redondo Profesor Sahali y varios miembros del Grupo de Armas Especiales observaban cómo sacaban del hangar abierto de la fundidora uno de los componentes en forma de gajo. Tres de las nueve rebanadas estaban completas, las otras seis estaban en diversas etapas de manufactura.

Casi desde el origen del Consejo de Asesoría Estratégica, nadie se ponía de acuerdo sobre la función del reflector parabólico. Su construcción estaba basada en un estudio meticuloso de los planos geonosianos, pero desde un principio, todo mundo involucrado

en el proyecto aceptó el hecho de que su función iría tomando forma. Hasta Poggle el Menor admitió que la colmena Stalgasin no tuvo tiempo de diseñar el arma antes de que la Batalla de Geonosis interrumpiera su investigación.

El plan era ensamblar la concavidad parabólica en el espacio y maniobrarlo con un rayo tractor hacia el pozo gigantesco que habían delimitado en el hemisferio superior de la esfera, el «hoyuelo», como le llamaban algunos. Pero el reflector debía poder desplegarse hacia afuera del casco para facilitar el movimiento y puntería del superláser de protones que proponían algunos de los científicos.

A Krennic le parecía muy extraño que Dooku no hubiera lanzado un ataque perentorio al sitio de construcción. No podía seguir siendo un secreto que los planos de la estación de combate estuvieran en manos de la República. Su teoría era que Dooku estaba demasiado ocupado con su propia versión como para preocuparse por las demás. Eso hacía que el proyecto ya no se tratara de igualar fuerzas, sino de ver quién terminaba primero el arma.

Los ingenieros estructurales de proyecto debían estar a cargo de la construcción, ensamblaje, e instalación del reflector; pero, como el componente era crucial para el desarrollo del arma, la responsabilidad cayó sobre Krennic, que seguía intentando cumplir su promesa de involucrar a Erso.

Le había alegrado enterarse de que el Departamento de Justicia había optado por retirar los cargos de espionaje que había falsificado contra Galen. Lo que no le alegró tanto fue que Wilhuff Tarkin hablara con Galen y se interesara tanto por su situación desesperada. Krennic no lo conocía bien, sólo tuvieron una conversación breve cuando Tarkin fue gobernador de su natal Eriadu. Seguían llamándolo gobernador, aunque había sido oficial de la Marina. Todo sobre él le indicaba a Krennic que podría tener problemas con Tarkin. No era ningún secreto que tenía una relación cercana con el Canciller Supremo Palpatine, ni que muchos de sus camaradas judiciales lo idolatraban como a un dios. La única razón por la cual no lo habían reclutado desde el primer día fue que estaba en una prisión separatista de la que se escapó o lo rescataron, haciéndolo aún más alabado y popular. Y había rumores de que Tarkin fue quien convenció a Palpatine de hacer una estación de combate, y que tenía en mente un arma similar, incluso antes del descubrimiento de los planos geonosianos. Por si fuera poco, su cargo activo de general adjunto lo mantenía informado prácticamente en tiempo real sobre el estatus de la obra. Entre los miembros de las más altas élites, se decía que Tarkin se estaba preparando para tomar el liderazgo del proyecto entero.

A Krennic le ponía los pelos de punta el sólo pensar rendirle cuentas a Tarkin, y determinó que atrapar a Erso era la única forma de evitarlo. Pero tener un as bajo la manga no garantiza la partida.

Tenía la mirada perdida en uno de los gajos del reflector, pensando en Poggle y su filosofía de obligar a los drones a hacer trabajos indignos de su casta o habilidades, para que lo hicieran aún mejor. Entonces se le ocurrió algo.

Mientras Lyra se desplazaba entre la muchedumbre del centro, se preguntó por qué Coruscant no tenía más escaleras de verdad y menos bandas transportadoras. Era imposible hacer ejercicio si un lugar no permitía ni siquiera aumentar la frecuencia cardiaca, mucho menos sudar. Era un planeta en donde la atmósfera y el clima estaban regulados, y las estructuras más altas tenían gravedad artificial. A pesar de todo lo mal que la pasaron en Vallt, Coruscant le parecía *demasiado* seguro, aun con las falsas alarmas y la posibilidad real e inminente de un ataque sorpresa. Le hacía falta lluvia, viento, ciclones, huracanes, una que otra avalancha, en fin, fuerzas naturales impredecibles.

Había adelgazado lo que subió con el embarazo, pero comenzaba a ponerse flácida después de meses de estar en espera de un cambio. Antes de ir a Vallt, solía ir a las instalaciones del Templo Jedi y hacer ejercicio ahí, absorbiendo la energía del elegante lugar, rodeada por la Fuerza. Pero, una vez que la situación se puso tensa antes de estallar la guerra, no había manera de acercarse al templo sin permisos especiales.

Se preguntó a sí misma, ¿la guerra habría afectado la forma en la que los jedi sentían la Fuerza en Coruscant, con todo y su abundancia de vida sensible? ¿Las batallas de planetas remotos interferían con la Fuerza?

La idea le pareció demasiado aterradora para seguir pensándola.

Lyra quería ir más de prisa, pero había demasiados seres en su camino. Tenía tan arraigado el hábito de ejercitarse, que lo necesitaba para nutrirse. Así que intentó irse por otra parte, y se metió a un corredor hacia la esquina sureste de la Plaza Llanter, donde por fin encontró un poco de espacio personal.

Galen y ella eran hijos únicos, pero a diferencia de él, su madre todavía vivía, y se mantenía decorosamente como artista en Aria Prime. Había tenido que pedir préstamos para financiar la educación de Lyra, pero ella le pagó la deuda con un trabajo de exploradora para diversos proveedores de HoloNet. Consistía en cargar una holocámara pesadísima y caminar por planetas donde el terreno era demasiado difícil (o costoso) para los droides de vigilancia, y generar videos en 3D.

Después, trabajó como especialista de impacto ambiental y agente de verificación de superficies. Estos puestos la llevaron a convertirse en líder de equipos de reconocimiento, además de cartógrafa. A los veintinueve años, ya había visitado cinco de las cincuenta maravillas del Núcleo, seis de las treinta maravillas del Borde Medio y doce de las veinticinco del Borde Exterior. Visitó varios mundos protegidos del Legado en regiones remotas, pero todavía no había viajado por el Núcleo ni se había aventurado hacia las Extensiones Occidentales, tampoco había entrado más de cincuenta pársecs en las Regiones Desconocidas. Tantos lugares por ver…

Casarse nunca fue parte del plan, mucho menos tener un bebé. Pero estar embarazada de Jyn, especialmente durante su cautiverio, le había abierto los ojos a la Fuerza como se imaginaba que sólo la sentía un jedi: experimentó una conexión profunda con la vida,

más allá del mero entendimiento. Y aunque apoyaba a Galen en su investigación, en secreto le daba gusto que ya no intentara sintetizar o replicar el kyber; le parecía una imitación burda de la Fuerza misma, como recurrir a la magia en un esfuerzo para simular su poder.

Dio vuelta en un callejón y comenzó a trotar, pero la interrumpió un grupo de droides empecinados en hacerla entrar a un holoteatro.

Por mucho que le gustaba salir del departamento, no estaba disfrutando de su libertad como pensó que lo haría. Tenía una sensación permanente de que había olvidado algo muy importante cuando no estaba con Jyn; el bebé ya casi tenía un año y siete meses, y no dejaba de platicar y desafiar prematuramente a sus padres. Lyra estaba fascinada con la idea de cultivar la mente de Jyn, pero, al mismo tiempo, sentía que la que más aprendía era ella misma.

Quizá los días de sentirse completamente sola habían quedado atrás.

Mientras caminaba por un distrito comercial de tránsito muy denso, intentó pensar en la última vez que tuvo tiempo libre; recordó que había sido la noche de la pelea de Galen, en la reunión. Dagio Belcoze lo contactó un par de días después para disculparse y le echó la culpa al alcohol. Galen se disculpó también y ahí quedó el asunto entre ellos, pero no entre la gente: las acusaciones se habían vuelto un hato de chismes sobre lo que pasó en Vallt.

Lyra apoyaba férreamente las decisiones de Galen, pero estaban a punto de quedarse sin dinero y tenían más deudas que nunca. Peor aún, Galen estaba todo el tiempo intranquilo y miserable, aunque no con Jyn, a quien había apodado «estrellita». Orson Krennic, entre otros, había prometido darle trabajo a Galen, pero nadie había cumplido. Lyra propuso que se fueran a Aria Prime a esperar el fin de la guerra con su madre en cuanto pudieran salir de la ciudad.

La guerra escalaba cada vez más. Tres planetas, Malastare, Saleucami y Mon Calamari, se acababan de anexar al conflicto. Lyra se sentía bajo vigilancia en todas partes a donde iba. La guerra había desplazado a millones de refugiados a Coruscant. En ausencia de oportunidades de trabajo, muchos se vieron obligados a vivir en centros de reubicación atestados de gente sin esperanza. Esa misma mañana, las noticias en la HoloNet mostraron el arresto de un grupo separatista en Coruscant. Varios muertos, muchos heridos.

De repente, recibió un mensaje en la pantalla de su comlink. Remitente desconocido:

«Él aún puede cambiar de opinión, no es demasiado tarde».

Ese «él», ¿se refería a Galen? ¿De qué bando provenía el mensaje? ¿Fue producto de los rumores sobre él? ¿Lo pudo haber enviado el General Adjunto Tarkin, con quien Galen ya tenía una amistad?

A lo mejor había sido enviado por error al dispositivo equivocado, pero aun así, las palabras le llegaron profundamente.

Se detuvo a ver un aparador de ropa deportiva y notó por segunda vez al ryn que había pillado espiándola desde que se detuvo en la joyería. Los ryn eran una especie de

humanoides erguidos itinerantes con pelo blanco y colas prensiles. Rara vez se encuentran en el Núcleo, por eso Lyra se percató de su presencia en primer lugar. Este espécimen traía botas mullidas de piel, una boina y un abrigo rojo largo. Ahí estaba por segunda vez, muy lejos de donde lo había visto la primera.

Sus sentidos se activaron. El ryn no lucía amenazador, pero no le gustaba que la siguieran. Aceleró el paso y se abrió camino lo más rápido que pudo para subirse al turboascensor justo a tiempo. Subió tres pisos, cambió de elevador y bajó otro piso. En cuanto salió, volteó hacia todas direcciones y no lo vio. Estaba segura de que lo había perdido, cuando de pronto, apareció de la nada con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo.

Mientras se sumergía en la multitud para intentar huir, se alegró de haber dejado a Jyn con Galen. Avanzó lo más que pudo y se metió en un callejón lo más rápido posible… y se topó de frente al ryn, al final del callejón, avanzando hacia ella. Dio un giro sobre su talón y se regresó por donde había llegado. Para su sorpresa, se lo topó de frente otra vez. Dio un vistazo hacia atrás, por encima de su hombro y confirmó su sospecha: eran dos, vestidos idénticamente. Ambos le cerraron el paso.

Buscó algo que pudiera usar como arma, porque pedir ayuda no conseguiría más que un montón de miradas curiosas. ¿Querían asaltarla, secuestrarla, o algo peor? ¿Eran agentes de quien sea que le envió el mensaje?

Los ryn se acercaron a pocos metros; Lyra decidió que no quedaba más que prepararse para luchar con uñas y dientes.

—No se ponga a la defensiva, señora, no tiene caso —dijo el de la izquierda, en básico perfecto.

—Entre más pronto se deje, más rápido terminamos —dijo el de la derecha.

Ambos empezaron a abrir sus abrigos y Lyra supo que venían armados, pero de anillos, pulseras, aretes y demás bisutería.

—Vimos que buscaba joyas, damita, venimos a ofrecerle variedad a precio.

Galen terminó de reorganizar sus notas y se disponía a ver cómo le iba a Jyn en su siesta (un acontecimiento extraño en el hogar Erso), cuando sonó el comlink del departamento. Al tomar la llamada, la holopresencia en escala de Orson emanó del proyector.

La señal tenía poca calidad y se interrumpía. Galen intentó cambiar los ajustes del dispositivo para ver si mejoraba algo. Al parecer, Orson hacía lo mismo; al final tuvieron que reducir el tamaño de la transmisión para poder escuchar algo. Como era obvio, el comm estaba enrutado de tal forma que el código fuente fuera imposible de rastrear.

—¿En qué parte de la galaxia estás, Orson? Ni siquiera llega bien la imagen.

—Lejos de Coruscant.

—Sí, ya veo. ¿Proyecto de ingeniería?

—Sí. A una escala sin precedentes. —Krennic estaba de uniforme, parado frente al mirador de la nave.

—¿Militar?

—¿Tú qué crees, Galen?

—¿Es en una instalación orbital o en el espacio profundo?

—Un poco de ambos.

Galen tenía muchísima curiosidad, pero sintió que no recibiría más detalles.

—Me da gusto saber que por lo menos alguien tiene empleo.

—¿Cómo la estás pasando?

—Horrible. Me estoy volviendo loco.

—¿Qué hay de Lyra y la niña?

—Están tan bien como pueden, dadas las circunstancias. ¿Supiste lo del Departamento de Justicia?

—Sí, me informaron.

—Al parecer es otro punto en la lista de cosas que agradecerte, Orson.

—El caso no tenía fundamento, sólo acusaciones absurdas. Intenté dejárselo claro al General Adjunto Tarkin, pero insistió en hacer una investigación.

—De hecho, ha sido bastante comprensivo y cordial. Está maniatado con lo del permiso de salir de Coruscant, pero me ha ayudado de otras maneras.

—Yo que tú, no creería mucho en sus promesas.

—Lo sé. Pero es mi única esperanza.

—No, no lo es, por eso te hablo. Creo que encontré un trabajo para ti.

Galen apenas podía creer lo que escuchó.

—No es mucho —continuó Orson—, pero es mejor que tu bloqueo.

—¿Militar…?

—Nada de eso. ¿Has escuchado de Helical HyperCom?

—Hacen dispositivos comm personales, ¿no?

—HH tiene una fábrica enorme en Lokori. Justo ahora trabajan en mejorar la posición de sus cristales para que su señal llegue a áreas remotas cuya infraestructura se vio afectada por la guerra. La República está financiando bastante la investigación, pues es en beneficio de varios planetas miembro que están luchando por sobrevivir.

—Lokori está cerca de Ryloth. —Galen había buscado un mapa mientras escuchaba.

—No es el lugar más seguro de la galaxia, pero está bien protegido.

—Esto es muy inesperado, Orson. Tendría que revisar su investigación y su producción…

—El Director Herbane puede enviarte todo lo que necesites, si te interesa.

—¿Director…?

—Roman Herbane. CEO o uno de esos títulos de letras. Le rendirías cuentas a él.

Galen no supo qué decir.

—Yo sé que esto puede parecer un retroceso para alguien como tú, pero a veces hay que dar un paso hacia atrás para dar dos hacia adelante, o algo así.

—Es sólo que estoy acostumbrado a supervisar mi propia investigación y ser mi propio jefe.

—Está bien, no quiero ponerte en una situación de la que te arrepientas.

—No, tú no te preocupes por eso.

—De todos modos, seguramente HH te dejará trabajar a tu manera. Además, puede ser algo temporal hasta que llegue algo más en sintonía con tu talento y tus intereses.

—Necesito pensarlo bien y discutirlo con Lyra. Dice que quiere que nos vayamos a Aria Prime en cuanto se levanten las restricciones de viaje. Su madre no está bien de salud.

—Lo que consideres mejor, por supuesto.

—Lokori… —Galen miró el mapa.

—Es un mundo interesante, sin duda, con un clima mucho más agradable que el de Vallt.

—¿Cuándo necesitan mi respuesta?

—Lo antes posible.

—Nunca he sido bueno con la espontaneidad, Orson. ¿Tú qué opinas de esto? —Galen exhaló.

—Opino que aceptes la oferta. Usaré mis influencias para asegurarme de que puedas salir de Coruscant y regresar a trabajar, aunque sea en un trabajo inferior a tus capacidades.

—Cada vez te debo más. No sé cuándo voy a poder pagarte.

Orson sonrió.

—Algún día te mostraré los planos de lo que estoy haciendo y podrás devolverme el favor dándome tu opinión.

11

CIENCIA MUNDANA

LYRA NO HABÍA INVESTIGADO NADA sobre Lokori. En Coruscant, varios de sus amigos le dieron opiniones, pero, en cuanto entraban en detalles, los dejaba de escuchar. Quería que el lugar la tomara por sorpresa; lo único que hizo fue mostrarle a Jyn un par de imágenes del lugar para explicarle el cambio. Extrañaba sentirse intrigada.

Con todo y la influencia de Krennic y el apoyo de Wilhuff Tarkin, pasaron otros tres meses estándar antes de que Galen pudiera librarse por completo de la burocracia. En cuanto terminaron de firmar contratos, hacer juramentos, entregar declaraciones, buscar vivienda, y sacar permisos de viaje, abordaron una nave de pasajeros hacia el Borde Exterior, gastos pagados por Helical HyperCom. Galen no le había contado mucho a Lyra sobre el puesto, pero ella había leído por sí misma varias cosas sobre la compañía y su buen récord de contribución a las buenas causas.

Descendieron de la nave en un transbordador; vieron desde la ventana el paisaje aéreo de la ciudad de Fucallpa, que parecía un campo enorme de flores de todos colores y formas. Lyra vio estructuras entretejidas como cestas, y domos que parecían suculentas gigantes. Nada era cuadrado, todo tendía a las líneas curvas y las figuras torcidas. Los edificios tenían escaleras externas envueltas alrededor como enredaderas. Las áreas residenciales parecían granjas de horticultura en forma de hojas.

La especie nativa también se llamaba lokori. Eran insectoides que parecían tallos, con alas vestigiales, ojos pequeñitos, y cuartos traseros alongados de donde alguna vez salió otro par de piernas. Su amabilidad intrínseca sorprendió a Lyra desde el principio, en la aduana del puerto espacial. Tenían un movimiento especial basado en un antiguo ritual religioso: mecían la cabeza suavemente de atrás para adelante en señal de aceptación, una forma muy gentil de mostrar aprecio.

Los locales que encontraron en su camino se enamoraban inmediatamente de Jyn, que ya caminaba a todas partes sobre sus piernas poderosas, con el triple de vocabulario que hacía unos meses. Un representante lokori de Helical HyperCom los recibió saliendo de la aduana y los escoltó hacia un speeder de la compañía en donde cabían con todo su equipaje.

Galen estaba más callado de lo normal desde que salieron de Coruscant. Lyra supo por instinto que se sentía fuera de su elemento, inseguro. Pero cuando la volteó a ver, sonrió, quizá porque sintió su escrutinio y preocupación.

—¿Qué te parece hasta ahora?

—Si todo va a ser así, vamos a estar bien —dijo Lyra—. Mejor que bien.

—¿Y tú, estrellita? ¿La estás pasando bien?

Jyn asintió y empezó a rebotar en su asiento, emocionada. Quizá sólo estaba contenta porque percibía el entusiasmo de su madre. Galen la miró enternecido por los brinquitos y tomó su manita con amor.

El speeder serpenteó a través de calles limpias y ordenadas, esquinas, recovecos, espirales, arcos, y círculos. En Fucallpa no había cuadrículas. Finalmente, llegaron a las oficinas de Helical HyperCom. Su falta de personalidad resultó decepcionante después de haber visto el resto de la ciudad. No habían hecho esfuerzo alguno por imitar la arquitectura orgánica local; estaba rodeado de murallas con entradas de seguridad. Dentro del edificio principal cuadrado, la belleza colorida de Lokori se disolvió en tonos grises y un sentido sombrío del deber.

Los hicieron esperar en un cuarto inhóspito con muebles incómodos y arte genérico en las paredes. Al fin, una mujer humana entró y se presentó como la secretaria ejecutiva de Roman Herbane. Su pelo largo le llegaba a media espalda, con una cola de caballo que acentuaba sus pómulos prominentes. Tenía un vestido apretado que marcaba su figura y botas de tacón que la hacían ver mucho más alta. La sonrisa que forzó cuando vio a Jyn denotaba que nunca había visto un niño humano. Condujo a la familia a una oficina enorme, con ventanas que daban a las colinas boscosas contra el cielo azul verdoso.

Herbane estaba sentado detrás de su escritorio enorme. Lyra pensó que seguramente sólo se levantaba cuando en verdad tenía que hacerlo. Su traje se veía costoso y su rostro de facciones afiladas le daba un aspecto aristocrático.

Lyra percibió que Herbane y su secretaria tenían más que una relación de trabajo.

Galen se presentó primero y luego a sus chicas. El apretón de manos de Herbane fue cortés y casual, pero Jyn se sintió observada e incómoda, y se escondió detrás de las piernas de Lyra.

—Espero que su viaje haya sido placentero —dijo, con la misma sonrisa cortés que usó su secretaria—. Odio entrar por el Centro Dibbik. Qué seres tan despreciables, los lokori.

Lyra quiso decirle que le habían parecido muy amables, pero se abstuvo.

—El viaje estuvo bien. Sin contratiempos.

—Sin contratiempos es lo mejor que se puede lograr estos días. Debería ofrecerle una bebida…

Galen rechazó la oferta que le había hecho por obligación, y todos se sentaron menos Jyn.

—Bien, supongo que tuvo tiempo para revisar la información. Lo mejor sería que empezara de inmediato.

—Lo hice —contestó Galen—. Pero nunca me dijo si usted tuvo tiempo de revisar las notas que le envié.

Herbane se movió inquietamente.

—Sí, las notas… Le voy a ser honesto, Doctor Erso, no entendí ni la mitad y las dejé.

—Con gusto podría explicarle todo.

—Mire, dejemos las cosas claras desde ahora. Sé quién es usted y sé todo lo de sus logros. Pero no me interesa escuchar sus teorías, ni meterme en eso de innovar… No estamos aquí para reinventar la física ni la química y eso. Esto es un trabajo, nada más.

—Pero ¿no le importa que el trabajo pueda hacerse mejor y con menos costos?

—Esto es justo lo que esperaba de usted —dijo Herbane, poniendo las manos sobre el escritorio—. Para ser franco, yo no quería contratarlo justo por este tipo de cosas. Se lo dije a mis superiores, pero es obvio que tiene amigos influyentes que me obligaron a aceptarlo. Llevo muchos años haciendo bien este trabajo y no quiero problemas con nadie. No me voy a meter con usted en un duelo de inteligencia; además, me parece que con todo y sus papeles científicos, certificados y patentes, usted está del otro lado del escritorio y yo estoy de este.

—Al parecer ya nada tiene sentido en la galaxia.

Herbane quedó boquiabierto y volteó a ver a Lyra.

—¿Su esposo siempre es así de irreverente?

—Dice lo que piensa —dijo Lyra.

Herbane volteó hacia Erso.

—Doctor Erso, nos estamos metiendo en terreno peligroso.

—No necesariamente. Escuche, sólo quería decirle que Helical está desperdiciando dinero con los cristales de pontita, cuando podrían ahorrar muchísimo con relacita sintetizada; hasta la mitad de los costos de producción por el doble de ancho de banda.

—¿Me va a empezar a discutir en su primer día? —Herbane le fijó una mirada de advertencia.

—No estoy discutiendo —Galen intentó aclarar—. Sólo intento hablarle de un colega a otro.

La cara de Herbane se encendió de ira.

—¡No soy su colega, Doctor Erso, soy su jefe! Helical HyperCom no es Zerpen. No somos investigadores, somos proveedores. Necesito un supervisor de control de calidad, no un genio. A menos que se guarde sus teorías y especulaciones, le sugiero que nos ahorre a ambos el dolor de cabeza y regrese al Núcleo. Le voy a preguntar esto una sola vez, Erso: ¿Será un buen soldado o no?

—Soldado… —dijo Galen, cerrando los ojos.

—Empleado, trabajador, como quiera usted decirle, la pregunta es simple, ¿sí o no?

«De la sartén al fuego», pensó Lyra.

Contuvo con todas sus fuerzas el impulso de tocarlo, o expresar de alguna manera su opinión. El trabajo era decisión de Galen, no de ella, y decidió no interferir en absoluto. Jyn empezó a ponerse inquieta. Lyra contuvo el aliento. Galen respondió:

—Dígame qué tengo que hacer.

El tiempo se sentía más lento en Geonosis. La única manera de mitigar el tedio era transportarse a la superficie, pero, después de una hora en el calor y la peste, el viaje hacía que las instalaciones orbitales se sintieran como el mejor lugar del universo.

Krennic pasó semanas enteras en las que sólo esperaba a que el día terminara.

Ya se había fabricado el último de los gajos de la concavidad, pero el reflector en sí aún no estaba ensamblado por completo, y el hemisferio superior seguía en proceso de acabados. Los droides que construían las cabinas iban mucho más lento de lo que se había calculado, aunque ya había varias selladas y habitables.

Mientras tanto, Galen estaba metido en Lokori, más infeliz y frustrado que en Coruscant; o por lo menos así lo esperaba Krennic. Consideraba que darle un trabajo sin salida en HyperCom le serviría de orientación para llegar a su destino. Habría querido que Has Obitt transportara a los Erso al Borde Exterior, para apretarle un poco la correa y para usarlo de espía, pero no hubo manera de encontrarlo por ningún lugar, así que Krennic decidió que lo mejor era que viajaran en una nave de pasajeros, discretos, como gente normal.

Estaba listo para contactar a Galen, cuando su joven asistente entró corriendo al comedor. El Teniente Oyanta era un humano pálido, alto, con cabello negro azabache y ojos rasgados.

—Tenemos problemas en las cabinas del primer piso. Los drones mueren por docenas.

Krennic se limpió la boca con la servilleta y se levantó.

—¿Los ingenieros ya hicieron las pruebas de atmósfera y presión?

—Todos los sistemas están bien.

Krennic sacudió la cabeza, perplejo.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Parece ser que no hay suficiente trabajo para todos.

—¿Que no hay suf…? —Krennic se interrumpió a sí mismo—. Primero Poggle los frustra dándoles trabajo pesado, ¿y ahora los pone a competir por el poco trabajo que hay?

—Poggle dice saber lo que está haciendo.

Krennic apretó la mandíbula.

—¡Fue Poggle el que insistió en sacarlos del pozo antes de que tuviéramos trabajo para ellos! ¿Qué tan mal está la situación?

—Seguridad advierte que podría ponerse explosiva. Ya hubo varios incidentes.

—¿Qué clase de incidentes?

—La infantería de marina tuvo que aplacar a un grupo de drones que se rehusó a seguir órdenes. El sitio parece una explosión de sangre, fluidos y entrañas. Mire, lo tengo en video. —Oyanta le mostró su datapad.

—Por favor no, acabo de comer. ¿Por qué no había soldados de Poggle supervisándolos?

—Se están haciendo de la vista gorda, señor.

Krennic se molestaba más y más.

—¡Esto es un asunto de seguridad! ¿Por qué me preguntan a mí?

—Al parecer, usted es el único que puede razonar con el archiduque.

—Querrá decir que soy el único dispuesto a hablar con él.

—Y él está dispuesto a hablar sólo con usted.

—Bueno —dijo Krennic en resignación—. Está bien, tendré que hacer la llamada.

Ambos salieron del comedor hacia el cuarto de comunicaciones del hábitat. Cuando por fin lograron subir a Poggle a su transbordador, Krennic se colocó en la plataforma del holoproyector, y miró hacia la cámara.

—Archiduque, tenemos problemas para controlar a sus obreros. Están peleándose entre ellos por qué cosas hacer y se niegan a seguir órdenes. Además de que sus soldados están como de vacaciones…

La holopresencia del geonosiano no mostró emoción alguna.

—Yo no veo ningún problema —contestó en su lengua natal.

—Se están matando entre sí, archiduque.

—Los geonosianos no apreciamos la vida tanto como ustedes, teniente comandante. ¿Ya se le olvidó cuántos drones vio morir en la víspera de Meckgin?

—Ojalá pudiera, archiduque.

—Y eso sólo fue por entretenimiento y deporte. El trabajo es algo serio.

—¿Y por qué no interviene?

Las alas de Poggle se agitaron discretamente.

—Para sacarles el mayor provecho, debe permitirles llenar su necesidad de competir por tareas.

Krennic le lanzó una mirada feroz a la cámara.

—¿Me está diciendo que hay que dejarlos pelearse hasta la muerte?

—Es justo lo que le estoy diciendo. Y tenga la certeza de que absolveré a todos sus soldados si se ven en la necesidad de matarlos.

—Vaya, ¡cuánta magnanimidad, archiduque! ¿Qué tal si mejor nos ofrece una solución para no tener que exterminar a nuestra mano de obra?

Poggle hizo un gesto de rechazo altivo.

—¡Que manden más y que se las arreglen ellos!

Una alarma estalló a todo volumen e interrumpió la ponencia improvisada que Galen les impartía a sus compañeros de trabajo. Supuso que a Roman Herbane le molestaría terriblemente si supiera que su trabajo de supervisor de control de calidad era tan estúpido y repetitivo que no tenía más que tiempo libre para pensar y teorizar. Sus palabras y ecuaciones quedaron suspendidas en el aire cuando todo mundo corrió hacia los refugios subterráneos:

—«La matemática no es sólo ciencia, es poesía. Es la expresión de nuestros esfuerzos por cristalizar las conexiones invisibles entre las cosas. Es poesía que conecta y magnifica los misterios de la galaxia. Pero las señales, símbolos y ecuaciones que usamos para expresar esas conexiones no son descubrimientos, sólo es la manifestación física de un entramado de secretos que siempre han existido. Todas las teorías le pertenecen a la naturaleza, no a nosotros. Igual que en la música, toda combinación de notas y acordes, toda melodía ya ha sido tocada por alguien, en algún lugar del espacio…».

Era el segundo ataque a la superficie desde que habían llegado al planeta. La mayoría de los conflictos explotaban más allá de las lunas de Lokori, pero esta vez, las drop ships de los separatistas penetraron las barreras y entraron a su atmósfera con escuadrones de droides cazas buitre reconfigurables. Por suerte, las instalaciones de producción de hipercomunicaciones estaban protegidas por un escudo de energía que emanaba de un generador inmenso, pero bien protegido, situado en las colinas cercanas. Los pasillos laberínticos de servicio debajo de los edificios hacían las veces de refugios de evacuación para todo el distrito oeste de Fucallpa, incluyendo el vecindario de extranjeros donde vivían los Erso y otros empleados de la compañía. Durante la pasada alarma de ataque, Galen se encontró por suerte a Lyra y Jyn, y pasó un par de horas locales terroríficas junto a ellas, hasta que sonó la notificación de que estaban fuera de peligro.

Cada vez sentía más a pecho los ataques a Lokori por su cariño hacia el lugar; el ruido de tijeras podando las fachadas de colores substituyó el golpeteo incesante de piedras que lo acompañó en Vallt.

Buscaba a Lyra y Jyn cuando el bombardeo empezó de verdad. Escuchó conversaciones en los túneles que decían que el campo de defensa estaba recibiendo un azote severo. Se detuvo en una holoestación a ver un video 3D en tiempo real de escuadrones de buitres y droides tricaza disparándole al escudo para debilitarlo, mientras las huestes de la República más cercanas a las montañas hacían lo que podían para evitar que otros cazas destruyeran el generador. El cielo se fragmentaba y destellaba luz cada vez que recibía golpes de energía de las armas de defensa.

Galen no logró encontrar a Lyra, así que regresó por donde había avanzado a través del laberinto de pasillos.

—Doctor Erso, ¿no hay alguna ecuación que termine esta guerra? —le preguntó uno de tantos insectoides aterrados. Galen se sentó junto a él en el piso.

—Si los seres conscientes respondieran a las mismas leyes de la naturaleza, quizá. Pero como estamos perdidos en la entropía, no tengo muchas esperanzas.

Otro Lokori se unió a la discusión.

—Pero seguramente los jedi conocen los secretos para revertir el caos y podrán superar a la naturaleza en su propio juego.

—La Fuerza deriva de la naturaleza —explicó Galen, ensombrecido—. Ante tanto caos, hasta los jedi tienen límites.

12

UN ENGRANE EN LA MAQUINARIA

KRENNIC DESPERTÓ DE SU SUEÑO con las notificaciones insistentes de su comlink personal. Tanteó en la oscuridad para hallar su dispositivo, lo inició y escuchó la voz estridente de su adjunto.

—Señor, tenemos un motín en las cabinas del nivel uno, total anarquía —dijo Oyanta, nervioso.

Krennic maldijo entre dientes.

—¡Pensé que habíamos acabado este tema! ¿Y ahora qué quieren?

—No sabemos cómo empezaron. De un momento a otro, pasaron de trabajar como siempre a destruir todo el trabajo que habían terminado…

—¿¡Destruir!?

—Tres meses de trabajo, señor. Y siguen destruyendo cosas, ni la infantería de marina puede contenerlos.

Krennic se levantó como resorte.

—Nos vemos en la estación de comunicaciones, pero antes háblale a Poggle; con un poco de suerte, despertarás a toda su nave como me despertaste a mí.

—Enseguida, señor.

Hizo la señal para prender las luces, se echó agua en la cara, se puso los pantalones y salió a toda prisa de su habitación.

Habían pasado meses enteros sin incidentes. El reflector parabólico estaba casi terminado, se había revestido el casco y los espacios interiores tenían mamparas para hacerlos habitables. También mejoraron las condiciones de los drones, se hizo todo lo posible para evitar la sobrepoblación. Incluso el archiduque se portó permisivo, aunque cuando no estaba dándoles órdenes a sus soldados, estaba encerrado en su transbordador con un contingente privado de obreros.

Y ahora esto.

Krennic no podía explicarse cómo la situación se había salido de control. ¿Acaso los separatistas infiltraron saboteadores entre los obreros?

Su asistente caminaba con pasos ansiosos por toda la habitación cuando Krennic entró, sin detenerse a nada. Luego de un saludo breve, Oyanta señaló hacia la consola:

—Señor, los reportes de control de tráfico indican que el archiduque salió de órbita.

—¿Qué? ¿Salió de órbita? ¿A qué hora?

—Como a la misma hora a la que comenzó el altercado.

Krennic se agachó frente a la consola para leer los monitores. Supuso que el transbordador iría en dirección a la superficie, pero vio que había salido del espacio de Geonosis por completo.

—¿Ya lo localizaron en el comm? —Ladró por encima del hombro.

—Sí, señal clara.

Krennic encendió la holotransmisión y giró hacia el micrófono.

—¿A dónde cree que va, archiduque? —preguntó en geonosiano pulido.

—Perdón por irme, teniente comandante, pero tengo una cita importante que atender.

—Sea lo que sea, puede esperar, Poggle. Sus trabajadores están destrozando *todo* lo que hicieron.

El archiduque fingió comprensión.

—No hable mal de ellos, Krennic. Sólo están siguiendo mis órdenes.

—¿Sus *órdenes*? ¿Se ha vuelto loco? Traiga su patético caparazón de regreso, *ahora* mismo.

Poggle se veía alto y desafiante en la holotransmisión; sus alas ligeramente extendidas.

—No se va a poder, teniente. Sólo necesitaba distraer a sus elementos de seguridad para irme tranquilo y con más tiempo.

Krennic silenció el micrófono y le dijo en voz baja a Oyanta:

—Envía un mensaje al comandante de la flotilla. Dile que apunte hacia la nave de Poggle.

Oyanta se encargó y Krennic activó su micrófono.

—¿Se puede saber con quién es su cita importante?

—Con mi camarada, el Conde Dooku.

Krennic no lograba absorber lo que había escuchado; casi no prestó atención cuando Oyanta le informó que el Capitán Frist tenía al objetivo en la mira.

—Voy a darle una sola oportunidad de arrepentirse y dar la vuelta, Poggle. Sus opciones son regresar o pasar el cinturón de asteroides en pedazos.

Poggle sonrió con sarcasmo.

—Ah, pero gracias a que fue tan amable de proveerme un séquito de drones, confío plenamente en mi nave. Verá, mientras mis soldados le «construían» su estación, mis drones me construían a mí un transbordador mejorado. Le sugiero que observe su pantalla, teniente comandante.

—¡Ordene a Frist que abra fuego! —dijo Krennic, con rabia.

Mientras cambiaba la vista del monitor al exterior, vio boquiabierto a Oyanta.

—¿Qué, qué pasa?

—Contacto negativo, señor. El transbordador del archiduque brincó al hiperespacio.

Galen y Roman Herbane discutían, otra vez.

—Sólo estoy sugiriendo que podríamos desviar energía de la planta de producción para depurar un poco el generador de escudos, que está a máxima capacidad —dijo Galen, intentando mantener la calma—. Esto nos permitiría agrandar la presencia del

escudo; podría cubrir mucho más de la ciudad, quizá todo el tramo desde las afueras occidentales hasta Plaza Amboo, ¡es la mayoría del centro histórico!

—Ni siquiera voy a considerarlo —dijo Herbane desde su escritorio—. Desviar energía disminuiría la producción.

—Usted da por sentado que sus instalaciones van a sobrevivir los ataques… Le debemos esto a la población local, Herbane.

El rostro del director se arrugó de escarnio.

—Me dicen que su mujer está «adoptando» lokori de su vecindario…

—¿Y qué tiene de malo?

—No tengo que hacer absolutamente nada por esta gente. Ya los compensamos por dejarnos producir en su pueblo. En las recientes elecciones, les dieron oportunidad de votar si querían tener un escudo que protegiera la ciudad entera y sus gobernantes corruptos decidieron mejor remodelar sus oficinas. Así que no venga a decirme qué le debemos a la población local.

Los ataques aéreos sobre Lokori jamás terminaban, sólo iban y venían desde hacía cuatro meses locales. Día y noche, los cielos de Fucallpa quedaban marcados con las cicatrices de las batallas en el espacio cercano. En todos los lugares en donde la Flota de la Nebulosa Radiante reforzaba su protección, los separatistas igualaban sus naves, una por una.

Una y otra vez, Fucallpa era azorada por cazas droide suicidas que asesinaban a miles de civiles y devastaban incontables edificios.

—Un jardín deshojado… —se lamentaba Lyra.

Ella y Jyn habían sido trasladadas de la unidad habitacional de Helical HyperCom a un área asegurada adentro del perímetro del domo de defensa. El ambiente hogareño al que apenas comenzaban a habituarse fue reemplazado por los confines estériles del dormitorio a la orilla de la pista de aterrizaje de la compañía, mayormente en desuso. Aun sin poder transportar sus productos vía aérea, Herbane seguía exigiendo que la producción avanzara sin cambios ni interrupciones, lo cual sólo hacía que las bodegas rebasaran su capacidad y que el lugar se llenara de contenedores apilados por doquier.

Había rumores de una evacuación inminente de todo el personal no residente a la primera tregua, pero las pausas eran tan escasas y breves, que huir era un riesgo mucho mayor que simplemente agacharse a esperar a que las fuerzas de la República prevalecieran.

Galen adoptó un tono más conciliatorio con Herbane, que terminó sonando sentencioso.

—¿Helical le ordenó no desviar la energía? ¿O fue decisión propia?

—¡Eso no le incumbe, Erso!

—Miles de vidas peligr…

Una explosión enorme interrumpió la discusión. Ambos miraron desde la ventana, boquiabiertos: una torre de humo negro emanaba de las colinas, mientras el escudo traslúcido que protegía las instalaciones titiló hasta desaparecer.

—Sucedió lo que todos sabíamos, Roman; el generador ya no existe —dijo Galen, solemne—. Cualquiera podría morir ahora. Hasta usted.

Herbane lo miró fijamente, sin poder decir palabra.

Galen salió a toda prisa en busca de Jyn y Lyra; se topó con uno de sus compañeros, quien le dijo que la primera línea de defensa de la República estaba casi destrozada. El Gran Ejército se esforzaba por llegar a la superficie, pero las tropas separatistas llegaron primero. En ese preciso momento, un batallón de droides de combate marchaba por la ciudad, aniquilando todo a su paso.

Encontró a sus chicas un poco después. Jyn traía puesto un casco y estaba amarrada a espaldas de su madre, viendo por encima de su hombro. Lyra tomó una mochila grande y se la aventó a Galen.

—Los droides de combate aterrizaron al este y norte del centro —explicó con prisa—. Nuestra mejor opción es ir al sur, a las colinas. A los seps no les importa esa área, ya destruyeron el escudo. Jyn y yo hemos caminado la mayoría de los senderos que llevan a la cresta; no es difícil de subir, y podremos llegar a la cuenca del otro lado. Hay mucha agua y animales pequeños para cazar, podemos refugiarnos ahí. Tenemos comida como para dos semanas estándar, quizás más si comemos poco. La temporada de lluvias empieza en tres meses; para entonces, la República habrá recuperado Lokori. Si no, nos veremos obligados a rendirnos ante quien esté a cargo.

—Al parecer ya pensaste en todo.

—Sabes que sí.

Galen se puso la pesada mochila y condujo a su familia a través del laberinto de túneles bajo tierra. Poco a poco, iban acercándose a la superficie y a las calles aledañas a las instalaciones. En donde el domo no alcanzaba a cubrir, la destrucción era absoluta y desgarradora. El humo se elevaba hacia el cielo que la guerra manchó. Explosiones distantes sacudían el piso en todo momento. Miles de Lokori salieron huyendo a las calles, cargados con mochilas y provisiones tan pesadas como las de los Erso. Y no sólo a Lyra se le había ocurrido escapar a las colinas.

No habían avanzado ni un kilómetro, cuando el río de refugiados se detuvo en seco. Desde las filas de adelante, llegó la noticia de que una falange de droides de combate avanzaba desde el oeste y el flujo de personas se desplazó hacia el sudeste, presa del pánico.

Un trío de transportadores de la República, lleno de soldados, se adelantó a la multitud, recibiendo fuego directo de baterías separatistas que se habían instalado a toda prisa. Galen vio a dos de las tres naves recibir disparos y explosiones; se incendiaron hasta terminar reducidas a escombros. Cuerpos vestidos de blanco caían con estrépito al suelo. Más adelante, un grupo de clone troopers logró descender de una nave. Se apresuraron a indicarle a la gente que no había paso hacia adelante.

—¡Todos deben regresar a la fábrica, ya mismo! —dijo uno de ellos, brazos al aire.

Lyra miró a Galen.

—De ninguna manera haremos eso, ¿o sí?

—No. Vámonos.

Se dirigieron de nuevo al sur; un puñado de insectoides se unió a ellos. Bordearon un grupo bajo ataque de clone troopers y se escurrieron por un callejón que terminaba en una carretera sinuosa. Galen no podía casi respirar de lo rápido que iban corriendo, sus piernas le ardían como fuego; Jyn se mantenía en silencio porque no sabía qué más hacer, sosteniéndose como podía de su madre. El cielo se cubrió de disparos rápidos y continuos, destellos rojos de energía y explosiones cegadoras. El aire se llenó de partículas quemadas y hollín, el sol se eclipsó y el día se convirtió en noche. Galen humedeció un pañuelo y le instruyó a Jyn que respirara sólo dentro de él. A su derecha, apareció de repente el ruido de blásteres.

—Droides de combate —dijo Galen.

Corrieron hacia el otro lado, pero se encontraron de frente con una docena de monstruosidades bípedas, con blásteres negros levantados y listos para disparar.

Doblaron a la izquierda a la primera oportunidad y corrieron aún más rápido, hasta que les era imposible seguir respirando. Lyra intentaba abrir cada puerta que pasaban, pero todas estaban cerradas o bloqueadas por montañas de cadáveres.

De nuevo apareció un grupo de droides frente a ellos y detrás de ellos. Disparos de blásteres silbaban por todas partes. Estaban rodeados por Lokori que caían abatidos en la calle.

Galen abrazó a Lyra por detrás para proteger a su mujer y a su hija. Jyn sollozaba, con la carita presionada en la espalda de su madre.

En absoluta desesperación, Lyra sumió su bota en la base de la pila de escombro orgánico y comenzó a escalarla para intentar alcanzar el techo de un edificio cónico. Galen la siguió de cerca; sus zapatos se llenaron de todo tipo de fluidos y entrañas. Pero la pila no era lo suficientemente alta para alcanzar el techo, sólo pudieron pegarse lo más posible a la pared.

Se abrazaron a cuatro metros del techo, sin cornisas ni puntos de apoyo, sin lugar a dónde huir. Debajo de ellos, los droides peinaban la calle, matando a los pocos Lokori que siguieran de pie, tapizando de verde el suelo con sangre de los ciudadanos, aumentando en número cada vez más. Todos los que venían corriendo junto con Galen y Lyra estaban deshechos o heridos en el piso.

De repente, uno de ellos volteó hacia arriba e hizo contacto visual con Galen. De inmediato, se lo comunicó a sus compañeros. Los pies de droides no estaban equipados para escalar superficies resbalosas de materia orgánica, pero lo intentaron de todas formas; en cuanto se dieron cuenta de que no lograrían subir, prepararon sus armas.

Galen se hundió en un torbellino de pensamientos. Se colocó frente a Lyra y Jyn, levantó la cara hacia el cielo oscurecido y gritó desesperado:

—¿¡No hay cómo escapar de esta locura!?

Como si esa hubiera sido la señal, su voz parecía haber logrado un milagro: todos los droides comenzaron a apagarse al mismo tiempo.

La ciudad entera cayó en un silencio tan inesperado que Galen se sintió tan desconcertado como aliviado.

—La computadora central de mando… —intentó explicar Galen entre lágrimas—. Las fuerzas de la República… La República las tomó. Es la única explicación…

Lyra lo abrazó de la cintura. Jyn había llorado tanto que se quedó ronca.

—No hace falta explicación.

Lo que ninguno de ellos sabía era que la guerra que llevaba tres años había terminado tan abruptamente como comenzó.

13

LA PERSUASIÓN CON CRISTALES KYBER

DIRECTO DESDE LOS ASTILLEROS CORELIANOS, un destructor estelar imperial revirtió desde el hiperespacio hacia el espacio interior, a sólo mil kilómetros de la estación de combate. Debido a su carga invaluable de pasajeros, la nave tenía permiso de viajar del Núcleo a Geonosis sin pedir autorización de la Base Centinela, a pársecs de distancia en otro sistema estelar. Se decía que a bordo de la nave el Emperador Palpatine se recuperaba de heridas que sufrió en un enfrentamiento con jedi desleales.

Una nueva añadidura a la corte viajaba junto con el Emperador. Se le conocía como Darth Vader; enmascarado, de capa y atuendo completamente negros, temido por muchos. Pero con todo y su sentido excéntrico de la moda, Krennic se preguntaba si sería más formidable que el actual Gran Visir Mas Amedda.

A Krennic le importaba más saber si Wilhuff Tarkin también era parte del séquito a bordo del destructor estelar. Sospechó que el escape de Poggle había sido la razón por la cual lo dejaron fuera de la lista de pasajeros de élite. Pero, al parecer, el archiduque no había llegado muy lejos: se decía que había muerto, junto con el Conde Dooku y el resto de líderes separatistas. Los generales jedi desaparecieron de la faz del universo, junto con sus túnicas caseras, sus sables de luz y su Fuerza.

Krennic seguía observando los movimientos de la nave desde una bahía del hábitat de control y comando. Por lo menos había logrado instalar el reflector parabólico antes de la visita del Emperador.

Observó un transbordador emerger de uno de los hangares principales de la nave. No era cualquier transbordador, era uno capaz de viajar por el hiperespacio con la gracia de un ave de presa.

La guerra se ganó sin necesidad de usar la estación de combate, pero ahora la emplearían para infundir temor en los corazones de quien se atreviera siquiera a pensar en amenazar la integridad del Imperio. Sin embargo, seguía faltando el ingrediente especial que la transformaría en el arma que debía ser, y que, como consecuencia, elevaría a Krennic hasta lo más alto del poder: Galen Erso.

Roman Herbane perdió una extremidad durante la batalla final de Lokori y su secretario ejecutivo estaba herido de gravedad; Herbane podía costear una prótesis de piel sintética, pero Li-Tan no era tan fácil de reemplazar. Galen sintió empatía con Herbane y su actual sufrimiento; entendió que no era su culpa haber sido víctima de su propia necedad, ceguera y falta de inteligencia.

Los recuerdos de la confrontación con los droides lo perseguían todo el tiempo.

Helical HyperCom le pidió a Galen que considerara reemplazar a Herbane, pero sabía que no tenía lo necesario para ser administrador y tampoco quería hacerlo. Anhelaba regresar a la investigación pura. Pero, por otra parte, toda la familia se había encariñado con Lokori y la oferta era tentadora. Galen le dijo al presidente de Helical que necesitaba tiempo para pensarlo y pidió una breve temporada libre.

Iban camino a Coruscant para meditar la decisión, cuando Krennic llamó para pedirles que se desviaran un momento hacia Kanzi, donde prometió verlos. Le aseguró a Galen que los gastos adicionales de viaje serían pagados por el Imperio.

El *Imperio*.

La galaxia entera seguía intentando digerir los eventos de los meses anteriores: terminó la guerra, los jedi se dispersaron (algunos decían que habían sido erradicados), se expandió el número de refuerzos para los clones limitados del Gran Ejército y el Canciller Supremo Sheev Palpatine se autonombró Emperador.

Galen, Lyra y Jyn esperaban en el majestuoso atrio del Hotel Orona en Kanzi, cuando Krennic llegó caminando con paso firme, vestido de uniforme blanco impecable, gorra de comandante, insignias que gritaban su rango desde su túnica y un pequeño contingente de stormtroopers imperiales como estela detrás de él. Llevaba en la mano izquierda un portafolio de metal. Galen vio desde lejos que tenía una luz parpadeante, esto quería decir que abriría frente a Krennic y nadie más.

Una vez que intercambiaron saludos, los condujo hacia una habitación privada. De camino, pasaron enfrente de un mural que tres artesanos bith grababan con láser, directo a la piedra pulida. Los humanoides lampiños de ojos oscuros copiaban un dibujo detallado que contaba la historia de la República desde su nacimiento hasta el Imperio, con una figura de Palpatine coronado en la parte superior.

Krennic los invitó a pasar. Sus stormtroopers se quedaron en la puerta, haciendo guardia.

Dejaron a Jyn explorar la habitación para prestar atención a Krennic, que puso el portafolio sobre la mesa, a distancia legible de su insignia codificada. Emitió un clic audible, un zumbido discreto y se abrieron los seguros, pero Krennic lo mantuvo cerrado con las manos sobre la tapa.

—Escuché que Helical HyperCom te ofreció una posición permanente —le dijo a Galen.

—Lo estoy pensando, sí.

—Pues recházalos.

—¿Por qué? Tendríamos una vida muy decente. Más que decente, de hecho.

—¿Desde cuándo les importan los créditos? —Krennic rio, viéndolos a ambos. A nadie le dio risa más que a él—. En fin, porque tengo algo mejor que ofrecerte.

Galen y Lyra intercambiaron miradas de cansancio.

—No, déjenme explicarles. Ahora que la guerra se está calmando…

—¿Calmando? ¿No ha terminado? —Lyra interrumpió.

Krennic negó con la cabeza.

—Aún hay facciones de resistencia, sobre todo en Umbara. Nuestras fuerzas han hecho varios… ejercicios de pacificación, digamos, para instaurar una paz duradera. La prioridad del Emperador es reparar y reconstruir, y una forma de lograrlo es proveer energía sustentable a planetas que han sufrido en ambos lados del conflicto. Incluso tu hogar, Galen.

Lyra alzó las cejas en señal de duda.

—¿Estamos hablando del mismo inútil que no hizo nada como canciller?

—Te recuerdo que venció a los separatistas, Lyra.

—Con *mucha* ayuda.

Krennic ignoró el comentario, molesto.

—Como Emperador, puede lograr todo lo que los corruptos del Senado no permitían. El proyecto Energía Celestial es su visión, su sueño.

—¿Y cómo planea implementar esta «Energía Celestial»? —preguntó Galen.

—Para empezar, destinó fondos para hacer un centro de investigación en Coruscant. Se está construyendo en el Refugio B'ankor.

—¿Qué? ¿Qué no le habían otorgado ese refugio a perpetuidad a los b'ankora? —Lyra dijo sorprendida.

—Los b'ankora han sido reubicados. —Krennic sonrió.

—¿Este centro de investigación es la mejor oferta que mencionabas? —dijo Galen.

—Lo es. ¿Qué opinas?

—Supongo que depende de si encajo bien en el esquema. —Galen exhaló.

—¿Encajar? —dijo Krennic, riendo de nuevo—. Galen, el Emperador quiere que seas director de investigaciones. Es justo lo que me habías propuesto. Tu trabajo ideal.

—¡Galen! —Lyra dijo, sorprendida. Ambos se miraron con incredulidad.

—Orson, ¡no sé qué decir…!

—Di que sí. Sabes que es lo mejor para ti. —Krennic extendió el brazo para darle una palmadita en el hombro. Luego, con una sonrisa pícara, golpeteó la tapa del portafolio con los nudillos—. Tengo algo que sospecho será un gran incentivo. —Abrió el maletín y lo giró hacia Galen y Lyra.

Lyra se llevó las manos a la boca con asombro.

—¡No puede ser! ¿Esos son…?

—Cristales kyber —dijo Galen, con dificultad para articular palabras.

—Y hay muchos más de donde salieron esos —dijo Krennic—. De hecho, ahora que los jedi fueron… desmantelados, el Imperio tiene acceso ilimitado a mundos que durante siglos sólo fueron accesibles para la Orden. No sólo hay muestras como esta; hay cristales enormes, Galen, del tamaño de peñascos, me dicen. O incluso más grandes.

Con más cuidado del necesario, Galen sacó uno de los cristales traslúcidos del protector de espuma y lo giró para observar todos sus ángulos. Jyn llegó a toda prisa para verlo más de cerca y dijo que quería uno.

—Quizás algún día lo tendrás, cariño —le dijo Lyra, y la alejó con cuidado del portafolio.

Krennic estaba a punto de explicar más a detalle, cuando un stormtrooper lo llamó y tuvo que excusarse. Lyra esperó a que Krennic saliera de la habitación para decirle a Galen en voz baja:

—Galen, sabes de dónde salió esto, ¿verdad?

—De Mygeeto, quizá. O posiblemente de Ilum, o de Christophsis —contestó, distraído por los destellos del cristal.

—No, no de qué planeta provienen, de *dónde* vienen. Mira la forma, el tamaño…

En cuanto entendió, volteó a verla con los ojos bien abiertos.

—Son cristales de sables jedi.

PARTE DOS

EN BUSCA DE LA PAZ

14

CONGRUENCIA

CUANDO TERMINÓ SUS ASUNTOS en la superficie, Krennic regresó al astillero de Kartoosh. Hace cinco años había colaborado en su diseño e ingeniería; ahora, tras el embate de la guerra, estaba marcado y quemado por fuego de turboláser y devastado por misiles incendiarios.

La nave de remodelamiento y reparación colgaba en ruinas sobre la igualmente destrozada Kartoosh, en donde orbitaban pedazos y desechos de naves junto con todos sus contenidos. Los droides de reparación se movían por todas partes, cortando, soldando y puliendo. Miles de remolques y transbordadores iban y venían. En los muelles que seguían intactos, se desmantelaban o remodelaban destructores estelares tipo Venator, así como otras naves de la línea (de diseño y construcción separatista, en su mayoría), que habían sido reemplazadas por unidades más nuevas. Varios droides llenaban el área de carga de los transportes con una amplia selección de material bélico y arsenales de armas y municiones con destino a depósitos imperiales en sistemas lejanos.

La nave que lo llevó a Kartoosh estaba atracada en el extremo distal de uno de los brazos más largos del muelle, pero en lugar de regresar a ella, le pidió al piloto del transbordador que lo llevara a un destructor estelar imperial en reparación, cerca de la plataforma. El inmenso vientre triangular de la nave estaba marcado con heridas nuevas hechas por separatistas en las Extensiones Occidentales.

Un rayo tractor hizo que el transbordador flotara a través de un campo de contención magnética y hacia el vasto hangar al otro lado. Krennic se acomodó la túnica y lideró a su cuadrilla de stormtroopers prestados hacia abajo por la rampa. Lo primero que vio fue al alto y cadavérico Wilhuff Tarkin vestido de gris, con botas negras lustradas a la rodilla, con las piernas levemente separadas y las manos detrás de la espalda. Detrás de él había cientos de stormtroopers en estricta formación. Sólo bastó que Tarkin asintiera de lado para que el oficial a su derecha diera la orden y un ejército entero de soldados rompiera filas al mismo tiempo.

Krennic sonrió mientras se acercaba a Tarkin, como para minimizar el despliegue de poder que el almirante se había molestado en armar. Tarkin sabría inmediatamente que sus stormtroopers no eran realmente de él, pero aun así los trató como si lo fueran. Pero, con todo y su presunción, el saludo que le hizo a Tarkin no fue nada menos que impecable.

—Ha de sentirse bien ser una leyenda viva —le dijo Krennic. Tarkin le hizo el favor de concederle una sonrisa apretada al comentario.

—No es una posición que uno solicita, teniente comandante.

Krennic le devolvió la misma sonrisa.

—Lo tendré en mente. Gracias por tomarse el tiempo de verme.

—Mientras estemos en reparaciones, apreciaré cualquier oportunidad de romper la monotonía.

Krennic miró alrededor del enorme hangar.

—Qué raro, me resulta hasta íntimo en comparación a lo que estoy acostumbrado. Pero también es impresionante, no digo que no.

Tarkin no pasó por alto el sarcasmo.

—Ah, claro. Su pelota espacial gigante. Yo prefiero avanzar hacia adelante, no estar atorado en el mismo lugar.

Krennic fingió seriedad.

—Por supuesto. Es esencial para luchar por la buena causa.

—Siempre es preferible ser productivo que estar enredado en complicaciones.

—¿Eso es lo que ha escuchado del proyecto?

—¿Acaso no es así?

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

Tarkin señaló el camino e hizo un gesto para que Krennic lo precediera. Salieron del hangar y entraron a un pasillo amplio. Krennic relajó su paso para que Tarkin, mayor que él, se viera en la forzosa necesidad de caminar a su lado.

—Al parecer estoy mal informado sobre la situación en Geonosis —comentó Tarkin.

—En efecto. Ya comenzamos la fase tres y se está empezando a trabajar en el reactor de hipermateria y los generadores de escudos.

—¿Y su mano de obra?

—Cuando Poggle murió, la reina de la colmena nombró un nuevo archiduque para supervisar a los soldados y a los drones; el proceso no ha sido nada más que conciliatorio. De hecho, ahora Geonosis pertenece al Imperio.

—Entonces lo felicito —dijo Tarkin, con lo que a Krennic le pareció un tono de falsa alegría.

—Pero, como sabrá, el éxito conlleva nuevos retos.

—Rara vez es lo contrario.

Se detuvieron frente a un mirador inmenso para observar una nueva nave principal de flota, un acorazado dreadnought, en su día inaugural.

—Completada en menos de un año estándar —dijo Tarkin, como si lo hubiera construido él mismo.

—Qué mal, obsoleta desde el primer día.

—Pero es temporal, ¿no es así, Krennic? Aun así, servirá hasta que se despliegue la estación de combate.

Ambos oficiales habían empezado a rodearse el uno al otro mientras hablaban.

—Nuestra arma principal tendrá más poder que diez buques de ese tamaño.

—Si es que la terminan.

Reanudaron el camino hacia la oficina secundaria de Tarkin, o eso fue lo que supuso Krennic. Cuando se abrió la escotilla, Tarkin lo invitó a pasar a una cabina relajada y decorada con buen gusto. Krennic esperó a que Tarkin se sentara para elegir una silla.

—Disculpe la pregunta, pero ¿me dirijo a usted como almirante, gobernador o moff? —Lo habían ascendido a almirante antes del fin de la guerra, pero moff era un nuevo rango que el Emperador le confería a una docena de sus oficiales y comandantes más valiosos.

—Sigo prefiriendo gobernador.

—Gobernador será, entonces.

Tarkin lo observó un momento antes de decir:

—Háble me sobre esos retos que lo trajeron aquí desde Geonosis.

—Como le decía, estamos entrando a una nueva fase, y la necesidad de materia prima y recursos aumenta…

—¿Se le acabaron los asteroides que explotar?

Krennic ignoró el comentario.

—Es mejor mantener este tipo de operaciones lejos de ojos curiosos, así que hemos buscado en los sectores menos poblados.

—En las Extensiones Occidentales, supongo.

—Efectivamente. Después de hacer varias inspecciones cuidadosas, he seleccionado varios planetas que se adecuan a nuestros propósitos.

—¿Usted los seleccionó?

—Sí, para el proyecto. Pero aun así, el asunto de la obtención de los materiales tendrá que manejarse con delicadeza.

—¿No le acomoda la palabra?

Krennic se encogió de hombros.

—Fue la palabra que usó el Visir Amedda. Quiere evitar cualquier cosa que pueda molestarle al Senado, o fomentar que empiece a circular propaganda contra el Imperio.

—Una precaución razonable, ciertamente no queremos que nadie empiece a fijarse en el proyecto. Ahora, varias compañías mineras que tenían nexos con los separatistas tienen concesiones en decenas de planetas. ¿Por qué no simplemente las toman?

—Es justo lo que queremos hacer, pero con la justificación adecuada.

—La estación de combate será el arma más poderosa que se haya hecho jamás. —Tarkin se llevó la mano al mentón, pensando—. Como tal, podría convertirse en el blanco de cualquier grupo de rebeldes de aquí a Scipio. Por lo tanto, tendrá que prestar atención especial a mantener este ardid suyo.

Krennic evaluó la defensiva de Tarkin.

—Si me permite una observación, gobernador, suena escéptico.

—Sí, tengo ciertas reservas —dijo Tarkin, y miró a Krennic directamente a los ojos—. Sin embargo, estoy dispuesto a hacer a un lado mis dudas por ahora.

—Entonces, ¿puedo contar con su ayuda?

—Ambos servimos al Emperador, ¿no es verdad?

—Por supuesto.

—Y, dígame, ¿el Emperador está al tanto de su plan de inventar justificaciones para apropiarse de planetas?

—Aún no lo sabe.

Tarkin resopló.

—Yo me encargaré de informarle.

El árido Rajtiri estaba salvaguardado por anomalías espinosas de espacio-tiempo, pero estaba cerca de un par de carriles de velocidad de luz que permitían saltar al hiperespacio sin esfuerzo. Se decía que el planeta había visto nacer a más contrabandistas que cualquier lugar, excepto por el Espacio Hutt, y la ciudad antigua de Jibuto prosperó como resultado. Algunas familias oriundas del lugar tenían antepasados de hasta veinte generaciones de aquel oficio, que se enriquecieron recibiendo las remesas de lugares lejanos del espacio. Además de estar atestada de pináculos majestuosos, parapetos, domos colosales y pabellones, la ciudad era conocida por su abundancia de mausoleos en honor de los padres, madres, hijas e hijos que murieron en la línea del deber ilegal, y que ahora eran héroes nacionales. Las tumbas eran del tamaño de mansiones, con torres y cúpulas de azulejo, campanarios, almenas y holopresencias de sus difuntos. Los epitafios 3D se reproducían constante e ininterrumpidamente y sus costos de producción equivalían a cualquier show de entretenimiento masivo. Los sarcófagos dentro de los osarios nunca estaban desprovistos de flores frescas o de tazones de agua y comida que los vivos le ofrendaban a las almas de sus seres queridos.

Jibuto tenía una cantidad interminable de tránsito de personas y naves, equiparada por sus hoteles, cantinas y casinos. Has Obitt siempre desdeñaba los lugares más lujosos en favor de una cantina rascuache del centro conocida como el Wanton Wellspring. No difería mucho de las demás cantinas en otros miles de planetas; tampoco era ni más repugnante que el Malicious Moondog de Suba, ni más inspiradora que el Contented Krayt de Tatooine, pero tenía bebidas fuertes, meseras atractivas y compañía discreta.

Obitt estaba sentado junto con dos humanos y un nautolano de piel verde de nombre Ranos Yalli. La mesa estaba cerca del bar, pero lejos de la banda twi'lek, para que los cuatro pudieran conversar sin gritarse. Has tenía una bebida helada y sospechaba que tendría una resaca horrible después.

—Uno pensaría que, ahora que los seps son historia, habría más oportunidades —dijo el humano de tez más clara.

—Ah, la guerra se empieza a sentir como una época dorada —dijo el otro, un coruscanti calvo de hombros anchos llamado Ribert—. Con todo y el traqueteo que tuvimos que aguantar.

—Nada más pasamos de un desastre a otro —comentó Yalli, con anillos de madera tallada que adornaban sus nueve trenzas.

—¿Qué, ya a nadie le importan las gangas? —preguntó Ribert, arrastrando un poco la voz.

—No es eso, el trabajo está ahí. Sólo que no hay suficiente para todos —argumentó su cohorte humano.

—No es de extrañarse que todo se haya puesto tan competitivo —dijo Has.

—Escuché que el meiloorun está de moda en el sector Sluis. ¿Y si desviamos unas pocas provisiones para que sea más difícil de conseguir? —sugirió Yalli.

Has lo miró con duda y un poco de ebriedad.

—Crear un mercado negro, dices…

—Sólo para empezar —continuó el anfibio de ojos oscuros—. Y cuando los cosechadores empiecen a sentir la presión, les metemos un impuesto por cada kilo de fruta que produzcan y embarquen, así no tendremos que seguir desviando los envíos. Ya saben, diversificar y todo eso.

—No sé, suena demasiado laborioso. —Ribert frunció el ceño.

—¿Y por *frutas*? —dijo su compañero, el más alto.

Has exhaló en señal de aburrimiento.

—Estoy harto de esa canción. —La banda twi'lek tocó otro cover—. Me sigue como nerf hambriento.

—Deberías hacer tu propia banda —dijo Yalli.

—A lo mejor ganaríamos más créditos que ahora —sonrió Has.

—Claramente no saben nada de bandas —dijo Ribert.

Los colegas, amigos y competidores de antaño llevaban la tarde entera embriagándose, unidos por su miseria. En el bar, un humanoide de cuatro brazos les preparaba tragos a contrabandistas con turbantes, tocados, atuendos holgados y cuchillos finos. Alrededor de ellos, meseros y meseras ataviados seductivamente ejercían su oficio y, como por arte de magia, mantenían el alcohol fluyendo sin interrupción. Has llevaba varias semanas estándar echándole el ojo a una dresseliana preciosa llamada Woana, quien contestaba sus miradas furtivas con una sonrisa confiada que parecía decir: «inténtalo si quieres, Has, pero prepárate para salir quemado».

A pesar del desplome de su economía, se consideraba suertudo de haber sobrevivido a la guerra. Incluso luego de que el asunto del rapto y rescate de Krennic lo volviera persona *non grata* para los separatistas, logró mantenerse ocupado y a flote. Lo habían arrestado en Celanon por bloquear el comercio de ciertos productos, pero la República pagó su fianza. Le destrozaron dos de sus cargueros, pero Krennic lo ayudó a comprar sus reemplazos al costo. Perdió una tripulación, ganó otra, y se salvó por poco de la invasión de Saleucami, sólo para caer justo en medio del ataque sorpresa a Roche. El fin de la guerra lo tomó por sorpresa en Sy Myrthian, donde estaba de mandadero de un hutt. Después de eso, no logró levantarse del fondo, apenas podía encontrar trabajo.

Tenía fe en el nuevo orden galáctico, pero se tomaba cualquier molestia para no meterse en confrontaciones imperiales, ni en causas ideales de ninguna índole. Ahora operaba de intermediario; movía mercancía entre los productores y los proveedores, aunque tenía que arreglárselas con un sueldo miserable de transportista. Y justo cuando no podía caer más bajo, quién lo buscaba sino…

Una conmoción repentina lo arrancó de su tren de pensamientos.

Dos ebrios discutían por un «acompañante temporal» o por un trago, probablemente la segunda opción. Ambos desenfundaron sus dagas curvas, pero estaban demasiado bebidos como para siquiera blandirlas en la dirección correcta. Un grupo de clientes los detenía, más preocupados por recibir una cuchillada accidental que por la integridad de los borrachos.

Por lo menos, el ruido de la pelea detuvo la música un rato.

—¡Algunas cosas nunca cambian! —Has le gritó a sus compañeros por encima del escándalo.

—Mira lo que va a pasar —Yalli señaló.

Has siguió la señal con la mirada hacia la puerta principal, justo a tiempo para ver a dos stormtroopers imperiales entrar. En cuanto ubicaron a los ebrios de las dagas, avanzaron hacia ellos y los agarraron del cuello para arrastrarlos a la salida. El público abucheó y profirió todo tipo de maldiciones coloridas.

—¿Desde cuándo pueden arrestarte por una pelea? —dijo Has.

—Nuevas órdenes del Emperador —contestó Ribert.

—Antes los clone troopers eran los que empezaban las peleas… Digo, una cosa es que el Emperador prohíba las rutas de contrabando, pero ¿una discusión cantinera?

Los músicos twi'lek retomaron la canción en donde la habían interrumpido.

Has estaba a punto de fondear su trago, cuando Yalli le dijo:

—Creo que acaba de entrar tu contacto.

Has echó un vistazo a la puerta de nuevo; reconoció de inmediato a la persona, aun sin el uniforme.

—Sí, es él.

—¡Recuerda incluirnos en tus planes! —dijo Yalli, mientras Has se ponía de pie.

Se abrió paso entre la gente, tambaleándose un poco aquí y allá, para llegar a donde estaba sentado el nuevo cliente de Wanton Wellspring. Se sentó lo más lejos posible de la banda, y Has lo tomó como buena señal.

—Odio esta canción —dijo su contacto en cuanto lo vio acercarse.

«Otra buena señal», pensó Has. Le sonrió con complicidad y se sentó.

No había visto a Matese desde la operación de Merj y Vallt; su presencia le trajo recuerdos de la familia humana que ayudó a escapar del segundo planeta: un científico que no quería nada que ver en la guerra, su mujer combativa y un infante. Has se preguntó qué sería de ellos.

Matese se veía igual que antes, excepto por unas cicatrices que no estaban ahí hace dos años, un par de injertos de piel en su rostro y cuello, y un parche en el ojo derecho.

—Eres difícil de encontrar, Has.

—Pero me encontraste de todas formas.

—¿Quieres un trago? —Matese llamó a un mesero. Has levantó su vaso a medio llenar.

—Todavía tengo. —Pensó que sería mejor no nublarse más el juicio, por lo menos no frente a Matese.

Matese se pidió un trago doble y se puso cómodo.

—Te ves bien, Has, considerando la situación.

—Tú también.

Matese tocó su parche.

—Lo perdí en Cato Neimoidia. Estoy esperando a que el seguro de veteranos me pague un implante.

—¿No seguiste haciendo carrera?

—No. Quizá si hubiera sido parte de la armada uniformada lo habría pensado, pero en mi caso, me habrían metido en la armadura blanca como a todos los reclutas de la academia.

—¿Has sabido algo de nuestro… antiguo comandante?

—¿Te refieres a Krennic? —Matese lo estudió. Has asintió con aprensión, a pesar de sus intentos por ocultarlo.

—Ni pío. Supe que sobrevivió la guerra y está entero. Creo que sigue con los ingenieros, construyendo cosas.

—¿Nada de contacto con él? —insistió Has.

—No desde hace años. ¿Y tú?

—Seis meses antes de que terminara la guerra, más o menos, me enteré de que me estaba buscando; así que me volví… infrecuente, digamos, en mis círculos.

—Eso era lo que había que hacer.

—Sí, yo también lo pensé. —Has se relajó un poco—. Sólo me preguntaba si te había enviado para cobrarme sus… servicios.

—¿Cobrarte? ¿Qué tendría que cobrarte? —Matese rio.

—Pues, me sacó de la cárcel y me ayudó a buscar un par de naves de reemplazo, pero es cierto, ¿qué tendría que cobrarme? —El trago de Matese llegó a la mesa; Has propuso un brindis—. ¡Salud por el seguro de veteranos!

—Salud por las cobranzas —dijo Matese. Terminó su bebida de un solo trago y retiró su vaso de enfrente—. Y, ¿cómo te trata la paz?

—Mal. No gano ni una fracción de lo que ganaba durante la guerra.

—Entonces, puede que tenga una solución para ti.

—Supongo que escuchar no hace daño. —Se inclinó hacia Matese, seguro de que el alcohol hablaba por él. Matese bajó la voz.

—Estoy trabajando en un depósito de armas separatistas.

Has se sorprendió genuinamente.

—Pensé que todo estaba siendo desmantelado o quemado en alguna estrella u otra. ¿Para qué querría alguien droides de combate usados, si el Imperio tiene destructores estelares?

—No están fundiendo todo. No tengo idea de por qué guardan tantas cosas, pero nadie las revisa ni las cataloga. Supongo que nadie tiene intenciones de hacerlo jamás.

—Okey… —dijo Has lenta y cautelosamente.

—¡Todo está en oferta!

—Pero la guerra terminó. —Has sacudió la cabeza, perplejo. Matese resopló en burla.

—La guerra está en pausa, Has. Hay grupos a quienes les urge tener estas cosas para cuando empiece otra vez.

—¿Ese es tu remedio, traficar armas? —Has soltó una carcajada más fuerte de lo necesario—. Antes de que entraras, vi a dos stormtroopers sacar a dos tipos a rastras por *pelearse en un bar*.

—No te preocupes por los imperiales. Todo está bajo control.

—¿Bajo control cómo, Matese?

—La gente con la que trabajo tiene control absoluto sobre su inteligencia y su logística: patrullas, cuellos de botella, inspecciones, etc. Todos los involucrados reciben una tajada justa de las ganancias para asegurarse de que nadie hunda a nadie. Sólo tendrías que hacer algunas entregas.

—Quizá no estoy tan desesperado como parezco, ¿ya pensaste eso? —Has se apartó el trago de enfrente.

—Sí lo estás.

—¿Revisaste mi estado de créditos?

—A lo mejor crees que te iría mejor colaborando con los hutts o los crymorah…

—No. Quiero empezar una banda. —Matese no se la creyó, aunque era en serio.

—Mira, sólo puedo decirte que estas operaciones son pan comido. De alguna u otra manera, estas armas van a terminar en el mercado negro o en manos de cárteles criminales. ¿Por qué no querrías involucrarte antes de que eso pase?

Has no pudo evitar considerarlo.

—Estamos hablando de mover, qué, ¿droides de combate? ¿Torpedos de protones? ¿Cañones iónicos? Mi nave no es lo suficientemente grande como para llevar esas cosas.

—No te adelantes. Si fuera necesario, te podríamos dar una nave adecuada. Sólo debes realizar las entregas.

—Así que quieres un piloto.

—No estás entendiendo —dijo Matese, frustrado—. Después de un par de entregas, te daré una lista de precios. Luego puedes negociar tus asuntos como tú quieras. Tú eliges la tripulación y la nave. Sólo tienes que informarme tu destino y tu ruta para limpiarte el camino de obstáculos y conseguirte autorizaciones. Seguramente tus amigos también necesitan trabajo. —Señaló con la cabeza en dirección de la mesa donde seguían bebiendo sus tres compañeros.

—No es cuestión de necesitar el trabajo o no. Es cuestión de no ir a prisión.

—¿Y qué vas a hacer, cambiar de profesión? ¿Vivir como algún perdedor que se emociona hasta de ver un eclipse? Intenta hacer un par de entregas, Has. Si no te gusta, toma tus ganancias y retírate. Ponte a practicar para tu banda.

15

SOBRE LOS HOMBROS DE GIGANTES

A CORUSCANT SE LE DESCRIBÍA con frecuencia como ecumenópolis, una «ciudad-mundo». Los edificios urbanos del hemisferio este alcanzaban el cielo, creando abismos de miles de metros entre ellos. Pero aun así, había un área en el hemisferio oeste, justo entre el polo y el ecuador, donde la naturaleza predominaba; sin filtros para limpiar el cielo y con tormentas impredecibles e incontrolables. Originalmente fue un terreno privado que no pudo desarrollarse por problemas legales; la República lo compró para convertirlo en un santuario para un pequeño grupo de seres sensibles rumiantes conocidos como b'ankora, cuyo planeta había sufrido una colisión cataclísmica contra un meteoro. Al principio, el arreglo no era permanente. Pero en los años de decadencia de la antigua República, un Canciller benévolo de nombre Chasen Piian les concedió las tierras en perpetuidad a los únicos miembros supervivientes de su especie. El santuario se convirtió en el Refugio B'ankor.

Coruscant creció hacia lo alto y ancho alrededor del refugio. Los droides de construcción excavaron un rectángulo profundo de 5.1 kilómetros cuadrados, crearon dos colinas artificiales, instalaron un par de lagos pequeños, lo cubrieron de suelo fértil para plantar árboles de sombra y arbustos de flores, y dejaron ahí a los b'ankora para que vivieran su vida sedentaria. Los monads que lo rodeaban se estiraron cada vez más hacia el cielo y hacían que el refugio pareciera un zoológico hundido, pero los b'ankora nunca se quejaron de estar literalmente encerrados en todas direcciones menos arriba.

Ahora, los diez mil descendientes puros del grupo original serían removidos no sólo de Coruscant, sino del Núcleo entero. En cuanto terminaron las Guerras de los Clones, se promulgó un edicto imperial que citaba leyes de expropiación arcaicas para reubicarlos a un territorio «similar», en un mundo despojado del Borde Medio. Así que, tan pronto se deshicieron de ellos, arrasaron sus estructuras humildes y pavimentaron sus campos. Borraron los caminos que los años tallaron en la superficie; en su lugar erigieron estaciones de control aéreo y torres de vigilancia. Diseñaron una pista de aterrizaje entre los edificios cercanos para facilitar la entrada y salida de investigadores y material, desde la cual se podía derribar a cualquier caza estelar de inmediato, para proteger el espacio aéreo. Los coruscanti que usaban el refugio como lugar de esparcimiento y recreación protestaron lo más que pudieron su cierre al público. Ahora, los únicos seres con acceso debían ser minuciosamente aprobados por COMPNOR, la Comisión para la Preservación del Nuevo Orden, y demás agencias del Imperio. En sus túnicas, debían portar insignias como las del ejército, que transmitían información codificada a las cámaras de seguridad y definían los límites de acceso del usuario.

Las medidas represivas de seguridad le parecieron exageradas a Galen, aunque se las vendieron a él y a sus colaboradores como «indispensables» para proteger la información

contra espías rivales. Galen sabía que las medidas derivaban de la desconfianza de la guerra. Un ejemplo más del precio de la paz.

Fuera de eso, las instalaciones parecían salidas de un sueño: su sueño, de hecho. El edificio principal era un cubo colosal multinivel que le recordaba a la planta de Helical HyperCom. La única diferencia era que el techo del complejo de las instalaciones de Energía Celestial estaba a la misma altura que la pared alta que rodeaba el refugio, y que alrededor tenía edificios de varios miles de metros de altura. Las provisiones y los materiales que llegaban a la pista cercana eran transportados a una zona de aterrizaje mucho más pequeña en la azotea (la de la entrada principal únicamente recibía huéspedes) y un turboascensor amplio los bajaba al edificio. Los niveles de arriba se usaban de bodega, mientras que los inferiores y subterráneos eran cuartos de mantenimiento, estaciones de energía, instalaciones láser, centros de investigación y desarrollo, laboratorios, bibliotecas y espacios de descanso; todo para un equipo de más de dos mil quinientos seres de varias especies.

Sobre las zonas de aterrizaje, el logo imperial de la compañía se divisaba desde arriba. Era un círculo negro con un círculo más pequeño en el hemisferio superior.

El proyecto y todo lo relacionado fue bien manejado por los medios. El escándalo de la reubicación de los b'ankora y la destrucción del refugio recibió un torrente de escrutinio al principio, pero la mayoría de los coruscanti aceptó que el lugar se convirtiera en un centro de investigación dedicado a la energía renovable.

Galen recibió tratamiento de luminaria cuando visitó las instalaciones en obra. Le incomodaba la atención, por lo que pidió que no le hicieran especial reverencia. Insistió en vestirse como todos, comer en la misma cafetería que todos y atender a todos por igual con cualquier problema o sugerencia; aunque tenía un equipo dedicado sólo a resolver conflictos y lidiar con empleados. Debía reportarse con una junta directiva de seis miembros que rendían cuentas directamente al Emperador. Sus aposentos incluían una oficina equipada con biblioteca, cuarto de computadoras y una suite de comunicaciones. Un turboascensor la conectaba con una residencia elevada, diseñada especialmente para los Erso, aunque decidieron mantener su departamento en el centro por si Lyra y Jyn necesitaban espacio.

Las instalaciones fueron inauguradas casi diez meses estándar después de que Krennic los viera en Kanzi. Políticos y dignatarios de todos mundos asistieron al evento. Se dieron recorridos, se sirvió comida y bebida, se dieron discursos. Después de todas las formalidades, Galen llegó a su primer día de trabajo, impecablemente vestido y rasurado.

El laboratorio acababa de recibir el cristal kyber más grande que había visto en su vida. Una grúa lo movía a una plataforma antigravitacional. El euhedral traslúcido era del tamaño de una vivienda pequeña e iba más allá de su imaginación. Lo miró flotar a su destino; no lograba determinar si ese era su estado natural o si había sido pulido por manos y herramientas desconocidas.

Los compañeros nuevos de Galen seguían el cristal con la mirada a través de la habitación cavernosa, igual de pasmados que él. Había esperado trabajar con al menos un

par de sus amigos, pero varios científicos del instituto no volvieron a Coruscant tras la guerra. Orson había dicho que varios trabajaban en el proyecto, pero no mencionó que en mundos diversos, haciendo investigación adicional en otras instalaciones en construcción. Galen intuyó que el trabajo de Orson era supervisar la construcción y desarrollo de esas instalaciones lejanas de acuerdo con sus descubrimientos.

Nadie sabía qué pensar del cristal.

—Sus caras no muestran evidencias de uso de herramientas —dijo uno de ellos; un gotal de cara plana, nariz hendida y fundas amortiguadoras sobre sus cuernos craneales—. Si se mira de cerca, la matriz parece tener movimiento adentro, como una especie de organelos.

Galen había observado esa propiedad cuando estudió los cristales que Orson le dio. Sus experimentos en el laboratorio del Instituto de Ciencias Aplicadas revelaron que tener contacto prolongado con ellos afectaba radicalmente el sueño. No había dormido bien en meses y, cuando por fin sucumbía ante el agotamiento, soñaba con su investigación. Los jedi establecían una especie de relación con los cristales, a través de la Fuerza. ¿Sería posible que los cristales afectaran también a la gente no susceptible a ella?

No era de sorprender que todavía no se hubiera logrado sintetizarlos.

—¿Sabemos de dónde proviene? —dijo Galen, mientras colocaban el cristal kyber en la plataforma antigravedad.

—Sí, pero la información podría ser apócrifa —contestó el gotal—. Al parecer, lo encontraron en un planeta del Borde Exterior, donde lo habían ocultado los jedi.

—Entonces le pertenecía a la Orden.

—Originalmente, sí, pero aquí viene la parte extraña: se dice que los jedi se lo confiscaron a un grupo criminal que planeaba venderlo a los separatistas.

Galen estaba estupefacto. Si la historia era cierta, entonces los separatistas habían estado investigando, quizá basándose en el trabajo del Doctor Zaly. Tenía mucho sentido; Dooku solía ser jedi, ¿quién más adecuado que el Conde de Serenno, maestro del sable, para usar el cristal de su arma en otras armas? Sólo pensarlo le dio vértigo. ¿Qué secretos habría en los archivos jedi? ¿Se les permitiría acceso a ellos? ¿El cristal frente a él sería único en su tipo? ¿Existían otros más grandes? ¿Podría visitar mundos con vetas de kyber? ¿Quién las minaba? ¿Sentirían los mineros el mismo insomnio que él? ¿Qué sería de los templos secretos de la Orden, incrustados con cristales de todas formas y tamaños…?

Tuvo que sostenerse de la plataforma repulsora para recobrar el equilibro. Miles de estrellas explotaban detrás de sus párpados cerrados. Sintió que caminaba sobre fuego.

—¿Se encuentra bien, Doctor Erso? —preguntó el gotal.

Galen logró voltear hacia el humanoide y forzarse a asentir con la cabeza.

—Quiero hacer pruebas con los niveles piezoeléctricos antes de experimentar con el medio activo para hacer el bombeo óptico.

—Haremos las preparaciones necesarias.

Galen perdió la mirada en las profundidades de la piedra diáfana. ¿Se podría cortar o fragmentar? ¿Se le podrían aplicar dopantes para incrementar su productividad y rendimiento de energía? ¿Se podría alterar su superficie?

Tantas, tantísimas preguntas…

—¿Usted es el capitán? —le dijo uno de los stormtroopers a Has, como si no quisiera aceptar la idea.

—Capitán Obitt, sí.

—Bien, síganos.

Has siguió al par de soldados que lo condujeron a la estación de mando del punto de control. Las naves de carga que entraban y salían de ciertos sectores de las Extensiones Occidentales estaban sujetas a revisiones aleatorias que no pretendían confiscar productos prohibidos, sino asegurar que nadie transportara mercancías controladas por las corporaciones. El capitán debía tener todos sus documentos y manifiestos a la mano, y someterse a inspectores civiles o, en el caso de los sistemas en recuperación de la guerra, cuadrillas de stormtroopers.

La tripulación recibió órdenes de quedarse a bordo de la nave, que actualmente hacía las veces de remolcador. Los torpedos y demás municiones que Has obtuvo del contacto de Matese en el depósito imperial estaban ocultos dentro de módulos cilíndricos, que por lo general transportaban gas tibanna, un refrigerante costoso de hiperpropulsores. Los inspectores de los bloqueos imperiales revisaban que los módulos cumplieran con los estándares de capacidad y demás regulaciones, pero esta vez no lo hicieron. Una vez que se identificó la firma del *Good Tidings V*, se instruyó a Has avanzar y reportarse directamente a la estación de mando.

Uno de los stormtroopers le hablaba al micrófono de su casco mientras caminaban. Algunos corredores después, un oficial humano desgarbado le indicó a Has que pasara a una oficina estrecha. Cuando la escotilla se cerró detrás de él, el imperial se sentó a la orilla de la holomesa y examinó a Has con la mirada.

—Ha habido un ligero cambio de planes —anunció.

Has intentó no demostrar el golpe que sintió por dentro. Era todo lo que temía escuchar desde que salió del depósito con el contrabando.

—No puedo decir que me sorprende.

El oficial arrugó la frente y soltó una risotada.

—No se me adelante, capitán. Sólo estamos simplificando la entrega. —Tomó el control de la holomesa y prendió un mapa planetario—. Cuando llegue a Samovar, el control del puerto espacial le trasmitirá coordenadas para que se inserte a la órbita. Pero en lugar de remolcar la carga en el pozo, esperará en el punto de inserción. Un par de transportistas lo interceptará. Sólo tiene que soltar los módulos de su nave y ellos bajarán todo.

Has se mordió el labio superior.

—Bueno, sí, como dice, me facilita el trabajo… Excepto por una cosa.

—¿Que es…?

—Recibiré mi pago al entregar el cargamento en su destino. Si lo dejo ir en manos de alguien más, podrían no considerar mi entrega, ¿entiende?

El oficial sonrió sin humor.

—Revise su cuenta después de que suelte el cargamento. Si hay algún problema, le pide a los transportistas que lo esperen, regresa el cargamento a su nave y contacta a su jefe.

Has estuvo un momento en silencio, derrotado por la falta de argumentos.

—¿Por qué no puedo bajar por el pozo?

—¿Qué más da? Ya quedamos en que es más fácil.

—No, no, sólo es curiosidad.

—Entre más pronto se libre de ese hábito, mejor. No es bueno para los negocios. Si algo le preocupa, pregúntele a su empleador cuando lo vea, pero aprenda a no preguntar en medio de una operación. Sólo obedezca, ¿entiende?

—Sí, entiendo —respondió Has, con sumisión forzada.

El mismo par de stormtroopers lo escoltó a su nave, donde tuvo que asegurarle a su tripulación que la misión seguía en curso. Siguió pensando en las nuevas instrucciones mientras entraba al hiperespacio.

«Sólo obedece».

Excepto por la modificación de la entrega, todo marchaba según prometió Matese. Le tomó la palabra cuando dijo que Krennic no estaba involucrado, pero todo el asunto olía a operación encubierta. Quizá ni Matese sabía que trabajaba para Krennic. Pero ¿qué podría ganar el Imperio de crear un mercado negro de armas? A menos que quisieran continuar con la guerra por alguna razón, pero bien podría ser que en verdad se tratara de un grupo de veteranos e imperiales con la capacidad de explotar la debilidad de un sistema imperfecto.

Has regresó del hiperespacio a buena distancia de Samovar. Justo pasaban por la luna exterior del planeta, cuando el control del puerto espacial envió un mensaje con datos para el procedimiento de inserción orbital y aterrizaje. Has nunca había ido a la superficie, pero desde el espacio lucía prístino, especialmente para un mundo de las Extensiones Occidentales donde aún se libraban batallas entre ambos bandos de la guerra. Sabía que varias operaciones mineras exaliadas de los separatistas seguían funcionando de encubierto, pero con todo y la secrecía, era bien sabido que cuidaban con minucia su impacto ambiental.

Los escáneres de la nave identificaron varios transportadores en el punto de inserción.

—Vamos a soltar los módulos —le informó a su copiloto, Yalli.

—¿No vamos a bajar el cargamento nosotros?

—Cambio de planes.

—¿Desde cuándo?

—¿Qué te importa?

—Sólo me da curiosidad, capitán.

El resto de la tripulación, incluyendo a Ribert y su compañero larguirucho, desconectó los contenedores. A través del mirador delantero, Yalli observó a los transportistas moverlos.

—Ya tienen el producto. Nada podría obligarlos a pagar.

Has ya estaba en proceso de revisar su cuenta. Cuando aparecieron los números, le dijo a Yalli que viniera a ver.

—¡¿Qué?! —dijo el nautolano con más volumen del que pensó—. ¿Todo eso?

Ninguno supo qué decir. Era más de lo que cualquiera de ellos había ganado durante la guerra entera.

Lyra le concedió a Galen bastante tiempo y espacio para acostumbrarse a su trabajo antes de ir a las instalaciones. En cuanto entró con Jyn al área de investigación, la niña empezó a correr de aquí para allá por el corredor.

—No creo que sea buena idea que traiga la patineta gravitacional aquí —dijo Lyra.

—Necesita un casco, ciertamente —contestó Galen, y señaló hacia las pantallas de arriba de la consola de comunicaciones—. Por lo menos siempre sabremos dónde está.

Lyra se tomó un momento para seguir sus movimientos en la consola.

—Bueno, pero también podríamos considerar acolchar las paredes.

Ambos padres siguieron observando a Jyn hasta que se convencieron de que no corría peligro. Luego, Galen puso en pantalla una vista del laboratorio principal.

—Hay algo que me muero por enseñarte.

Lyra miró a todas partes mientras Galen operaba las pantallas. Todo lo que veía lucía impecablemente limpio y estéril, al punto de hacer que Helical HyperCom se sintiera hogareño en comparación. A Galen y al resto del equipo no les molestaban las medidas de seguridad, y supuso que ella también se acostumbraría, pero la situación de los b'ankora y el refugio seguía incomodándola mucho.

—Mira esto —dijo Galen cuando la imagen apareció. El monitor mostraba un cristal enorme traslúcido.

—No puede ser un cristal kyber…

—Pero lo es. —Galen parecía incapaz de quitarle los ojos de encima—. En la mayoría de los casos, los cristales kyber surgen a la superficie por la actividad sísmica de las fallas geológicas, y sólo cuando una placa oceánica roza a una continental. En todo caso, el movimiento debe ser horizontal. Los cristales suben y atrapan impurezas y otros minerales en el camino, por eso se dice que los kyber se *cultivan*, no se minan. Los pequeños son más comunes y están en la superficie, al alcance de la mano, incrustados en cuevas, arroyos, conductos de lava de volcanes antiguos, o a veces adentro de vetas de kyberita, que es una especie de kyber «falso». Pero este… Este claramente fue minado y

pulido, aunque no hemos podido identificar de qué planeta viene. Tiene trazas de una corteza café que seguramente lo protegía; quizá lo descubrieron dentro de una vaina inmensa. Tuvo que haber estado en un mundo remoto e inhabitado, del que sólo supieran los jedi…

Lyra observó a Galen hablar; parecía que le hablaba más al cristal que a ella. Reconoció su mirada de científico loco exhausto, la de cuando se obsesionaba con algo. Llevaba meses sin dormir bien. En el departamento hacía garabatos y bocetos hasta en las paredes; una combinación inquietante de números, figuras y símbolos matemáticos incomprensibles.

—La relación de los jedi con el kyber, y uso la palabra «relación» a propósito, se remonta a miles de años atrás —continuó Galen—, mucho antes de que los idolatraran por sus patrones y porque ni el fuego ni los golpes los alteran; son eternos por fuera. Seres antiguos los asociaban con el viento, la lluvia y el aliento, pero supongo que los jedi sentían que eran una expresión física de la Fuerza. No se sabe cómo fue que estas piezas de museo se le perdieron a la Orden, o por qué no le permitieron a los jedi confiscarlas.

—¿Esta es una pieza de museo?

Galen volteó a verla, al fin, negando con la cabeza.

—Esta iba camino a manos separatistas, pero los jedi la interceptaron y la rescataron.

—El hecho de que los jedi intervinieran habla mucho sobre el poder potencial de los cristales. —Lyra frunció el ceño con aprensión.

—Por supuesto, pero recuerda, Dooku conocía bien los cristales porque fue jedi. Desde siempre han usado ese poder para ellos mismos.

—¿Qué tal si nos están protegiendo a los demás de tanto poder? No es que lo usaran para ellos mismos, hasta sus sables eran para mantener la paz…

—Mira, por desgracia, los jedi ya no están. Pero eso no significa que tengamos que ignorar los cristales por respeto a sus siglos de servicio.

—Oye, sólo quise decir que los jedi nunca querrían que esa energía se usara para el mal… —Lyra levantó las manos en excusa.

—Claro que no —dijo Galen—. Y eso era lo que me preocupaba durante la guerra, pero ya no. Este es el sueño del Emperador.

—¿Podemos llamarlo Palpatine en privado? —Lyra hizo una cara de disgusto. Galen la ignoró.

—Durante milenios, los jedi tuvieron «derechos» exclusivos a los cristales, excepto cuando alguien más los descubría y los vendía en el mercado negro, pero no pasaba con frecuencia. Odio decir esto, pero tengo razón para creer que se negaron a compartir los secretos de los cristales por miedo a ceder un poco del poder que disfrutaban.

—No, no lo creo ni por un segundo… —Lyra estaba impactada.

—Concuerda con sus acciones al final de la guerra —dijo Galen, en un tono más calmado—. Puede ser que hayan intentado asesinar al Emperador para asegurar su poder y estatus.

Lyra había escuchado este argumento en otra parte… De repente, recordó cuándo y dónde: en Kanzi, justo después de que Orson les mostrara los cristales y que Galen le preguntara de frente si provenían de sables de luz jedi.

«¿Qué importa si sí?», había dicho Orson. «Ellos tenían su propia guerra y la perdieron». Entonces, Lyra se rehusó a aceptarlo y se lo hizo saber. «¿Estás sugiriendo que el Emperador falsificó lo que le ocurrió en su oficina? ¿Ya lo viste desde su encuentro con los traidores? ¿Ya viste lo que le hicieron?». Galen había intervenido, dijo que nadie dudaba de la palabra del Emperador, pero Orson no quería dejar ir a Lyra tan tranquila. «Ellos solos se condenaron al aferrarse a sus tradiciones anticuadas, en lugar de aceptar la ciencia de la nueva era. Piensa todo el bien que pudieron haber hecho si hubieran compartido sus secretos en lugar de enfrascarse en una guerra contra sus propios principios. Pero no tuvieron de otra cuando vieron que alguien de los suyos amenazaba su Orden…».

Y ahora, aquí estaba Galen, copiando las palabras de Orson, cuando ella sabía bien que ni él creía la mitad de lo que decía.

En Lokori, cuando les llegaron las noticias de lo que sucedió con Palpatine y con el teatro de la guerra, ambos se negaron a aceptar la explicación oficial, la imperial.

Los jedi fueron masacrados por miles, su templo fue sede de una terrible batalla, los pocos sobrevivientes se dispersaron por la galaxia; la Fuerza estaba mermada. Lyra lloró durante días, como si se hubiera muerto alguien muy amado. Pero la mayoría de los seres no lo tomó así, todos querían ver el fin de la guerra, por tal motivo aceptaron las muertes de los jedi como un sacrificio necesario, igual que las de los clones del Gran Ejército. Lyra sintió que en cuestión de unas pocas semanas estándar, la Orden entera pasó a ser un mito, sin tiempo para asimilarlo o guardar un duelo. La *nueva era* que mencionaba Orson llegó y relegó a los jedi a la historia.

Entonces, ¿por qué había cambiado Galen de parecer? ¿Era un intento por ocultar su propia tristeza sobre el destino de la Orden y justificar su deseo febril de descifrar el kyber? ¿Acaso perdería su camino al querer mantener a su familia y continuar su investigación?

Galen regresó la mirada hacia el kyber.

—Quién sabe para qué querría Dooku este cristal.

—Puedo adivinar: Dooku fue el que desató un ejército de droides en la galaxia.

—Dooku fue innegablemente malvado, sí —dijo Galen sin voltear a verla—. Pero los jedi también tienen que rendir cuentas históricas por ser tan herméticos con sus secretos. Ahora tenemos la oportunidad de revelar algunos.

Lyra sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Galen lo percibió.

—La investigación podría cambiar el paradigma de forma dramática. No es irracional sentirse amenazado.

—Siempre y cuando el cambio beneficie a todos —concedió Lyra—. Así opera la Fuerza.

Galen asintió, valorando sus palabras.

—Por deferencia al buen juicio de la Orden, investigaremos con cuidado juicioso. Pero ¿quién sabe? Quizás un día llegaremos a la raíz de la Fuerza misma.

Lyra rio, a pesar de sí misma.

—Ahora sí me estás asustando. —Se quedó en silencio y preguntó—: Galen, ¿has dormido desde que llegaste aquí?

—Cuando lo he necesitado, ya sabes cómo soy.

—Justo por eso te pregunto.

Ignoró su preocupación con un gesto negligente.

—Ya me pondré al corriente. Ahora no podría dormir ni aunque quisiera. —Pausó para magnificar la vista de una faceta del kyber—. La estructura interna no se parece a nada que haya visto. Es como un puente entre orgánico e inorgánico, es lo más vivo que puede estar un mineral. Sospecho que por eso los jedi pueden interactuar con esta a través de la Fuerza. Nosotros no tenemos esa opción, así que tendremos que usar sólo ciencia. Pero es como si los cristales estuvieran evitando que los investiguen, a nivel cuántico. Eluden nuestros esfuerzos de analizarlos con activación por neutrones, incluso con espectrometría de masas con plasma. Bombeamos el cristal con varios láseres con extremo cuidado, y aun así obtuvimos resultados inesperados; lo suficiente como para darle una semana estándar de energía a una población humilde. Como le decía a Orson, el único reto que tenemos es cómo contenerlo.

Lyra no hizo esfuerzo alguno por interrumpirlo, aunque todo lo que le decía comenzaba a sonar más a magia negra o alquimia que a la «ciencia de la nueva era». Reconocía bien su forma de operar; estaba más bien hablándose a sí mismo, intentando reducir sus divagaciones a los términos más sencillos, para que las pudieran entender los demás. Sus padres nunca intentaron *arreglar* a su hijo compulsivo; en algunas instancias había triunfado a pesar de sus imperfecciones, no a través de ellas. Hacía todo lo posible por añadirle imperfección a su vida diaria: en sus dibujos, sus rutinas, sus intentos de limpiar la casa…, todo para no obsesionarse con los resultados. Cuando le introducía este hábito a las notas de su investigación, sus teorías resultaban casi imposibles de entender.

La mayoría de las veces, no existían palabras para que Galen explicara lo que estaba pensando, así que sólo unos pocos lograban entender sus fórmulas y ecuaciones. No era que no quisiera ver al mundo igual que los demás, simplemente no podía; comprendía las cosas a profundidad, en sintonía con los diálogos y cavilaciones internos de la naturaleza.

Ella se alejó de la consola para ver a Galen dentro del panorama, en el contexto, frente a toda la estación de comunicaciones, mirando monitores, holoproyectores y pantallas con el mismo cristal kyber gigante desde cada ángulo imaginable, mientras Jyn jugaba a correr por los pasillos. Se dio cuenta de que él estaba de nuevo en prisión; el proyecto Energía Celestial era una jaula de oro que lo tenía atrapado por su propia voluntad.

En un módulo de comando en órbita sobre Geonosis, Krennic escuchó con atención las grabaciones de vigilancia que recibió desde Coruscant. Pausó y retrocedió varias veces el video sobre fragmentos de la conversación entre Galen y Lyra.

—Oye, sólo quise decir que los jedi nunca querrían que esa energía se usara para el mal…

—Claro que no. Y eso era lo que me preocupaba durante la guerra, pero ya no. Este es el sueño del Emperador.

—¿Podemos llamarlo Palpatine en privado?

Pausó el video por última vez y se reclinó en su silla, con los dedos entrelazados, tocándose los labios en reflexión.

Siempre supo que había que vigilar a Lyra.

16

VALOR INESPERADO

EL WANTON WELLSPRING NO ERA el tipo de bar en donde los clientes, y mucho menos los regulares, hacían entradas espectaculares. Por eso, a Has, que iba llegando para verse de nuevo con Matese, le sorprendió que los dos gamoreanos enormes de hocicos gruñones que vigilaban la puerta no sólo lo dejaran brincarse la fila, sino que también lo condujeran hacia adentro. Pensó que quizá su ropa nueva o su actitud de hoy tuvieron que ver con que lo hubieran elegido a él y no a los demás perdedores buscando pescar trabajo. Todo mundo en el lugar, desde la sensual Woana, que intentaba sacarle un par de tragos invitados a los clientes de la barra, hasta un par de músicos twi'lek en su descanso, lo vio entrar a la habitación. Hasta sus enemigos lo miraron. Ese momento habría sido el pináculo de su carrera, de no ser porque se dio cuenta de que las miradas eran más cautelosas que congratulatorias. Los ojos de todo tipo de seres lo siguieron de camino a la mesa que Matese reservó. La tensión se sentía en la atmósfera densa; las pocas felicitaciones que recibía sonaban titubeantes.

Matese no había llegado, así que Has se dejó caer en su silla, pidió un trago e intentó comprender las miradas furtivas y las conversaciones susurrantes que, tan iban dirigidas a él, que casi le zumbaban los oídos.

Antes de que llegara su trago, un contrabandista conocido como Molo se acercó a su mesa. Era un viejo lobo de mar, grande y musculoso. Se decía que saboteó a cuanto rival pudo y que hoy tenía menos suerte que cualquiera de ellos.

—¿Te importa si me siento?

Ya que la pregunta era retórica, Has arrastró su silla al lado opuesto del humano peligroso, en caso de que hubiera violencia.

—Me alegra la compañía.

La nueva oreja de Molo tenía un logotipo que la identificaba como producto de una compañía de órganos baratos de reemplazo para veteranos de guerra que no podían costear tratamientos de bacta ni prótesis de piel sintética. La original se la obsequió por deferencia a un sindicato criminal al que traicionó sin querer.

—Vimos tu nave en uno de los cuellos de botella de las Extensiones Occidentales, hace unos meses. Cuando hiciste la entrega grande.

—¿La entrega grande?

—El resto de tu tripulación vino a celebrar. —Molo echó un vistazo alrededor.

Has pensó que no era inusual que la gente se hubiera enterado de la operación de Samovar.

—La suerte cambia para todos.

—Así es. Pero muchos de nosotros nos preguntamos cómo lograste entrar y salir sin problemas. La coordinación fue demasiado perfecta, como si te hubieran guiado desde adentro…

Has arrastró su silla un poco más lejos del puño de Molo.

—Sólo fue una entrega, de entrada por salida.

—¿O sea que nadie te advirtió?

—¿Advertirme qué?

Molo se reclinó y evaluó la reacción de Has.

—¿No te enteraste de lo que pasó en Samovar?

—He estado desconectado. —Has extendió las manos, palmas hacia arriba, en señal de ignorancia.

Era cierto. Después de la entrega, él y la tripulación temían que el Imperio tomara represalias, así que decidieron esparcirse y evitar entrar en contacto. Has se dirigió a un área del Borde Exterior conocida como el Sector Corporativo, donde podría gastar varios de los créditos que había ganado. Sólo regresó a Jibuto porque Matese insistió; fue de gran alivio no encontrar holoproyecciones de «Se busca» con su cara en cada estación orbital del camino.

—El Imperio descubrió un depósito enorme de armas, municiones y sabrán las estrellas qué más. Por lo que hemos escuchado, se apropiaron de doce empresas mineras y el lugar está fuera de límites hasta nuevo aviso. Eso jamás sucede en un mundo del Legado.

—¿Mundo del Legado?

—Sí, son mundos legalmente protegidos contra la explotación de cualquier tipo. Sólo se pueden hacer cosas de bajo impacto.

No se molestó en ocultar su sorpresa.

—¿Cuándo pasó todo esto?

—Un par de días locales después de que te fuiste.

—Es la primera vez que escucho esto, Molo. —Has sacudió la cabeza.

El humano se recargó sobre la mesa y bajó la voz.

—Pero sabemos quién sí sabía… Tu contacto, el tipo con el que te viste aquí. Alguien lo reconoció como agente de operaciones encubiertas.

—Solía serlo, pero ahora es civil. Además, sólo fue una entrega…, pero ¿por eso me mira raro la gente? ¿Creen que yo armé todo esto?

—¿Te miran raro? Bueno, admito que la mitad te tenemos envidia y la otra mitad te quiere romper la cara, pero no tiene nada que ver con que seas simpatizante del Imperio.

—¿Simpatizante del Impe…?

—¡Shh! —Molo lo interrumpió—. La mitad a la que pertenezco espera que nos jales a la acción o que por lo menos nos recomiendes.

Matese entró mientras Has seguía digiriendo la información y pidiéndose a sí mismo tranquilizarse. Molo se dio cuenta de que Has volteó a ver la puerta, miró sobre su hombro y sonrió.

—Te daré privacidad, pero piensa en lo que te dije.

Has asintió repetidamente.

Matese observó a Molo regresar a su propia mesa y se sentó en la misma silla.

—¿De qué hablaban?

Has le echó una mirada.

—Cuando me contactaste, no dijiste nada sobre lo que sucedió en Samovar. Un mundo del Legado, ni más ni menos…

—Vaya, si amas tanto el lugar, debiste decírmelo antes —Matese dijo en tono jocoso, sorprendido.

Has no quiso ahondar en el tema. Después de todo, ¿qué le importaba Samovar? Sólo había hecho una entrega. En lugar de seguir con el reclamo, dijo:

—Se ve muy bien el implante.

Matese se tocó el ojo con cuidado.

—Ni siquiera tuve que esperar a los del seguro de veteranos. ¡Tiene luz infrarroja! Es bastante útil.

—¿Cómo se enteró el Imperio del cargamento? —No logró resistirse a preguntar.

—No tenemos ni idea. Revisamos a todos los involucrados, el soplón no salió de nuestro lado. Suponemos que alguien del planeta les informó, algún ambientalista que no quería armas en el planeta.

Has lo consideró, como si quisiera aceptarlo y ya.

—Bueno, digamos que te la compro. Pero ¿por qué querría el Imperio apropiarse de las mineras de un mundo del Legado?

—No lo sé. Pero nosotros estamos seguros, así que seguiremos como siempre.

—¿Tienes otra entrega para mí?

—¿Por qué crees que estoy aquí? No me caes tan bien como para venir a verte nada más porque te extrañé.

—¿Hay trabajo para todos?

—Ah, por eso te hablaba el grandote… Bueno, justo ahora no, pero quizás habrá. Suponiendo que me asegures que son de confiar. —Matese sonrió.

—Algunos lo son. ¿A dónde tengo que ir esta vez?

—De regreso a las Extensiones Occidentales. A un planeta llamado Wadi Raffa.

—No lo conozco.

—Qué bueno. Así no tienes que preocuparte por él.

El destructor estelar imperial de Tarkin, la *Executrix*, seguía esperando en Samovar cuando recibió un mensaje de Coruscant. Lo dirigió hacia el holoproyector de su cabina. La abogada que representaba al conglomerado minero de Samovar se llamaba Arsha Lome y su belleza era tan impactante en holopresencia como en persona. Tarkin la conoció a ella y a su genio legal único en sus días de general adjunto.

—Mis clientes me aseguran que no tuvieron nada que ver con el cargamento de armas que descubrieron sus fuerzas —dijo Lome.

Tarkin estaba parado frente a la cámara, con la mano derecha en el codo y la izquierda sobre el mentón.

—Puede que no, abogada. Estamos llevando a cabo una investigación sobre el origen de las armas, quién las consiguió y para qué. Estoy seguro de que la verdad saldrá a la luz y de que sus clientes tendrán oportunidad de defenderse en la corte.

—¿Cuándo, gobernador? ¿Dentro de un año? ¿Dos años? Todos mis esfuerzos por concertar una audiencia preliminar han sido en vano.

—Eso es algo con lo que no puedo ayudarla. Ni por los viejos tiempos.

—¿Y esto no tiene *nada* que ver con que mis clientes le vendieran provisiones a los separatistas en la guerra? —La pelirroja entrecerró sus ojos azules. Tarkin adoptó una postura más severa.

—El Imperio no tiene necesidad de aplicar represalias de esa índole.

—Mientras tanto, manejan todas las operaciones mineras.

—Sus clientes deberían estar agradecidos de haber pagado una fianza y seguir teniendo trabajo.

—Trabajo, pero para el Imperio. —Arsha pausó un momento—. Me parece interesante que, en cuanto el Imperio se adueñó de las operaciones, todas las restricciones ambientales en vigor desaparecieron en el aire. —Chasqueó sus largos dedos—. Como sabrá, mis clientes intentaron durante años que se modificaran las regulaciones del Legado que se esfumaron de la nada.

—Lamento que no hayan tenido suerte.

—Y seguramente esto no tuvo nada que ver con la nueva ansia del Imperio por conseguir doonium y dolovita, ¿verdad? Ni con que sean dos de los minerales más abundantes de Samovar… —Arsha asintió con sarcasmo.

—No sé de qué estás hablando.

Arsha rio.

—Si tú no sabes, no me imagino quién sabría. —Pausó de nuevo y dijo con tono amigable—. ¿A qué estás jugando, Wilhuff?

—Me dio mucho gusto conversar contigo, Arsha. Debemos ponernos al corriente cuando esté en Coruscant.

—Sólo si regresamos a La Cúpula, a cambio de tu repentina cerrazón.

—Será una tarde muy amena, estoy seguro.

En cuanto desapareció la holoproyección, Tarkin se dirigió hacia el mirador para observar a la previamente impecable Samovar. A nivel de suelo, había un desfile de maquinaria pesada en movimiento: augurios, equipos de rayo tractor, sensores de detección, trituradoras, bandas transportadoras y almazaras. Droides del tamaño de edificios decapitaban montañas, deshojaban laderas y arrasaban suelos. Las operaciones mineras estaban a su máxima capacidad. No terminarían de explotar Samovar hasta que cada depósito fuera vaciado y cada trozo de mineral fuera extraído hasta el lecho rocoso.

Para entonces, los océanos y ríos del planeta se convertirían en ácido de tantos residuos y estiércol, sus terraplenes se erosionarían y sus bosques vivos y cielos limpios se reducirían a un recuerdo. La vida salvaje sobreviviría en áreas remotas, pero no por mucho tiempo. Y todo por el doonium y la dolovita, esenciales para proteger el reactor de hipermateria de la estación de batalla, el reflector parabólico y, en su debido momento, el superláser. La intuición de Arsha era tan atinada como siempre, y no sería la única en atar cabos. Se podía controlar a los medios, pero no por completo. Cualquiera que prestara atención se daría cuenta de que había un proyecto enorme en desarrollo. Pronto, tendrían que tomar medidas de control.

Un mal necesario, según algunos.

Y entre esos «algunos», estaba él.

Las operaciones de depuración y limpieza de las Extensiones Occidentales lo habían convencido del valor de la superarma. El Emperador, los moffs y el ejército de oficiales y stormtroopers no eran suficientes para subyugar a la galaxia entera. Sólo el *temor* podría imponerles un orden duradero. Y la estación de batalla era el símbolo perfecto para lograrlo.

Desafortunadamente, Orson Krennic no era el comandante adecuado. Tarkin se preguntaba cuánto y qué le ocultaba. El hecho de haberle ocultado al Emperador sus planes para hacerse de material de construcción para el proyecto sólo era señal de su ambición desbordada, de su impulsividad, de su falta de respeto a la autoridad, de su nula consideración por la cadena de mando. No. Simple y sencillamente no era el hombre para el trabajo, pero sí era el hombre para cargar sobre hombros la responsabilidad de todos los imprevistos y errores que seguro plagarían el proyecto. Exponerlo y reducirlo no sería difícil, pero sería riesgoso para Tarkin, a quien el Emperador observaba de cerca para delegarle el control de la estación de batalla. Pero, para evitar la obligación de aceptar el privilegio antes de tiempo, tendría que seguir aplazando la caída de Krennic hasta que llegara el momento propicio. Quizá podría pedirle a Darth Vader que le echara un ojo. Ya habían colaborado en un par de misiones imperiales exitosas y el Señor Oscuro podría sentirse lo suficientemente intrigado como para involucrarse.

El futuro terrible que Tarkin planeaba para Samovar estaba sucediendo en Malpaz, a sólo un salto de distancia. Con la excusa del proyecto Energía Celestial, Krennic había construido ahí las instalaciones para hacer experimentos físicos y adecuar la investigación energética de Galen Erso al diseño del arma de la estación. Tenía hasta un gemelo del enorme cristal kyber con el que experimentaba Galen.

Pero las cosas no habían salido de acuerdo al plan.

Desde la seguridad de su transbordador, Krennic observaba una serie de explosiones poderosas reducir lo poco que quedaba de las instalaciones a escombros y cenizas. Las llamas se tragaban sin piedad la metrópolis en las faldas de la montaña que albergaba el

edificio. Y eso no era lo peor: una planta nuclear primitiva se derritió por completo durante las detonaciones y tormentas de fuego iniciales, lo cual desencadenó un éxodo masivo de cientos de miles de indígenas de especies variadas que huyeron al otro lado del río, pues esperaban que este detuviera la conflagración.

La devastación era peor que si un volcán hubiera explotado justo en el centro de la ciudad.

—¿Perdimos a alguien? —preguntó Krennic a su asistente.

—Es increíble —dijo Oyanta desde el módulo comm de la nave—, pero los sistemas de seguridad permitieron que todos evacuaran a tiempo. Lamentablemente, los locales no tuvieron tanta suerte.

—¿Un estimado de las pérdidas?

—Más de diez mil, señor. Y la radiación del reactor cobrará más vidas que las explosiones y el fuego combinados.

Krennic movió la mandíbula nerviosamente.

—¿A quién culpo?

Oyanta señaló hacia la cabina principal.

—Todo el equipo está ahí.

Krennic levantó la frente en alto y salió de la habitación, disgustado. Los diez científicos del equipo, que ahora incluía a dos exseparatistas, estaban apretujados en la cabina de popa, muertos de nervios y de vergüenza. Varios de ellos tenían vendas y ungüento en sus heridas.

—Primero, díganme que no perdimos el cristal kyber.

—Es indestructible, señor —dijo un humano del equipo—. Una vez que se extinga el fuego, podremos recuperarlo.

Krennic asintió.

—Eso exonerará a algunos de ustedes, pero alguien me va a explicar cómo fue que un simple experimento destruyó *todo* lo que construí, sin mencionar una ciudad entera. Tenían toda la investigación a la mano, ¿se les pasó algo?

—La salida de energía es incontrolable —dijo el Profesor Sahali, hablando a nombre de todos—. El cristal difracta el láser en lugar de rendir el pulso de energía que se espera. Es como una batería turboláser sin control alguno.

—¿Y por qué no pasó lo mismo en las otras instalaciones? Alguien malinterpretó los datos o no siguió el procedimiento adecuado.

Dagio Belcoze, el especialista iktotchi, respondió.

—Los datos son muy difíciles de interpretar. Si sólo estamos replicando experimentos previos, entonces las otras instalaciones tienen otro método de extracción y recolección. Quizás usaron un láser distinto o encontraron una manera de canalizar el exceso de energía en condensadores de capacidad. A lo mejor tienen otra aleación de inhibición. —Sus cuernos temblaban mientras explicaba—. En muchos casos, los datos no son específicos y, cuando lo son, las ecuaciones están en una especie de abreviatura casi imposible de descifrar.

—Alguien entiende el cristal mucho mejor que nosotros. Nunca podremos desarrollar con éxito el arma sin la supervisión del investigador original —Squat Sahali concordó.

Krennic gruñó de exasperación y salió deprisa. Iba de regreso a la cabina de comunicaciones, cuando se percató de que Dagio Belcoze lo seguía.

—¿Qué quieres? —le gritó al iktotchi.

—Me queda claro que Galen Erso está detrás de la investigación.

Krennic consideró negarlo, pero en lugar de eso dijo:

—¿Y qué te importa si es cierto?

—Que lo necesitamos aquí con nosotros.

Krennic tembló de ira.

—Está ocupado en otra parte, doctor. Le sugiero que se dedique a ver cómo fue que se equivocaron, en lugar de estar pensando en opciones de empleo para Galen Erso, a ver si a la próxima hacen algo bien.

Belcoze retrocedió como si las palabras lo hubieran empujado y enseguida fue a reunirse con los demás.

Oyanta estaba parado al lado del mirador del transbordador.

—Esto no va a tardar en saberse por todas partes. ¿Hacemos control de daños?

—¿Podemos hacer que parezca un ataque?

—Ya parece un ataque.

Krennic lo pensó con cuidado. Podía echarle la culpa al reactor o a los locales y contener a los sobrevivientes en campos de detención; así parecería como si los estuvieran protegiendo de la radiación.

—Entonces déjalo así, pero saca al equipo de aquí.

17

IMPLICACIONES MATERIALES

HAS DESCENDIÓ LA RAMPA DEL CARGUERO y caminó hacia el banco alto del estuario. Protegió sus ojos de la luz y miró hacia el mar. La brisa era tibia y constante, y las aguas cristalinas se movían perezosas con la marea. A la distancia, donde la caleta se unía con el mar, el agua era de un azul profundo, y aún más lejos, una fila de montañas cónicas se asomaba desde el horizonte, como si flotara sobre la bruma. El pico del volcán más alto estaba oculto entre una nube lenticular. En la vasta extensión del océano, había islas de roca cernidas por doquier, con vegetación amarilla y verde colgando de grietas, con paredes empinadas talladas por la erosión, y cuevas arenosas aisladas.

Has volteó hacia la jefa de personal en tierra que lo recibió. Era una humana bajita, de pelo muy corto, y le echaba la mirada a la que ya se había acostumbrado desde que se involucró con Matese. Estaba en forma, lucía furtiva y capaz. Detrás de ella, cinco miembros de su equipo ayudaban a la tripulación de Has a descargar contenedores de envío de la parte frontal del carguero. El personal en tierra había llegado en un par de speeders, con un tren de cargueros de repulsoelevación detrás.

Había vegetación rala brotando del suelo de arcilla roja a ambos lados del estuario. Has nunca había visto un cielo tan claro desde abajo. Cuando aterrizó en este planeta, supo que no había una zona urbana a miles de kilómetros en cualquier dirección.

—El trabajo no se siente como trabajo en este lugar —le dijo a la jefa de personal.

—Sí, pero tendrías que ser un ermitaño para querer quedarte aquí durante un tiempo prolongado.

—No hay mucha vida nocturna…

—La hay, si eres un insecto linterna. —Se limpió el sudor de la frente y señaló vagamente hacia el mar—. Extracción Turlin/Benthic tiene un pequeño asentamiento en la costa norte. Son algunos cientos de especies mezcladas. No hay mucho de dónde elegir si de compañía se trata, pero los tragos son baratos y la comida es tolerable.

—¿Eso es todo?

—No se permiten viviendas desde que un grupo de ambientalistas nos hizo el gran favor de hacer que Wadi fuera declarado «Planeta del Legado».

«Por supuesto…», pensó.

—Turlin/Benthic… —repitió—. No los conozco.

—Consorcio minero. Tienen concesiones para extraer del fondo del mar.

—Ah, sí, alcancé a ver sus plataformas cuando aterrizamos.

—En su mayoría lo operan droides, aunque tienen un par de pilotos vivos.

—¿Qué están excavando?

—Cuando me contrataron, me enteré de que el océano tiene áreas muy vastas de nódulos polimetálicos en los respiraderos hidrotermales activos. Los respiraderos crean

depósitos de minerales: doonium, meleenium, dolovita, kammris… T/B usa bombas hidráulicas para sacarlos a la superficie y procesarlos. Luego recogen los residuos y los envían a centros de limpieza en otros mundos.

—Tanto así les importa la contaminación, ¿eh?

—Como dije, no les queda de otra porque Wadi es del Legado.

—¿Así que Turlin/Benthic es el usuario de nuestro cargamento?

Dejó lo que estaba haciendo para sonreír como si supiera algo que él no.

—Los accesorios de tubería nunca sobran.

—Excepto que *no* son accesorios de tubería.

—Sí lo son —dijo con seriedad elaborada—. Lo dice aquí en el manifiesto.

Has forzó una risotada para que pareciera que entendía el chiste.

Wadi Raffa era otro Samovar. Un comandante en el punto de inserción le dio coordenadas para aterrizar y le instruyó que entrara tan delicadamente como le fuera posible, con los retroturbos del carguero y no con los propulsores de posicionamiento.

Se tomó un momento para observar la descarga. Todo mundo parecía estar relajado en vez de nervioso, como siempre cuando se trataba de armas o especias u otros bienes prohibidos. Ya estaba dentro, ¿por qué no podía estar tranquilo también? No era su problema preocuparse por el futuro de planetas como Samovar y Wadi Raffa, eso era el trabajo del Emperador. Todo lo que él tenía que hacer era seguir el procedimiento, tomar los créditos y largarse, como siempre.

Entonces, ¿por qué se sentía sucio? ¿Por qué sentía como si tuviera el estómago hecho nudos?

Sabía bien la respuesta. También sabía que no tenía por qué pensar de más en las mentiras de Matese ni en las razones del Emperador para usar un subterfugio en lugar de turboláseres para apropiarse de las cosas.

—¿Van a llevar los contenedores al océano? —dijo, intentando sonar inocente. Ella negó con la cabeza.

—Las plataformas están demasiado lejos, en mar abierto. Van a recoger el cargamento.

—¿Cómo? —Has buscó algo en el cielo. La jefa tomó un par de macrobinoculares de un estuche en su cinturón y se los ofreció. Miró hacia el horizonte, encontró algo y, cuando lo enfocó, exhaló de sorpresa.

—¿Esa nave está flotando *en* el agua?

Ella soltó una carcajada.

—Salido de un holodrama histórico, ¿no? Esto es lo que pasa en los mundos del Legado. Es lo más primitivo posible.

Has le devolvió los macros.

—¿Y cómo van a justificar que una compañía minando sobre el mar en un planeta del Legado tenga cañones iónicos?

Ella entrecerró los ojos y miró alrededor como si hubiera alguien escuchando.

—Protección.

Has no estaba seguro de que ella supiera qué pasaba en realidad. Quizá sí trabajaba para la compañía minera y no tenía idea de que todo esto era una trampa. O quizá no quería que Has supiera que sabía.

—¿Y esperan disuadir a alguien que se interese de la nada en este mundo con un *barquito* y un par de cañones iónicos de la era separatista?

—Bueno —se encogió de hombros—, a lo mejor les preocupan las criaturas del fondo del mar, monstruos del océano.

Esta humana no pensaba cooperar.

—¿Te sabes el del que lleva un vibrocuchillo a una pelea de blásteres?

—No, ¿es un chiste?

—Para el del cuchillo no.

Lyra se desveló transcribiendo las notas personales de Galen, con cuidado de respetar sus instrucciones complejas pero precisas. Las notas del equipo de investigación eran recopiladas por terceros y transmitidas a otras instalaciones de Coruscant o fuera de él. Como supervisor del proyecto, Orson tenía acceso a todo, excepto a estas.

Jyn estaba jugando a pocos metros, en un área de juegos que crearon especialmente para ella, acordonada para que no se fuera demasiado lejos. La mayoría de los niños de su edad se habrían ido a dormir hacía horas, pero Jyn heredó los hábitos nocturnos de su padre y Lyra se había dado por vencida de intentar interferir con su ritmo natural. Por suerte para todos, Jyn era una niña independiente y capaz de entretenerse sola, a veces hasta por horas, cantando, jugando e imaginando, como hacía ahora.

La luz de las superestructuras alrededor se colaba a través de la ventana de la oficina, pero la vista no era nada estimulante. Sólo se veía la pared de plastiacero que rodeaba el refugio, además de los edificios altos que se elevaban por encima de todo. Ya habían plantado enredaderas en la base de la pared, pero aún no habían trepado más de dos metros. Así que Lyra se hizo el hábito de pasear con Jyn por el terreno, usualmente de noche, cuando el área de alrededor de las instalaciones estaba ligeramente iluminada, a pesar de las arcologías y monads, y de la sensación de estar caminando en el fondo de una piscina gigante sin agua. Podía sentir las instalaciones latir y respirar a su alrededor, aunque con un corazón helado.

Seguramente Galen también estaría despierto, haciendo algo por alguna parte. Cuando no dirigía experimentos, estaba en su oficina, escribiendo en el aire o en un teclado. A veces recurría a ingresar cálculos o notas en su diario, con cursiva en tintas de colores, que mostraban que su pensamiento brincaba de un problema a otro. Al final de sus sesiones de registro, Lyra acomodaba las notas por color; después se las devolvía para que las refinara.

Obligado a ponerse en la posición de varias personas al mismo tiempo, alternaba entre científico ensimismado y padre y esposo ocupado, pero de alguna manera, parecía

estar más contento de lo que había estado en años. Podía pedir lo que quisiera: láseres, metales, químicos, asesores, datacrones jedi… Sus pedidos llegaban en cuestión de horas, sin preguntar nada. Seguían llegando cristales de todos tamaños, algunos de ellos claramente robados de templos, con trazas diminutas de adhesivo, como gemas arrancadas de su engaste.

Lyra se había acostumbrado a tiempos así, donde la mente de Galen parecía estar en llamas, presente físicamente, pero distante emocionalmente. No podía evitar sentir que cada vez que le hablaba, interrumpía algún diálogo o discurso interno. Estar en las instalaciones lo hacía aún peor. A veces parecía que, en un intento de descifrar los secretos del cristal kyber, también intentaba descifrar algo de sí mismo.

Estaba dispuesta a aceptar que los jedi no habían llegado ni siquiera a la superficie del conocimiento del poder de los cristales, pero seguía aferrada a su creencia de que la Orden sabía que ese poder no *debía* ser comprendido. Sin embargo, ¿qué mejor manera de honrar las contribuciones de la Orden a la galaxia que usar sus sacrosantos kyber para darle energía barata y segura a incontables planetas? Después de todo, no se podía negar que la galaxia estaba en paz, excepto en las pocas áreas en donde aún se atrincheraban los separatistas que quizá no sabían que la guerra había terminado. La HoloNet casi no recibía noticias de esos lugares distantes, pero Lyra escuchó decir que algunos mundos seguían intentando adquirir armas y que el Imperio se movía de prisa para reducir esos intentos.

«Haremos todo lo necesario para asegurar una reconciliación duradera», había dicho el Emperador, en un reciente e infrecuente mensaje al público.

Sólo podía esperar que la mano de hierro se relajara una vez que la amenaza se disipara. No era optimista ni pesimista, sólo quería que Jyn creciera en tiempos más estables.

Miró las notas multicolores de Galen y se alejó un poco de ellas, a ver si así descubría la fuente de su incomodidad. De repente, sonó el comm. Era muy extraño recibir llamadas a estas horas de la noche. La pantalla mostraba que la comunicación provenía de un lugar y persona desconocidos. Recordó el mensaje que había llegado a su comlink durante la guerra y lo pensó dos veces, pero, cuando finalmente aceptó el comm, le alegró ver el rostro de la amiga y mentora de Galen, Reeva Demesne.

—Lyra querida, qué gusto me da verte —dijo Reeva, emocionada.

—Igualmente, Reeva, igualmente. —A Lyra siempre le había atraído la complexión oscura de la mirialana, al igual que sus exóticos tatuajes faciales.

—Me disculpo por la hora, pero decidí atreverme.

—No pasa nada, estamos despiertos. Estoy transcribiendo las notas de Galen, pero él no está… ¿quieres que le pida que te devuelva el comm?

—Sí, gracias. Pero primero, dime cómo has estado.

—Muy bien. Todo bien por acá.

—¿Y Jyn? ¿Cómo le va?

—Te mostraré. —Lyra enfocó una de las cámaras en Jyn, que usaba sus juguetes para representar una especie de aventura.

—Está hermosa, deben estar muy orgullosos de ella.

—Sí, lo estamos.

—Me da gusto saber que Galen encontró un trabajo ideal.

—Ha sido muy emocionante, aunque… un poco desalentador.

—Sé justo lo que se siente. Galen y yo…, bueno, varios de nosotros, servimos al mismo amo.

—¿Tú también estás en Energía Celestial? —Lyra ladeó la cabeza, sorprendida.

—Sí —contestó Reeva, sin entusiasmo—. Dime, Lyra, ¿han sabido algo de Dagio Belcoze?

—¿Dagio? No, nada…, digo, se contentaron después de su encuentro de boxeo, pero nunca fueron cercanos. Según sé, Galen no ha sabido nada de sus amigos. Eres la primera en contactarnos.

Reeva se veía consternada.

—Qué extraño. He intentado contactar a nuestros colegas mutuos, pero no he tenido éxito. Dagio trabaja en Malpaz. Sinceramente, estoy algo preocupada.

—Sí, entiendo por qué. ¿Tú en dónde estás, Reeva?

—Estoy en Hypori. Tú eres una gran viajera intergaláctica, ¿has estado aquí? —Antes de que Lyra pudiera contestar que no, Reeva dijo—: Oye, ¿Galen está contento con el trabajo?

—Ya sabes cómo es. Cuando la investigación va bien, sí. —Lyra contuvo un gesto de duda.

—¿Sigue trabajando con Orson Krennic?

Lyra se tomó un momento para contestar.

—Sí, pero ¿por qué lo preguntas?

—Es que lo veo de vez en cuando…

Lyra esperó a que terminara la oración, pero Reeva se quedó en silencio.

—Le diré a Galen que se ponga en contacto contigo.

—No, no te preocupes. Sólo dile que hablé para saludar y que espero que podamos ponernos al corriente en persona. Estoy en Hypori, no lo olvides, Hypori.

La llamada terminó abruptamente.

Lyra pasó un rato sentada, con la mirada fija en el holocampo vacío. Reeva se había guardado cosas. ¿La estarían vigilando de cerca en su trabajo?

Recordó la conversación entera en su mente.

«Quiere que sepamos dónde está».

Krennic se sintió como guía de turistas glorificado al ordenarle al piloto del transbordador que acercara la nave de alas anchas hacia el reflector parabólico. Ya le

habían dado la vuelta al ecuador y a un polo, pausando aquí y allá para examinar áreas específicas del paisaje curvo diseñado para albergar generadores de escudo y torretas de armas. Krennic hablaba sin parar, pero ni el Gran Visir Amedda ni ninguno de sus concejales de ropaje excéntrico le habían hecho una sola pregunta.

La nave estaba casi completamente revestida; en la trinchera se construían algunos emplazamientos de armas. El espacio local estaba lleno de naves y droides de todos tipos, y las áreas más extensas del casco estaban iluminadas por bancos de lámparas inmensas.

—¿Alguien quiere pasar a visitar los módulos interiores? —preguntó Krennic.

—No, a menos que tenga un arma que mostrarnos… —dijo Amedda, al fin.

—Justo ahora, el reactor es nuestra prioridad.

Amedda lo miró fijamente.

—¿Cuál es el estatus del arma, teniente comandante?

—Estamos progresando, lento pero seguro.

El chagriano mostró su desprecio.

—Podemos aceptar lo de seguro, pero no lo de lento. Le *recuerdo* que no estamos haciendo obras públicas para los descendientes de Poggle, por si lo olvidó. El arma es la *única* prioridad, la estación es sólo una esfera inútil sin ella.

—Aplicar la investigación a las armas está tardando más de lo que anticipamos —dijo Krennic con voz firme.

—Pues exíjale más a sus científicos.

Krennic hizo un gesto para aplacar los ánimos.

—Ya hemos depurado mucho peso muerto. Estoy reduciéndolos a un grupo selecto.

—No me refiero a eso. La seguridad nos importa menos que el progreso, del cual hemos visto muy poco. Escuchamos que casi pierde a su equipo en Malpaz.

Krennic hizo un esfuerzo por no hacer muecas. No sabía que ya se habían enterado del incidente.

—Un contratiempo breve. Estamos analizando los datos de nuevo.

—Quiero que me diga en sus palabras lo que pasó.

—Los locales operaron mal su reactor nuclear.

—¿Esa es su versión?

—Es una versión, sí —contestó Krennic, reacio a ceder.

Amedda tenía fuego en los ojos.

—O está haciendo que su equipo se meta en cosas que no entienden o los datos de Erso rebasan sus conocimientos.

Krennic forzó una sonrisa falsa.

—Tiene un don para la contradicción, visir. ¿Le exijo más a mi equipo o les pido que tengan más cuidado? Elija una.

Amedda mostró su lengua bífida.

—Le dimos a Galen Erso un edificio entero. Le damos recursos y materiales de toda la galaxia. Somos prácticamente sus asistentes y ni siquiera está reclutado. —El Visir bajó sus cuernos—. El Emperador está furioso con la tardanza. Por otro lado, ¿a usted

quién le dio la autoridad para involucrar a las fuerzas imperiales en la apropiación de las compañías mineras?

Krennic infló el pecho y levantó la cabeza.

—Me pareció la forma más rápida de obtener lo que queremos.

Amedda dejó escapar un gruñido grave.

—Es usted muy ingenioso, nadie se lo negará. Sin embargo, una vez más ignoró por completo a la autoridad.

—En aras de la simpleza —dijo Krennic—. La última vez que tuvimos esta discusión, me dijo que me permitiría hacer mi trabajo.

—No recuerdo haberle dicho nada similar. Ya no puede pasarse por alto la cadena de mando, ¿me entiende? Ya no tiene ese privilegio.

Krennic lo miró, esperando mayor explicación.

—Sentimos que le dimos demasiada responsabilidad. —Amedda continuó, con un tono falso de amabilidad—. Debería estar atendiendo sólo asuntos del arma, déjele la producción a alguien más.

«A Tarkin, por ejemplo», pensó Krennic, preguntándose qué pensaría Amedda si le dijera que el moff autorizó las adquisiciones ilegales. Aunque no podía romper la etiqueta imperial de lealtad y discreción al revelarle eso. No podía decirlo abiertamente, por lo menos.

—Hasta nuevo aviso, se suspenden las operaciones de apropiación. Tendrá que hacer lo posible con los materiales que tenga a la mano, o ver cómo procurarlos legítimamente. Vamos a tener que hallar a alguien que asuma la responsabilidad por lo que hizo.

—Se me ocurren un par de ideas.

—Seguramente.

Krennic esperó un segundo, luego se atrevió a decir:

—Creo que la solución sería ascenderme.

—¿Acaso su insolencia no conoce límites? ¿Regalarle un ascenso por qué logros? —Amedda estaba furioso.

—Ascenderme mandaría un mensaje muy claro a los científicos y a todos los involucrados en el proyecto; sabrían que tienen que hacer lo que les pida, cuando se los pida. Contraalmirante sería suficiente.

Amedda forzó una exhalación de fatiga, aunque lo consideró unos segundos.

—Comandante completo, quizá. Pero sólo si el Emperador lo aprueba.

Krennic inclinó la cabeza en sumisión.

Había llegado el momento de soltar el as bajo la manga.

18

JUEGO COMBINATORIO

RYLOTH, UN PROTECTORADO OFICIAL DEL IMPERIO, celebraba el aniversario de una importante batalla contra los separatistas durante las Guerras de los Clones, pero era el desfile más triste al que Has había asistido. No había globos ni estandartes ni banderas ondeando en las tarimas. Sólo un par de miles de nativos twi'lek de distintos colores y tamaños se apiñaban detrás de electrocordones. Lucían como si los hubieran sacado a rastras de sus residencias para mirar formaciones de stormtroopers marchando por las calles de Lessu hacia una cosa llamada el Puente de Plasma. Los efectivos, que llevaban armas BlasTech, iban precedidos por un grupo de veinte indígenas y seguidos por tanques y caminantes imperiales. Los acompañaban música marcial y el vuelo ensordecedor de escuadrones de cazas TIE recién ensamblados. Cualquiera podría pensar que el Imperio era el responsable de que el planeta fuera libre, pero en realidad era gracias a un revolucionario local llamado Cham Syndulla. También fue gracias a la ayuda de unos jedi, y de unos clone troopers que habían derrotado al skakoano Wat Tambor, encargado del Sindicato de Tecnología, junto con sus legiones de droides de combate.

Has había llegado justo cuando comenzaban las celebraciones. Todavía no entendía por qué Matese lo había llamado desde el otro lado de la galaxia en lugar de citarlo en su mesa de siempre en el Wanton Wellspring.

Había pasado más de un mes desde la entrega a Wadi Raffa. Normalmente Has no seguía las noticias, pero, después de lo que pasó en Samovar, se aseguró de averiguar si Wadi había tenido el mismo destino. En efecto, un servicio de HoloNet al que se había suscrito le envió un artículo escondido entre historias más notables; reportaba que Extracción Turlin/Benthic había sido acusada de adquirir armas. El Imperio había tomado las operaciones mineras de océano profundo en ese mundo del Legado, al cual declararon fuera de límites.

El carguero de Has estaba estacionado en el cordón orbital. Debido a la exhibición aérea de cazas TIE, todo el tráfico para descender estaba detenido. A pesar de ello, se les había ordenado a los soldados que abordaron su nave que lo llevaran a la superficie y lo depositaran en los cuarteles imperiales locales, en una oficina que casualmente no estaba en la ruta del desfile.

Él estaba de pie junto a la ventana, mirando a uno de los caminantes cuadrúpedos imperiales y oyendo sus pisadas fuertes, cuando la puerta de la oficina se abrió y un comandante no identificado entró al cuarto, con un expediente bajo el brazo. La manera en que el oficial lo midió con la mirada le recordó su primera reunión con Orson Krennic, hace todos esos años.

—Tome asiento, capitán —dijo el humano.

Has se sentó mientras intentaba leer las palabras escritas sobre el expediente.

—¿Matese nos va a acompañar?

El oficial lo miró.

—Es mi triste deber informarle que Matese ya no está con nosotros.

—Ya no está con…

—Muerto, me temo.

Las noticias golpearon a Has como una kilotonelada de concreto.

—¿Cuándo? ¿Cómo? Oí de él hace una semana estándar.

—Al parecer fue un accidente industrial.

Sonó como código para algo inapropiado, pero Has insistió de todos modos.

—¿En el depósito?

—Sí, eso creo.

Has dejó salir un suspiro triste y cansado.

—Justo cuando había recibido el implante ocular.

—Qué lástima —dijo sin convicción el oficial—. También es mi deber informarle que todas las operaciones están suspendidas.

Una segunda kilotonelada de sorpresa lo golpeó.

—¿Hasta cuándo?

—Indefinidamente.

—Acabo de hacer un pago considerable para un nuevo carguero —dijo Has, a pesar de que era inútil—. He estado esparciendo créditos para ayudar a mis amigos…

—Es lamentable —interrumpió el oficial—, pero estas cosas pasan. Un día aquí, al siguiente ya no.

—Como Matese.

—Desafortunadamente, sí.

Has se movió en su silla.

—Entonces, ¿eso dónde me deja a mí? Además ¿por qué me harían venir desde tan lejos sólo para anunciarme una muerte? Podrían haber llamado por comm y ahorrarme el combustible.

El humano puso expresión de disgusto; la nueva característica de un trabajador oficioso.

—Usted está aquí porque recibí órdenes de transmitirle un mensaje que, por algún motivo, no puede confiarse a un comlink.

Has levantó la mirada.

—¿Un mensaje de quién?

—Del Teniente Comandante Krennic, del Cuerpo de Ingenieros.

Has abrió la boca, pero no salió ni una palabra. Tragó y volvió a intentar, sin éxito.

—Me dicen que ustedes dos se conocen.

—Desde hace años —logró decir Has—, pero…

—No me puedo imaginar cómo o por qué, pero eso no me incumbe. El comandante pide que se reporte con él en Coruscant lo más pronto posible. —Sacó un comlink de grado militar del expediente y lo puso sobre el escritorio—. Debe usar esto al llegar.

Has no quería tomarlo, pero lo hizo. Le dio vueltas con manos temblorosas.

—¿Codificado?

—Tampoco me incumbe. —El oficial subió los hombros.

—¿Por qué Coruscant?

El humano respiró profundo, evidentemente irritado.

—Eso lo debe averiguar usted; yo puedo permanecer ignorante acerca de ello: en este caso, tan sólo soy el mensajero.

Una repentina conmoción fuera de la ventana los hizo levantarse de las sillas. Debajo, un grupo de twi'leks que coreaban y levantaban pancartas con palabras como «MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN DE RYLOTH» o «EL MARTILLO DE RYLOTH» habían saltado el cordón y se dispersaban en el ancho bulevar. El equipo más cercano de stormtroopers se reagrupó en una formación estrecha. Aun así, los humanoides con colas en la cabeza siguieron entrando. Un oficial gritó una orden; los soldados levantaron sus armas. Otra orden envió disparos de energía sobre las cabezas de los manifestantes, pero ni así lograron detener a la multitud.

Algo le decía a Has que el Imperio estaba a punto de tomar otro mundo.

Krennic no era un visitante frecuente de las instalaciones; cuando le dijo a Galen que iba a pasar a verlo, él se alegró y le exigió que se quedara a cenar. Krennic llegó sin stormtroopers, pero vestido de uniforme completo y con vinos para la ocasión, vendimias tanto para la cena como para el postre. Galen lo estaba esperando cuando descendió con su aerospeeder sobre la zona de aterrizaje y se saludaron calurosamente. Lyra y la niña se unieron a ellos en el lobby, y los cuatro pasaron más de una hora recorriendo el complejo. Galen hablaba animadamente sobre la investigación de energía, como si buscara la aprobación de Krennic; Lyra iba callada, quedándose atrás; y la niña corría delante de todos, con una espada de juguete en una funda y dos animales de peluche en los brazos.

Caía la noche cuando el cuarteto llegó a la cómoda residencia de los Erso, donde Krennic abrió una de las botellas de vino y Lyra plantó a su hija frente a un visor, para que viera *The Octave Stairway*, al parecer el cuento favorito para dormir de la niña últimamente. La vista desde la ventana de la sala era sublime; podían ver un pequeño bosque de árboles gigantescos que habían plantado los b'ankora hacía siglos y, sobre ellos, algunos de los rascacielos más nuevos y osados de esa ciudad-mundo.

Krennic casi podía olvidar que estaban en Coruscant.

Esperaba que Lyra llegara a sentirse así, pero, a juzgar por las grabaciones de seguridad de sus conversaciones con familia y amigos, estaba aburrida e infeliz.

Semanas antes, Krennic había escuchado que Reeva Demesne había intentado contactar a Galen, ostensiblemente para saludar, pero en realidad para husmear. Demesne no sabía nada acerca de la estación de combate, pero el programa generador de escudo que dirigía se había fusionado con el Grupo de Armas Especiales, por lo que algunos de

los investigadores habían empezado a comparar notas. Afortunadamente, fue Lyra quien habló con Demesne. Krennic hizo un estudio detallado de su conversación. Si a Lyra le preocupaba la investigación de Galen, probablemente a la científica mirialana le preocupaba el doble; pronto, las objeciones de Lyra sobre el programa serían problemáticas. Krennic lo vio venir desde la discusión que tuvieron poco después del fin de la guerra; también, las conversaciones entre Galen y Lyra confirmaron que sus dudas sólo habían aumentado. Demesne había estado a punto de aludir a rumores sobre los usos militares de la investigación de Galen, pero hizo casi palpables sus propias dudas sobre el proyecto. Krennic no podía permitir que las preocupaciones de Lyra pasaran desapercibidas. En cuanto a Galen, estaba demasiado fascinado con las instalaciones y todo lo que ofrecían como para pensar en algo más que los cristales.

Krennic esperó hasta que sirvieran el postre para desviar la conversación hacia donde necesitaba.

—¿Son felices aquí los dos? —preguntó después de que levantaron sus copas para brindar por una paz duradera.

Lo repentino de la pregunta pareció sorprender a Lyra, pero Galen respondió con rapidez.

—Es parecido a un sueño hecho realidad.

Cubrió la mano de Lyra con la suya, como para sugerir que ella estaba de acuerdo, ¿o era una señal para ella de que tuviera cuidado?

Krennic miró a Galen.

—¿Tienen todo lo que necesitan?

—Todos los días llegan provisiones. No podría pedir más.

Krennic sonrió y dejó durar el silencio.

—Ya sé de las provisiones y requisitos, pero pregunto por sus necesidades personales. —Hizo un ademán amplio—. Por muy bello que sea este lugar, para algunos podría parecer un tanto remoto y solitario, como un puesto fronterizo.

Lyra se tragó algo que iba a decir, pero Galen quería tranquilizarlo.

—Estamos sólo a unas horas de lo que sea que pueda faltarnos aquí. Nos quedamos con el departamento. Jyn juega con los niños de otros científicos. Lyra va a ser su tutora en casa.

Krennic le habló a Lyra, manteniendo el tono amigable.

—Creo que quedó claro que Galen es feliz y parece que las necesidades de la niña se cumplen, pero estoy más preocupado por ti.

—¿Por mí? —Se ruborizó.

Esa pregunta podría haber sido «¿Desde cuándo?», pero Krennic no se salió del libreto.

—Digo, entre la maternidad y lo que haces por Galen, no tienes mucho tiempo para ti. Simplemente me da curiosidad saber si no te molesta poner tu vida en pausa, por un tiempo, al menos.

Ella lo miró con franqueza.

—No puse mi vida *en pausa*, Orson. Mi carrera, tal vez, pero definitivamente no mi *vida*.

—A lo mejor no me expliqué bien —dijo, mostrando las palmas de las manos.

—Te daré el beneficio de la duda. ¿Qué estás tratando de decir exactamente?

Galen miraba de un lado a otro entre ellos dos.

—Sólo esto: tenemos datos sobre lo que parece ser una veta extensa de cristales kyber en un mundo del Borde Exterior. Por motivos que podemos discutir después, no puedo confiar en cualquiera para ir a evaluar las dimensiones del descubrimiento.

—¿Necesitas una recomendación? —preguntó Lyra.

—No, quiero que consideres realizar el estudio. —Dio tiempo para que hiciera efecto—. No es una misión peligrosa. Un grupo de arqueólogos ya tienen un pequeño pero cómodo campo de investigación en pie. Puedes incluir a uno o más de tus antiguos compañeros de equipo si así lo deseas. De hecho, es lo suficientemente seguro para que lleves a la niña también.

Galen y Lyra se miraban en shock.

—Deberías hacerlo —dijo Galen sin dudarlo.

Lyra negó con la cabeza.

—Galen, deberíamos hablar de esto…

—Y lo haremos, pero creo que sería maravilloso para ti. Sabes que me preocupa que estés sacrificando tus intereses por los míos.

—No me estoy sacrificando, Galen. Estar aquí fue decisión mía tanto como tuya. —Miró de Galen a Krennic y de nuevo a Galen—. ¿Algo más que quieran decir sobre mi vida?

—No tienes que decirme tu decisión justo ahora —le aseguró Krennic—. Sólo quiero que lo consideres.

—Lo digo en serio —le dijo Galen a Lyra—. No puedes dejar pasar esto. Piensa en lo que significaría una experiencia como esta para Jyn.

Krennic la observó. «¿Le preguntará si está intentando deshacerse de ella?».

No lo hizo; preguntó:

—Orson, ¿tienes idea de cuánto tiempo tomará la investigación?

Krennic movió la cabeza de lado a lado.

—Tú sabrás mejor que yo una vez que te dé la información, pero sospecho que no más de un par de meses estándar. —Miró a Galen—. ¿Puedes prescindir de ella y de tu hija por tanto tiempo?

Galen juntó los labios y asintió.

—Hemos estado separados por periodos más largos que ese. —No mencionó Vallt, pero la implicación estaba clara.

—Pero tus notas —dijo Lyra.

Él volvió a tocar su mano.

—Pausaremos la transcripción hasta que regreses.

Lyra inhaló y exhaló, luego se quitó el cabello castaño rojizo de la frente.

—Primero las instalaciones, ahora esto. —Volteó hacia Krennic—. ¿Qué más tienes bajo la manga?

Por las nuevas regulaciones imperiales de viaje, Lyra y Jyn fueron escaneadas, entrevistadas y sometidas a múltiples revisiones de identidad antes de permitirles el acceso a la pequeña zona de aterrizaje de las instalaciones de investigación, situada en el corazón de las arcologías que las amurallaban del lado oeste.

Sin embargo, el viaje no parecía del todo real hasta que los escáneres del puerto espacial del Centro les permitieron abordar la levitación magnética que usaban en una parte del puerto espacial, reservada para llegadas y salidas de naves privadas. Ahora avanzaban entre enormes naves estelares, rumbo al hangar donde Lyra debía encontrar a Nari Sable, a quien no veía en persona desde hacía casi cuatro años.

Sufrió pensando en la misión de Orson por más de tres semanas estándar, pasando de la emoción hasta una sensación de inquietud sutil acerca de dejar a Galen con sus propias herramientas. Lo habían hablado hasta el cansancio y, aunque él sólo hablaba con ánimo y entusiasmo, ella había empezado a preguntarse si él *quería que se fuera*. Y quizás ese era exactamente el caso; que, a estas alturas de la investigación, sentía que necesitaba dedicarse por completo a ella sin tener que ocuparse de su satisfacción o del desarrollo de Jyn. A menudo ella se sentía justamente así en eventos sociales; le preocupaba saber si él la estaba pasando bien. Pero ahora, todas las semanas de inquietud e indecisión habían quedado atrás, y ahora estaba muy entusiasmada de embarcarse en una aventura. Mientras la levitación magnética se detenía cerca del hangar designado, le dio un apretón cariñoso a la mano de Jyn.

—Esto va a ser muy divertido.

Jyn asintió.

—¿Nos va a extrañar papá?

—Claro que sí. ¿Crees que se acuerde de comer?

—Mac-Vee lo hará comer.

Su droide niñera y ama de llaves.

—Tienes razón, Mac-Vee no lo dejará saltarse ni una sola comida.

Llevaban mochilas y vestimenta práctica, aunque Jyn había insistido de último minuto en llevar un casco que la hacía parecer piloto de destructor estelar. Su equipaje había sido entregado con anticipación y estaba ahora a la merced de los droides responsables de mover todo de la terminal hacia el hangar privado.

Mientras se apresuraban por la plataforma de concreto hacia el edificio hemisférico, Nari Sable apareció vestida con una túnica sin mangas ceñida con un cinturón, con botas de agujetas y con la apariencia de quien acaba de llegar del Borde Exterior. Al ver a Lyra, apretó el paso y sonrió ampliamente; cuando llegó hasta ellas, jaló a Lyra para abrazarla fuerte y la besó en ambas mejillas.

—Ha pasado demasiado tiempo —dijo en su oído.

—Lo sé. Debemos prometer que no dejaremos que suceda de nuevo.

Aún sonriendo, Nari se apartó del abrazo para observar a Lyra, pasando las yemas de los dedos por la cara de su vieja amiga. Lyra notó las delgadas líneas alrededor de los ojos de Nari, resultado de pasar demasiado tiempo en la severa luz estelar, toques prematuros de gris en su cabello, arrugas formándose en las comisuras de su boca. Era delgada, pero aún musculosa, y sus ojos verdes brillaban con la vitalidad de alguien con la mitad de su edad. Entonces, Nari posó la mirada sobre Jyn y dio otro paso hacia atrás, tapándose la boca con sorpresa.

—¡Es tu gemela! Excepto por el casco.

—¿Quieres ver lo que hay en mi mochila? —preguntó Jyn, quitándosela.

Nari puso una rodilla en el suelo, frente a ella.

—Claro que quiero, pero esperemos a abordar la nave, ¿okey?

—Traje macrobinoculares, también.

—¿Ah, sí? Eso es genial, cariño, porque los vamos a necesitar. En cuanto estemos a bordo, quiero verlo todo.

—Okey —trinó Jyn.

Nari se puso de pie y señaló el hangar.

—Vengan a ver nuestro transporte. —Rodeó los hombros de Lyra mientras caminaban.

Se habían hecho íntimas amigas desde la infancia, aunque Nari había sido el doble de atlética que ella. Era corredora, gimnasta, una aventurera a la antigua. Como Lyra, tenía un historial de relaciones en serie; pero, al contrario de ella, había cumplido sus decisiones, tomadas en la adolescencia, de nunca casarse ni tener hijos. Lyra la consideraba el tipo de mujer que ella habría sido de haber tomado el otro sendero en la bifurcación. Poniendo a un lado las diferencias entre sus caminos, habían compartido muchas aventuras de exploración, investigación y cartografía. Nari había sido su dama de honor en la boda sencilla que había incluido a Reeva Demesne como invitada. Alderaan se había hecho su hogar durante la guerra, pero, de nuevo con la exploración a toda marcha, había tenido trabajo estable desde entonces, e incluso tenía acceso a una nave de la compañía de investigación. Lyra había tenido suerte de encontrarla entre trabajos, y ni más ni menos que en Coruscant.

El interior del hangar estaba lo suficientemente iluminado como para que Lyra pudiera ver bien la nave. Era un carguero compacto con forma de rombo, popa lanzada ancha y una cabina montada dorsalmente. Necesitaba hojalatería y pintura, pero parecía funcional.

—Todo nuestro equipo ya está a bordo —decía Nari—. Incluso nos proporcionaron un droide de grabación.

Lyra asintió, evasiva.

—Un poco tosca, pero nos las hemos visto peores.

—Ni lo digas. Está bien cuidada y se ve mucho mejor por dentro. El piloto es encantador. Es dresseliano.

La revelación no necesariamente la paró en seco, pero la combinación de dresseliano *y* piloto la hizo parpadear.

No fue sino hasta que lo vio bajar de la rampa que entendió por qué.

—Bienvenida a bordo, Lyra —dijo—. No sé si te acuerdes de mí, pero…

Lyra lo miraba boquiabierta, sin siquiera disimular.

—Claro que me acuerdo de ti.

Nari frunció el ceño.

—¿Ustedes dos ya se conocen? —Pensó por un momento—. Supongo que tiene sentido…

—No es lo que piensas.

—¿No es lo que pienso? —Alzó las cejas—. ¿Debería darles un poco de privacidad?

—No, tienes que escuchar esto —dijo Lyra, con más fuerza de lo que quería. Volteó hacia el dresseliano—. Lo siento, no recuerdo tu nombre.

—Has Obitt.

Ella asintió.

—Obviamente sigues teniendo una conexión con Orson Krennic, Has.

—En realidad, no…, o al menos no hasta hace unas semanas. He estado solo casi todo el tiempo desde… hace mucho. Trabajo independiente, ya sabes. El comandante me contactó para ver si tenía tiempo de llevarte a Alpinn y dije que sí.

Lyra permaneció dudosa.

—¿Trabajo independiente con qué, exactamente?

—Mercancía. Provisiones. Fruta meiloorun.

—Entonces no eres un espía.

Nari miraba a uno y luego a otro.

—¿Alguno de ustedes quiere contarme de qué me he perdido?

Lyra la miró.

—Has fue el piloto que nos sacó a Galen, a Jyn y a mí de Vallt durante la guerra.

Nari asintió, comprendiendo.

—Donde los arrestaron.

—Sí. Pero Has y Orson fueron a rescatarnos, ¿no es cierto?

Has asintió.

—Yo sólo era el piloto, Lyra.

—Y sigues siendo sólo un piloto.

—El Comandante Krennic no quiere que la exploración parezca una misión imperial, ni nada que ver con las milicias del imperio.

—Que parezca… Necesito oír de tu boca que esto no es una misión imperial.

—No es nada parecido —dijo Has—. Por eso estamos usando mi nave y no estamos viajando con una escolta de stormtroopers. Así podemos evitar convertirnos en blanco de

insurgentes… de cualquier especie. —Miró a Jyn—. Tu hija se ha vuelto una niña hermosa.

Lyra se relajó un poco.

—Gracias, Has.

Has se agachó para hablar con Jyn.

—Eras sólo un bebé cuando nos conocimos. Me alegra volver a verte.

Jyn no intentó ocultar su inspección de sus rasgos no-humanos, particularmente el profundo surco en su cráneo.

—¿Quieres ver lo que hay en mi mochila?

Lyra resopló.

—Quizá me sienta mejor cuando todos hayamos desempacado.

19

INTERVALO CERRADO

KRENNIC RETRASÓ SU REGRESO A GEONOSIS porque esperaba que Galen lo contactara. Krennic le vio las ojeras y el tic en el ojo en la cena; eso contradecía la declaración del científico de ser más feliz que nunca y de estar más agradecido de lo que podía expresar. También estaba la facilidad con la que aceptó enviar a Lyra y a Jyn al otro lado de la galaxia en busca de un tesoro. Hasta el más hermoso de los sueños hechos realidad tenía recovecos oscuros. La tensión que Krennic había sentido en las instalaciones no se había disipado ni un poco. Ya estaba preparado para hablar, cuando entró la transmisión de Galen; le sugirió ir al cuartel general de la División Imperial de Energía, en el Centro, para poder hablar con él cara a cara.

La División Imperial de Energía era nueva, pero esta también operaba como parte del Proyecto de Energía Celestial. De hecho, todos los departamentos del proyecto de la estación de combate tenían su propio nombre código y su propia agencia encubierta; Galen no era el único trabajando en una división falsa y prestando su investigación para usos alternativos. A lo largo de la galaxia estaban dispersos grupos de científicos que trabajaban en armamento convencional, tecnologías de hiperpropulsión y rayos tractores, e incluso sistemas para el revestimiento metálico de cascos. Cada proyecto tenía un nombre falso como S*tellar Sphere, Mark Omega* y *Pax Aurora*. Pero ninguno se podía comparar con la investigación del superláser.

Krennic condujo a Galen junto al personal de seguridad y empleados falsos hacia su oficina falsa, que estaba decorada con holorepresentaciones de complejos e instalaciones energéticas en docenas de mundos. Llamaron la atención de Galen de inmediato; incluso preguntó acerca de ellas.

—Son instalaciones en distintas fases de planeación y construcción —dijo Krennic, aliviado de confirmar que los holos falsos le alcanzaban con alguien del criterio de Galen—. ¿Has sabido de Lyra?

Galen asintió, distraído.

—Ella, Jyn y Nari aún se están acostumbrando a Alpinn, pero ya empezaron a investigar el sistema de cavernas.

—Esas son buenas noticias. Supe que se habían instalado en el campo arqueológico, pero no he tenido tiempo de leer el reporte más reciente de Lyra. —Le sostuvo la mirada a Galen—. Debes estar muy solo sin ellas.

—En cualquier otro momento, seguro lo estaría, pero, justo ahora, estoy muy involucrado en… No he sido un esposo o un padre últimamente, en todo caso.

—Estoy seguro de que Lyra comprende la importancia de tu trabajo. Mientras todo esté bien entre ustedes…

—Sí, casi siempre.

—A menudo me parece que le parezco una mala influencia para ti.

—Eso no es cierto. —La expresión de Galen cambió—. Es sólo que no entiende nuestra colaboración.

Krennic rio para aliviar la tensión.

—Hay algo que me parece interesante; quizás «irónico» sea la palabra. Los dos queremos lo mejor para ti. De cierta manera, estamos compitiendo para hacerte feliz, por muy pasado de moda que suene. Cada uno tiene una idea distinta de lo que deberías estar haciendo. Especialmente ahora que tienen una hija, Lyra quiere que te establezcas en una trayectoria que favorezca a la familia de manera un tanto convencional, mientras que yo sostengo que estás destinado a grandes cosas y seguiré haciendo lo posible por ofrecerte oportunidades que te llamen la atención.

—No creas que no lo agradezco —dijo Galen con una sonrisa incipiente.

—¿Por qué no habría de ser tu defensor? No soy un rival, como algunos de tus envidiosos colegas. Es más, nuestra relación nos ha beneficiado a ambos. ¡Mira a dónde me ha traído apoyarte! Soy como quien descubre a un artista maravilloso y lo aprovecha para conocer a otros talentos excepcionales.

Galen ignoró los halagos.

—Recuerdo algunas de nuestras conversaciones en el Programa de Promesas. Intercambio de ideas… ¿Has logrado lo que querías?

—Más o menos. —Krennic movió la cabeza.

—Nunca has querido una familia.

—Por favor, Galen, ¿me imaginas como padre?

—Serías el capataz, lo sé. Pero ¿es suficiente para ti servirle a la República y ahora al Imperio?

Krennic se alejó de Galen.

—¿Cómo hace un individuo para saber lo que tiene que hacer? Yo también recuerdo esas conversaciones. Sin embargo, uno crece con sueños que a veces no se pueden realizar, así que exploramos otros caminos. Con suerte, encontramos algo en lo que somos buenos, eso nos da esperanza y propósito. —Volteó hacia Galen—. Yo no nací inteligente o especialmente talentoso, pero soy capaz y tengo motivación; gracias a eso estoy aquí. Me topé con algo que sé hacer bien; en ese sentido estoy satisfecho. No obstante, tengo unos retos enormes que resolver.

—¿Puedo ayudar en algo? ¿Algún esquema? ¿Planos arquitectónicos?

—Por el momento, no, pero no dudaré en preguntar si se presenta la oportunidad.

Galen asintió, luego señaló las holorepresentaciones falsas.

—Todo esto es alentador, pero…

—Lyra no es la única que tiene dudas acerca del proyecto.

Galen presionó los labios, luego contestó.

—No quiero que pienses que soy un ingrato…

—Tonterías —interrumpió Krennic—. ¿Qué te está molestando?

—Reeva Demesne intentó contactarme.

—Reeva. —Krennic fingió sorpresa—. ¿Cómo está?

—¿Ya lo sabes, no? —Galen frunció el ceño—. Está trabajando para Energía Celestial.

—Sí, pero no estoy en contacto con todos los involucrados.

—Durante la guerra estuvo investigando generadores de escudo —continuó Galen—, pero antes de eso siempre estuvo tan interesada como yo en enriquecimiento de energía.

—No entiendo a qué viene esto.

—Si está de regreso para estudiar energías alternas, ¿por qué no está trabajando conmigo en Coruscant en lugar de hacer lo que esté haciendo en Hypori?

Por las grabaciones de seguridad, Krennic sabía que ese gato en particular ya no estaba encerrado, pero se puso nervioso ante la mención de Galen de aquel mundo aislado.

—Puedo investigar. ¿Por qué no me dijiste de esto hace semanas?

—No quiero que Lyra se entere de mis reservas sobre lo que estamos haciendo. Ya le molesta suficiente que trabaje con cristales kyber.

—Eso no tiene sentido. Eres un científico.

—A Lyra y a mí nos fascina el mundo de la física por igual, pero ella piensa en el kyber como el símbolo de la Orden Jedi y de la Fuerza.

—¿Y tú?

—Yo no creo que los jedi hayan ido lo suficientemente lejos en su uso de los cristales.

—Yo no te voy a discutir nada.

—Los jedi estaban al tanto del increíble potencial, pero se contuvieron.

—Precisamente como hicieron con la Fuerza, como dicen algunos. Si hubieran usado sus poderes por completo, la guerra habría terminado en un abrir y cerrar de ojos. Y la galaxia estaría en un estado completamente distinto. A pesar de toda su supuesta objetividad, no eran científicos; eran místicos. Eso fue suficiente por mil generaciones. Ya no basta con que un grupo selecto dicte sus nociones del bien y del mal para proteger alguna visión subjetiva de la verdad.

Galen asintió con los ojos entrecerrados.

—Una cosa sí diré en su favor: nunca nos hicieron temerles, definitivamente tenían la habilidad.

—Quizá deberían haberlo hecho —dijo Krennic, y agregó—: Podemos hablar de historia y filosofía hasta el cansancio, pero todavía no me has dicho qué te está molestando. ¿Necesitas descansar de la investigación? ¿Tomar un sabático?

—Un sabático es lo último que necesito —dijo Galen con repentina brusquedad, sorprendiendo a Krennic—. Estoy a punto de hacer un descubrimiento importante…, pero necesito estar seguro de que mi investigación tiene algún resultado, Orson, saber que mi trabajo no es sólo teoría sin ninguna aplicación práctica, sino que se puede replicar. La energía potencial es impresionante, pero la energía resultante tiene que ser cosechada y almacenada correctamente.

—Estábamos progresando —dijo Krennic, bajando la mirada y la voz.

—*¿Estaban*? Si tu equipo no ha podido reproducir mis resultados, es porque alguien no está haciendo bien su trabajo.

—Todos están haciendo su mejor esfuerzo.

—Entonces no lo entiendo.

Krennic resopló y levantó la cabeza.

—¿Estás listo para abandonar las instalaciones unos días?

—Ya te dije que no necesito un descanso.

—Esto no es un descanso. De hecho, atiende directamente tu inquietud.

Galen examinó la expresión de Krennic.

—¿Esto será otro ejemplo de cuando me enseñas algo que necesito ver, como hiciste en Grange?

—Tú vas a tener que decírmelo a mí.

Alpinn brillaba como piedra preciosa en el espacio profundo. Su refulgencia no se debía al hielo o a la nieve, sino a mares ricos en minerales que se habían secado hace eones. En su lugar quedaron rocas sedimentarias y elementos cristalizados que cubrían extensas áreas del continente principal, como un manto blanco deslumbrante.

Has había tenido que volar la nave a través de varios saltos largos para llegar al planeta remoto, pero, para cuando aterrizaron en la estación arqueológica, Lyra había logrado olvidar por un rato sus sospechas sobre la misión y qué hacía el dresseliano en ella. No necesitaba a Has ni a nadie para cuidarlas a ella y a Jyn, pero no podía culpar a Krennic de preocuparse por su seguridad. Después de todo, eran la esposa e hija de su investigador principal.

Alpinn no sólo se distinguía por su resplandor. En el pasado remoto, un grupo de navegantes espaciales había descubierto las ruinas de una civilización antigua: vastas estructuras de bloques inmensos, estatuas, templos y obeliscos; todos ellos limados por el viento y erosionados por la lluvia. Las excavaciones arqueológicas llevaban casi un siglo estándar. Con ayuda financiera de la República anterior al Canciller Palpatine, finalmente habían establecido un campo permanente, que incluía viviendas prefabricadas, turbinas de viento, una planta de desalinización y un pequeño centro de investigación. Las extensas ruinas y la singularidad del terreno había llevado a un grupo de científicos a proponer que Alpinn fuera declarado mundo del Legado; eso limitaría el desarrollo, exploración y extracción de recursos, pero el Imperio seguía evaluando la petición. Los arqueólogos habían aceptado que Lyra y Nari hicieran estudios de cartografía y topografía; lo consideraban parte del proceso de estimación de recursos matemáticos. De alguna manera esto era cierto; si encontraban una reserva de cristales kyber, el planeta tendría asegurada la protección contra explotación e intereses corporativos.

Aunque la superficie era tan blanca que algunos seres tenían que usar gafas protectoras, más bien se parecía al fondo de un mar, y muchas veces sólo un experto sabía diferenciar entre estructuras naturales y artificiales. Había unas torres que el viento había batido hasta hacerles remolinos como de caramelos; laderas con incrustaciones de conchas, corales y organismos marinos fosilizados; cauces de ríos y cascadas secas por tanto tiempo que se habían vuelto a cristalizar en mármol; toboganes curveados y cuencas brillantes. Cerca del campo había un par de cenotes con el agua más azul que Lyra había visto, como si estuviera iluminada desde el fondo, y en las fisuras de algunas colinas crecían unas plantas delgadas, torcidas y blanqueadas como las torres.

Para Jyn, el mundo era un enorme parque de juegos blanco.

El equipo de arqueólogos de diversas especies se apresuró a hacerlas sentir en casa. Tras ser adoptada por todos, y al parecer infatigable, Jyn estaba feliz de ser el centro de atención; entretenía a todos, pero también observaba y aprendía. En su afán de ser útil, Has se hizo asistente del chef y ayudó a preparar comidas raras pero sabrosas con sus limitadas reservas. Mientras, Lyra y Nari se pusieron jetpacks, arneses y equipos de sobrevivencia, e hicieron una incursión preliminar al complejo sistema de cavernas, donde podía haber cristales kyber escondidos.

Los datos sobre la supuesta veta eran muy imprecisos. Lyra se preguntaba si habían descubierto esos primitivos mapas en los archivos jedi o si, como sostenía Orson, habían llegado con los navegantes espaciales originales para languidecer por siglos en una base de datos de la República. Como fuera, Lyra calculaba, con cierta preocupación, que le tomaría semanas de exploración, mapeo y análisis terminar un estudio previo de viabilidad en el sustrato del sistema de cuevas, con sus estalagmitas, estalactitas, agua y túneles bioerosionados. Esperaba que Galen se las estuviera arreglando bien sin ella.

Nari y ella exploraban un ancho túnel menor en el sistema principal de cuevas, cuando llegaron a una enorme cámara cuyas paredes curveadas y techo arqueado estaban cubiertos de liquen bioluminiscente que llenaba la cámara con una luz amarilla. Has y Jyn las acompañaban y, al entrar a la cámara, los cuatro sólo pudieron deleitarse con la maravillosa vista.

Has miró a Lyra mientras ella y Nari se sentaban, como si quisieran beberse cada centímetro cúbico del resplandeciente lugar. Jyn estaba explorando sola, aunque nunca se apartó de la mirada de Has.

—Los jedi dirían que la Fuerza está muy presente aquí —dijo Lyra en un tono que sugería un intercambio telepático con su amiga, al menos para Has.

Nari asintió y lo miró.

—¿Lo sientes, Has?

Él dejó de mirar a Jyn y mostró su perplejo rostro.

—¿Qué se supone que estoy buscando?

—No estás *buscando* nada —dijo Lyra con una risa amable—. Estás *sintiendo*.

—Pensé que la Fuerza había desaparecido con los jedi —dijo, mirando alrededor de todas maneras.

—La Fuerza sólo desaparecerá si toda la vida de la galaxia muere —dijo Nari, negando con la cabeza.

Lyra lo estudiaba.

—¿Alguna vez has visitado un mundo donde la naturaleza es tan profusa, tan prolífica y exuberante que te arranca de tus pensamientos? No como Coruscant, donde te sientes abrumado, más bien un planeta lejano que te deslumbra y te deja callado…

—No puedes evitar sentir cómo todo lo vivo está conectado —agregó Nari.

Has no quería sugerir que las consideraba unas dementes; tampoco quería pensar más en Samovar o Wadi Raffa, así que sólo dijo:

—Creo que he visitado algunos.

Pero Lyra no estaba satisfecha con esa respuesta.

—¿Y nunca has sentido nada, al menos un dejo de misterio trascendental?

—Supongo que estaba muy ocupado para darme cuenta. —Alzó los hombros.

—Entonces, la próxima vez que estés en un mundo puro —dijo Nari—, deberías recordar este momento y tratar de permitirte sentir la Fuerza.

—Okey —dijo—, la próxima vez. —Al ver que Lyra giraba para buscar a Jyn, quien golpeaba una roca con la pequeña réplica de un martillo como los que llevaba su madre, agregó—: No te preocupes, la estoy cuidando.

Al escuchar, Jyn dejó de golpear y volteó.

—Has me está cuidando.

—Que no se te olvide —dijo él.

Lyra lo miró con sincero agradecimiento.

—Has sido muy bueno con ella, Has.

—Eso es porque es parte de la pandilla —dijo con suficiente volumen para que Jyn escuchara—. Y lo digo en el mejor sentido.

Las dos mujeres rieron. Luego, Lyra rompió el silencio que siguió.

—No quiero entrometerme, Has, pero ¿cómo fue que te involucraste con Orson?

«Mantenlo simple», se recordó Has a sí mismo.

—Sólo me usa de vez en cuando.

—Sí que tiene talento para eso —asintió Lyra.

—¿Y tú? —preguntó Has, antes de que ella pudiera preguntar algo más.

—Galen y Orson son socios o algo así en un programa imperial de energía.

—¿En Coruscant?

—En unas instalaciones que ocupan lo que era el Refugio B’ankor.

—Creo que he escuchado hablar al respecto —dijo Has—. Suena emocionante.

—Oh, sí —dijo Lyra, y Nari soltó una risotada.

—Dile a Has la verdad, Lyra —dijo ella.

Lyra rio con ella.

—Okey, es aburrido y a veces deseo que Galen jamás se hubiera involucrado. Pero es feliz y la investigación podría conducir a una revolución en energía renovable.

—Bien dicho —resaltó Nari.

La risa de Lyra desapareció.

—Sólo quisiera que el trabajo no tuviera que ser con cristales kyber.

Galen estaba de pie frente al mirador del transbordador, mirando un mundo en ruinas debajo de ellos. Había estado equivocado al pensar que Orson planeaba repetir la experiencia en Grange durante la guerra.

Esto era mucho peor.

—¿Cómo se llama este mundo? —le preguntó a Krennic.

—Malpaz, por si la información hace alguna diferencia. —La nave espacial que los había llevado ahí estaba en órbita estacionaria muy por encima del transbordador—. Fue invadido por ambos lados durante la guerra, pero lograba reconstruirse después de cada ataque. Su población nativa era de humanoides aviares, pero incluía colonos de todas partes del sector.

—Reeva le mencionó Malpaz a Lyra.

Krennic no respondió directamente.

—Abajo está lo que queda de la capital. Puedes ver dónde colocamos la red de energía, esa área ennegrecida a la izquierda. Las instalaciones estaban arriba de esa colina, ahí donde ves esos muros.

—¿Qué sucedió aquí? —Galen se veía enfermo—. Fui muy preciso en mis notas.

—La destrucción no tuvo nada que ver con tu investigación. Nos estábamos preparando para hacer conexión con la red de energía cuando sucedió el ataque.

—¿Quién atacó?

Krennic dudó a propósito antes de contestar.

—Galen, no vas a oír esto en las holonoticias de la tarde, pero, aunque la guerra esté casi ganada, aún no ha terminado. No aquí. No en muchos sistemas de las Extensiones Occidentales.

—He oído reportes de rebeldes separatistas…

—Son mucho más que *rebeldes*. Llámalos por su nombre: anarquistas. Quieren que el Imperio colapse al igual que otros esperaban que colapsara la República, pero esta vez nuestros enemigos no están protestando por representación en el Senado, rutas de comercio o impuestos. Quieren sembrar el caos, hundirlo todo. No tienen agenda política, religiosa, ni ninguna otra; sólo tienen un deseo de detener la civilización como la conocemos. Los ataques han frustrado numerosos intentos del Imperio por mejorar las vidas de aquellos que sufrieron durante la guerra. Podría mostrarte diez mundos más que han sufrido este nivel de destrucción.

Galen se tomó un momento para digerir las palabras de Krennic, luego movió la cabeza con tristeza.

—Con el arsenal que tiene el Imperio, stormtroopers, destructores estelares y todo lo demás, sólo es cuestión de tiempo hasta vencerlos a todos.

—Cada ataque fomenta otro más —dijo Krennic—. Hay una tormenta por la cantidad de poblaciones que se sienten traicionadas o decepcionadas porque el Imperio no actúa suficientemente rápido, porque no paga suficientes reparaciones, o porque no reconstruye lo perdido. Si la tormenta continúa, nunca haremos realidad el sueño del Emperador de unir a todos.

—Tiene que haber una solución.

—Puede ser. —Krennic se contuvo un largo momento—. Galen, no debería estar diciéndote esto, ni siquiera intentaré contar los juramentos de seguridad que he violado tan sólo trayéndote aquí, pero el Emperador aprueba que ampliemos el alcance de nuestra empresa energética. Tiene tanta fe en lo que has logrado que ha aprobado operaciones mineras en cientos de mundos para conseguir materiales que permitan realizar el proyecto Energía Celestial. Mientras hablamos, hay naves transportando recursos a incontables sistemas estelares como preparación para el día en que el Emperador revele su plan al público. —Volteó para mirar a Galen de frente—. Está decidido a poner un mundo de ejemplo, en un afán de que ese mundo sirva como símbolo y marque el inicio de la nueva era.

Galen sostuvo la mirada de Krennic, luego volteó y se alejó de él.

—Hay más que se puede lograr con los cristales —dijo en voz baja—. Mucha más energía de la que hemos recolectado.

Krennic lo siguió y se puso en su camino.

—Dime.

Galen inhaló profundamente y negó con la cabeza.

—Nunca ha sido cuestión de la energía. Sabía el potencial de los cristales kyber desde el principio.

Krennic frunció el ceño.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—Cómo contenerla —dijo Galen, por fin listo para mirarlo a los ojos—. El kyber se somete a la presión hasta cierto punto antes de que el resultado se vuelva imposible de dominar. Indomable. —Señaló la vista desde el mirador—. Incluso este nivel de destrucción es insignificante comparado con el poder de destrucción bruto que pueden liberar los cristales.

—Pero has encontrado la manera de extraer ese poder bruto. —Krennic seguía mirándolo.

Galen cerró los ojos y asintió.

—Estoy cerca. Muy, muy cerca…

Krennic sujetó los bíceps de Galen.

—Entonces continúa, Galen. No te preocupes por asuntos de contención. Armaré un equipo para que resuelvan ese problema. Lo que necesitamos de ti es una manera de acceder a ese poder. Dame evidencia que le pueda mostrar al Emperador y tendrás su apoyo incondicional. —Hizo una pausa, luego preguntó—: ¿Lo harás? ¿Por todos nosotros? No sólo por el bienestar de tu hija y su generación, también por la generación

de sus hijos y las que sigan. Eres lo que el Imperio necesita y ha estado buscando. Toda la galaxia se verá nutrida por tu legado.

Galen exhaló lentamente.

—Tendremos que trabajar en secreto absoluto para evitar que se filtre la información. Nadie puede saberlo.

—Así es —dijo Krennic, con sobriedad—. Nadie puede saberlo.

20

VERDAD PROFUNDA

LA INVESTIGACIÓN EN ALPINN HABÍA CONCLUIDO.

A Lyra y a Nari les había tomado casi doce semanas estándar descubrir la veta. Estaba trescientos metros debajo de la superficie, en un pasaje estrecho. Bajaron a un pozo con ayuda de jetpacks, y de ahí se arrastraron de rodillas hasta un corredor inclinado hacia abajo. Sus máscaras de respiración y las lámparas que llevaban en la frente proyectaban sombras extrañas en las ásperas paredes. Lyra usaba una pequeña herramienta punzocortante para extraer fragmentos de la veta, pero, al final, el kit de análisis de campo que Galen le había dado confirmó sus sospechas.

—Es ranita, no kyberita —le dijo a Nari cuando volvieron a la superficie y el análisis estaba completo—. Son muy parecidas, pero la ranita es más densa y resistente. Y sólo hay cristales kyber en vetas de kyberita pura.

Era decepcionante, pero no se darían por vencidas. Usando como referencia algunos estudios realizados siglos antes, le pidieron a Has que las llevara a áreas de actividad tectónica en otras partes del terreno. Algunas áreas se veían prometedoras, pero las grietas no se debían a fallas de deslizamiento lateral. Asimismo, la presencia de otras vetas de ranita aseguraba que no encontrarían kyberita; nunca aparecían al mismo tiempo.

Para entonces, el campo era su hogar y los miembros del equipo arqueológico tiraron la casa por la ventana con una fiesta de despedida. Le dieron regalitos a Jyn y dejaron muy en claro que extrañarían mucho las creaciones culinarias de Has.

Lyra no les dijo nada a los arqueólogos acerca de los cristales kyber falsos; no sabían que ese era el propósito de su expedición con Nari. Les enseñó mapas que indicaban sitios antiguos, posiblemente sin estudiar. Jyn no sabía que, a pesar de lo cercanos que se habían hecho todos, era poco probable que se volvieran a ver algún día.

Mientras Has hacía un prevuelo en la espaciosa cabina del carguero, Lyra por fin dijo lo que había estado pensando desde hace días.

—Casi desearía mentir sobre los kyber falsos, o al menos decirle a Krennic que necesitamos más tiempo para explorar y evaluar.

Nari y Has le lanzaron miradas inquisitivas desde sus asientos de aceleración.

—Es nuestra obligación hacia la Fuerza proteger mundos como este de la explotación —continuó—, igual que hicieron los jedi con tantos otros lugares. Deberíamos asumir la responsabilidad ahora que no están.

—Desafortunadamente, no es nuestra decisión —dijo Nari, con una sonrisa triste e irónica al mismo tiempo.

Lyra asintió con la cabeza e inhaló entrecortadamente, al borde de las lágrimas. Luego, le quitó importancia a su estado emocional con una carcajada.

—Honestamente, no me quiero ir.

—Entonces dile adiós a Coruscant de una vez por todas —dijo Nari—. Convence a Galen de no renovar su contrato y regresen a lo que aman hacer.

—Su único contrato es consigo mismo —dijo Lyra con una risa burlona—. Además, está haciendo un trabajo importante. Y aun si no fuera así, no creo que al Imperio le encante que nos vayamos, no después de lo que han invertido en las instalaciones.

—¿Qué puede hacer el Imperio? ¿Demandarlos?

—Nadie sabe de lo que son capaces. —Miró hacia Alpinn por última vez—. Deberían otorgarle el estatuto del Legado.

—No va a servir de nada —murmuró Has, casi a pesar suyo—. El estatuto del Legado no lo protegerá —agregó cuando Lyra y Nari voltearon a verlo.

—¿Desde cuándo? —preguntó Nari.

—Desde que llegó el Imperio —dijo, jugando con sus instrumentos para evitar mirarlas a los ojos.

—Se supone que los estatutos del Legado son inviolables —dijo Nari.

Lyra reflexionó un momento.

—Sí, pero también lo eran los estatutos que protegían al Refugio B'ankor…

—Prepárense para saber exactamente de lo que es capaz el Imperio —dijo Has, mirándolas al fin.

—Esto no puede ser Samovar —dijo Nari cuando Has trajo la nave de vuelta del hiperespacio y alcanzaron a ver el planeta. Miró hacia Lyra, que tenía a Jyn sobre las piernas. Ambas miraban aquel mundo despojado de todo—. El continente del norte estaba cubierto de bosques la última vez que estuve aquí. Ahora parece un desierto.

—Te aseguro que es Samovar —dijo Has—. El Imperio trabaja rápido cuando quiere.

El salto desde Alpinn había sido tortuoso, pero Lyra por fin estaba en las Extensiones Occidentales. Has mantuvo la nave lejos de Samovar, pero los escáneres mostraban cientos de cargueros masivos en órbita y un número aún mayor de buques más pequeños, que les iban pasando lo que estuvieran extrayendo de la superficie. Lejos de los cargueros, los turboláseres de un destructor estelar estaban destruyendo una porción de territorio. La atmósfera y los océanos del hemisferio norte estaban tan contaminados que habían adoptado un color marrón.

—Algunos conglomerados tenían concesiones para extraer cantidades limitadas de mineral —dijo Has—, pero ahora el Imperio está sacando todo lo que encuentra; tiene a antiguos separatistas de este sector trabajando como empleados imperiales.

—¿Empleados o esclavos? —preguntó Lyra.

—Hay una línea delgada entre ambos. Vienen a trabajar, pero terminan con deudas y no se pueden ir. Lo mismo pasa en Wadi Raffa. Deforestación, excavaciones a cielo abierto, extracción desenfrenada.

—¿Por qué? —preguntó Lyra—. Con tantos mundos para escoger…

—¿Destructores estelares más grandes? —sugirió Nari—, ¿mejores instalaciones militares?

Lyra miró a Nari y luego a Has, quien de repente parecía menos inocente que antes.

—¿Qué te hizo decidir traernos aquí, Has? ¿Acaso Samovar y Wadi Raffa son dos de los lugares donde Orson te *usó*?

La expresión facial del dresseliano era impasible, no confirmaba ni negaba nada.

—No eres la única que no quería irse de Alpinn —dijo—. Supongo que estoy intentando acostumbrarme al nuevo programa.

El rostro de Galen estaba inundado por la luz de las pantallas y holoproyecciones en el cuarto de computación. Todo tipo de información brillaba a su alrededor: cálculos, los resultados de experimentos recientes con difracción de electrones, vistas ampliadas de cristales kyber y textos extraídos de los archivos jedi.

Galen había hecho y firmado todos los juramentos de seguridad que Orson le había impuesto; por eso, hablar con alguien del proyecto soñado del Emperador, incluso con Lyra, era un crimen que atentaba contra la seguridad de ambos. Pero todo sería en vano si no encontraba la manera de ampliar la investigación en que llevaba un año estándar, pero que lo había fascinado la mitad de su vida. Aun si podía extraer más poder de los kyber, ¿podría el equipo de Orson contenerlo y usarlo? Más allá de su legado personal, ¿cómo podría quedarse cruzado de brazos aun sabiendo que la anarquía y la violencia podían condenar el proyecto incluso antes de implementarlo?

Su mente se llenó de pensamientos acerca de Lyra y Jyn, y la necesidad de proteger su futuro. ¿Cómo pudo permitir que salieran de Coruscant? ¿Cómo pudo permitirlo Orson, aun al tanto de la creciente insurgencia y las redadas aleatorias en mundos inocentes? Las pesadillas lo atacaron por meses después del ataque de cazas droide en Lokori. ¿Cómo podría permitir que Lyra y Jyn volvieran a pasar por eso? ¿Lograría perdonarse a sí mismo algún día, o a Orson, si les pasara lo impensable?

Vallt, Grange, Lokori, ahora Malpaz, y tantos otros mundos…

Tenía que lograr un cambio; era su obligación mejorar las circunstancias.

Buscó el kyber miniatura que llevaba a todas partes. Cada cristal era tan único como un copo de nieve o como un iris humano. Se calentó en su mano, pero, por investigaciones anteriores, sabía que el cristal no mostraría ningún cambio de temperatura. También sabía que no serviría para calentar toallas, ni cualquier otro objeto inanimado. Respondía sólo a seres vivos, incluso a plantas; esto hacía más irónico y misterioso el hecho de que los jedi lo usaran para sus sables de luz.

Sostuvo el cristal contra la luz de las pantallas y se maravilló ante su mezcla de transparencia y opacidad. Los antiguos jedi se referían a esta cualidad como «el agua del kyber».

El potencial en cuanto a energía era innegable; su equipo lo había demostrado desde los primeros experimentos piezoeléctricos. Sin embargo, unas instalaciones de encendido o una planta de energía tendrían que ser más que un sable de luz gigante, el cual, además de tener un cristal dentro, parecía tener una matriz de emisión, circuitos moduladores, plasma y un superconductor que canalizaba la energía de vuelta al mango. Por definición, los sables de luz no deberían poder atravesar duracero de un metro de grosor, pero sí podían. Eso hacía más creíble la idea de que la Fuerza misma aumentaba su poder.

¿Para actuar a través del kyber?

Si la respuesta estaba en algún lugar de los archivos en el antiguo templo, alguien tendría que descubrirlo, y tal vez nunca podría; gran parte de los secretos de fabricación de sables de luz había sido transmitida por medio de la tradición oral. Quizá las respuestas estaban en algún holocrón jedi, pero no le habían dado permiso para ver eso.

Seguramente habían cortado y tallado algunos de los cristales que llevaron a las instalaciones, quizá para eliminar oclusiones y así intensificar el rendimiento de su poder. Entonces, tal vez podrían tallar los ejemplares más grandes, igual que como se hacía con las piedras preciosas para maximizar la refracción de luz. Hasta entonces, el equipo no había logrado inyectarle energía al cristal sin debilitar su estructura, casi de la misma forma que la radiación afectaba a células vivas. Un problema más urgente era el de cómo controlar el impulso innato que tenían los cristales de difractar errática y peligrosamente la energía.

Se quedó mirando el cristal.

¿Acaso tenía algún tipo de resistencia hacia él? ¿Qué sacrificios tendría que hacer para descubrir sus secretos?

Sus pensamientos se volvieron a desviar hacia Lyra. ¿Cuánto tiempo soportaría Galen vivir en la mentira por el bien común? ¿Estaba cegándolo su fascinación por la ciencia? ¿Los cristales estaban aprisionándolo de alguna forma?

Sólidos, inmutables, inescrutables… Tal vez las supersticiones eran ciertas y sólo se podían develar los secretos del kyber si se miraba en cierta dirección al amanecer, o si se observaba la neblina en ciertos mundos remotos. Una vez, un comentarista jedi llamó al kyber una piedra somnolienta que necesita despertar para cumplir su propósito, pero ese mismo comentarista advirtió que también es muy fácil insultar al cristal y que los jedi debían tener cuidado.

Galen sabía que nunca podría interactuar con el kyber como los jedi, por medio de la Fuerza, pero, como le había dicho a Lyra, él tenía la ciencia de su lado, junto con máquinas poderosas que podrían ocuparse del cristal átomo por átomo y *forzarlo* a actuar según sus órdenes.

Al principio de su relación, cuando Lyra hacía trabajos de exploración como *freelance*, ella y Galen pasaban meses sin verse cada vez que se separaban. Cada vez que se reunían

después de esas ausencias se sentían algo incómodos; les tomaba unos días encontrarse como pareja de nuevo. Era algo que habían aprendido a aceptar y ninguno de los dos le daba mucha importancia. A partir de que Lyra decidió pausar su carrera para empezar una familia con Galen, ya no había ausencias en su relación.

La separación obligatoria en Vallt había sido completamente diferente.

Lyra no sabía qué esperar después de estar lejos casi cuatro meses con Jyn, Has y Nari, sobre todo después de lo que había visto en Samovar y Wadi Raffa. La devastación desmesurada que había presenciado afectó su postura sobre lo que decía el Emperador y lo que realmente sucedía lejos del Núcleo. Había estado tentada a contarle inmediatamente a Galen lo que había descubierto, pero decidió esperar un poco hasta que los tres se sintieran cercanos de nuevo para compartir sus preocupaciones; así, al menos la información no saldría en cascada.

Casi en cuanto aterrizó en Coruscant, sintió que algo no estaba bien. El abismo de siempre amenazaba con aparecer, no sólo entre ella y Galen, sino también entre Galen y Jyn. Él parecía preocupado y ella quería pensar que era por las exigencias de la investigación, pero, mientras más observaba su comportamiento, más le parecía que había motivos para inquietarse. Nunca antes había pensado que si Galen no quería hablar de la investigación era porque fuera demasiado difícil para ella; al contrario, no le paraba la boca y no le molestaba usar términos técnicos, aunque sabía que ella entendería la mitad. Luego, se lo explicaba con palabras más y más simples, hasta que empezaba a tener sentido. Eso también era parte de su dinámica y la razón por la que él le confiaba sus notas personales para que ella las transcribiera.

Ahora, de repente, Galen no podía explicar lo que hacía. Podría haber decidido pasarlo por alto porque ella tenía notas de campo propias que compilar para Orson y, más bien, porque no necesitaba saber *todo* a profundidad. Pero Galen la alentó a quedarse en el departamento del Centro en lugar de regresar a las instalaciones. Él viajaría de ida y vuelta, le dijo. Así, Jyn podría ir a una escuela primaria real en lugar de tener un tutor en casa.

Ella no se negó a quedarse en el departamento, y cuando regresó a las instalaciones sólo encontró que el ambiente había cambiado mucho; tenían una vibra diferente. Galen le explicó vagamente que hubo una infracción al sistema mientras ella no estaba, y que habían reforzado la seguridad. Las nuevas medidas dictaban que sólo el personal autorizado podía acceder a algunas áreas comunes del complejo. Información que antes enviaban al consejo de supervisión por HoloNet, ahora era enviada por un servidor de intranet imperial.

El secreto era ubicuo.

Pero ella no podía reprimir sus preocupaciones.

Galen estaba manteniendo su distancia y quería saber por qué.

—¿Te arrepientes de haberme animado a aceptar la tarea de Orson? —le preguntó, mientras limpiaban la mesa después de comer y Jyn miraba un holovideo. Había

insertado la pregunta donde él no lo esperaba, así que a él le tomó un momento formular la respuesta.

—Sólo porque tenía que preocuparme por ti —contestó.

—Lamento que tuvieras que preocuparte. Te extrañamos muchísimo, Galen.

Ella esperaba que él dijera lo mismo, pero en lugar de eso preguntó:

—¿Por qué? ¿*Tú* lamentas haber ido? Suena como que Jyn la pasó increíble.

—Me alegra que hayamos ido, pero siento que tú y yo no nos hemos reconectado. —Examinó su rostro antes de añadir—: Pareces estar extremadamente lejos. *Todavía* te extraño.

—No es porque hayas estado lejos —dijo con más energía de lo necesario—. Es el trabajo; he estado bajo una presión tremenda.

Ella trató de tomarle la mano, pero él cruzó los brazos.

—Eso es lo que no entiendo —dijo ella—. ¿Por qué de repente estás bajo tanta presión? No era así cuando me fui. ¿Es por el intento de espionaje?

Se dio cuenta muy tarde de que le había regalado un pretexto.

—Sí. No. Sí y no. El consejo espera resultados. Tienen problemas financieros.

—Pero tú y tu equipo estaban progresando —dijo ella, intentando esconder cualquier tono de insistencia—. ¿Qué cambió eso?

Pretendió estar revisando a Jyn para ganar tiempo.

—La investigación llegó a una nueva fase y estoy luchando con los datos —dijo al fin.

—¿Te distrae tanto que estemos aquí?

—Claro que no.

Sus respuestas ensayadas comenzaban a exasperarla; ya no lo podía esconder del todo.

—Por favor, Galen. ¿Están exigiendo demasiado? ¿Es eso?

—¿Qué te metió esa idea en la cabeza? —La miró fijamente.

Lyra respiró hondo, decidida a volver a empezar. Pelear era lo último que deseaba. Un cálido abrazo y un beso podrían hacerlo desaparecer.

—¿Podemos retroceder un poco? Me preguntaste si lamentaba el viaje. De nuevo, no lo lamento. Pero sí pasó algo que he querido contarte desde hace semanas. —Continuó con determinación—. Después de Alpinn, Has nos llevó a Nari y a mí a las Extensiones Occidentales, a un par de mundos que el Imperio está explotando sin piedad. La extracción desenfrenada los ha devastado en su totalidad.

Él escuchó con cuidado, casi sorprendido; luego, forzó una mirada de indiferencia.

—Entiendo cómo eso puede ofender tu sentido de la justicia ambiental, pero la República es culpable de lo mismo. Donde hay expansión se necesitan recursos. El Imperio puede estar explotando algunos mundos, pero sólo para salvar muchos, muchos más. —Casi frunció el ceño—. Eres la última persona que necesita recordar cuántos mundos hay allá afuera.

—Pero estos no son sólo mundos. Son mundos del *Legado*, tienen estatutos de protección otorgados hace generaciones. Igual que aquí. El refugio, de repente absorbido por algo más.

—También por el bien común —dijo él.

—Así te lo vende Orson —dijo ella sin poder reprimir un bufido.

Galen la miró un largo rato. Luego preguntó:

—¿Qué mundos?

—Samovar. Wadi Raffa —le dijo más animada. Podía casi oírlo tomando nota.

—¿Qué tiene que ver esto con nosotros?

—Si el Imperio está saqueando mundos en secreto, ¿cómo sabemos que no te están mintiendo sobre el propósito de tu investigación?

—No me están mintiendo.

—¿Porque confías en ellos? ¿O tienes pruebas?

Galen se alejó unos pasos, luego volteó.

—He visto pruebas.

—¿Cuándo? —Lyra no esperaba eso.

—Cuando no estabas. Le planteé las mismas dudas a Orson; tuvimos una larga plática. Aceptó mostrarme en persona que mi investigación está siendo replicada y puesta en práctica. Así que fuimos a Malpaz.

Ella pasó de sorprendida a atónita.

—Tú y Orson fueron a Malpaz mientras Jyn y yo estábamos en Alpinn.

—Sólo fueron unos días.

—No me importa si fueron unas horas, Galen. ¿Apenas te pareció importante contarme esto? —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos y controlar su enojo. Luego dijo—: ¿Para eso me pidió Orson que supervisara la misión? ¿Sólo para llegar a ti en mi ausencia?

—Deja de acusarlo de manipular todo —dijo él—. Yo lo busqué para hablar de mis… *nuestras* dudas. Exigí respuestas; él dijo que podía verlo yo mismo, así que le tomé la palabra.

—Y saltaron a Malpaz.

Galen quería apartar la mirada, pero la sostuvo.

—Debí contarte antes.

Ella lo consideró.

—¿Dijo Orson algo de Dagio? —preguntó.

—¿Por qué habría de mencionar a Dagio?

—Porque Reeva dijo que Dagio había estado investigando en Malpaz y que no había podido contactarlo. ¿Sigue ahí?

—No —contestó Galen, y se quedó callado un rato, caminando de un lado a otro y negando con la cabeza—. Las instalaciones donde se replicó mi investigación fueron destruidas antes de poder suministrarle energía a la capital.

A Lyra se le salió de lugar la mandíbula de la impresión.

—¿Destruidas por quién? ¿Separatistas?

—Orson prefiere llamarlos anarquistas. Rompió su juramento de seguridad para decirme.

—¿Entonces Dagio puede estar *muerto*?

—Puede estarlo. —Galen volvió a negar con la cabeza—. No debería estar hablando de esto.

Lyra se sentía dividida. Aunque tal vez le debía una disculpa, necesitaba saber más.

—¿Me ocultaste esto porque no tengo autorización para saber?

—Hice un juramento —asintió él.

—¿Entonces hay más cosas que no puedes decirme?

—Sí.

Lyra se presionó la frente.

—No me importa el juramento —dijo Galen—. Pero, por la destrucción, he tenido que esforzarme el doble para encontrar la manera, cualquier manera… —La miró—. Quería decirte.

Ella lo intentó, pero no logró armar el rompecabezas; se sintió perdida.

—¿Cómo llegamos al punto de escondernos cosas, Galen? —preguntó, conteniendo las lágrimas.

—Esta es una época crítica —dijo, acercándose a ella, por fin—. Tenemos que confiar en que el Imperio hace lo mejor para la galaxia en general. Hay fuerzas tratando de sembrar el caos y de mantenernos en un conflicto perpetuo. El Emperador está decidido a encontrar la manera de detenerlo. Quiere unirnos a todos y prevenir otra guerra de toda la galaxia.

Lyra puso atención a cada palabra.

—No estoy acostumbrada a oírte hablar así —dijo, pero se dejó reconfortar en sus brazos—. Suena a que te convirtieron.

—La única manera de avanzar es otorgando poder.

No la convencía del todo, pero le quedaba claro que sí se había convencido a sí mismo.

21

SUBGRUPOS

EL WANTON WELLSPRING TENÍA UN PEQUEÑO cuarto trasero reservado para fiestas privadas y para guardar sustancias ilegales cuando había redadas de las autoridades. En el pasado, la policía local les advertía de las redadas a los dueños, pero, desde que habían puesto a esos stormtroopers cerca, eso ya no era posible. Alrededor de la mesa principal estaban sentados Has y más de una docena de contrabandistas, pícaros y canallas. A algunos como Yalli, Mollo Dug, Dajo Koda y un twi'lek llamado Xosad Hozem los conocía desde mucho antes de la guerra. Otros, sobrevivientes de la guerra en mundos tan lejanos como Onderon, habían venido a este sórdido bar a poner su cuartel no oficial.

El holoproyector del cuarto trasero tenía diez años y normalmente se utilizaba para pasar holos de entretenimiento, pero Has lo estaba usando para mostrar un mapa aéreo del sistema estelar de Salient, una región autónoma en el límite de lo que llamaban Sector Corporativo. Estaba a tres saltos de Rajtiri y era el destino del momento para entregar armamento y material prohibido.

—Tres mundos en la zona habitable de una estrella enana roja —explicaba Has—. La luna del planeta exterior, Epiphany, pertenece a Industrias Zerpen. Aquí está nuestra estación de destino. —La señaló en el holo—. Salient tiene una estación de vigilancia a orillas del sistema, pero nuestros empleadores tienen agentes que trabajan allá y nos van a pasar por el punto de revisión sin dificultades…

—¿Qué nos garantiza que así sea? —interrumpió una voz profunda.

Has no tenía que voltear para reconocer la voz de Saw Guerrera, un hombre alto e imponente de Onderon.

—Así ha sido siempre —contestó Has.

—Y nos va a encantar saberlo, seguramente, cuando asalten nuestros cascos e incendien nuestras colas. —Saw era una figura popular en el Wanton Wellspring; casi siempre tenía una opinión y se ponía en medio de encendidas discusiones de política galáctica—. Necesitamos un plan de contingencia.

Todas las miradas se posaron en Has.

—Supongo que tienes razón… Por seguridad —dijo.

Saw negó con la cabeza y se levantó de su silla.

—Tengo razón porque mientras casi todos ustedes han pasado sus carreras evitando confrontaciones, yo he volado directo hacia ellas. No estoy diciendo que tus habilidades no vayan a ser útiles, pero si nos vamos a embarcar en una misión en equipo, lo último que necesitamos es adversidad.

Has observó a Saw mientras caminaba entre el grupo, acentuando sus palabras con gestos y ademanes imponentes. Su cabello era abundante y negro, pero tenía un mechón

de color que lo hacía lucir audaz. No gritaba, pero la fuerza de su personalidad hacía que lo pareciera.

—Muy bien, entonces, pensaremos en un plan de respaldo —dijo Has, al fin.

—Eso me toca a mí —dijo Saw.

Has miró alrededor para ver si había alguna objeción.

—Bueno, ahora que eso está solucionado…

Saw lanzó una carcajada al techo con las manos en la cintura.

—No está solucionado ni tantito, Has —dijo—. Está en el aire; sigue «precipitándose». —Se quedó callado un instante, luego dijo—: ¿Qué vamos a llevar?

—La mayoría de nuestras naves irán abastecidas de municiones y misiles, aunque algunos de ustedes, los que tienen cargueros, van a acarrear armamento. —Antes de que Saw pudiera volver a interrumpir, Has agregó—: Saw va a conducir a ese grupo.

El carismático onderoniano le concedió una sonrisa genuina y se sentó.

Has se sorprendió de saber que el proyecto había reanudado operaciones tan pronto; esta vez lo había oído directamente de Krennic, quien, Has estaba seguro, había supervisado las misiones de apropiación desde el principio. Krennic no lo admitió ni antes ni después de la excursión con Lyra Erso, su hija y su amiga, Nari, aunque Has no le preguntó. Durante una sesión informativa en Coruscant, Krennic se había enfocado en Lyra y en si había hablado con su esposo acerca de su investigación o no. Tenía los reportes que Lyra había transmitido desde Alpinn, pero le interesaba más saber sobre sus conversaciones en el campo de los arqueólogos y a bordo de la nave de Has. Esto dejó atónito a Has, pero hizo lo que pudo para no revelar ningún detalle importante. Hasta donde sabía, los meses en Alpinn habían sido parte del proceso de negarle a Lyra un acceso de seguridad para el proyecto de investigación imperial de su esposo.

Has no mencionó la desviación a Samovar y a Wadi Raffa. Tomó precauciones para que no escanearan su nave y había eliminado los rastros de viajes secundarios de la computadora. Pero quedaba la posibilidad de que identificaran la firma de la nave en uno u otro sistema, y tarde o temprano se sabría de sus omisiones. De cualquier manera, no era como si hubieran roto ninguna ley. Especialmente en el espacio Wadi, los grupos ambientalistas eran muy comunes, por lo que Krennic podría estar dispuesto a aceptar el interés de Lyra y Nari en averiguar qué pasaba allá.

Has esperaba que la sesión significara el anticipado fin de su relación, pero Krennic se había acercado a Has para informarlo sobre Salient.

—Nuestro punto de inserción en la luna de Epiphany está en algún punto de esta región. —Circuló un área de la luna con el dedo—. Vamos a entrar con la luz de las estrellas en la espalda y Epiphany en el otro extremo. —Agrandó la imagen y resaltó una zona en la parte iluminada—. El aterrizaje es aquí, en los cuarteles generales de Industrias Zerpen. Sus navicomputadoras recibirán las coordenadas de salto cuando la carga esté completa y salgamos del sitio de despegue. Cuando hayamos pasado el cuello de botella, vamos a tener que mantenernos muy bien agrupados. Naves imperiales nos

van a perseguir cuando nos vean, así que tenemos que coordinar los tiempos y ser muy precisos.

Krennic pensaba que esa misión era lo mejor que le podía pasar a Has: «Gracias, Has, por ayudar al Imperio a tomar algunos mundos con riqueza de recursos y por espiar a Lyra Erso. Después de esta escapada, puedes retirarte, con toda la comodidad posible, de tus muchos años en servicio como idiota útil. Y siéntete libre de invitar a tus amigos y aliados; hay mucha ganancia involucrada».

—Entonces, la misión es aterrizar con la carga, esperar a los imperiales y luego hacernos a un lado mientras acusan a Zerpen de comprar armas robadas —dijo Saw.

—Básicamente —dijo Has.

Saw entornó los ojos y asintió de modo conspiratorio.

La zona de aterrizaje podría haber tenido escrita la palabra «traición» en medio.

Galen estaba sentado frente al servidor especializado de las instalaciones, el cual estaba vinculado con el eje de comunicaciones de Krennic en algún lugar del Borde Exterior. Su dedo índice dudaba cerca de la tecla «TRANSMITIR», que sellaría su trato con el Emperador y definiría su transición. Una cosa era desangrar cristales kyber hasta sacarles todo su poder; ahora también podrían hacerlo responsable de las consecuencias.

Hizo la silla para atrás, se puso de pie y se alejó de la consola.

De nuevo.

Como si el dilema moral no fuera suficiente, seguía sintiéndose mal por haberle escondido la verdadera naturaleza de su investigación a Lyra. Había revelado sólo lo suficiente para que dejara de preguntar, pero no sabía mentir; no tenía práctica en ese arte. No le gustaban los juegos; él decía lo que pensaba. Siempre intentaba simplificar sus pensamientos; mentir generaba complicaciones. Decía lo que sentía. Otros tenían derecho a ofenderse, pero nadie podía acusarlo de mentir. Y ahora había participado en una falsedad que podría amenazar su relación con la familia que intentaba mantener y proteger.

Había aceptado. A partir de entonces sería corrupto.

Maldijo, se ordenó a sí mismo recobrar la razón y llevó su silla de vuelta hacia la consola.

¿Cómo podía alguien trabajar a merced de conflictos morales y emocionales?

Una vez que el equipo de Krennic lograra contener la producción de energía, su parte del proyecto estaría completa y podría hablar libremente con Lyra. A pesar de todo lo que le había prometido a Krennic, su deber principal siempre sería protegerlas a ella y a Jyn, y darles el futuro pacífico que merecían. Todo lo que había hecho era para ellas.

Se lo había estado repitiendo como un eslogan las últimas semanas, cada vez que la culpa lo distraía de su trabajo y las implicaciones de su investigación se amontonaban como fantasmas hambrientos. De no haber sido por ellos, podría haber llegado antes a su

descubrimiento. En vez de eso, pasaba la mitad del tiempo preguntándose si había estado siguiendo ideas falsas o hipótesis incorrectas.

No había encontrado más que miles de maneras en que sus aproximaciones teóricas podían fallar.

Y entonces, un momento de descubrimiento puro.

Por mucho tiempo había sospechado que los cristales más grandes tenían que facetarse con ciertos grados de inclinación, no sólo para eliminar oclusiones y vacuidades, sino también para minimizar la difracción resultante al introducirle energía con un láser. Con el facetado adecuado, la energía liberada por un cristal podría amplificarse en gran medida y, con ayuda de dispositivos contenedores, se podría colimar toda esa energía en un haz de increíble poder. Era la hipótesis, al menos. También sería posible incrementar el rendimiento de energía forzando los átomos a realinearse, lo cual obligaría al cristal a cambiar sus propiedades. Los comentaristas jedi hablaban a menudo de aspectos de la Fuerza que podían ser de luz o de oscuridad, de día o de noche. Realinear las redes cristalinas de acuerdo a un eje oscuro o nocturno permitiría controlar mejor la tendencia casi deliberada a difractar. La tecnología había hecho posible que los cristales lo obedecieran, que entregaran su asombroso potencial sin destruir todo alrededor.

Se podía extraer toda esa energía con un sifón, contenerla y ponerla en uso como energía enriquecida. Sin contención, la misma energía podía causar un acontecimiento catastrófico.

Él y su equipo habían hecho estudios preliminares basados en sus cálculos. Por motivos de espacio y de seguridad, no pudieron construir un prototipo de contención en las instalaciones, así que el equipo de Orson tuvo que ensamblar un dispositivo basado en sus esquemas, para ver si los resultados correspondían con las predicciones de Galen.

El escrutinio del funcionamiento interno del cristal se había hecho parte de su conciencia en todo momento. ¿Era posible comparar las permutaciones en la red cristalina con los cambios emocionales que siente un ser pensante? ¿Serían capaces los seres pensantes de forzar materia inorgánica a palpitar de acuerdo a sus caprichos y antojos?

¿Existían las mentiras piadosas?

El Imperio mentía a sus ciudadanos al ocultar información sobre los mundos que estaba despojando. ¿O estaban simplemente salvaguardando una verdad incómoda? ¿Acaso su mentira equivalía a lo primero, a sacrificar a unos para salvar a incontables otros? Y, al final, ¿podrían unas instalaciones basadas en kyber hacer realidad el sueño del Emperador de tener energía renovable, de una vez por todas? ¿Qué mundo elegiría como ejemplo?

El único problema de todo esto era la información que había encontrado sobre la extracción de recursos en los mundos que Lyra visitó al regresar de su viaje a Alpinn. Al contrario de lo que Galen esperaba encontrar, no había nada ordinario acerca de los materiales que existían en abundancia en Samovar y Wadi Raffa. Aunque a veces eran

utilizados en proyectos de construcción; el doonium y la dolovita servían principalmente para aislar el núcleo de inmensos reactores de hipermateria y para disipar el calor en el eje colimador de armas superláser.

Galen sacó la preocupación de su mente y miró la tecla de «TRANSMITIR» en la consola.

¿Lyra comprendería? ¿O lo acusaría no sólo de haber abandonado toda prudencia y criterio científico para cumplir el reto, sino también de haberlas arrastrado a ella y a Jyn con él? ¿Cuál sería entonces su legado?

Lyra no lo vería como mentira piadosa; sería traición.

El transbordador de Tarkin cruzó el cielo despejado de la luna de Epiphany como ave rapaz. Siguió a su escuadra de stormtroopers por la rampa y, al bajar de la nave, se encontró de frente con un representante de Industrias Zerpen, acompañado de cientos de elementos de seguridad acomodados en una formación tan apretada como se esperaría de un batallón imperial. Lo superaban en número, pero la *Executrix* estaba diez mil metros arriba; además, en el cuartel general de la nave había un grupo complementario de tripulación y soldados.

—Bienvenido a Epiphany, Moff Tarkin —dijo el representante de Zerpen, dando un paso al frente. Era un casihumano esbelto y lampiño; llevaba puesto un uniforme ajustado color púrpura, con el logo de la compañía—. ¿A qué debe Zerpen el honor de recibir a un emisario del Imperio?

Tarkin no estaba para andarse con rodeos.

—Puede considerarlo un honor, pero sospecho que cambiará de opinión muy pronto.

—Entonces vamos a obviar el protocolo oficial.

—¿Para qué perder tiempo? —dijo Tarkin—. Estamos buscando a un grupo de insurgentes que pasaron por su barrera y aparentemente recibieron asilo aquí.

—Sí, eso fue lo que dijo cuando su destructor estelar entró a nuestra órbita. Pero, de hecho, sólo permitimos el aterrizaje de su transbordador como cortesía. Antes del suyo, no habíamos recibido naves extranjeras en nuestra luna. No sabemos nada de este grupo de insurgentes que busca.

—Le sugiero ahorrarse las evasivas, tal como yo me ahorro la cordialidad —dijo Tarkin—. ¿Cree que vendríamos sin pruebas? Tenemos datos de rastreo. Sabemos exactamente cuándo y dónde entraron los insurgentes.

La cara del representante se hizo más larga de lo que ya era.

—Sus datos deben ser incorrectos, Moff Tarkin. —Señaló el campo de aterrizaje y los hangares y edificios alrededor—. Como puede ver, las únicas naves que hay aquí pertenecen a Zerpen. Lo invito a revisar los hangares si quiere, pero no va a hallar lo que busca. Además, espero que me crea cuando le digo que los mundos autónomos de Salient jamás autorizarían la entrada de enemigos del Emperador Palpatine.

—Al menos no desde el fin de la guerra —dijo Tarkin.

—Ah, pero la guerra es otra historia, Moff Tarkin. Con la República y la Confederación peleando por la supremacía, nuestro sistema se convirtió en un santuario para todos los que quisieran mantenerse al margen de la lucha.

—Excepto que Zerpen no tuvo inconveniente en construir y distribuir armas a todo el que las pidiera, como usureros buscando oportunidades por todas partes.

—Nosotros preferimos pensar que somos simples empresarios —dijo el casihumano, inclinando la cabeza hacia un lado.

Tarkin generalmente sabía cómo sacarles sus secretos a las personas, pero podía ver que no llegaría a ninguna parte con el representante de Zerpen. Ni siquiera porque tenían un destructor estelar encima.

—¿Puedo sugerirle otra explicación, Moff Tarkin?

—Puede intentar.

—El Imperio está utilizando a estos supuestos insurgentes como pretexto para algún asunto secreto —dijo con una sonrisa calculadora.

Tarkin por poco le sonríe de manera similar. Parecían tener las mismas habilidades. Estaba a punto de responder, cuando su asistente apareció con un comlink en la mano.

—Urgente desde la *Executrix*, señor.

Tarkin se alejó del representante y encendió la transmisión.

—Señor, los objetivos han sido identificados y localizados. Parece que, en lugar de aterrizar, dieron una vuelta a la órbita de la luna y ahora se están adentrando en el sistema a toda velocidad.

Tarkin hizo una pausa para digerirlo.

—Continúen rastreándolos, pero no disparen. Voy de regreso a la nave. —Sin una palabra más, dio media vuelta y subió marchando la rampa del transbordador, seguido por su ayudante y el contingente de stormtroopers.

El transbordador extendió las alas y empezó a subir antes de que Tarkin se hubiera puesto bien el arnés. Estaba claro que Zerpen había descifrado la trampa; tal vez por eso les habían negado el permiso de aterrizaje a los contrabandistas. Pero, entonces, ¿por qué los papanatas de Krennic iban a Salient II en lugar de salir del sistema? También era posible que hubieran matado a los contrabandistas y vendido sus naves. De un modo u otro, no simpatizaba en absoluto con los contrabandistas. Serían tratados como insurgentes para perjudicar a Zerpen más fácilmente. Pero si Salient se había atrevido a vender las armas en lugar de entregarlas…

—Señor, nuestros escáneres indican que escoltas del punto de control de Salient se dirigen a Epiphany —reportó el técnico de comunicaciones del transbordador—. Las naves son rápidas y están fuertemente armadas.

—Alerten a la *Executrix*, que vaya a las estaciones de combate y se reubique para protegernos mientras nos acoplamos. Si alguna de las escoltas se nos acerca demasiado, el comandante tiene mi permiso para destruirlas.

Apenas terminó de hablar, el técnico siguió:

—La *Executrix* está recibiendo una transmisión del Comando Estratégico de Salient II.

Tarkin se desabrochó el arnés y se acercó al tablero de comunicaciones.

—Haga que la *Executrix* redirija el comm hacia aquí.

Tuvo que esperar sólo un instante para que apareciera una cara entre humanoide y aviar en el holo.

—¿Con quién tengo el gusto? —preguntó el oficial de Salient con voz suave.

Tarkin se presentó.

—Moff Tarkin, se le ha denegado el permiso de permanecer en este sistema. No intente mover la nave hacia el sol.

—Estamos persiguiendo a enemigos del Imperio, general. Yo decidiré a dónde puedo ir y a dónde no.

—Tenemos a las naves rebeldes en nuestros escáneres, Moff Tarkin, y le pedimos que nos deje lidiar con ellas —dijo el hiitiano—. A diferencia del Imperio, Salient todavía tiene un sistema judicial que funciona.

—Temo que eso no será suficiente, general. Arréstenlos y ya veremos qué hacer después.

—Usted está violando la soberanía de un sistema estelar autónomo. Salga de Salient o aténgase a las consecuencias.

Tarkin silenció la transmisión y volteó hacia el técnico del sistema de valoraciones.

—¿Dónde están nuestras presas?

—Aún se dirigen a Salient II, señor.

—Informe a la *Executrix* que espero un informe completo de las defensas de este sistema en cuanto llegue.

—Sí, señor.

—¿Tenemos hipercomm?

—Sí, señor, aunque Zerpen está intentando generar interferencia.

—Entonces contacte al grupo de batalla en Telos mientras aún se puede y dígale a la Almirante Utu que envíe los refuerzos que pueda a Salient lo más pronto posible.

—¿Algo más, señor?

Tarkin asintió.

—Pida a la *Executrix* que se prepare para dar un microsalto hacia Salient II en cuanto nos hayamos acoplado.

En Salient II, el oficial hiitiano que había hablado con Tarkin le dio la bienvenida a Has Obitt y a su variado grupo de contrabandistas y mercenarios.

—Los imperiales se negaron a retirarse, Capitán Obitt, tal como usted lo predijo. Exigen que los arrestemos a todos ustedes y que los entreguemos a ellos.

—Esa sería la peor idea… —comenzó a decir Has.

—Sí, lo sería —interrumpió Saw—, porque somos los aliados que Salient necesita ahora. Además, no gana nada con arrestarnos, más que atrasar lo inevitable. El Imperio tiene a Industrias Zerpen y al resto de este sistema en la mira.

—Estamos al tanto, Capitán Gerrera —dijo el hiitiano, escrutándolo—. Por eso Zerpen no hizo estallar sus naves en cuanto entraron, aunque algunos miembros del gobierno querían que lo hiciéramos.

Has lo aceptó.

—Si el Imperio no puede utilizarnos para demostrar que aquí están albergando insurgentes, encontrarán otra manera de subyugarlos.

—¿Entonces por qué no simplemente nos invaden?

Saw forzó un suspiro.

—El Emperador no es tonto. Está esperando a ver si alguno de los sistemas del Sector Corporativo les ayuda. Quizá no quiere que se note que está instigando otro conflicto tan pronto después del anterior.

El hiitiano asintió para mostrar que estaba de acuerdo.

—Ya corrimos la voz; estamos esperando que lleguen refuerzos desde muy lejos.

—Si tienen la oportunidad de luchar, háganlo —dijo Saw—. Eso hicimos en mi planeta natal cuando los separatistas tomaron el control.

—¿Ganaron ustedes? —El humanoide lo miró.

—Al final —dijo Saw—, pero tuvimos que pagar el precio… Un precio terrible.

Has y el hiitiano intercambiaron miradas. Era la primera vez que Has veía al comandante de Salient, pero se habían comunicado por holo poco después de que Krennic seleccionó a Salient como el próximo objetivo del Imperio.

Mucho antes de la guerra, el sistema estelar se había convertido en el cuartel general de corporaciones desagradables, evasores de impuestos, piratas y comerciantes de armas. Muchas de las especies que se habían unido a los separatistas colonizaron el sistema, por lo que se había convertido en un lugar de incidentes y escaramuzas durante la era de la República, y las confrontaciones sólo empeoraron en el periodo previo a la guerra. Tomando en cuenta la actitud del Imperio hacia los sistemas autónomos, era de sorprenderse que Salient continuara siendo independiente tanto tiempo; si el Imperio decidiera absorberlo, ganaría no sólo Industrias Zerpen, sino también un sistema lleno de conglomerados reprobables, leales sólo a sí mismos. Además, Salient se convertiría en escenario de incursiones más profundas en el interior de un sector del Borde Exterior que poco a poco se estaba fusionando para formar una entidad.

Has había considerado rechazar la oferta de Krennic, pero hacerlo lo ponía en riesgo de sufrir un accidente industrial como el que había eliminado a Matese, o habría tenido que huir y pasar el resto de sus días mirando sobre su hombro. En lugar de eso, había optado por hacer como que seguía el juego, cuando en realidad había estado informando a los líderes de Salient de los planes del Imperio.

—Sigo sin entender su parte en esto —les dijo el general hiitiano, mirando sobre todo a Has—. Usted mismo dijo que, incluso sin excusa alguna, el Imperio encontrará la forma

de justificar sus acciones aquí. Entonces, ¿por qué no se van tan lejos como lo permita su propulsor?

Has no estaba listo para confesar haber sido el idiota útil de Orson Krennic ni para hablar del efecto que habían tenido en él Lyra, Nari y Jyn. A partir de Alpinn, había estado pensando en todo lo que lo había llevado a un momento de la vida en que le daba cuentas a gente como Krennic. Ahora, lo único que deseaba era una oportunidad para hacer las cosas bien.

—¿Qué clase de esperanza queda para personas autónomas como yo, si el Imperio está decidido a derrotar a todos los sistemas independientes? —dijo. Mirando hacia Saw, Molo y Yalli, agregó—: Todos nosotros vamos a terminar como empleados, prisioneros imperiales o muertos.

—Esa es la actitud, Has. —Saw le dio una fuerte palmada en la espalda—. Pero eso no es todo. Para el Imperio no somos más que grumos de lodo en sus botas. Incluso Salient no es más que un ataque de prueba en medio de un esfuerzo por subyugar a la galaxia entera. Y ahí es donde nos toca actuar, aun si es sólo para ponerlos un poco nerviosos: debemos rebelarnos ante la injusticia.

Has lo escuchó. Tal como Lyra Erso, Saw era otro ejemplo notorio de lo que podría haber sido. Pero, ciertamente, los aliados y los socios a menudo llegaban cuando menos lo esperaba.

—Estoy de acuerdo con el Capitán Gerrera —dijo.

El general hiitiano les dio una mirada abatida.

—Una cosa sí les digo: Salient juró proteger sus recursos para que no se conviertan en provisiones de guerra del Imperio. Preferimos ver nuestros mundos convertidos en ceniza que engullidos por imperialistas.

—Esos escenarios no son mutuamente excluyentes. —Saw lo miró con tristeza.

—Nos defenderemos hasta que ya no podamos más —asintió el hiitiano.

—¿Aun si es una batalla que no puedes ganar? —preguntó Has.

—Aun así.

—Otra opción sería darle al Imperio lo que quiere.

—No es una opción —dijo Saw con fuerza.

—¿Ocupación? —concordó el hiitiano—. Capitán Obitt, evidentemente usted ha visitado mundos que han elegido ese camino, ¿cómo es la vida por allá?

—Prefiero luchar. —Has sonrió en solidaridad. Volvió a mirar a Saw y a sus colegas contrabandistas—. Por eso estamos aquí.

El humanoide flexionó su espalda emplumada.

—Lo que no logremos proteger, capitán, quedará en ruinas.

El destructor estelar que Krennic había decomisado para uso del Grupo de Armas Especiales salió del hiperespacio lejos de cualquier carril espacial o punto de salto

conocido. Ninguna boya de navegación notó su llegada; no había paradas de HoloNet que les permitieran comunicarse fácilmente con Coruscant o Geonosis, o cualquier otro mundo.

Justo en medio de una peligrosa extensión del espacio profundo, dos estrellas colapsadas intentaban devorarse; sus discos de acreción parecían formar una máscara, con hoyos negros para los ojos. El espacio normal, torcido por lentes gravitacionales, se arremolinaba y hacía parecer que los campos de estrellas cercanos rotaban, como si fuerzas invisibles jalaran sus bordes.

Desde el puente de mando del destructor estelar, Krennic, el Profesor Sahali, Reeva Demesne y otros diez miembros del equipo observaban en silencio la danza de la oscuridad, con sus explosiones de supernovas y sus espirales de energía.

Mas Amedda quería hacer la prueba con el arma experimental más cerca del Núcleo; es decir, más cerca de casa, pero Krennic no quería arriesgarse a repetir lo que había pasado en Malpaz. Incluso si el despliegue de láseres gemelos con sistema de asistencia por cristal kyber estaba perfectamente ensamblado y calibrado, un paso en falso y la nave caería con ellos dentro.

—El Emperador no desea esto —dijo Krennic señalando los láseres a través del mirador—. Usted recuerda al antiguo Palpatine: resistió todos los intentos del Senado de crear un ejército, mucho menos querría hacerles la guerra a los separatistas. Ahora, todo ha cambiado. Aquellos en los que confía para buscar consejo y apoyo han propuesto una revolución militar, así que nos toca a nosotros dirigir el ataque. —Krennic se apartó del mirador—. Si miras la historia de cualquier especie con raciocinio, lo único que encuentras es violencia y masacre. Está pintado en los techos de cuevas y grabado en las paredes de templos. Caven un hoyo lo suficientemente profundo en cualquier mundo y encontrarán los huesos de adultos y niños, rotos con armas primitivas. Todos nosotros peleábamos desde mucho antes de criar ganado y cuidar granjas.

Levantó una mano para evitar cualquier objeción y continuó.

—Todos ustedes están excesivamente bien educados; puede que empiecen a recitar listas de especies y sociedades donde eso no sucede. Mi respuesta es que ellos no son seres o sistemas que deban preocuparnos. El resto, sí. La violencia es parte de casi todos nosotros, no podemos resistir el impulso, sobre todo cuando se involucra un ejército de stormtroopers o una flota de destructores estelares. Por eso nos hemos embarcado en un camino nuevo, hacia una solución distinta. Tenemos la oportunidad de forjar una paz que perdure más tiempo de lo que la República llegó a existir.

—Paz a través del miedo —dijo Reeva.

—Sí —dijo Krennic, y ahí se detuvo.

Por derecho, Sahali era quien tenía que hacer la cuenta regresiva, pero el científico le cedió al privilegio a Krennic, ya que al fin había logrado reclutar a Galen Erso.

Mientras Krennic contaba hacia atrás, todos dejaron de mirar los hoyos negros para ver las pantallas de los monitores; las computadoras mostrarían lo que sus ojos y sus

sensores ópticos no podían percibir. En un lugar lejano, otras computadoras y monitores medirían la energía liberada y compararían los resultados con los cálculos de Galen.

Cuando Krennic llegó a «uno», Sahali ordenó la ignición simultánea.

El modelo digital mostró los rayos gemelos colimados alejándose del destructor estelar. Luego, atrapados por la gravedad, los haces de luz se unieron en uno solo, cambiaron de vector y aceleraron más allá de la velocidad de la luz, para desaparecer entre remolinos de acreción en la máscara.

Krennic miraba el monitor, asombrado, deseando poder mostrarle los resultados a Galen sin causarle un infarto, o sin hacerlo huir a los confines más alejados de la galaxia.

Su legado, o en todo caso su contribución al arma más terrible jamás diseñada, era un hecho.

22

HERIDAS DE BALA

EN UN FOSO DE MANDO, DEBAJO DEL PUENTE del destructor estelar, Tarkin revisaba los datos compilados por las computadoras de análisis de batallas de la nave. En una jugada inusualmente cuidadosa para ser él, le había ordenado a la *Executrix* salir de su microsalto lejos del lado inferior de Salient II y sus defensas orbitales. Sabían que las naves de los contrabandistas habían aterrizado, pero Tarkin aún tenía que investigar si los pilotos y sus tripulaciones habían sido arrestados o si les habían dado asilo.

—El planeta tiene varios generadores masivos de escudo, al igual que cañones iónicos que quedaron de la guerra —iba diciendo el oficial ejecutivo de Tarkin—. También tiene un par de baterías de turboláser Zerpen, capaces de poner a prueba nuestras pantallas deflectoras.

Tarkin se tocó la mandíbula mientras consideraba estas noticias.

—¿Entregaron los contrabandistas alguna artillería que tengamos que considerar?

El comandante fue hacia un holo separado para acceder a la información.

—De acuerdo con un reporte del Teniente Comandante Krennic, los contrabandistas cargaban armas de pulso y dispositivos de fisión.

—¿Y las fortificaciones de Salient I?

—No están tan bien defendidas en la superficie, pero albergan la flotilla de naves de guerra del sistema. La mayoría de ellas son naves de antigua generación equipadas con armamento separatista, coherente con la inclinación de Salient durante la guerra. Escaneos de larga distancia indican que tres naves se separaron del grupo original y que presumiblemente van en camino a reforzar Salient II. Fluctuaciones hiperespaciales sugieren que pueden haber tomado posiciones en el extremo lejano.

—¿Alguna noticia de la Almirante Utu?

—Espera poder enviar dos destructores estelares desde Telos.

—Espera.

—Al parecer nuestros recursos están muy desperdigados en este momento.

Tarkin asintió, subió los escalones hasta la pasarela del puente y se movió hacia los miradores frontales para ver los colores azules y marrones de Salient II.

Nadie esperaba que Salient simplemente se entregara, pero la transición inmediata a un pie de guerra fue sorpresiva e inquietante; seguramente el gobierno había recibido advertencia. La idea era ganar un punto de apoyo en la luna de Zerpen y expandirse lentamente en el sistema una vez que los mundos internos hubieran aceptado la ocupación. Era desconcertante para Tarkin que los mismos contrabandistas que lo ayudaron a hacerse con el control de mundos como Samovar y Wadi Raffa de repente cambiaran de lado y trataran de comprometer la estrategia del Imperio. A menos que…

Tarkin permitió que sus pensamientos se ordenaran en lugar de seguir un camino en particular.

A menos que Krennic hubiera diseñado la inversión para mantenerlo varado en Salient, a sabiendas de que la retirada sentaría un precedente bajo el que los sistemas autónomos podrían obligar al Imperio a ceder.

El timbre del comm interrumpió sus cavilaciones y regresó a la cabina de mando, donde una holopresencia a escala de un cuarto de un comandante aviano de Salient había tomado forma sobre el holoproyector.

—Sabemos que los insurgentes han aterrizado —dijo Tarkin sin ningún preámbulo—. ¿Están preparados para ponerlos bajo nuestra custodia?

—Nos negamos a hacer eso, Moff Tarkin, ya que serán cruciales para exponer el subterfugio del Imperio. Aun así, nuestros líderes tienen la intención de encontrar una solución diplomática para este punto muerto.

—Es demasiado tarde para eso —dijo Tarkin.

—El embajador de Salient II desea saber si usted estaría dispuesto a recibirlo en su nave.

Tarkin consideró rápidamente varios posibles escenarios. Si podía convencer al embajador de rendirse, quizás entonces Salient II podía sustituir el punto de apoyo que Tarkin esperaba establecer en Epiphany.

—Dígale que tiene mi permiso de subir.

—Su transbordador ya está en vuelo, Moff Tarkin; anticipábamos que estaría abierto a explorar alternativas a la guerra.

—Señor —dijo el oficial detrás de Tarkin—, tenemos la nave consular en curso.

De nuevo, Tarkin subió las escaleras y se detuvo un momento frente a los miradores, esperando que la nave subiera a la luz de la estrella enana roja de Salient. Al ver el destello de luz, Tarkin volteó hacia su oficial ejecutivo.

—Llamen a la nave. Ordene al piloto que se detenga y que espere nuevas instrucciones.

Tarkin esperó.

—Señor, no hay respuesta de la nave consular. Y algo más: un ligero retraso de comunicaciones. Casi un eco.

Tarkin vio con ojos entrecerrados la diminuta mancha de luz.

—Escaneen la nave en busca de vida.

La respuesta llegó rápidamente.

—Negativo a formas de vida, señor. Parece un dron. Posiblemente una bomba de tiempo.

—Ocupen el rayo tractor frontal para contenerla —empezó a decir Tarkin, cuando sonaron alertas desde una estación de labores separada en las cabinas.

—Señor, tres naves de guerra saliendo del lado oscuro de Salient.

Tarkin intercambió miradas con el oficial ejecutivo.

—¿Una provocación deliberada? —preguntó el oficial.

Tarkin entornó los ojos. Salient estaba decidida a caer luchando.

—Preparen las baterías estrechas —ordenó—. Será un día frío en el infierno cuando el Imperio necesite provocaciones para tomar acciones preventivas.

—Debo felicitarlo —dijo Mas Amedda. La holopresencia exuberante mostraba al chagriano azul sobre la holomesa en los cuarteles de Krennic en Geonosis.

Krennic inclinó la cabeza en reconocimiento.

—Los resultados preliminares indican que la energía liberada durante el disparo de prueba tuvo el poder destructivo de las baterías combinadas de un destructor estelar qaz.

—Un principio alentador —dijo el gran visir—. ¿Esto es obra de Galen Erso?

—Sólo la parte del descubrimiento de cómo extraer la energía necesaria de los cristales kyber —dijo Krennic—. El crédito por lo demás, los láseres y esas cosas, es para mi equipo.

Amedda inclinó su cabeza con cuernos.

—Te concederé que siempre tuviste razón acerca de Erso.

—Nunca tuve ninguna duda, visir.

—El Emperador ya fue notificado y está muy complacido. También ha aprobado su ascenso a comandante.

Krennic reprimió una sonrisa.

—Su satisfacción es suficiente recompensa, todo lo que uno podría esperar, pero con gusto aceptaré también el ascenso provisional.

Los alcuernos de Amedda se movieron.

—¿Provisional?

—Sostengo que el rango de contralmirante es más adecuado.

—Llevó a cabo un disparo de prueba exitoso, comandante. Le sugiero que ahora construya el arma de la estación de combate.

—Por supuesto, visir. —Krennic hizo una pausa, luego dijo—: ¿Alguna otra noticia acerca de Moff Tarkin?

Amedda gruñó.

—Sigue embrollado en Salient.

—Qué desafortunado —dijo Krennic, sacudiendo la cabeza—. Contaba con su ayuda para la siguiente fase del proyecto.

—Nosotros también, comandante. Lo mantendré informado.

Krennic esperó a que desapareciera la holopresencia para sonreír. Esperaba matar dos pájaros de un tiro: deshacerse de Obitt y atrapar a Tarkin, y lo había logrado.

Era un arte aprender de qué están hechos los individuos, analizar cómo estaban construidos, y luego, cuando el momento era el adecuado, alinearlos de cierta manera e inculcarles ideas, acomodarlos en lugares predecibles, facetarlos como a uno de los cristales kyber de Galen. Obitt de una manera, Tarkin de otra.

Cuando Krennic supo que Has Obitt había llevado a Lyra y a Nari a los mundos que él había ayudado a arruinar, se dio cuenta de que había perdido al dresseliano por alguna especie de crisis de conciencia, pero también de que podría usarlo en un plan de mayor alcance. La posibilidad de que se negara a la misión de Salient era grande, pero Krennic apostaba que Obitt querría buscar redimirse acudiendo a rescatar a Salient. Obitt había ido incluso un paso más al enlistar la ayuda de algunos de sus descontentos colegas contrabandistas.

En cuanto a Tarkin, Krennic sólo necesitaba revisar la historia personal de aquel hombre para diseñar una trampa adecuada; su historial de guerra, sus brutales acciones en las Extensiones Occidentales, sus misiones con Darth Vader. Tarkin había demostrado incapacidad para retirarse, de mostrar la más mínima señal de debilidad. El rumbo que tomaría en Salient era obvio; atrapado allá, no era amenaza para la posición de Krennic en el proyecto de la estación de combate. Quizás hasta su relación con el Emperador había sufrido.

Eso dejaba a una sola persona por quebrar.

Después de la destrucción de la nave consular, que era en realidad un dron explosivo, el trío de naves de guerra de Salient llevó la batalla a la *Executrix*. El destructor estelar respondió con tiroteos propios, pero la batalla inicial ardió por horas estándar antes de que los cruceros enemigos se reposicionaran más cerca de Salient II. Los escudos del destructor estelar habían soportado el ataque, pero Tarkin le ordenó al comandante mantener la nave fuera del alcance de las baterías turboláser masivas del lado del planeta, al menos hasta que llegaran refuerzos de Telos.

Lo que debía ser una simple incursión se había convertido en una batalla en todo el sentido de la palabra.

Con la guardia baja, Tarkin se sintió dispuesto a admitirse a sí mismo que había subestimado a Orson Krennic, el arquitecto principal del desastre en que se encontraba. También había oído que Krennic había logrado añadir otra insignia cuadrada a su túnica, probablemente resultante de algún éxito en el desarrollo del arma primaria de la estación de combate.

Para Tarkin, las travesuras en Salient eran más evidencias de que Krennic no estaba capacitado para supervisar el proyecto. Darse cuenta de eso lo obligaba a reconsiderar los movimientos que tendría que hacer para asumir el mando, sin importar contratiempos ni retrasos.

Primero, sin embargo, tendría que librarse de Salient.

Con el propósito de darle espacio a Galen, Lyra regresó a su departamento del centro, supuestamente para empezar con clases de cinestesia y volteretas para Jyn. Sus confesiones no habían enfriado los ánimos, pero al menos se hablaban de nuevo. No entendía del todo bien por qué habían clasificado los esfuerzos en Malpaz (es decir, el uso práctico de la investigación de Galen) como secreto absoluto, pero, con insurgentes todavía acechando por ahí, podía aceptar que quizás había necesidad de seguridad extrema.

Después de clase, Lyra llevó a Jyn a un parque de azotea con pasto, árboles y atracciones para niños, donde pudiera liberar un poco de energía adicional y recuperarse del berrinche que hizo cuando le negaron un juguetito tonto que les ofreció un vendedor rodiano. Desde ahí, Lyra apenas podía ver los pináculos del antiguo Templo Jedi. Le dolía saber que tenían un proyecto masivo de remodelación ahí. Estaba recuperando el aliento en una banca cuando oyó su nombre y volteó. Vio a Orson caminando a zancadas hacia ella, en túnica blanca, pantalones negros y botas, y una gorra de comando con visera.

—¡Lyra!

Demasiado sorprendida para hablar, le devolvió un saludo torpe. No era imposible toparse a alguien en Coruscant, tan abarrotado como era, pero los encuentros casuales no solían ocurrir en medio del Centro.

—Galen me dijo que a veces traes a la niña aquí en las tardes —dijo Orson a modo de explicación. Levantó la mano para señalar un edificio inmenso, adyacente al parque—. Mi oficina está justo ahí, en el piso noventa y uno. Las vi y pensé en venir a saludar. —Sus ojos recorrieron el parque de juegos—. ¿Dónde está? Espero no interrumpir.

Pensar en Orson observándolas desde su nido imperial le causó un escalofrío, pero no lo mostró.

—No, claro que no. Jyn está en los columpios.

Orson siguió su seña.

—¿Sigues educándola en casa, o piensas inscribirla?

—No lo hemos decidido —logró decir Lyra, antes de que Jyn corriera hacia ellos.

—¿Puedo ir a la resbaladilla gravitacional ahora?

—Sólo si prometes hacerlo por turnos esta vez —dijo Lyra, y agregó cuando Jyn se fue corriendo—: ¡Sin empujar!

Orson la siguió con la mirada, haciendo un gesto de lo que parecía desaprobación.

—Es aguerrida.

—Sí que lo es.

—Y está creciendo rápido. —Se quedó en silencio por un momento, luego dijo—: ¿Te ajustaste después del viaje a Alpinn?

—Finalmente, sí. ¿Tienes preguntas sobre mi reporte?

—Tus notas eran impecables. Es una lástima que no hayas encontrado cristales kyber reales.

—Lo sé. Aun así, espero que el Imperio sea amable con Alpinn. Realmente merece estatus de Legado.

—Estoy seguro de que tomarán la decisión correcta. —Krennic hizo una pausa, luego dijo—: Samovar y Wadi Raffa no fueron tan afortunados.

Lyra lo miró boquiabierta; no sabía si estaba más enojada porque él sabía o por cómo había decidido decirle que sabía.

—No te pierdes nada, ¿verdad, Orson? ¿Oíste eso de Has, tu espía?

—En realidad, el Capitán Obitt olvidó mencionar los viajes adicionales, pero no tuvo que hacerlo. Las visitas a instalaciones imperiales son monitoreadas de cerca. Un escáner logró tomar la firma de su nave, a pesar de sus intentos por burlarlo.

—No mencionó nada de eso frente a mí o Nari.

—¿No habrían intentado ocultar sus huellas?

—¿Por qué habríamos de hacerlo? Esos mundos no están fuera de los límites, ¿o sí?

Orson negó con la cabeza.

—El espacio alrededor de ellos, no. Entonces no hicieron nada malo.

Lyra frunció el ceño, lívida.

—No necesito que me digas eso, Orson.

Él mantuvo su tono calmado y calculador.

—¿Puedo preguntar qué los hizo cambiar de itinerario?

Lyra consideró la respuesta antes de contestar.

—Nari me dijo que un par de mundos que había estudiado estaban siendo explotados. Quería verlo yo misma.

—No es una bonita vista.

—Eso es un eufemismo, Orson. ¿Por qué los medios no están reportando nada?

—¿De verdad piensas que a alguien le importarían un par de mundos remotos? Es más, todo lo que se hace en esos mundos es para servir las necesidades de Energía Celestial.

—A algunos les podría importar. A mí me importa. A Nari le importa. Hasta a Has pareció importarle.

—A Has le importó —repitió Krennic, claramente divertido con la idea.

—¿Es gracioso?

—No realmente. Siempre ha tenido un punto débil.

Al terminar el paseo, Jyn regresó corriendo para decir:

—Mamá, tengo hambre.

—Vas a tener que esperar hasta que Orson y yo hayamos terminado de hablar.

La pequeña niña negó con la cabeza, en oposición.

Lyra sacó una barra de dulce de su bolsa y se la dio.

—No te la comas durante ninguno de los paseos.

—Okey.

Esperó a que Jyn se fuera, luego volteó ligeramente hacia Krennic.

—Orson, no te saliste de tu excelsa oficina sólo para saludar. ¿Qué pasa por tu mente?

Krennic deliberó un momento.

—¿Puedo dar por hecho que hablaste con Galen de tus paradas no programadas?

—¿Por qué me parece que ya sabes la respuesta?

—¿Por qué pensarías eso?

Lyra forzó un respiro.

—Le dije, no le dio mucha importancia. Consumir uno, salvar una docena, ese tipo de asunto. Como dices tú, para servir a las necesidades de Energía Celestial.

—Creo que se llama ver el panorama.

Lyra se encogió de hombros.

—Supongo que el Imperio está haciendo lo que se tiene que hacer en cierto nivel.

—En todos los niveles.

Lyra sonrió sin humor.

—Galen me dijo del viaje clandestino que los dos hicieron a Malpaz.

Krennic entrecerró los ojos, pero se recuperó con rapidez.

—¿Clandestino? No había nada secreto al respecto. —Sonrió—. No es como si hubiéramos hecho nada malo.

—Excepto que yo no tenía que saberlo.

—Estrictamente hablando, sí, pero supuse que no te ocultaría la información.

—Intentamos no ocultarnos cosas, Orson.

—¿Te causó al menos un poco de alivio saber que están intentando darle a la investigación de Galen un uso práctico?

—Para ser honesta, me sentí sorprendida.

—¿Y aliviada?

Se rio sólo un momento.

—Orson, siento como si me estuvieras interrogando.

Se tragó lo que iba a decir cuando regresó Jyn con la cara hecha un desastre.

—¿Ya terminamos? —preguntó Lyra.

—Sólo una cosa más. Como amigo, necesito recordarte que el trabajo de Galen sufre cuando su ambiente se vuelve estresante.

Ella abrió los ojos como platos, en shock.

—¿Me vas a dar clases de cómo comportarme con Galen, de qué podemos hablar y de qué no?

—Sólo estoy sugiriendo que consideres las exigencias de la investigación y la importancia de que pueda concentrarse.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Tú crees que no lo entiendo? —Esperó un segundo, luego dijo—: Así que, ya me dijiste como amigo; ¿hay algo que quieras agregar como oficial imperial?

Él dejó ver una sonrisa lo más breve posible.

—Oficialmente es mi obligación enfatizar que Galen está involucrado en trabajo crítico para la seguridad del Imperio, así como advertirte que la interferencia constante puede resultar en dificultades para ti y tu familia.

Lyra se cubrió la boca con la mano.

—Orson, ¿cómo crees que reaccionaría Galen si supiera de esta pequeña charla?

—Estoy seguro de que entendería.

—Podría, o podría sentirse acorralado. Él se vale por sí mismo y cualquier *estrés* que pueda causarle no va a herir su concentración ni interferir con su trabajo.

Krennic frunció los labios y asintió repetidamente.

—Obviamente subestimas el valor que tienes para él. Puede que sea lo mejor. —Se puso de pie y se alisó la túnica—. Un placer hablar contigo, Lyra. *Bye, bye,* Jyn.

Mientras lo miraba alejarse, Lyra rodeó a su hija y la abrazó con fuerza.

PARTE TRES

HORA DE LA VERDAD

23

DERIVADOS

ALGUNOS CORUSCANTI, A LOS QUE LES IMPORTABAN esas cosas, habían hecho esfuerzos por preservar algunas de las estructuras que los b'ankora habían construido y habitado por más de cincuenta generaciones. Por la prisa de reubicar a los únicos sobrevivientes de la especie y completar la construcción de las instalaciones de Energía Celestial, la petición de crear un museo fue rechazada. No obstante, algunos de los caminos originales de los b'ankora seguían ahí, serpenteando a través de parcelas de jardín, alrededor de áreas embellecidas, al lado de esculturas totémicas y montajes geométricos de madera y piedra. Galen casi nunca se atrevía a salir, así que los caminos eran nuevos para él; los seguía sin realmente darse cuenta, como si sus pies y piernas simplemente lo llevaran. Tampoco se daba cuenta del calor, de la ligera brisa que le revolvía el descuidado cabello, de las filas de tránsito horizontal sobre él, o del débil rugido de la ciudad-planeta. Diez mil seres podrían haber estado observándolo desde los edificios monad y arcologías circundantes, pero no pensó en ello. Se movía como sonámbulo.

Orson seguía celebrando que el rendimiento de los cristales kyber alterados se había amplificado más allá de las expectativas de cualquier miembro de su equipo y acorde con los cálculos y predicciones de Galen. Sin embargo, cuando Galen pidió holograbaciones de los resultados de la prueba junto con detalles sobre la construcción de los dispositivos contenedores y los capacitadores de almacenaje, Orson dijo que todo eso seguía en proceso de aprobación de seguridad. Cuando Galen pidió información sobre las aplicaciones subsecuentes de energía, recibió la misma respuesta engañosa o al menos ambigua.

En una vuelta de ángulo recto, en uno de los caminos, había una escultura b'ankora de su símbolo solar, que parecía flotar sobre una alta columna: de un gran disco en el perímetro radiaban brazos serpenteantes de diversas longitudes, todos con puntas de flecha al final.

Contemplando la amalgama de piedra y bosques exóticos, Galen sentía como si estuviera confrontando una exteriorización de su conciencia y las preocupaciones dispersas que lo atormentaban.

Orson debió haberlo pensado mejor antes de dejarlo esperando, con su mente intranquila y con deseos voraces de información. Para distraerse, había acudido a la base de datos de las instalaciones, que albergaba exánodos de información acerca del proyecto Energía Celestial, incluyendo detalles sobre el personal, requisitos, distribución de créditos, e incluso los nombres de subcontratistas. Teniendo cuidado de ocultar sus huellas, Galen llegó hasta el eje de transporte, en un esfuerzo por dar seguimiento a las operaciones mineras que se estaban realizando en sistemas remotos de las Extensiones Occidentales. Se desconcertó al descubrir que, mientras algunos envíos de minerales en

bruto podían rastrearse de sistema a sistema, la mayor parte del doonium y de la dolovita no parecían haber llegado a ninguna de las plantas procesadoras del programa, ni en ninguno de los mundos donde Orson había dicho que estaban alistando instalaciones de energía. En lugar de eso, era como si los minerales raros estuvieran desapareciendo a través de una especie de hoyo negro operativo. Eso lo hacía preguntarse si estaban maquillando los registros a propósito para ocultar anulación de costos y gastos burocráticos, o si estaba sucediendo algo más malvado.

Mientras se alejaba de la escultura del sol, pensó que quizá Lyra había recorrido el mismo camino que él; seguro lo había recorrido con Jyn. Pero, de hecho, cualquier cosa parecida a un camino compartido entre ella y Galen había desaparecido igual que los minerales. Desde su reciente regreso del departamento del Centro, Lyra se había vuelto tan distante como lo había acusado de estar a su regreso de Malpaz. Se comportaba reservada; ya no le interesaba escuchar sobre la investigación, incluso cuando Galen intentaba involucrarla, incluso después de pasar largas sesiones transcribiendo sus notas personales. Jyn estaba atrapada en medio de los dos, en un abismo que su joven mente no podía comprender.

¿Acaso Lyra había visto a través de su mentira? ¿Había diagnosticado por instinto la enfermedad que él solo se había causado, y había decidido mantenerse a sí misma y a Jyn a salvo del contagio?

Quizás, en algún lugar de los terrenos, había otra escultura b'ankora que pudiera mostrarle el camino hacia delante.

—Industrias Zerpen y su luna pertenecen ahora al Imperio —le dijo Tarkin a la holopresencia de Mas Amedda—. Las milicias locales de Salient II han logrado aguantar más de lo esperado, pero la corriente ha cambiado de curso y esperamos alcanzar la victoria absoluta también ahí.

El retraso en la respuesta del visir no tuvo nada que ver con los muchos pársecs que separaban a Coruscant de Salient. En su mente, Amedda le daba vueltas a las noticias.

—Tal vez debería concluir sus avances mientras siga en la delantera, Gobernador Tarkin; esta incursión ya ha sido bastante costosa. Además, según entendemos, aquellos seres que huyeron dentro del sector han estado destruyendo precisamente las operaciones e industrias mineras por las que usted ha arriesgado tanto.

Tarkin no esperaba menos. Nada le gustaría más al chagriano que verlo retirarse.

—Algunos terminamos lo que empezamos, visir.

—Una cualidad admirable, eso es seguro, pero, en este caso, no estamos convencidos de que debiera haber tomado este camino en primer lugar.

Tarkin se estabilizó para responder. Abrió las piernas y plantó las botas firmemente en el puente.

—¿Está todo en orden? —preguntó Amedda antes de que Tarkin pudiera pronunciar una palabra—. Su transmisión está interrumpida, como si estuvieran agitando la holocámara.

Tarkin logró mantener el equilibrio.

—El comando estratégico de Salient sigue empleando tácticas defensivas para atascar nuestras comunicaciones.

Amedda gruñó.

—Mientras usted tenga la ventaja…

De hecho, las semanas estándar que Tarkin llevaba en Salient habían incluido algunas de las batallas más feroces desde las Guerras de los Clones; también habían causado más víctimas que algunas de sus campañas para erradicar a separatistas atrincherados en las Extensiones Occidentales.

Del otro lado de los miradores de la nave, el espacio local estaba tachonado de líneas de energía y explosiones cortas que tenían un efecto estroboscópico en el cielo. Las naves de guerra de Salient estaban demasiado lejos para divisarlas a simple vista, pero los escáneres y holoproyectores en el puente del destructor estelar mostraban que había cuatro cruceros enviando cazas iónicos y turboláseres contra escuadrones de cazas estelares ARC-170, desplegados desde los destructores estelares clase Venator, que por fin habían llegado desde Telos para apoyar a la *Executrix*.

Era cierto que Salient II estaba de rodillas, pero tal vez necesitarían pelear contra grupos de guerrilla por meses antes de que pudieran acuartelar una fuerza de stormtroopers para ocupar el lugar. El martilleo incesante de las naves capitales imperiales había logrado agotar los escudos defensivos del planeta; una vez que destruyeron los generadores y los turboláseres a nivel del suelo del planeta, el gobierno demandó un cese al fuego para impedir más bajas civiles. Como había señalado Amedda, los locales empeoraron su situación y la de Tarkin al destruir casi todo lo que tuviera algún valor industrial, agrícola o comercial.

Lo mismo había ocurrido en la luna de Epiphany; ahí, Tarkin también había tenido recursos insuficientes para instalar un ejército de ocupación. Tampoco podía permitirse dejar una nave capital en Epiphany, como una especie de centinela. Salient I, el más recóndito de los mundos habitados de ese sistema, sólo tenía algunos centros de alta población, pero las milicias locales se estaban preparando para lo que Tarkin asumía que sería una guerra extendida a nivel del suelo.

—Con Salient II a punto de caer, necesitamos batallones adicionales de stormtroopers —logró decir, sin balancearse demasiado en el fuego de cazas estelares que acosaba a la *Executrix*.

Amedda ya movía su enorme cabeza de lado a lado.

—Eso es imposible, gobernador. Simplemente no tenemos suficientes stormtroopers para distribuir. A menos, claro, que esté sugiriendo que enviemos cadetes de las academias.

—Y ¿por qué no, visir? Necesitan ser probados en el campo en algún momento.

Amedda comenzó a decir algo, pero cambió de opinión y volvió a empezar.

—¿Está seguro de que todo está en orden? Nos está costando mucho estabilizar su presencia.

Tarkin se dio cuenta de que no tenía caso permanecer inmóvil en la pasarela del puente.

—La transmisión será mejor en una de las cabinas de comando.

Amedda hizo un sonido de fatiga.

—Por favor que sea rápido, gobernador. Tengo mucho que hacer.

«Como limpiarle las botas al Emperador con la lengua», pensó Tarkin mientras sorteaba las escaleras que llevaban al punto de mando más cercano. Una vez en posición, se apoyó contra la consola y metió las botas debajo para sostenerse.

—Sigue siendo inestable, pero mejoró un poco —dijo Amedda.

Tarkin continuó donde se había quedado.

—No se puede lograr una ocupación duradera sin suficientes tropas. Si no tiene suficientes stormtroopers, entonces envíeme un ala de cazas TIE.

Amedda bajó los cuernos, con ira.

—Pide demasiado. Son incluso más escasos que los soldados.

Tarkin hizo una mueca hacia la cámara.

—Si no lo conociera mejor, visir, pensaría que está intentando frustrar mis esfuerzos.

Amedda abrió mucho sus ojos azules.

—Al contrario. Estamos haciendo lo posible por apoyar su temeridad política.

—¿Temeridad política?

—Su fanfarroneo, entonces. El Senado está indignado.

—El Senado es una ficción, visir —dijo Tarkin con desdén—. El Emperador no está enfrentando una revuelta. Además, mi fanfarronería, como usted la llama, es parte del costo de completar el proyecto de la estación de combate.

—Puede que eso sea cierto —concedió Amedda—, pero otros involucrados en el proyecto están cumpliendo sus responsabilidades sin pedir imposibles.

«Krennic», supuso Tarkin.

Amedda se había convertido en el campeón del ingeniero. Quizá los dos estaban coludidos para debilitarlo. Definitivamente, Amedda no sabía del papel que había jugado Krennic en la transformación de Salient en un campo de batalla, pero decirlo no le serviría de nada.

—Usted ha defendido que los moffs reciban el control de los sectores —decía Amedda—, pero al parecer es incapaz de subyugar un solo sistema estelar sin ayuda de Coruscant.

Tarkin se enderezó y cruzó los brazos.

—Todo Salient pertenecerá al Imperio pronto. Con o sin su ayuda.

Amedda le mostró sus dientes afilados.

—Me aseguraré de tranquilizar a Su Majestad, el Emperador.

—No necesita que usted lo tranquilice, visir. Estoy seguro de que podrá constatar que tengo todo su apoyo. Los recursos de Salient, sin importar en qué estado los adquiramos, no son nada comparados con la necesidad de enviar un mensaje a otros sistemas de este sector, para que sepan que la autonomía depende de las conveniencias del Imperio y que ese privilegio puede ser revocado cuando al Emperador le parezca.

Amedda tardó un largo momento en responder.

—Le concedemos que una ocupación duradera es importante. Enviaremos lo que podamos.

—Sea rápido, visir —dijo Tarkin—, tengo mucho que hacer.

Apenas desapareció la holopresencia del chagriano, Tarkin se alejó de la cámara y se apresuró de regreso por la escalera hacia el puente que seguía sacudiéndose.

—Valoración de daños de batalla.

—Los escudos siguen en pie —dijo el comandante de la nave, para ponerlo al día.

Aunque las buenas noticias siempre eran bienvenidas, estaba claro que el combate de espacio profundo seguía poniendo a prueba el temple de ambas partes. El grupo de Salient estaba formado por unas veinte naves capitales protegidas por poderosos escudos de Industrias Zerpen, que tenían que atacar una por una. Al mismo tiempo, Tarkin desplegaba escuadrones de cazas estelares para evitar que los contrabandistas pudieran entregar auxilio médico, armas, e incluso soldados voluntarios de sistemas estelares vecinos. Esos mismos contrabandistas tendrían que estar encerrados en una prisión imperial, como otro motivo para la apropiación imperial de Salient. Cada vez que las fuerzas especiales de Tarkin intentaban acercarse a Salient I, los obligaban a retroceder para apagar fuegos, literales y de otros tipos, encendidos por las milicias reconstituidas.

Al igual que los soldados de las guerrillas, las naves de Salient (misceláneas de módulos y armamento de la época de la guerra) corrían para disparar o para destruir otra ala de cazas estelares, sólo para brincar a áreas de espacio mejor defendidas. Sin los refuerzos que pedía, Tarkin no veía cómo podría tomar Salient I en seis meses estándar y eso no funcionaría, no con Krennic aún suelto.

—Los escáneres de larga distancia detectan un par de naves de contrabando insertándose en Salient I —dijo el comandante.

Tarkin volteó hacia las pantallas de la cabina de mando.

—¿Cómo es que siguen evitando nuestros bloqueos y patrullas de escaneo?

—El comando estratégico de Salient debe estarles proporcionando puntos de salida al hiperespacio desconocidos para nuestras navicomputadoras.

Tarkin caminó hacia los miradores trapezoidales para mirar la proa ojival de la *Executrix*, como si entrecerrando los ojos pudiera alcanzar a ver las naves rebeldes.

—Esto no es una puesta en escena de principiantes. Dígame de nuevo, ¿quién los está liderando?

El comandante extrajo el holo de un dresseliano desde su datapad.

—De acuerdo con la información del Comandante Krennic, es el mismo contrabandista que dejó Samovar y Wadi Raffa listos para nosotros. El Capitán Has Obitt.

La banda de contrabandistas y mercenarios voluntarios de Salient había conducido sus cargueros hasta un ancho valle que avanzaba a lo largo de una enorme falla tectónica en el hemisferio occidental del mundo más recóndito. Escarpaduras de miles de metros de alto, hechas de piedra roja y gris, bordeaban el valle por ambos lados; el amplio suelo estaba salpicado de lagos poco profundos que servían como punto de encuentro de millones de aves en la temporada seca. Más al sur, el valle se convertía en una vasta sabana con parches de bosque denso, terrenos de pastura para rumiantes y otras criaturas que tenían esa parte de Salient I casi para ellos solos.

Partes de la escarpadura occidental habían colapsado, dando como resultado importantes derrumbes de rocas sueltas que apuntalaron las caras del acantilado. Las aguas que salían a chorros de un río desaparecido hace mucho tiempo habían disuelto parte de la base de la escarpadura oriental durante eones, cavando una alta y espaciosa muesca protegida por la roca que colgaba arriba de ella, y que tenía un panal de cuevas expansivas que abarcaban kilómetros debajo del altísimo muro. Las naves de los contrabandistas habían aterrizado debajo del techo de roca sin ser vistos por las patrullas ARC-170, enviadas por naves imperiales en el espacio profundo. Desde sectores tan distantes como Tingel Arm, los voluntarios habían traído municiones, suministros médicos, alimento y, en algunos casos, grupos de soldados de la libertad de distintas especies.

La luz aún no llegaba al piso del valle, pero el aire ya estaba caliente. Una capa delgada de niebla coronaba los lagos, arremolinándose y desapareciendo en el brillo de la mañana. Los motores de las naves hacían un silbido metálico al enfriarse, abejas del sudor pasaban zumbando y el suelo estaba lleno de hormigas negras, tan ocupadas como los seres racionales, haciendo lo que podían para no morir aplastadas en el ajetreo. Se habían instalado cañones láser a toda prisa en los campos de rocas sueltas, también se apostaron puestos de vigilancia equipados con rifles bláster y lanzamisiles en las cornisas superiores.

A pesar del regulador de clima en la bodega de carga, Has sudaba profusamente bajo su traje ambiental; su cara hinchada brillaba mientras luchaba para sacar contenedores de su nave y depositarlos en los brazos expectantes de locales o de droides, o bien colocarlos en trineos de repulsoelevación. La mezcla de gases atmosféricos de Salient I tenía algo raro; se sentía mareado. Filas de humanos, alienígenas y droides avanzaban desde la variedad de naves hacia las bocas abiertas de las cuevas, donde mucha de la mercancía sería almacenada hasta ser necesitada. Junto a Has estaba Saw Gerrera, haciendo lo

mismo en su propio oficio: gritaba órdenes, organizaba actividades, hacía que todo fluyera eficientemente y sin problemas.

—Le dijiste al comandante hiitiano en Salient II que ya habías hecho esto antes —le gritó Has entre respiraciones.

Saw asintió y pausó para limpiarse la frente.

—En mi planeta natal, durante la guerra.

—¿Estuvo tan mal como aquí? —preguntó Has, levantando el mentón.

—Peor, era mi propia gente peleando unos con otros, pero tuvimos ayuda de fuera para arreglar las cosas. El hecho de que esté aquí es parte de la recompensa.

—¿Funcionó?

—¿Qué cosa?

—La oposición. ¿Fue suficiente?

—Ese no era el punto.

—¿Cuál era el punto?

—Creer que tus acciones importan, creer que algo bueno saldría de ellas, incluso si no vivías para ver los resultados.

Has resopló.

—Qué pensamiento tan alegre. Lánzale tierra a la cara de tu enemigo, permite que te pisen.

Saw detuvo lo que estaba haciendo y caminó hacia él.

—Míralo de este modo, Has. Si podemos convencer a suficientes personas de empezar a lanzar tierra…

Al darse cuenta de que él tenía que completar la idea, Has lo consideró y dijo:

—Tarde o temprano los enterramos.

Saw le sonrió.

—Y dicen que eres sólo un contrabandista.

Has iba a regresarle la sonrisa, pero se detuvo.

—Espera, ¿quiénes dicen?

Saw aún sonreía.

—No te preocupes, causaste una buena impresión en Woana.

Has se alegró ante la mención de la cautivadora tabernera del Wanton Wellspring, pero no por mucho tiempo. La realidad de su situación lo golpeó. Lo que estaba sucediendo no era la misma batalla interna en la que había luchado Saw, y tampoco era como lo que había pasado en las Guerras de los Clones. Y Gerrera tenía razón. El Imperio se estaba convirtiendo rápidamente en *el otro*, un enemigo gris de rasgos borrosos. Para mantenerlo a raya, las distintas especies tendrían que unirse, hacer todas sus diferencias a un lado. Era casi alentador presenciar el nacimiento de la esperanza, tan cauta y frágil como esta era. Si los oprimidos podían unirse antes de que el creciente ejército del Imperio se volviera demasiado fuerte, o de que sus fuerzas se extendieran demasiado, entonces quizá podrían frustrar sus planes.

Has arrastró un contenedor más pequeño y ligero hasta la escotilla y lo depositó en los brazos de un ser racional acuático cubierto de pelo y con incisivos prominentes. El tynnano le dio el contenedor a un insectoide esquelético, el kobok se lo entregó a un trianni felinoide bípedo, y así sucesivamente, de mano en mano, hacia las fauces oscuras del sistema de cavernas.

En el cañón, podían oír el eco de truenos distantes, el sonido de explosiones de metralleta de cazas estelares. Has se admitió que no era una batalla que cualquiera de ellos pudiera ganar, pero quizás el Imperio terminaría por abandonar la idea de ocupar el sistema si lograban mantener a los imperiales ocupados en una docena de frentes.

¿Era demasiado pedir?

Al recordar su discusión con Lyra y Nari en la cueva de Alpinn, Has hizo una pausa y miró a su alrededor; luego, cerró los ojos y extendió sus sentidos en un esfuerzo por experimentar la sensación de trascendencia e interconexión que las dos mujeres habían descrito. Se sintió acalorado y pegajoso, así que dejó de intentar. ¿Se podía sentir la Fuerza incluso en medio del conflicto? ¿Acaso estaba disponible para alguien que se había alejado tanto del camino del bien como Has? Asumiendo que sobreviviera, tendría que contactar a Lyra en algún momento y preguntarle.

Has empujaba el último contenedor hacia la escotilla cuando un humano de cabello rubio se acercó a su nave.

—¿Cómo vamos a mantener esto en marcha, capitán?

Has dejó el contenedor en la orilla de la rampa.

—Él está decidido, por lo que el grupo de combate de Salient no va a poder detenerlo. Ustedes se empeñan en hacer inhabitable este lugar, pero yo creo que él va a pisar el terreno antes de que ustedes terminen con todo, a menos que logremos retrasarlo con ataques de distracción. Mientras más sistemas autónomos se unan a la lucha, más posibilidades habrá de que lo piense dos veces antes de apostar guarniciones militares. Estamos haciendo arreglos para que ustedes puedan comunicarse con milicias en Salient II y en la luna de Epiphany.

—No abandonaremos la causa —dijo el humano.

—Sólo recuerde mantenerlo adivinando: golpe, retirada y reagrupación —agregó Saw desde cerca—. Cuando sus tropas avancen, ataquen desde atrás. Cuando envíe sus naves a apoyar a sus tropas en la luna, abran nuevos frentes en Salient II o aquí. Necesitan mantenerlo tan desequilibrado como sea posible, para que no pueda plantar los pies en ninguna parte.

Has se dio cuenta de que donde él y Saw deberían decir «los imperiales» o «ellos», habían personificado la batalla en la figura del almirante de las fuerzas especiales, cuyo nombre Has había oído era Wilhuff Tarkin. Se trataba de un hombre alto y demacrado, emblema del Imperio, franco propagandista, creyente verdadero, exgobernador de su planeta natal, íntimo de Palpatine desde antes de la guerra y ahora uno de sus moffs. ¿Quién podría decir si era peor que Krennic? Tal vez era igual de responsable de la apropiación de los mundos que Has había manipulado para caer en la subyugación.

—Actúa como si esto fuera una venganza personal —decía el humano—. Contrabandista o soldado de la libertad, ¿cuál de las dos es?

«Sería mejor preguntar si soy un pelele o un pícaro», pensó Has, pero se lo guardó.

—Empecé siendo uno; me convertí en el otro —dijo, sin especificar cuál fue primero.

Mirándolo desde la distancia, Saw asintió; luego volteó hacia el soldado humano.

—Sea como sea, tiene mi palabra de que estaré aquí hasta que termine.

24

CARDINALIDAD

UNA FÁBRICA SEPARATISTA DE DROIDES, fundada por el mandamás del Sindicato de Tecnología, Wat Tambor, se había convertido en una estación secreta de investigación imperial. Menos de cien kilómetros al este había un estrecho tan salado que un humano podría haber caminado sobre el agua, pero aquí, más de sesenta metros por debajo del nivel medio del mar en Hypori, la intrusión de magma en un vasto lago de depósitos de sal había pintado ese mundo de amarillo y naranja fosforescente. Afloramientos sulfurosos, fumarolas subaéreas de lava y estanques lechosos de ácidos corrosivos verdes adornaban el infernal paisaje hidrotérmico. Las paredes negras y escarpadas del cráter de una antigua explosión lo rodeaban todo. El casco de un crucero estrellado clase Acclamator permanecía de pie como un triste monumento a la batalla en la que un grupo de Caballeros Jedi había sido emboscado. Krennic, quien había estado al tanto de mucha información de inteligencia durante la última década estándar, se preguntaba por qué la fábrica de armamento Baktoid no había sido reducida a escombros mucho antes del fin de las Guerras de los Clones, o cómo Mas Amedda o el Emperador se habían enterado de su existencia desde entonces. Sin embargo, todos los días se censuraba información. De cualquier manera, el equipo de ingeniería de Krennic estaba en Hypori; al ser absorbidos por el proyecto Energía Celestial, el objetivo de su trabajo había pasado de la generación de escudos al diseño y producción de armas.

También en Hypori se habían ensamblado los láseres prototipo para los disparos de prueba, para lo cual Krennic les había pedido a los especialistas que diseñaran un arma cincuenta veces más grande que las que habían disparado sobre el agujero negro binario conocido como los Héroes Gemelos. La petición los había dejado atónitos, pero todos se habían puesto manos a la obra y ahora estaban reunidos para presentar sus descubrimientos en un edificio que estaba lejos de la fábrica de droides, desde donde se veían los estanques pútridos.

La sala no era muy distinta al anfiteatro en Coruscant donde la Célula de Consejo Estratégico se había reunido para planear la estación móvil de combate, excepto porque no había un estrado elevado donde Krennic pudiera pontificar como lo había hecho Mas Amedda en esos años de guerra, imponente y despótico. Un holoproyector ocupaba el centro de la cámara y todos estaban de pie alrededor de él. Todos excepto Krennic, quien había aprendido de los mejores (del gran visir y del Emperador) que, cuando uno se encontraba entre subordinados o personas de menor rango, lo mejor era sentarse. Incluso Tarkin lo sabía. Si se encontraba a bordo de una nave de su comando, a Tarkin le gustaba permanecer de pie, pero en cualquier otro lugar se sentaba. Entonces, vestido de modo adecuado para su nuevo rango de comandante, con una túnica y capa blancas (el atuendo que usaría en su próxima visita a la corte del Emperador), Krennic estaba sentado

mientras un investigador tras otro hacía su intervención sobre el proyecto propuesto. Krennic aún tenía que oír sobre los nuevos descubrimientos de Galen acerca del kyber, además de transmitirle el alivio de que sus cálculos habían sido comprobados, y de pedirle detalles adicionales sobre la energía generada por los cristales facetados. De todas formas, Krennic había decidido que el equipo de ingeniería tenía suficientes datos para avanzar sin la ayuda directa de Galen.

Tenía una pierna cruzada sobre la otra y las yemas de los dedos unidas formando una pirámide mientras el primer especialista hablaba de presupuesto; el siguiente habló de las limitaciones de tiempo para completar el proyecto; y el tercero analizó minuciosamente los materiales que necesitarían para producir inductores de energía y bobinas de enfoque lo suficientemente grandes. Otro analizó los requisitos para fabricar amortiguadores de flujo y enfatizó la importancia de duplicar el radio de celdas electroquímicas que habían incluido en los prototipos.

Los pensamientos de Krennic se fueron a otra parte.

Qué lejos había llegado desde esas juntas iniciales, de sentarse en los asientos baratos a estar cerca del escenario, ¡estaba a cargo! Todo lo que había anticipado sucedería. Ahora que Galen estaba contribuyendo sin querer al disparo de prueba, no había manera de saber cuán lejos podría llegar una vez que el superláser de la estación de combate estuviera ensamblado. Definitivamente se convertiría en un elemento esencial de la corte del Emperador, al mando de un arma que le daría vacaciones hasta a Darth Vader y que llenaría de envidia a Tarkin para siempre.

Contralmirante Krennic.

Estaba escrito.

Permaneció sentado y casi no dijo nada durante la exposición, hasta que Reeva Demesne tomó su lugar frente al holoproyector para mostrar un desglose del arma láser en sí, y para concluir su resumen con la petición de hacer una pregunta no relacionada con el tema.

—Adelante —dijo Krennic, inclinándose hacia delante con interés.

—¿Kuat Drive Yards o Ingeniería Coreliana tienen alguna nave nueva en construcción? ¿Algo para reemplazar al destructor estelar?

—Eso está muy lejos de nuestro tema, doctora. ¿Por qué pregunta?

La mirialana miró a sus colegas en busca de apoyo emocional; todos menos Sahali y algunos otros asintieron para animarla.

—Es evidente para todos nosotros que un superláser del estilo del que estamos exponiendo haría parecer pequeña a cualquier nave actual, incluyendo al acorazado dreadnought más grande. Para un arma cincuenta veces más grande que nuestro prototipo, tan sólo el eje colimador tendría que tener unos ocho mil metros de longitud. —Se rio por los nervios y la incredulidad—. Y eso sin contar los disipadores o los capacitadores; ni siquiera el armazón de amplificación del cristal.

Krennic se encogió de hombros.

—Estamos especulando, después de todo. Pero sí. Piensen que es una nave capital nueva y mejorada.

La cara tatuada de Demesne mostró preocupación mientras su mente intentaba imaginar una nave así.

—Luego está el tema del cristal en sí.

—¿Qué hay con él?

—Tendría que ser enorme, casi un edificio pequeño.

Krennic fingió indiferencia.

—El tamaño no importa tanto como la manera en que se corta y faceta el cristal.

—¿Eso es idea del Doctor Erso, comandante?

Krennic guardó silencio.

—Esto es su investigación, ¿no es verdad? —continuó Demesne. Volvió a buscar el apoyo de sus colegas—. Nadie más podría ser el responsable de esto.

Krennic se enderezó en su silla.

—Bueno, ahora sí estamos locamente lejos del tema, ¿no? Doctora Demesne, le convendría recordar que nosotros, el equipo de ingeniería entero, somos sólo un eslabón de una cadena muy, muy larga. Puede pensar en el Doctor Erso como un eslabón adyacente, pero él es simplemente un teórico. Por supuesto que los rumbos separados de nuestra investigación y desarrollo se cruzan ocasionalmente, pero él no es parte de esta evaluación.

Demesne comenzó a hablar; luego hizo una pausa y volvió a empezar.

—Eso me lleva a mi última pregunta.

—¿Pregunta o inquietud, doctora?

—Un poco de ambas, pero tiene que ver con el tema, creo. —Hizo aparecer un esquema del arma propuesta en el holoproyector—. Debido a las limitaciones de estas instalaciones, estamos muy poco equipados para construir algo remotamente de este tamaño. ¿Vamos a continuar aquí o nos van a transferir a algún lugar adecuado para ejecutar el trabajo?

—En realidad, vamos a moverlos a todos —dijo Krennic, abruptamente jovial—. No tengo libertad para revelar el destino todavía, pero creo que será una sorpresa para todos ustedes. Considérenlo su merecida recompensa, digamos, por el maravilloso trabajo que han hecho aquí.

Los ingenieros intercambiaron miradas. Algunos estaban emocionados; otros, claramente aprensivos.

—En nombre de todos, lo esperamos con ansias —dijo el jefe del grupo de ingeniería—. No puede ser menos acogedor que Hypori.

Krennic sonrió.

—El placer de una persona puede ser el disgusto de otra. Tendrán que decidirlo ustedes mismos.

Se puso de pie para indicar el fin de la reunión.

—El Mayor Weng llegará pronto para hablarles de la siguiente fase y del programa de las próximas semanas. Si son tan amables, esperen aquí en lo que llega desde el edificio administrativo.

Fuera de la sala esperaban dos de sus guardias personales, quienes lo siguieron mientras se apresuraba por el corredor.

—Su nave lo espera —dijo el más bajo de los dos cuando se selló tras ellos la puerta de la sala de juntas—. ¿Quiere que lo acompañemos a subir por el pozo, comandante?

Krennic hizo un gesto de despido.

—Yo continúo.

—¿Y los demás, señor? —preguntó el stormtrooper, señalando con la cabeza hacia la sala de juntas.

—Asegúrese de que sean reubicados de manera permanente —contestó Krennic sin dejar de caminar.

¿Cómo hacía la gente para convencerse de actuar contra su naturaleza, de hacer algo completamente distinto de quienes imaginaban ser? ¿Cómo racionalizaban las mentiras, la traición? ¿Recurriendo a la ética situacional o creyendo que protegían del dolor a algún ser amado? ¿Abriéndole a alguien los ojos frente a lo que no se ve o no se reconoce? Si ella intentara explicarle sus acciones a Jyn, ¿dónde empezaría? ¿Dónde tenía que buscar para encontrar las palabras que hicieran sus acciones parecer sensatas, si no es que honestas?

Necesitaba eliminar a Galen de la ecuación, borrarlo como lo había visto a él borrar cálculos con un movimiento de la mano. Lo que ella estaba haciendo lo hacía por su propio bien, aunque también por el de él y el de Jyn. Pero la necesidad de saber, la necesidad de llegar al fondo de sus inquietudes era sólo suya y ella sería la única responsable de sus acciones.

Había pasado de desconfiar de Orson a temerle; de soportarlo a posiblemente odiarlo. Pudo haber logrado alejarla de los asuntos de Galen con tan sólo expresar preocupación por el trabajo de Galen, pero la amenaza implícita hacia ella y Jyn lo había derrumbado todo. Ahora estaba parada sobre sus patas traseras, en posición de combate.

Intentó correr para tranquilizarse por más de una hora; quería sudar hasta que la preocupación saliera de su cuerpo, vuelta tras vuelta alrededor de los terrenos de las instalaciones a oscuras, pero no sirvió de nada. Cada vuelta sólo reafirmaba su decisión de actuar. Durante semanas había estado andando de puntillas cerca de Galen, esperando que notara su comportamiento y la confrontara. En lugar de eso, él también se había distanciado; quizá pensaba que estaba enojada con él por no haberle dicho antes de la visita a Malpaz. O que estaba decepcionada, o simplemente aburrida. Desde su regreso del Borde Exterior, los meses con Nari y Has, él parecía más ausente y preocupado que nunca, anteponiendo su trabajo a su matrimonio, incluso a pasar tiempo con Jyn.

No tenía remedio; no estaba diseñada para guardarse nada, para ser complaciente ni sumisa con nadie, mucho menos con alguien como Orson Krennic.

Resuelta a saber la verdad, interrumpió la vuelta y trotó hacia las instalaciones, gradualmente reduciendo la velocidad hasta una caminata rápida, jadeando, sudando copiosamente, con las manos sobre sus doloridas costillas. El edificio estaba silencioso, excepto por el zumbido ubicuo, casi sobrenatural que siempre tenía, como su propia respiración rítmica. Jyn por fin se había dormido; Galen no estaba ahí. Nadie sospecharía al verla dirigiéndose a la suite de comunicación; lo había hecho una costumbre, parte de su rutina. Para quien lo viera, no sería nada más que correspondencia personal. Algunos de los comentarios de Orson la habían hecho preguntarse si ella y Galen estaban bajo vigilancia o si su comlink personal estaba intervenido. De cualquier manera, no le importaba. Orson dibujó la línea sobre la arena, pero ella sería quien la cruzara primero.

Aun así, esperaba que sus sospechas resultaran ser falsas, que sus inquietudes fueran exageradas. Es más, esperaba que su necesidad de un clima dramático y de cambios sísmicos no causara una catástrofe natural. Si eso sucedía, la vergüenza caería sobre ella por permitir que las dudas la cegaran.

En la consola, inició sesión y accedió a la base de datos de instalaciones relacionadas con el proyecto Energía Celestial. La lista contenía miles de nombres, así que le pidió al sistema que encontrara Hypori, el cual se abrió en la pantalla junto con su conexión de comlink. Cuando intentó conectarse con las instalaciones, no hubo respuesta, ni siquiera tono de ocupado. Un mensaje con voz digital le dijo que la conexión ya no estaba activa ni viable. ¿Habían cerrado las instalaciones? ¿Primero Malpaz, ahora Hypori? ¿Habían reubicado a Reeva? Había prometido avisar si eso pasaba, pero Lyra no había oído ni una palabra. Le ordenó a la base de datos que encontrara a Reeva.

Falló.

Reeva ya no estaba en el sistema.

Con el corazón aporreándole el pecho, recordó las inquietudes de Reeva acerca del paradero de Dagio Belcoze. Ahora Lyra se preguntaba sobre el paradero de Reeva. ¿Ambos habían abandonado el programa?

¿O los habían quitado, bajo advertencia de terminar cualquier contacto con empleados de Energía Celestial?

Se recargó en la silla giratoria, aterrada hasta los huesos, repasando todo por última vez. Luego, buscó su comlink personal e hizo una llamada. No le gustaba arrastrar a Nari al asunto, pero las dos estaban hechas de lo mismo y Nari la entendería.

Cuando su holoimagen a escala apareció sobre el link, Nari sonrió.

—Hola, justo estaba pensando en ti.

Nari preguntó por Galen, por Jyn, incluso si Lyra había tenido más comunicación con Has Obitt.

Obligándose a hablar lo más calmadamente posible, Lyra respondió sucintamente y fue directo al grano.

—Surgió algo y necesito tu ayuda. ¿Todavía tienes acceso a la nave de investigación de la compañía?

—Estoy a bordo justo ahora —dijo Nari—, ¿esto tiene algo que ver con nuestra misión de exploración?

No le había contado a Nari de la conversación con Galen o de su viaje secreto con Krennic, mucho menos acerca de la amenaza de Krennic.

—Indirectamente. ¿Podrías arreglar saltos a Hypori y Malpaz?

Nari frunció el ceño.

—Posiblemente, pero primero vas a tener que decirme dónde está Hypori. Nunca he oído hablar de él.

Lyra se inclinó sobre el tablero de la consola.

—Estoy enviando las coordenadas ahora.

Nari dirigió la mirada hacia algo fuera de la cámara; luego pasó un momento tratando de entender lo que había recibido.

—Guau. Nunca he estado ni cerca de ese sector.

—¿Crees que podrías lograrlo? —preguntó Lyra.

—Podría ser complicado. Hay múltiples consultores de viaje para esos hiperplanos. Tendría que pensar en una excusa ingeniosa. —Hizo una pausa, luego dijo—: No puedo decir con seguridad cuándo podré hacerlo suceder.

—Siento tener que pedirlo.

—No lo sientas, pero ¿puedo preguntar por qué necesitas ver esos mundos? ¿Los han apropiado como a Samovar y Wadi Raffa?

—Quizá sea mejor si no te lo explico.

Nari asintió, seria.

—Entonces tomaré las precauciones necesarias.

25

EL PUNTO FIJO EN UN MUNDO QUE GIRA

TARKIN CAMINABA DE UN LADO A OTRO DEL PUENTE de la *Executrix*, viendo a Salient II arder. El planeta giraba lentamente debajo del destructor estelar, a miles de kilómetros de distancia, una erupción interminable de ruinas. Con cada rotación, revelaba áreas nuevas de devastación, flamas ascendiendo y explosiones expansivas disipándose en la atmósfera. El horizonte estrellado se tornó gris y negro por el humo que emergía en columnas.

Su asistente le informó:

—La mayoría de la infraestructura está deshecha, las presas están destrozadas, las instalaciones de fusión y fisión están en llamas, las reservas fueron envenenadas y las ciudades fueron saqueadas e incendiadas.

—Me sorprende que no intentaran derretir los casquetes polares.

—Podrían. Destruyeron hasta sus propias casas antes de huir, en respuesta a que el gobierno hizo un «llamado a la aniquilación».

—Espero que se hayan llevado a sus mascotas —gruñó Tarkin, sin detener sus pasos.

—Al parecer se llevaron todo, junto con manadas enteras de animales.

Tarkin se detuvo y rio.

—¡Qué leyenda tan maravillosa para las generaciones venideras! Todos recordarán la vez que Tarkin llegó a Salient.

—El mito crece, señor.

Tarkin aspiró.

—¿Y a dónde se dirigen las masas postapocalípticas?

—Se adentran al sector, lejos de los sistemas Imperiales. Sería fácil impedir su éxodo…

Tarkin se acercó a los miradores delanteros para observar a los convoys de transportes viejos, yates y chatarra sin valor de todos tipos y dimensiones escapar del planeta.

—Déjelos ir —contestó después de un momento—. Entre menos población, menos tropas tendremos que desplegar para ocupar el mundo. —Volteó hacia su asistente—. ¿Cómo están las cosas en Epiphany?

—La situación sigue en deterioro, señor.

El asistente proyectó holos de la luna; la superficie estaba repleta de cráteres de bombardeos, sus edificios habían colapsado y muchos de sus domos de protección de vida estaban partidos cual cáscaras de huevo. Había sido devorada por el fuego de las naves imperiales y los cazas estelares a tal grado, que en el espacio comenzaron a formarse nubes de escombros y partes.

—Nuestros zapadores lograron infiltrarse en el complejo de Zerpen y lo volaron en pedazos —dijo el asistente—. Se dice que el consorcio busca tomar acciones legales contra el Imperio.

«El precio de la gloria», pensó Tarkin.

—Guarde eso —dijo, haciendo un gesto vago hacia el holo—. ¿Qué más?

—La buena noticia es que ya comenzó el ataque a Salient I.

Tarkin apretó los labios y lanzó sus palabras como si no fueran nada.

—No quiero que las fuerzas de Utu desperdicien tiempo en suavizar las cosas. Ordene a los comandantes iniciar un ataque por tierra antes de que a los locales se les ocurra empezar su propio llamado a la aniquilación.

—Sí, señor.

—¿Siguen reforzando las milicias? —Tarkin retomó los pasos inquietos.

—Sí, y los contrabandistas son apoyados por grupos de hiitianos, tynnanos, koboks, y otros en el sector.

—Así que colaborando con los perdedores, ¿eh? —Tarkin arqueó la ceja y se tocó la barbilla.

—Eso parece.

—Bien, hay que darles lo que piden. ¿Tenemos inteligencia sobre alguno de los puntos de reabastecimiento?

El asistente consultó su datapad y proyectó en holo un valle amplio, rodeado de paredes empinadas, con lagos pequeños y parches de bosque. El video de reconocimiento de las naves de exploración mostraba un par de cargueros de contrabando desaparecer detrás de un peñasco enorme.

—Con que están usando la montaña de guarida… —dijo Tarkin.

—Tenemos escuadrones de cazas estelares cerca, podríamos enviar uno —sugirió el asistente después de consultar su datapad. Tarkin lo consideró.

—¿Hay algún clase Venator dentro del rango?

—La nave de la Almirante Utu es la más próxima en el hemisferio.

—¿Entonces para qué perder el tiempo con los ataques en tierra? Pídale a la Almirante que busque la forma de tirarles el risco encima con los turboláseres. —Tarkin sonrió discretamente—. Podríamos decir que ellos mismos se lo buscaron.

Galen estaba sentado en el sillón de su residencia en las instalaciones. Levantaba la mirada de sus notas de vez en vez, en reconocimiento del hecho de que él y Jyn estaban juntos en la misma habitación, cosa que no sucedía frecuentemente después de renovar tensiones con Lyra. La niña tenía sobre el regazo una pantalla de dibujos que manejaba con los dedos, y trabajaba con bríos en una imagen abstracta, hablando consigo misma, tranquila pero animada.

Galen tenía su propio cuaderno en mano e intentaba resolver una ecuación que lo había eludido durante semanas. Ahora que había encontrado la manera de alterar la estructura interna de los cristales, los cristales habían hecho lo mismo con la de él. A pesar de que no había sabido nada de Orson, una nueva sensación de urgencia se coló en su investigación, como si alguien le susurrara al oído «apúrate, apúrate…».

Desde que le transmitió a Orson los datos sobre el facetado, sintió una febrícula constante; parte de su mente estaba ocupada por completo en resolver cálculos casi inconscientes. No tenía duda de que tenían que ver con el kyber, pero la naturaleza del problema aún no se le había revelado. Aun sin saber a ciencia cierta, las ideas plagaban su mente y documentaba todos sus sueños en un cuaderno. Había trazado un mapa de su subconsciente desde hacía mucho tiempo y por lo general lograba descifrar sus sueños, pero los más recientes sucedían fuera del mapa, en regiones ignotas de su mente. Su diario tenía varias páginas de extensión; muchas de sus entradas sucedían a media noche o después de una siesta, interrumpidas aquí y allá por garabatos que se convertían en cálculos, pensamientos al aire y notas microscópicas que ni él podía leer a veces.

Se quitó el pelo de la cara y cambió su atención del cuaderno a Jyn, tan absorta en lo que hacía que parecía estar en su propio universo. Cuando hizo una pausa para contemplar su dibujo, Galen se levantó de su asiento y se acercó a ella.

—¿Me enseñas tu obra, estrellita?

Lo miró sorprendida y asintió.

—Es para ti.

—¿Para mí? —Galen se señaló a sí mismo. Ella asintió de nuevo.

—Es un dibujo de Brin intentando llegar a casa.

Brin era el héroe de su holo favorito de antes de dormir, *The Octave Stairway*. En pantalla estaba su interpretación de la escalera en espiral que desciende ocho niveles hasta el área cóncava en la base, en donde Brin recibió los poderes mágicos que le permitirían volver a su hogar.

Galen lo había visto tantas veces que podía recitar el pasaje de memoria.

«Cuando al fin entraron al castillo, cruzaron el umbral hacia el interior. Delante de ellos, vieron la escalera descendente, la legendaria escalera octava que Brin y sus amigos se habían propuesto hallar. Se pararon sobre el primer escalón y se asomaron a la oscuridad. "Ocho niveles", dijo Brin. "Ocho piezas mágicas que hallar". Al fondo de la escalera yacía el Tazón Dorado. Quien lo tocara tendría el poder de salir disparado hacia el cielo, a través de la escalera, a través del techo, hasta llegar a su hogar».

Al borde del dibujo de la escalera, adornando la pantalla rectangular, había símbolos y figuras extraños que Galen identificó como versiones de los garabatos matemáticos que dejaba por todas partes.

Se fijó más de cerca en el dibujo de Brin, desaliñado y con el pelo largo. Se preguntó si no habría querido representarlo a él, en lugar de a su héroe.

—Brin se parece un poco a mí —dijo Galen.

—Puedes ser Brin si quieres.

Galen la miró con tanto amor en el pecho que se sentía tanto desgarrador como maravilloso. Recordó la primera vez que miró sus ojitos en la habitación de Lyra, en el Torreón. Sus ojos manchados de colores lo habían cautivado por completo ese día y de nuevo el día que salió de la prisión de Tambolor. Pensó en todas las veces que ella y Lyra le dieron la fuerza para sobrevivir sus largas y frías horas en la celda, las promesas incontables que se hizo a sí mismo de darles las vidas más hermosas posibles. Su hija perfecta. ¿Cómo fue que se permitió a sí mismo caer tan profundo en su investigación que Jyn apenas lo conocía? ¿Cómo fue que puso primero a los cristales kyber? Se suponía que trabajaba para ellas, pero ahora todo parecía ser sólo para él. Todo para sentir la pasión del *descubrimiento* puro.

Jyn brincó de susto cuando la jaló de repente hacia un abrazo apretado.

—Te amo, mi estrellita —le susurró al oído, y se limpió una lágrima con el dorso de la mano—. Perdóname por estar tan ocupado, se me había olvidado decirte lo mucho que te quiero.

La niña asintió en sus brazos.

—Sí, papi. ¿Ya podemos seguir a Brin a su casa?

Krennic regresó desde Hypori al hábitat orbital de mando en Geonosis.

Ahora tenía más fondos, un ejército de droides de trabajo mejorados, y aleaciones avanzadas importadas desde mineras y fundidoras de las Extensiones Occidentales. El recubrimiento de la estación avanzaba a pasos agigantados. Ya habían comenzado a construir los proyectores de escudos cerca del reflector parabólico del hemisferio norte y la trinchera ecuatorial de la esfera se preparaba para albergar baterías de turboláser y generadores de rayo tractor. Hasta a los esclavos geonosianos les habían dado incentivos para acelerar los acabados interiores.

La prueba de tiro exitosa le infundió un nuevo ímpetu al proyecto.

A veces, a Krennic se le olvidaba que estaba construyendo un arma excepcional, no un planeta que gobernaría algún día; un mundo propio, repleto de un poder que equiparaba al del Emperador, al del Imperio, e incluso al del mismo ejército.

El único reto que tenía enfrente era el superláser. Ni las fundidoras orbitales en Geonosis, con toda su longitud, podían fabricar ejes colimadores de ocho kilómetros de largo. Tendrían que hallar un sitio remoto adecuado y redirigir los recursos para hacer llegar los resultados en secreto a la estación de batalla.

Luego estaba la cuestión de los kyber.

Krennic esperaba más de Galen luego de la prueba de disparo. Se preguntó si el silencio del científico tenía algo que ver con Lyra. Se enteró de que Galen, probablemente movido por las sospechas de Lyra, había hecho preguntas sobre el paradero de los envíos de minerales de mundos incautados. También se enteró de que Lyra intentó contactar a Reeva Demesne. ¿Había cometido un error al advertirle que no

se metiera en los asuntos de Galen? La gente respondía a las amenazas de distintas maneras. La mayoría se sentía intimidada, ella no. Una amenaza no significaba nada, a menos que se estuviera listo para llevarla a cabo. Lo de Lyra era complicado no sólo porque sentía cariño por ella, sino por lo que le pasaría a Galen si ella desapareciera. La investigación podría verse más amenazada por las consecuencias de las acciones de Krennic que por la tendencia a la intrusión de Lyra.

Quizá Galen se había convertido en el premio de una especie de concurso entre los dos. Quizá siempre lo fue.

¿Podría asumir que Lyra no le había dicho a Galen sobre las amenazas implícitas?

La única forma de saberlo era meterse de lleno a la arena de combate y lidiar con el problema. Ya había preparado una explicación de por qué le habló a Lyra; diría que lo hizo por preocupación de que la insistencia continua de Lyra lo hiciera romper sus juramentos de seguridad, poniéndolo bajo riesgo de arresto por la COMPNOR. Su intención era proteger a Galen y, por supuesto, a Lyra, por lo que revelarle la verdad a ella habría significado ponerla más en riesgo, es todo.

Krennic sólo tenía que volteársela.

Ahora bien, si Lyra no le hubiera dicho nada sobre las amenazas, si Galen hubiera cumplido su juramento y no hubiera mencionado nada sobre las mentiras que le dijo sobre el plan del Emperador…

Como fuera, ya era hora de visitar a los Erso y, de ser necesario, silenciarlos.

—Terminé de transcribir todo —dijo Lyra, en cuanto Galen entró a la residencia. Se levantó del escritorio cercano a la estación comm y lo interceptó—. Pero creo que deberías revisar lo que hice.

Galen la miró confundido. No le había pedido que transcribiera nada, ni se había ofrecido a hacerlo.

—Sólo mira las primeras notas… —le dijo, y le forzó un datapad que ni siquiera era el que usaban normalmente.

En la pantalla, había escrito:

«Dime que las notas están bien, luego pídeme que salga a caminar contigo». No había siquiera levantado los ojos de la pantalla, cuando Lyra le dijo:

—Puedo hacerlas más detalladas una vez que las hayas podido revisar todas. —Lo miró exhortándolo a seguir fingiendo; él le siguió el juego.

—¿Qué tal si las reviso después? Ahora se me antoja un poco de aire fresco.

Lyra forzó una risotada.

—¿Tú? ¿Desde cuándo?

—Sólo un paseo rápido, acompáñame.

—Vamos, siempre se me antoja pasear.

Galen se dirigió hacia el turboascensor, pero se detuvo a preguntar por Jyn.

—Está dormida —contestó Lyra—. Hicieron falta seis cuentos para lograrlo, Mac-Vee se quedó con ella. Le pedí que nos contactara si se despierta.

Galen dirigió una mirada hacia el dormitorio de Jyn y asintió. Ambos se hicieron conversación casual, tomaron el turboascensor hacia el segundo piso, salieron de las instalaciones por una de las puertas laterales y caminaron por un sendero que atravesaba el terreno.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Galen en voz baja cuando estaban a una distancia considerable del edificio.

—No quería arriesgarme a hablar contigo adentro —dijo, fingiendo pasear.

—¿Arriesgarte?

—Creo que estamos bajo vigilancia, Galen, quizá desde el principio.

Galen no intentó ocultar su incredulidad.

—¿Quién nos está vigilando?

—Orson, para empezar.

—¿Para qué nos espiaría? No tenemos nada que ocultarle.

—Puede que no, pero estoy segura de que nos oculta muchas cosas. —Entrelazó su brazo con el de Galen para poder hablar más de cerca y más bajo—. Creo que corremos peligro.

—¿Aquí?

—Sí, aquí en esta prisión de lujo que Orson construyó para ti. —Inhaló profundamente para calmarse, luego dijo—: Hace un par de semanas, tu benefactor imperial nos visitó de la nada a mí y a Jyn en el jardín de recreo del Distrito Central. Me advirtió que tuviera cuidado con socavar tu trabajo…

—¿Te amenazó? —Galen giró la cabeza hacia ella, sorprendido.

—No exactamente, no. Pero sí me dio a entender que me harían responsable si fallaras en cumplir las expectativas del Imperio. Dijo un par de cosas que sonaban a que llevan mucho tiempo vigilándonos de cerca.

Galen luchó con la idea.

—No pudo haberlo dicho así, no después de todo lo que ha hecho por nosotros.

—Oh, sí que lo dijo justo así. Y se pone peor: creo que el Imperio está desapareciendo investigadores de Energía Celestial.

Galen tuvo que obligarse a seguir caminando.

—¿Primero lo del ecocidio, ahora desapariciones?

—Déjame terminar —dijo Lyra en un tono que no admitía contestaciones—. ¿Recuerdas que te dije que Reeva nos hablaría desde Hypori? Pues borraron su nombre de la base de datos del personal, igual que el de Dagio Belcoze. Por otro lado, Hypori no responde a ningún mensaje. ¿No crees que el Imperio pueda desaparecer investigadores para eliminar la posibilidad de que se filtre información?

—No puede ser, la amenaza son los anarquistas, no los investigadores.

—Rehúsate a creerlo todo lo que quieras, pero tú mismo dijiste que la seguridad es un problema enorme. Mira este lugar. Mira todo lo que tenemos que hacer para tener una conversación sin tener miedo de que nos escuchen.

—*Tú* eres la que tiene miedo de que nos escuchen —dijo, lo más controlado posible—. A lo mejor estás viendo problemas donde no existen. Quizá clausuraron Hypori o Reeva se salió del programa.

—Intenté convencerme de que ese era el caso, pero no pude, así que le pedí a Nari que fuera a Malpaz e Hypori y nos diga qué encontró.

Galen se quedó en silencio. Lyra esperaba alguna acusación de que había perdido la cordura, un regaño por haber usado el comm de las instalaciones, o que Galen saliera en defensa del Imperio, a cantar loas en honor a Orson por haberlos ayudado tanto. Pero esta vez parecía escuchar sin juzgar, tan tranquilo que preocupaba.

—¿Cuándo sabremos algo de ella? —dijo al fin.

Lyra no ocultó su alivio.

—Sólo tiene que ver cómo justificar los viajes. ¿Podrías al menos evaluar los datos que envíe, aunque sea sólo por mi tranquilidad?

—Tenemos que llegar al fondo de esto —masculló en contestación.

—¿Al fondo? —Lyra detuvo la caminata para pararse enfrente de Galen—. Después de todo lo que hemos pasado estos meses, creí que… Bueno, supongo que esperaba que te negaras a aceptar esto. ¿Qué cambió?

Sus ojos se entrecerraron bajo la luz de los edificios distantes.

—Que yo también tengo mis sospechas.

26

EXPONENTES

HAS VOLVIÓ EN SÍ LENTAMENTE; le punzaba la cabeza y veía borroso.

—¿Disfrutaste la remojada? —preguntó una voz masculina.

Con esfuerzo, enfocó la vista en el oficial imperial alto y demacrado que estaba de pie a unos metros.

—¿Dónde estoy? —preguntó Has, débil.

—En la enfermería de prisioneros de la *Executrix* —dijo el oficial—, actualmente en órbita estacionaria sobre Salient I. —El humano se acercó al pie de la camilla de Has—. Pasaste una semana en un tanque de bacta y aquí estás, como nuevo.

Has se dio cuenta de que traía el uniforme rojo de prisionero; sus manos y pies habían sido esposados con brazaletes eléctricos.

Dirigió los ojos aún nublados hacia las insignias cuadradas, rojas y azules, fijas a la túnica gris del oficial.

—Usted es Moff Tarkin —dijo.

Una breve mirada de sorpresa pasó por el semblante severo de Tarkin.

—Qué gusto saber que tu cerebro sigue funcionando.

—Lo que queda de él —logró decir Has—. Y no gracias a usted.

Tarkin lo estudió abiertamente.

—El ataque de la Almirante Utu al muro del valle fue muy preciso. Sus turboláseres bordearon una línea de energía destructiva a lo largo de la ruta de escape oriental que derrumbó el techo sobre todos ustedes, que se habían estado resguardando debajo. Al principio no me interesaba ningún posible sobreviviente, pero, para ver qué atrapábamos, le ordené a los droides buscadores de Utu que echaran un vistazo por ahí. Te descubrieron en una cavidad entre los escombros y te llevaron al fondo del valle, donde, por supuesto, no tardaron en transportarte para ponerte en custodia.

Has no recordaba nada de eso.

—¿Por qué se molestaron en gastar tanto? —preguntó, gesticulando con el mentón hacia el pabellón de terapia de bacta.

—Para hablar contigo, antes de que empieces lo que sin duda será un largo tiempo en prisión.

—En ese caso, prepárese para una conversación con usted mismo. —Has estaba demasiado débil para darle importancia.

—Entendido, pero veamos cómo nos va —dijo Tarkin, encogiéndose de hombros—. Me da curiosidad saber si tus acciones en Salient, con todo lo que lograron, fueron a petición del Comandante Krennic.

Has se le quedó viendo al moff por un largo rato, preguntándose cuánto sabía.

—¿Amnesia repentina? —preguntó Tarkin.

—Evaluando mis opciones —dijo Has con cautela.

—Eso sugiere que sigues bajo órdenes de Krennic.

—No estoy siguiendo órdenes de nadie.

Tarkin frunció el ceño.

—¿Todos esos viajes por suministros sin ningún beneficio personal? ¿Para un sistema que ahora pertenece al Imperio?

—Buena suerte con su desintoxicación y sus esfuerzos para volver a sembrar.

Tarkin se permitió una sonrisa.

—Al menos Salient servirá como un punto de partida para ataques futuros al sector.

Has sintió que las fuerzas le regresaban.

—El Imperio no se detendrá hasta que alcance las orillas de la galaxia, ¿no?

—¿Por qué detenerse ahí? —preguntó Tarkin. Se alejó de la camilla, luego volteó—. El resto de tu pequeña banda de mercenarios logró escapar, pero tarde o temprano los encontraremos.

—No esté tan seguro. Son muy buenos en lo que hacen.

A Tarkin se le borró la sonrisa.

—Si damos por hecho que estás siendo honesto respecto al Comandante Krennic, me gustaría saber qué te hizo pasar al otro bando después de que ayudaste a ganar Samovar y Wadi.

Has hizo una mueca; así que Krennic y Tarkin se habían puesto de acuerdo desde el principio.

—¿Qué diferencia hace eso?

—¿El Comandante Krennic te traicionó? ¿O acaso hiciste algo para caer de su gracia?

La risa de Has se transformó en una tos seca.

—Si se mira de cierta manera, él fue responsable de mi cambio de rumbo —dijo cuando pudo—, pero, ya que tiene tanta curiosidad, lo que me cambió fue un viaje que hice con un par de mujeres humanas.

Tarkin se paró en seco a un metro de la camilla.

—Ahora estoy intrigado. ¿Estas mujeres de alguna manera te ayudaron a abrir los ojos, el corazón…, qué parte de ti?

—Al efecto que las acciones del Imperio están teniendo en las vidas de las personas a quienes aún les importa.

La decepción jaló hacia abajo las comisuras de los labios de Tarkin.

—Por favor, capitán. Intentemos no ser ingenuos. ¿A dónde fueron tú y tus acompañantes humanas en este viaje que te cambió la vida?

Has comenzó a preguntarse si Tarkin lo había drogado con suero de la verdad. Incluso si no, cabía la posibilidad, aunque pequeña, de que algunas respuestas honestas le compraran cierta indulgencia.

—Empezamos en Alpinn.

—Conozco Alpinn.

Has no se sorprendió; Tarkin parecía experto en todo.

—Las mujeres hicieron un poco de topografía y cartografía. Expresaron interés en visitar algunos mundos del Legado, así que las llevé a Samovar y a Wadi Raffa.

—A visitar lo que habías hecho, quieres decir. —Tarkin sonrió—. ¡Eso debe haber sido muy depurativo!

—Sus reacciones me hicieron cuestionarme severamente.

—Honestamente no sé si reír o llorar. —Tarkin lo miró—. Yo que te consideraba un contrabandista talentoso y un hábil mercenario, ahora me doy cuenta de que más bien eres un acompañante cursi.

Has intentó incorporarse mejor en la camilla.

—Lo de acompañarlas fue idea del Comandante Krennic.

—¿Para qué? —Las cejas de Tarkin se arquearon con nuevo interés.

Has dejó de luchar contra las esposas.

—La idea era asegurarse de que no se metieran en problemas. Una de ellas está casada con un científico importante y yo tenía historia con la familia.

—¿Qué científico? —preguntó Tarkin, endureciendo la mirada.

—Su nombre es Galen Erso.

Los ojos de Tarkin se abrieron ante la genuina revelación y se llevó los dedos al mentón.

—El especialista en energía.

Has no respondió de inmediato, ¿acaso había encontrado un punto en común con el moff?

—¿Lo conoce? —preguntó finalmente.

—¿Qué clase de historia tienes con los Erso?

—Ayudé a rescatarlos de Vallt durante la guerra. Fue cuando conocí al Comandante Krennic. No sabía que Erso seguía involucrado con él, porque en ese entonces me pareció que no quería tener que ver con cuestiones militares.

Tarkin no se molestó en esconder su sorpresa.

—¿Galen Erso está trabajando con el Comandante Krennic?

—Eso dijo Lyra, su esposa.

Tarkin parpadeó.

—Entonces fue gracias a *Erso* que obtuvo su nuevo conjunto de insignias en la túnica —dijo para sí mismo.

Has se arrepintió inmediatamente de haber divulgado la información. ¿Acaso había puesto en peligro a Lyra y a Jyn abriendo la boca? Cualquiera que fuera el motivo de la evidente rivalidad entre los dos imperiales, Galen Erso parecía formar parte de ello.

Tarkin le sonreía.

—Tú y yo hemos sido manipulados por un estratega bastante brillante. El Comandante Krennic te reconectó con Lyra Erso para estimular tu traición en Salient y tu traición me condujo el engaño de Krennic.

Los pensamientos de Has se aceleraron. ¿Había forma de advertirle a Lyra? Tarkin lo examinaba, claramente planeando su propia estrategia.

—Me has causado muchos problemas, capitán —dijo el moff después de un largo rato—, pero voy a darte una oportunidad de redimirte.

Galen estaba sentado en el cuarto de Jyn, el cual había limpiado de dispositivos de audio, y miraba concentrado las computadoras compactas y los holoproyectores que había traído de otras partes del edificio.

Lyra caminaba de un lado a otro detrás de él, nerviosa, esperando su veredicto. Tras una semana estándar desde su conversación callada en los senderos, los reportes de holodatos de Nari sobre Hypori y Malpaz habían llegado sólo horas estándar antes. Durante la breve conversación entre Lyra y su amiga, Nari había dicho que Hypori era el salto más lejano que había hecho y que no era un mundo al que le gustaría regresar; usó las palabras «vil» y «corrupto» para describir lo que había visto. Sin embargo, Nari no había ofrecido teorías sobre ninguna de las imágenes o lecturas hechas por los sensores topográficos de la nave; Lyra no le preguntó: Nari ya estaba suficientemente involucrada con lo que podría ser una conspiración o una confabulación de espionaje y Lyra no quería regalarles a sus vigilantes invisibles más armas de las que ya tenían.

—Hypori no fue gradualmente eliminado —dijo Galen, al fin—; fue destruido.

—Anarquistas —comenzó a decir Lyra.

—No fue destruido por anarquistas ni por separatistas insurrectos, sino por turboláseres de un destructor estelar imperial. —Galen se alejó de los ronroneos y gorjeos de los aparatos para mirarla—. Sería más acertado decir que *restregaron* las instalaciones.

Lyra se había detenido y lo miraba con asombro.

—Pero sabemos que eran instalaciones de Energía Celestial.

—No hay duda sobre eso —dijo Galen y asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué habría de destruir el Imperio una de sus propias instalaciones? ¿Había alguna especie de fuga contaminante?

Galen gesticuló hacia el banco de instrumentos.

—No hay evidencias de ello.

—Quizá fue para evitar que el lugar cayera en manos de insurgentes.

Galen volvió a asentir.

—Es una fantasía agradable. —Señaló un holograma que flotaba sobre uno de los holoproyectores—. En Hypori hay una antigua fábrica de droides Baktoid Armor, de unos diez, tal vez hasta treinta años estándar antes de la guerra. Esas instalaciones están más o menos intactas, quizás hasta funcionen, pero todo alrededor de ellas se echó a perder, incluso un par de estructuras nuevas reacondicionadas.

—¿Sabes cuándo sucedió?

—Es reciente, tanto, que la zona sigue caliente. Yo diría que un par de semanas estándar. No más de un mes. —Galen se quedó callado un momento.

Lyra recordó el destructor estelar que había visto en Samovar, dirigiendo sus turboláseres hacia vastas áreas de bosque prístino.

—¿Malpaz también? —preguntó con indecisión.

La expresión de Galen pasó de la tristeza absoluta al enojo.

—La destrucción de Malpaz se debe, al menos hasta cierto punto, a la difracción de cristales kyber.

Ella lo miró boquiabierta.

—Pero tú me dijiste…

—Ya sé lo que te dije. Lo mismo que me dijo Orson: que los anarquistas eran responsables, pero todo era mentira. —Apretó los dientes—. Han estado intentando convertir mi investigación en un arma.

—Galen —dijo ella, sintiendo que el aire la abandonaba por completo.

Él se volvió hacia las pantallas y los holoproyectores.

—Ni Malpaz ni Hypori eran instalaciones para energía. Eran centros de investigación de armas. Las computadoras han logrado reconocer lo que alguna vez fueron ejes colimadores de láseres inmensos, bobinas de focalización e inductores de energía. —Movió la cabeza hacia delante y hacia atrás—. Ahora todo comienza a tener sentido. Los envíos desaparecidos de dolovita y doonium, el retraso de Orson al proporcionarme datos sobre los experimentos de energía (incendios de prueba, en lo que a mí respecta), quizá también cuando, durante la guerra, mencionó el trabajo que estaba haciendo en una instalación militar única. —Cerró los ojos y suspiró—. He sido un tonto, Lyra.

Igual de perturbada, ella apoyó una mano sobre su hombro.

—No podías saber. No *podíamos* saber.

Él le lanzó una mirada.

—¿No? Si no hubiera sido tan ciego…

—¿Es posible que Orson supiera algo de esto? ¿O sería desear demasiado?

Galen se puso de pie y se alejó de los aparatos.

—Va a venir aquí —dijo con repentina fuerza, volteando para mirarla de frente—. Lo hizo sonar como cualquier otra visita social, pero creo que quiere ver cómo estamos. Si tienes razón sobre la vigilancia, entonces sabe que hemos estado buscando la verdad.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Qué podemos hacer?

Él lo pensó un momento y luego dijo:

—Siempre podemos aliviar sus sospechas.

—¿Cómo?

—Creo que podemos admitir ciertas preocupaciones, sin ofrecer teorías sobre las desapariciones. Minimizamos todo. —Galen entornó la mirada—. ¿Puedes hacer eso?

Lyra apretó los labios. La destrucción en Hypori y Malpaz no explicaba las desapariciones de Dagio y Reeva. ¿Ese también sería el destino de Galen? ¿De los dos?

—Definitivamente lo intentaré —dijo ella.

27

NO MÁS PRUEBAS

KRENNIC LLEGÓ TARDE, sin botellas de vino añejo, pero en compañía de dos stormtroopers que se quedaron en la zona de aterrizaje con el aerospeeder. Al verlo, Jyn se negó a salir de su cuarto, así que Lyra la dejó al cuidado de Mac-Vee. Tal vez la niña no podía explicar por qué no le caía bien Krennic, pero su cautela lo decía todo.

—La Semana de Todas las Especies ha empeorado el tránsito —dijo a modo de explicación y de disculpa, una vez que los tres estaban sentados en la sala del piso superior. El paisaje urbano de Coruscant brillaba a través de las altas ventanas—. Espero no haber arruinado la velada por completo.

—No hay problema, Orson —dijo Galen—. Agradecemos tu visita.

Krennic levantó una ceja y abandonó el tono amable.

—¿Ah, sí? ¿Con todo y lo ocupados que han estado?

—Nuestra investigación y Jyn nos mantienen en pie. —Galen forzó una sonrisa.

—Cierto, ¿cómo está la niña? —preguntó Krennic, apenas disfrazando la burla en su voz—. Supongo que interesada en todo.

—Es muy curiosa —contestó Lyra.

Krennic sonrió sin despegar los labios.

—Como sus padres, entonces.

—Estoy pensando en llevarla a ver a mi madre en Aria Prime —continuó Lyra.

—¿De verdad? —Krennic la miró—. Bueno, asegúrate de avisarme si necesitan ayuda para hacer los arreglos del viaje. Aunque las vías espaciales son bastante seguras, uno siempre debe cuidarse a donde sea que vaya.

El trasfondo de sus palabras estaba claro para Lyra.

—Sobre todo con los anarquistas, y demás —dijo ella—. Traté de convencer a Galen de venir con nosotras, pero no quiere abandonar su trabajo.

—El Imperio valora mucho la dedicación —dijo Krennic, asintiendo con seriedad hacia Galen—, sobre todo cuando es inquebrantable. —Volvió a mirar a Lyra—. Aun así, es importante dedicarles tiempo a la familia y a los amigos.

Ella se mantuvo neutral.

—¿Dónde estaría cualquiera de nosotros sin la amistad?

—Hablando de amistad —dijo Krennic—, ¿lograron contactar a Reeva Demesne? Recuerdo cuando tú, Galen, preguntaste por ella. No he podido localizarla.

—Es muy extraño —respondió Lyra en lugar de Galen—; no aparece por ninguna parte.

Krennic hizo una pausa como para reflexionar, luego dijo:

—Me preguntó si se fue o si la sacaron del programa.

—Dagio Belcoze, luego Reeva… —dijo Galen—. Supongo que la investigación no es para todos.

—Definitivamente no para los débiles de corazón ni para los infieles —contestó Krennic—. Si no me falla la memoria, Reeva estuvo en Hypori al final.

—Ahí estaba cuando nos contactó —dijo Lyra, sin poder detenerse—. ¿Qué clase de instalaciones tiene Energía Celestial allá?

—Por el momento, nada —contestó Krennic, mirándola con recelo—. Tuvieron que ser clausuradas después de un accidente industrial.

—Eso es terrible —dijo Lyra, fingiendo sorpresa.

—Bastante —dijo Krennic—. El Imperio había invertido mucho en ese lugar.

Lyra y él se miraron a los ojos.

—¿Hay alguna noticia sobre los responsables de la destrucción de Malpaz? —preguntó ella.

—Aún no, ¿por qué preguntas?

—Curiosidad.

—Ese es un motivo muy poco apropiado para discutir asuntos de seguridad imperial.

—Estoy consciente de los riesgos —dijo Lyra, antes de que Galen pudiera evitarlo.

Krennic se ruborizó de repente.

—Cada vez me cuesta más trabajo creer eso.

—Sólo me pregunto si estamos en peligro —dijo Lyra.

—¿Ustedes, específicamente?

—Quiero decir, como empleados de Energía Celestial.

Krennic apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante.

—¿De verdad estás asustada, Lyra? ¿O esto es sólo otra táctica para socavar el trabajo que está haciendo Galen?

—No está intentando socavar nada, Orson —dijo Galen—. Sólo está preocupada.

—¿Como madre, esposa o alborotadora? —Krennic no dejó de mirarla.

—Orson… —comenzó Galen.

—Lo siento, pero esta noche no vamos a jugar ningún juego de salón. Arreglé la expedición a Alpinn para que Lyra se sintiera incluida en el programa, pero, en lugar de apegarse a la misión, ¿qué hacen ella y su amiga? Brincan de aquí para allá en las Extensiones Occidentales, visitando mundos que el Imperio ha estado minando para conseguir recursos de vital importancia para Energía Celestial. Y ahora se preocupa por los anarquistas. —Clavó la mirada en ella—. Lyra Erso, detective galáctica. Deberías ser más sensata. —Le lanzó una mirada a Galen—. Ambos deberían serlo.

—Sólo asegúranos que Dagio y Reeva están bien —dijo Galen.

—¿Estás sugiriendo que tuve algo que ver en su expulsión del programa? —dijo Krennic, tocándose el pecho.

—Claro que no —dijo Lyra—, pero Reeva no se iría sin decirnos nada.

—Honestamente, no puedo decirles dónde está —dijo Krennic y apretó los labios.

—¿No puedes o no sabes? —presionó Lyra.

—Suficiente —dijo Galen repentinamente—. Lyra, Orson no está obligado a romper su juramento de seguridad sólo porque tenemos preguntas. —Miró a Krennic—. Aun así, no puedes culparnos por estar preocupados.

—Tal vez si estuviera seguro de que sólo es preocupación —dijo Krennic.

—No entiendo. —Galen negó con la cabeza.

—¿No te das cuenta de lo que Lyra intenta hacer en realidad? Está usando todas estas supuestas preocupaciones para convencerte de abandonar la investigación. Su meta es tenerte para ella sola, ponerse entre tu legado y tú.

—¿Legado? —repitió Lyra, genuinamente desconcertada.

—Orson, por favor —dijo Galen, nervioso—. Tan sólo necesitamos saber que no nos están mintiendo y que no estamos en peligro.

En lugar de responderle a Galen, Krennic se dirigió a Lyra.

—No tienes idea de con qué te estás metiendo. Esto es mucho más grande que yo. Es mucho más grande que nosotros tres. Te advertí que no tomaras este camino.

—Entonces me parece que es hora de otra advertencia, Orson —dijo Galen.

Esto lo tomó por sorpresa, pero volvió a subir la guardia de inmediato.

—Así que le contaste de nuestra charla —le dijo a Lyra.

—Te dije que nos contábamos todo. —Lyra alzó los hombros.

—Precisamente por eso me acerqué a ustedes —dijo Krennic—. Sabía que Lyra tenía sus reservas acerca de tu investigación con cristales kyber y temía que su preocupación te hiciera poner en peligro el juramento de seguridad para justificarte. No podía soportar la idea de que terminaras en prisión otra vez, así que le expliqué cómo entrometerse puede acarrear dudas sobre su lealtad. Pero lo hice por su propio bien.

—Deberías haberte acercado a mí —dijo Galen, más abatido que enojado.

—Te ofrezco una sincera disculpa —dijo Krennic, con un tono de voz más calmado—. Sentía que estabas cerca de un descubrimiento importante, no quería distraerte. —Hizo una larga pausa, luego agregó—: No debí interferir y, de haber sabido que estabas tendiéndome una trampa, sin duda habría pospuesto esta visita.

Galen se puso de pie para evitar que Krennic se levantara.

—No era mi intención que pareciera una trampa y entiendo por qué actuaste así. Necesitábamos tener esta conversación para despejar el ambiente. —Volteó hacia Lyra—. ¿Podemos dejar el tema en paz? Estoy seguro de que Orson sólo hizo lo que le pareció correcto.

—Gracias por tu confianza, Galen —dijo Krennic, relajándose un poco—. Te doy mi palabra de que atenderé sus preocupaciones.

Lyra asintió levemente.

—Me siento mucho mejor —dijo con seriedad.

El tránsito avanzaba a rastras, a punto de detenerse en cualquier momento incluso en los carriles superiores, reservados para vehículos autorizados. Espectáculos de juegos pirotécnicos explotaban en lo alto y numerosos láseres tachonaban los edificios. Ruidos provenientes de cláxones e instrumentos de viento competían con el sonido de canciones en dos docenas de idiomas. Llovía diamantina de azoteas y balcones; todos bailaban donde encontraban un rincón libre.

Krennic estaba hundido en sus pensamientos en el asiento trasero del speeder militar. Dos stormtroopers estaban sentados al frente, mientras de todas partes llegaban los gritos y risas festivas de varios twi'lek, gran, rodian, ishi tib, incluso de algunos humanos. La Semana de Todas las Especies había llegado a su clímax en esa cacofonía nocturna en Coruscant. Era muy similar al caos interno en que se sentía Krennic: iracundo al primer momento, traicionado al siguiente, luego preocupado, acorralado, vengativo.

La velada no había salido de acuerdo al plan.

Galen había disipado la situación antes de que se pusiera difícil o explosiva, pero el daño estaba hecho y Krennic no podía más que esperar que fuera reparable. Lyra se había superado: pasó de ser meramente irritante a potencialmente peligrosa en una sentada. A pesar de eso, podía controlarla. Sus sospechas no verían nunca la luz, ni ella tampoco, si él se salía con la suya. Podía voltear sus declaraciones en su contra; COMPNOR se encargaría del resto. Pero ¿y Galen? Incluso si decidía no culpar a Krennic, ¿estaría dispuesto a seguir trabajando? ¿Sería capaz de terminar lo que empezó y de unirse al proyecto de la estación de combate algún día?

Si Galen salía del proyecto, sería bajo supervisión suya. Los jefes de inteligencia de COMPNOR dirían que debería haber seguido más de cerca a Galen y a Lyra. Le llamarían la atención por haber enviado a Lyra a Alpinn; por no haber reportado sus actividades en Samovar y Wadi Raffa; por no impedirle el acceso a la base de datos de Energía Celestial. A pesar del apoyo del Visir Amedda y de otros personajes poderosos del Imperio, podría ser repudiado y relevado de su rango.

Cerró los ojos, negándose a considerar lo que eso implicaba.

Tenía que haber una salida. Se preguntó qué tan lejos estaba dispuesto a ir para resolver el asunto. ¿Podían ser eliminadas Lyra y Jyn discretamente? ¿Podía Galen ser reubicado? ¿Y si sucedía algún accidente? ¿Y si…?

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente. El stormtrooper en el asiento del copiloto volteó hacia él.

—Comandante, el Gobernador Tarkin quiere hablar con usted.

Krennic escondió su consternación. Tenía que ser *Tarkin*, justo en ese momento; Tarkin, el primero en relamerse si él caía.

—Gobernador Tarkin —dijo hacia el micrófono del asiento trasero, obligándose a sonar relajado, incluso alegre—. Qué sorpresa oír de usted. Apenas supe de su victoria en Salient.

—Fue duro, pero lo logramos, comandante. Ya veo que usted está en Coruscant.

—Y ahogándome en tránsito. Está terminando la Semana de Todas las Especies.

—Es desafortunado. Sin embargo, me alegra verlo allá; hay algo que ha llamado nuestra atención.

Krennic se acomodó en el respaldo.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Eso espero. Tiene que ver con su agente dresseliano, Has Obitt.

—No era mi agente —dijo Krennic con una risa—. Era más bien un muñeco; también un traidor, según entiendo. Me causaría gran alivio saber que él y sus amigos contrabandistas fueron eliminados o puestos en custodia.

—Pensamos que lo habíamos acorralado —dijo Tarkin—, pero logró incautar una pequeña nave y escapó.

Krennic se tomó un momento para considerar el hecho de que él no era el único que podía dar un revés.

—Nunca lo habría considerado tan inteligente como para ganarle a usted, gobernador. Pero estoy seguro de que aparecerá en una persecución u otra. Siempre aparecen los de su clase.

—¿Entonces ya terminó con él?

—Claro que ya terminé. —Krennic frunció el ceño—. ¿Qué le haría pensar lo contrario?

Tarkin se quedó callado, luego dijo:

—Interceptamos un mensaje en frecuencia imperial, transmitido desde la nave robada. No hemos podido identificar al o los destinatarios, pero Obitt parece estar en camino hacia Coruscant.

—¿Viene hacia aquí?

—Nos preguntábamos si todavía estaba trabajando como doble agente para usted, y si estaría yendo hacia allá a recibir órdenes.

—¿Mías? —Krennic estaba genuinamente irritado—. Después de lo que hizo en Salient, no quiero saber nada de él.

—Como diga, comandante. La transmisión fue falseada, pero pudimos deducir que está acordando una cita con individuos no identificados en algún lugar asignado con anticipación.

—Me temo que no tengo información al respecto, gobernador, pero haré lo que pueda para localizarlo.

Krennic se quedó sentado en silencio; sus pensamientos sonaban tan alto en su cabeza que por un momento olvidó los ruidos de fiesta provenientes de otros vehículos. Obitt corría a una ubicación preestablecida en Coruscant, huyendo de Tarkin. Quizás estaba desesperado por encontrar aliados, o tal vez…

Una sensación siniestra se apoderó de él.

¿Podría Lyra haberle pedido ayuda al dresseliano? ¿Acaso Galen y Lyra lo habían engañado? ¿Habían arreglado la visita de esa noche sólo para satisfacer su curiosidad, cuando en realidad ya habían decidido huir?

Krennic se frotó la boca con una mano y llevó la otra hacia el comm; luego, lo pensó mejor. Ordenar el cierre de las instalaciones podría alertarlos. Además, todavía podía estar equivocado en su juicio sobre el asunto, por lo que encerrarlos sólo aumentaría la desconfianza de Lyra. Sería mejor aparecer sin anunciarse. Diría que estuvo pensando en su conversación, que se había dado cuenta de que no se explicó bien. Se disculparía de nuevo, reiterando su compromiso con ella de no dejar las cosas así. Podía incluso ofrecer violar su juramento de seguridad, para salvar su amistad…

Con eso podría bastar.

Tocó el hombro del stormtrooper que piloteaba la nave.

—Sácanos de este atasco, vamos a regresar a las instalaciones.

—Se fueron —dijo Lyra, observando el aerospeeder de Orson despegar del área de aterrizaje de las instalaciones, para insertarse en las abarrotadas vías espaciales.

Galen estaba sentado en el sofá, sosteniéndose la cabeza.

—Lo único que hizo fue contraatacar y evadir lo que decíamos. En lugar de negarlo todo, lo desviaba. Incluso cuando dijo que no sabía dónde están Reeva y Dagio. —Levantó la mirada hacia Lyra—. Es cómplice, si no es que responsable.

—Lo siento, Galen —contestó ella—. Sé lo mucho que significan estas instalaciones para ti, pero al menos estamos cerca de saber la verdad.

—No hay una verdad —dijo, negando con la cabeza—. Ambos tenemos razón; ambos estamos equivocados. Hay verdades y mentiras en los dos lados. Es irrelevante si tuvo algo que ver con lo que les pasó a nuestros amigos o a las instalaciones. Nunca vamos a saber la historia completa. Hay demasiado en juego… —Galen se interrumpió a media oración, luego agregó—: Lo que importa es que ya no puedo hacer esto.

—¿Qué alternativa tenemos? —preguntó Lyra cuidadosamente.

—Llega un momento en el que un juramento no es suficiente para justificar el silencio. —Galen se puso de pie de un salto y se alejó.

—Galen —dijo ella, siguiéndolo.

Él se detuvo de espaldas a ella.

—Yo soy quien les proporcionó lo que necesitaban para convertir la investigación en un arma. Les ayudé a jugar sus cartas.

—¿Tú? ¿Cuándo?

—Después de Malpaz. Después de que me creí la mentira de Orson sobre los anarquistas y sobre cómo el Emperador soñaba con energía sustentable. Acepté ir más lejos en la investigación de lo que mi propia conciencia me aconsejaba. Confié en Orson cuando dijo que su equipo estaba trabajando en modos de contener el rendimiento de energía, cuando en realidad estaban buscando cómo canalizarlo en un sistema de distribución. Todo para usar la fuerza del poder destructivo de los cristales kyber como arma. —Se apartó el pelo de la cara—. Los jedi tenían razón.

Lyra sintió la sangre abandonar su rostro.

—¿No son suficientes para el Imperio los acorazados dreadnought y destructores estelares?

—Quién sabe en qué clase de arma estén trabajando o a quién planeen destruir. Krennic dijo que el Emperador quiere poner un mundo de ejemplo, quizá no era del todo falso.

—Debe haber sido muy convincente, Galen, para hacerte traicionar tu sentido de precaución y del respeto hacia los cristales —dijo Lyra, cansada.

—Me convencí a mí mismo de que lo hacía por ti y por Jyn, y para salvar a las generaciones futuras —dijo, girando para verla de frente—. En lugar de eso, fallé como esposo, como padre y como científico. —Resopló con tristeza, luego dijo—: No puedo remediar ser un científico fallido, pero puedo arreglar lo demás, si no es demasiado tarde.

—No seas idiota. —Sonrió para animarlo—. No me enamoré de tu investigación, Galen. Me enamoré de *ti*.

Él la abrazó con fuerza contra su cuerpo y le dijo al oído:

—Te amo, y a Jyn. Ustedes son todo lo que me importa.

«Regresó», pensó ella, apoyando la cabeza en su pecho.

—Sé que empeoré las cosas con Orson —dijo—. Quizás estamos más en peligro que antes.

—Por eso nos vamos a ir.

Ella se separó de él para mirarlo.

—Nos tenemos que ir ahora, cuando es lo último que Orson espera de nosotros —explicó Galen—. Me niego a vivir mi vida según las reglas del Imperio.

—No iba a decir nada hasta que lo hubieras decidido —dijo ella mirándolo a los ojos.

—¿Decir nada de qué? —preguntó él sin esconder su confusión.

—Puede que tengamos una salida.

Galen esperó a oír el resto.

—Me contactó un amigo. Al parecer no soy la única preocupada por nuestra seguridad.

—¿Confías en él?

—Completamente.

—¿Te contactó aquí? ¿Al comm de las instalaciones?

—A mi comlink personal.

—Entonces debemos trabajar rápido para hacer los arreglos —dijo Galen—. ¿Dónde está?

Sacó el comlink del bolsillo del pantalón para dárselo; él se fue inmediatamente a la consola de las instalaciones, donde comenzó a introducir datos. Lyra fue a pararse a su lado para mirar lo que hacía.

—Galen, Orson va a saber si eliminas o cambias algo.

—Esa es la idea —asintió él, introduciendo comandos.

Las sirenas estridentes y las amenazas de violencia física no fueron suficientes para acelerar el regreso a las instalaciones. En la zona de aterrizaje, Krennic les ordenó a los stormtroopers cerrar las salidas y se apresuró al edificio oscuro. A pesar de la hora, aún había investigadores y droides mientras se abría paso hacia los turboascensores que conducían al área residencial y luego directamente al departamento de los Erso. Había ensayado sus explicaciones y disculpas hasta aprendérselas de memoria. Se enderezó, alisó su túnica y le hizo una seña a la cámara de seguridad para que lo anunciaran. Pasó un momento; luego, la puerta se deslizó y en su lugar apareció un droide antropomorfo MV.

—¿Siguen despiertos los Erso? —preguntó.

—Puede que lo estén, señor —contestó el droide.

—Dile a Galen que estoy aquí —dijo, entrando.

—No puedo, señor; no sé el paradero actual de Galen.

—¿Y Lyra?

—Ninguno de los Erso están aquí, señor.

Krennic activó el comm en su muñeca.

—Pregunten a seguridad si alguien ha salido de las instalaciones en las últimas tres horas —dijo, después de que contestó uno de los stormtroopers—. Si no ha salido nadie, hagan una búsqueda en los terrenos.

Empujó al droide a un lado y comenzó a buscar él mismo. Las dos habitaciones estaban vacías, pero los clósets y cajones estaban llenos de ropa; nada se veía desordenado, excepto la cama de Jyn. Regresó a la estancia principal y se apresuró hacia el tablero de comunicaciones. En cuanto la consola aprobó su entrada, el comm de su muñeca sonó.

—Los Erso abandonaron los terrenos hace dos horas, comandante, por la puerta principal —dijo el stormtrooper—. Les dijeron a los guardias que iban a unirse a la celebración.

—¿Con una niña, a esta hora? —gruñó Krennic.

—Es lo que le dijeron a los guardias, señor.

—Amplíen la búsqueda. Descarguen sus fotos en su comlink, involucren a las autoridades locales. No los aprehendan, sólo vigílenlos y esperen mis órdenes.

—Sí, señor.

Krennic intentó evitarlo, pero empezó a temer lo peor. Sus instintos le decían que Galen estaba huyendo. Repasó rápidamente la lista de mensajes en el comm de la estación de las últimas dos semanas. Aparecían las llamadas de Orson a Galen y múltiples llamadas de Lyra a su madre, a su amiga Nari, a otros amigos, a Hypori…

Krennic apretó los dientes con ira. Entonces su mirada se detuvo en un mensaje de texto, recibido un día antes, de un remitente desconocido. Lo puso en una pantalla y leyó:

«Si te interesa aunque sea un poco emprender otro viaje, estoy a tu disposición. Si quieres, esta vez puede ser una salida familiar».

Los datos de la sesión mostraban un intercambio de mensajes, pero habían sido borrados del sistema, algo que sólo Galen tenía la autorización de hacer.

Krennic se alejó de la consola y corrió a la sala; sus ojos se movieron del sofá a las sillas y repasó la conversación de esa tarde en su mente, los tres en una reconstrucción distorsionada de su imaginación. Después pensó en Has Obitt y en el lugar preestablecido al que se dirigía.

Sopesó las posibilidades. ¿Se habían ido Galen y su familia desde el puerto espacial local? ¿Habían contratado un speeder privado? Ningún aerotaxi tendría permiso de aterrizar en los terrenos o en las zonas de aterrizaje del techo; tendría que haber esperado junto a la entrada. Todo el tiempo que él había estado atorado en el tráfico, los Erso se habían escabullido al Centro a hablar con Obitt.

Volvió a activar el comm de su muñeca.

—Hay que clausurar completamente las instalaciones: nadie entra ni sale, nadie tiene permiso de acceder a comunicaciones ni bases de datos internas o externas. Alerten a COMPNOR; vamos a necesitar un equipo de expertos para extraer lo que se pueda de las computadoras de investigación.

—¿Permaneceremos en posición, comandante?

—Negativo —le contestó Krennic al stormtrooper—. Nos iremos lo más pronto posible al puerto espacial del Centro, volando en órbita baja si es necesario. Y dígale al resto de su equipo que nos alcancen allá.

Galen no recordaba haber visto jamás tanta gente en las aceras, en los techos, balcones y terrazas; todos celebraban sin restricciones. Lyra llevaba a Jyn en brazos, todavía en piyama y luchando para mantenerse dormida a pesar del cúmulo de voces, juegos pirotécnicos y jolgorio general.

—Supongo que no podemos hacer nada —dijo, atrapado en el movimiento de la multitud.

—Bienvenido a Coruscant.

—No hay forma de que lleguemos a tiempo.

—A tiempo sólo significa llegar sin que nos atrapen —dijo Lyra—. De lo contrario, nos va a esperar. Ese es el plan.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en esto?

—Desde ayer.

—¿Cómo estuviste segura de que no era una trampa? Algo que Orson arregló para ti.

—No estaba segura al principio, pero él me convenció de que todo estaba en orden.

—Tú me contaste lo que tuviste que pasar con Jyn cuando se fueron a Alpinn. Dejar Coruscant no va a ser como salir caminando de las instalaciones. Puede que estemos en una lista de no dejar volar. Ni siquiera tenemos permisos de viaje.

—A mí me dijeron que no me preocupara, que todo iba a estar arreglado, incluso con tan poca anticipación. No va a volver a pasar como en Vallt.

Galen pensó en sus palabras mientras la multitud los arrastraba.

—El misterio más grande de todos es cómo ya sabías que yo iba a estar de acuerdo con esto.

—Esperaba que nuestra conversación con Orson te convenciera de irnos. Si eso fallaba, estaba lista para intentarlo yo misma. —Hizo una pausa, luego preguntó—: ¿Crees que encuentre el mensaje?

—Es Orson. Lo encontrará.

—¿Y los que alteraste?

—Algunos. Pedirá la ayuda de especialistas forenses.

—¿Y la investigación kyber?

—Está aquí dentro —dijo tocándose la cabeza—. Y aquí —agregó dándose un golpecito en el bolsillo trasero, donde tenía guardado un cuaderno.

—Al menos podrías haberlo hecho trabajar más para conseguir la información.

—Que tome lo que encuentre. Podría haber saboteado todo, pero no quiero darle al Imperio una razón para cazarnos. Sólo nos estamos saliendo, aunque estemos escondidos. Además, van a estar ocupados un rato con lo que les dejé.

—La venganza nunca ha sido tu estilo.

Galen consideró esto y dijo:

—Orson pudo haberme usado, pero no me obligó.

Continuaron atravesando lentamente las multitudes, mientras Galen revisaba una aplicación en su comlink que les avisaba si había actividad policiaca o cámaras fijas o móviles de reconocimiento facial.

—¿Tendrán suficiente información para construir una superarma?

—No sin mí —dijo Galen, negando con la cabeza.

—Sabes que nunca va a dejar de buscarte, Galen. Estás bajo su piel, con o sin investigación de cristales. Nunca te va a dejar ir del todo.

Galen se tomó un momento para digerir eso.

—Entonces tendremos que irnos lejos —comenzó a decir; luego se interrumpió y frunció el ceño ante la pantalla del comlink—. La aplicación dejó de funcionar.

—Dejó de funcionar o… —Lyra se interrumpió al ver su cara y la de Galen, aumentadas cientos de veces, en la pantalla de un edificio. Mirando a su alrededor, dijo—: Necesitamos bajar tres niveles, girar a la derecha, luego a la izquierda y tomar un turbo hasta la Plaza de la República. Va a ser más fácil mezclarnos por ahí.

—¿Has estado haciendo un mapa del territorio? —preguntó Galen, caminando tras ella.

—Los paseos largos eran la única manera de hacerla dormir —dijo Lyra acomodando a Jyn en sus brazos.

—Nunca, jamás cambies, estrellita —dijo Galen, y le besó la frente a Jyn.

Lo último que vieron antes de desaparecer por el turboascensor fue un speeder policiaco bajar en espiral, fuera del abarrotado cielo nocturno, para posarse a cincuenta metros de ellos.

Tras obtener el permiso para aterrizar en Coruscant, Has, volando solo, maniobró para aterrizar la nave en un hangar, a las afueras del puerto espacial del Centro. El tráfico era muy pesado en todas direcciones y niveles, pero, con su hiperpropulsor y con sus escudos militares, la nave construida por Zerpen era más ágil que las que las fuerzas imperiales habían enterrado debajo de toneladas métricas de rocas en Salient I. Mientras se acercaba al hangar donde él, Lyra, Jyn y Nari habían embarcado hacia Alpinn hace tantos meses estándar, se preguntó por qué, al salir de Salient, no había simplemente saltado hasta las extensiones más lejanas de Tingel Arm, en lugar de regresar al Núcleo. Quería creer que la respuesta tenía algo que ver con mantenerse leal a su palabra, pero se trataba más bien de quedar atrapado entre Tarkin y Krennic. Traicionar a uno o a otro podía encarcelarlo o algo peor; sus opciones eran realmente limitadas.

Los términos de redención impuestos por Tarkin marcaban que Has debía convencer a Krennic de confiar en él de nuevo y fungir como espía y dispositivo de audio para Tarkin, a sabiendas de que Has no se arriesgaría a traicionar al moff escapando hacia el Borde. Sin embargo, Has lo había persuadido de enviar un mensaje que hiciera su regreso a Coruscant parecer creíble. Después de lograr eso, había llevado la nave de Zerpen directo al Núcleo, haciendo a un lado otros planes mientras estuviera en el camino.

Confiando en el piloto automático de la nave, se relajó en el asiento. Se masajeó las torceduras de los hombros y repasó los movimientos siguientes. Gracias al tiempo que pasó en el tanque de bacta, se sentía sano y fuerte de nuevo, pero iba a necesitar estar más alerta de lo normal para tener éxito. Krennic no sólo era astuto; podía ver detrás de las esquinas y no había manera de saber cómo reaccionaría al ver a su secuaz.

La nave entró con facilidad por el techo abierto del hangar y se acomodó en la zona de aterrizaje. Esperó a que los sistemas se apagaran antes de quitarse el arnés; luego, salió de la cabina hacia la rampa de abordaje, que ya estaba bajando.

Sus botas apenas habían tocado el suelo de concreto, cuando Krennic apareció por detrás de la popa de la nave, flanqueado por un equipo de stormtroopers empuñando armas BlasTech. Has se quedó boquiabierto mientras se acercaba el oficial del Imperio.

—Está claramente sorprendido de verme, capitán.

—Tiene razón en eso, comandante —logró decir Has.

—No somos los pasajeros que esperaba.

—¿Pasajeros? —preguntó Has, inclinando la cabeza—. No creí que alguien estuviera esperando, ¿cómo supo que venía?

—El Gobernador Tarkin interceptó su transmisión.

Has maldijo entre dientes.

—Y yo pensando que había logrado un escape limpio.

—De todas las personas, Obitt, usted debería saber que no se puede escapar del largo brazo del Imperio.

—Tiene razón, comandante, pero de todos modos me alegra muchísimo verlo.

Krennic imitó la inclinación de cabeza de Has, le hizo una seña a su escuadra de soldados para que bajaran las armas y dio unos pasos hacia la rampa de la nave.

—Admita que está aquí para ayudar a los Erso a irse.

—¿Los Erso?

—Sé que usted y Lyra se han estado comunicando.

—¿Lyra? No he intercambiado una palabra con ella desde la expedición, ¿por qué habría de hacerlo?

—¿Niega haberla ayudado?

—No sabría cómo encontrarla, aunque quisiera —dijo, sacudiendo la cabeza con desconcierto.

—Entonces, ¿por qué está aquí? —Krennic lo escrutaba.

—Para verlo a *usted*, comandante. —Cuando Krennic no respondió, agregó—: Estoy en serios problemas. Necesito su protección.

—¿Se atreve a acudir a mí después de su traición en Salient? —Krennic no dejó de examinarlo.

—Pero no lo traicioné a usted —dijo Has rápidamente—. Ninguno de nosotros lo hizo. Zerpen se negó a dejarnos aterrizar en la luna de Epiphany; de hecho, envió a algunos de sus soldados a sabotearnos. Entonces apareció Tarkin y también nos lanzó sus cazas estelares. Pasamos toda su campaña en Salient huyendo por todo el sistema, de luna en luna y de planeta en planeta. Al final casi me alcanzó, pero logré tomar esta nave y escapar.

Krennic intentó digerir esa información.

—¿Quién estaba del otro lado de la transmisión con el mensaje de que usted vendría aquí?

—Uno de mis confederados. Un contrabandista más. Tenemos una cita en una cantina del nivel cinco; yo esperaba encontrar la manera de hablar con usted.

Krennic llamó a uno de sus stormtroopers y le ordenó revisar los datos de inicio de sesión de la nave.

—No tuve otra opción —continuó Has—. Ah, supongo que podría haber intentado esconderme, pero no me interesa vivir mis últimos días como un fugitivo. Pensé que tal vez usted podría ayudarme…, por los viejos tiempos.

—Por los viejos tiempos —dijo Krennic.

—Por los servicios otorgados. Como quiera llamarle a lo que hice durante la guerra y desde entonces.

Krennic reflexionó sobre esto y luego volvió a aparecer el stormtrooper.

—Todo limpio, comandante. No hay datos de mensajes con Coruscant, sólo la transmisión original monitoreada por el Gobernador Tarkin.

Krennic escuchó y luego le lanzó a Has una mirada.

—Me está mintiendo, capitán.

—Si eso es cierto, comandante, ¿dónde están los Erso? —Hizo un gesto amplio hacia el hangar, con tono alicaído.

Galen llevaba a Jyn en brazos cuando los tres llegaron al pequeño puerto espacial que habían construido cerca del exrefugio, por si lo necesitaba el complejo de Energía Celestial. Viajeros de distintas especies estaban apiñados en las entradas y salidas de la terminal; la mayoría de ellos iban hacia Coruscant o regresaban de allá, ahora que la celebración de la semana estaba llegando a su fin. Se había desplegado el triple de policías que de costumbre para lidiar con el gentío, pero también había stormtroopers circulando por ahí, al parecer en búsqueda de personas sospechosas.

Galen y Lyra se mantuvieron ocultos entre la multitud. Galen disparaba la mirada de un lado a otro, arriba y abajo, y le hacía señas a Lyra cuando estaban al alcance de un droide o cámara de reconocimiento facial. Entonces bajaban la cabeza, dejándose llevar por el oleaje viviente. Se detuvieron cerca del primer punto de revisión de seguridad y se hicieron a un lado, a una parcela de espacio libre a lo largo del muro delantero de la terminal.

—No creo que podamos arriesgarnos a pasar —dijo Galen, acomodando a Jyn en sus brazos—. Si ya saben de nuestra ausencia, nuestros identichips detonarán alarmas por toda la terminal. ¿Cuál era el plan?

—No había ningún plan además de llegar al puerto espacial.

—¿Ningún vestíbulo de destino o hangar?

Lyra negó con la cabeza.

—Eso nos deja sin más alternativa que pasar por seguridad. ¿Qué es lo peor que puede pasar? No es como si estuviéramos rompiendo leyes.

—Orson puede tener una opinión distinta, Galen. Además, hay maneras de evitar pasar por seguridad.

—Entonces le diré que estábamos asustados —continuó Galen, como si no la hubiera oído—. Entramos en pánico y decidimos pasar tiempo en el departamento.

—Eso suena razonable, de hecho —dijo Lyra con una leve sonrisa—. Pero él verá a través de la excusa. Habrá consecuencias.

Galen asintió y dijo:

—Todavía nos queda una jugada: *yo*. Si quieren mi ayuda, tendrán que seguir mis reglas.

—Yo no contaría con ello.

Él apretó su mano y la besó en la mejilla. Estaban a dos pasos de mezclarse en el río de seres que avanzaba hacia el punto de revisión; entonces, un humano alto y delgado con un mechón de color en el cabello grueso y negro se paró frente a ellos.

—Soy amigo de Obitt —anunció el hombre, con voz confiada.

Galen miró a Lyra.

—Eres de Onderon —dijo ella, como la habían instruido.

—En efecto, Onderon. —El hombre sonrió ampliamente—. Mi nombre es Saw Gerrera. Ustedes son Lyra, Galen y…

—Jyn —dijo Galen, acariciando el cabello de su hija.

—Mucho gusto en conocerlos.

Lyra miró hacia el punto de revisión.

—¿Lo atravesamos, Saw?

—Necesitamos encontrar otra manera —contestó él, con el ceño fruncido y sacudiendo la cabeza.

—¿Dónde aterrizaste? —preguntó Lyra.

—La nave está en el límite este del campo —dijo haciendo un gesto con la barbilla.

—¿Cerca de la Torre Warsi o de la terminal Salss?

—De la torre —dijo Saw.

Lyra entornó los ojos, pensando. Luego asintió.

—Conozco una ruta.

—Has me dijo que podía contar con ustedes —dijo Saw, sonriendo ampliamente. Con permiso de Galen, tomó a Jyn en sus brazos y le hizo una seña a Lyra—. Sólo no nos pierdas.

—Tenemos una nave que alcanzar —dijo ella, sonriendo encima de su hombro, y se fue.

Krennic salió corriendo desde el hangar al aire de la noche en Coruscant; pasó un largo rato observando el tránsito, lleno de posibilidades de salidas, llegadas y viajes a áreas distantes del planeta.

¿Lo habían engañado o se había engañado a sí mismo? Los Erso no habían regresado a las instalaciones. Hasta entonces, ninguna cámara de reconocimiento facial había capturado sus imágenes, y sus identichips no habían sido escaneados en ninguna tienda, instalación, estación de transporte público o punto de revisión de seguridad. ¿Era posible que simplemente hubieran salido por esa noche?

Era demasiado sensato como para tener esperanzas.

Se habían escapado debajo de su nariz.

Ya se había sabido antes sobre seres escondidos toda una vida en Coruscant, pero Galen no sería uno de ellos. No podría quedar fuera de su investigación. Cambiaría de pensar. Se entregaría. Extendería la mano…

El enojo y la desesperanza que había sentido en el aerospeeder regresaron y se posaron sobre él como una carga inmensa.

—Galen —dijo abatido—. ¡Galen! —gritó hacia el cielo.

28

CAMBIO DE AIRES

AL FIN DE VUELTA EN SU VIEJO TERRITORIO, Has se sentó tranquilamente a disfrutar su trago, pensó que hasta la música sonaba bien.

Había rumores de que había muerto en Salient, así que cuando entró al Wanton Wellspring lo recibieron como si fuera un héroe. Sus antiguos amigos y compañeros de tripulación insistieron en invitarle tragos; la bella dresseliana de sus sueños lo sorprendió con un beso que su piel no olvidó pronto.

Incluso ahora, después de meses de viajar por todas partes, no sabía a quién le debía su buena suerte; quizás a los Erso o a Wilhuff Tarkin. En ciertos aspectos, también Krennic tenía que ver, pero seguro era por Tarkin. Si él no hubiera confiado en que Has aceptaría con gusto ser su espía, jamás habría logrado contactar a Lyra, ni pedirle a Saw que los rescatara. Has estaba seguro de que el peligro provenía de la evidente rivalidad entre Tarkin y Orson Krennic.

Sin embargo, Krennic no le había hecho fácil la salida de Coruscant después de su reunión en el hangar del puerto espacial. Había mantenido a Has encerrado hasta que pudieran confirmar lo que dijo sobre su escape de Salient; Tarkin había estado muy contento de poder ayudar; ya pensaba en Has como su infiltrado. En pocas palabras, Has volvía a ser empleado del comandante y su trabajo era encontrar a los Erso. Les demostró progreso en la tarea tanto a Krennic como a Tarkin, confiado de que no tendrían ocasión de comparar notas.

Unas cámaras habían identificado a los Erso en un puerto espacial cerca del antiguo Refugio B'ankor, pero no había registros de que hubieran pasado por seguridad. Un reporte detallado mostraba que una nave había despegado poco después de que las cámaras tomaran imágenes de los Erso, pero la firma de la nave estaba encriptada y no se podía rastrear. Evidentemente, Krennic no sabía que las fuerzas de Tarkin habían identificado la nave varias veces en Salient, quizá porque Tarkin no compartía información de este tipo con su rival en el Cuerpo de Ingenieros, o con la rama militar en la que estuviera enlistado Krennic en realidad.

Habían extraído varios mensajes de la suite de comunicaciones de Energía Celestial, pero los más tentadores de todos, los que intercambiaron Has y Lyra, habían pasado por tantos transceptores de HoloNet, que ya no se podía determinar la fuente original. Sin embargo, Krennic identificó a la amiga de Lyra, Nari Sable, como la persona que seguramente había ayudado a los Erso a perfeccionar su escape.

Como parte de su búsqueda de los Erso, Has había localizado a Nari, pero ella les dio una coartada a los investigadores imperiales, por lo que la liberaron poco tiempo después de interrogarla. Has pasó los siguientes meses estándar buscando pistas del paradero de los Erso. Su misión consistía en dedicarse por completo a no encontrarlos, al punto de

evitar cualquier contacto con Saw Guerrera, el exguerrero de la libertad onderoniano; tenía miedo de que Krennic o Tarkin estuvieran monitoreando su comunicación.

Has sorbía su trago y pensaba; no estaba convencido de haber logrado algo importante, aunque sí lo sentía así. Además, estaba cerca de ser independiente después de años de seguir órdenes. A pesar de estar desempleado y sin tripulación, sería tan libre como lo permitiera el creciente Imperio, aunque tuviera que reportarles su falta de progreso a Tarkin y a Krennic.

Lyra había tenido razón en su última llamada, cuando le dijo que la Fuerza trabaja de maneras misteriosas.

Al terminar su trago, Has se puso de pie y caminó al bar, donde la mesera dresseliana que lo había besado estaba intentando seducir a un cliente. Se deslizó furtivamente junto a ella y le dijo:

—¿Qué dices si te agarro ahorita y te saco de aquí?

A ella se le olvidó su presa y contestó:

—Diría que ya era hora, Obitt. —Su sonrisa dijo todo lo demás. Se tomaron del brazo y se fueron del Wanton Wellspring, en busca de nuevos horizontes.

Tarkin y un contingente de stormtroopers llegaron a la Base Centinela a bordo de su nave personal, la *Carrion Spike*. Bajo una luna gris, ahí y en las bases cercanas se preparaba el envío de recursos hacia Geonosis, donde aún se estaba construyendo la estación de combate. Algunos en la corte imperial se preguntaban por qué el Emperador había mandado a uno de sus moffs más importantes a controlar el tránsito espacial, pero Tarkin no estaba ahí para cuidar la estación de combate. Más bien, quería vigilar a Orson Krennic, quien seguía a cargo del Grupo de Armas Especiales a pesar de los últimos obstáculos.

Un remolino de viento y grava atacó los parabrisas de la cabina cuando Tarkin aterrizó la nave en medio del campo de aterrizaje de la base. A pesar de lo inhóspita que era Centinela, era preferible a las Extensiones Occidentales. Después de años de volar en destructores estelares, lo difícil de la misión era tener que acostumbrarse a una vida de desventajas. Aun así, al mirar el complejo de cúpulas y hangares, Tarkin estaba seguro de que podía aguantar así uno o dos años estándar, siempre y cuando lo beneficiara.

Has Obitt seguía informándolo de las actividades de Krennic y de los nulos avances en la búsqueda de la familia Erso. Tarkin no se sorprendió de saber que estaban usando como arma la investigación kyber de Erso sin que él mismo lo supiera. Tampoco sentía ninguna simpatía real hacia el científico o la situación en que se había metido. Tarkin sabía que la necesidad de servir al Imperio a menudo reemplazaba los objetivos personales de alguien y a veces también sus reglas morales. En concreto, Erso debería haber visto las intenciones reales de Krennic, como Tarkin lo había hecho. Lamentablemente, la desaparición de Erso retrasaría la construcción del superláser en la

estación de combate y eso tendría que remediarse inmediatamente. Krennic había quedado mutilado cuando Erso se fue, pero eso no le importaba tanto a Tarkin. El testarudo comandante ya tenía demasiado prestigio y comenzaba a influir en consejeros como el Visir Mas Amedda; a Tarkin le daba gusto verlo perder puntos.

Afortunadamente, el Emperador estaba de acuerdo.

Tarkin no sabía si el grupo de investigadores e ingenieros de Krennic podría proveerle un arma adecuada a la estación de combate, pero pensar en ello no era su prioridad en ese momento. Desempeñaría su nuevo papel y tendría paciencia. Ya había tenido éxito en las Extensiones Occidentales y en Salient; estaba un paso más cerca de asumir el mando del proyecto por completo.

—Me niego a ser destituido a teniente comandante —le dijo firmemente Krennic a Amedda.

Ambos estaban en la oficina temporal del visir, en uno de los pináculos originales del Templo Jedi, actualmente en proceso de renovación para convertirse en sede de la corte imperial. Tendría auditorios, centros de conferencias y campos de aterrizaje privados. Era precisamente el tipo de proyecto que estaría supervisando Krennic de no ser por la estación de combate. Durante el largo camino a pie hacia los cuarteles de Amedda había reconocido a muchos jefes de tripulación y capataces.

—No le corresponde rechazar una reducción de cargo —le contestó el chagriano.

Llevaba puesto un uniforme blanco que incluía gorra, una capa corta y guantes negros; Krennic parecía a punto de arrasar con la habitación como un huracán.

—Pocos de los involucrados en el proyecto saben que los Erso desaparecieron. Si me degradan va a parecer que metí la pata. Eso es completamente falso. Yo adiestraba a Erso; no era su cuidador.

—¿Ha encontrado alguna pista? —preguntó Amedda tras reflexionar un instante.

—Sólo que toda la familia se escapó debajo de nuestras narices sin dejar rastro.

Los alcuernos de Amedda se movieron.

—¿Qué piensa hacer ahora, sin Galen?

Krennic se frenó en seco. Abrió la boca, pero no pronunció palabra. Luego, logró decir:

—No es el único cristalógrafo prodigio del Imperio.

—Eso contradice lo que me decía hace cuatro años.

—Erso no modificó la información en absoluto. El Profesor Sahali y el Doctor Gubacher aseguran que pueden continuar la investigación donde la dejó.

—Al menos siguen de nuestro lado —dijo Amedda, mirando fijamente a Krennic.

—Confíe en mí, visir.

—Tal vez hemos confiado demasiado. Hay quienes piensan que debería estar aquí, en este edificio, supervisando la renovación.

A Krennic le sorprendió oír esto; decidió reservarse su respuesta.

—Definitivamente necesitamos un supervisor —agregó Amedda.

—¿Es por eso que le asignaron a Tarkin el mando de las bases centinela? —resopló Krennic.

—Sólo está ahí para impedir nuevos contratiempos. Al Emperador le gusta mantenerlo cerca de ti.

—¿Ese es el trabajo de Tarkin? ¿Vigilarme?

—No exclusivamente; cuando sea necesario.

—No lo será.

—Eso le va a gustar al Emperador aún más. —Amedda hizo una pausa. Luego dijo—: Termine lo que empezó, comandante.

Krennic salió marchando de la oficina de Amedda, con cuatro stormtroopers formados tras él. Sintió escalofríos cuando pasó junto a grupos de droides que trabajaban en el amplio vestíbulo enmarcado por columnas.

Esperaba que Amedda por fin viera que el Grupo de Armas Especiales sí daba el ancho; lo cierto es que la construcción del superláser estaba detenida y necesitaban los conocimientos de Galen más que nunca. ¡Después de todo lo que había hecho por Galen! Nunca llegaría a saber lo que era fama. Grandeza. Patrimonio. Sin su ciencia, Galen era una nulidad.

Y Lyra…

Rojo de rabia, se arrancó los guantes mientras caminaba y los azotó violentamente contra el suelo pulido.

Buscaría debajo de todas las piedras con tal de encontrarlos.

Jyn miraba por el parabrisas de la nave espacial de Saw Gerrera. Había demasiadas luces. No podía contarlas, pero sabía que algunas eran bolas de fuego, estrellas, y que en otras había casas, edificios, habitantes. Planetas.

—¿Cuál es?

—No se alcanza a ver —dijo Saw.

—Pero ¿podemos ir?

—Si tu mamá y tu papá quieren.

—Por el *huperespacio*.

—Hiperespacio —le sonrió a la niña.

—Hiperespacio —se corrigió ella—. ¿Les contamos lo que encontramos?

—Tú cuéntales.

Ella se desabrochó las cintas de seguridad y dejó sus botas en la plataforma. Saw se levantó de su asiento; ella le tomó la mano morena con su manita rosa y salieron juntos de la cabina.

Mamá y papá estaban parados junto a una ventana en la cabina grande. Estaban abrazados. Sonrieron al verla con Saw; papá se agachó para recibirla con los brazos abiertos.

—Ven aquí, estrellita —dijo.

Ella corrió y él la levantó casi a su altura, pero no tan alto como Saw.

—Creo que encontré el lugar perfecto —le dijo Saw a sus padres—. Remoto. Un tanto desolado, pero tranquilo. —Apuntó con la barbilla hacia Jyn—. Hay mucho espacio para que aquella corra por ahí. —Sacó el datapad de su bolsillo del pantalón para enseñarles la imagen de un planeta verde, negro y azul con un anillo ancho—. Se llama Lah'mu.

—Se ve intacto —dijo papá, mirando la imagen.

—Cada vez es más difícil encontrar mundos que el Imperio no haya destruido —dijo Saw—. Más y más sistemas estelares están cediendo; más y más planetas se están secando después del saqueo de sus recursos. Lah'mu es una excepción.

—¿Qué opinas, estrellita? ¿Deberíamos mudarnos a Lah'mu?

—¿Saw puede venir a vivir con nosotros?

Papá miró a Saw y sonrió.

—Saw es un piloto muy ocupado, pero seguro vendrá a visitarnos, ¿verdad, Saw?

Saw asintió con la cabeza; sus ojos sonrieron.

—Alguien tiene que cuidarlos allá. —Miró a papá—. Te admiro, Galen. Los admiro a todos ustedes por luchar. Son mis héroes. Personas como ustedes me inspiran a exponer las intrigas del Imperio. —Hizo una pausa, miró a Jyn—. No todos entienden los sacrificios necesarios para detenerlos. Si no aprovechamos cada oportunidad, cada secreto y arma disponible para detenerlos, ¿cómo podemos dar la cara frente a nuestros hijos? ¿Cómo podemos ofrecerles un futuro lleno de tanta injusticia?

Saw volteó hacia mamá y le dio una tarjeta metálica como las que papá solía usar para el trabajo.

—Mientras tanto, tomen esta tarjeta comm. Les permitirá contactarme si me necesitan algún día.

Jyn pensó en su cuarto de Coruscant.

—Extraño a Mac-Vee, mamá.

Mamá extendió la mano para apartarle el cabello de la cara.

—Yo también, cariño. Tal vez podamos conseguir un nuevo Mac-Vee.

Jyn asintió, aún pensando en el viejo Mac-Vee.

Mamá miró a papá sin sonreír.

—Supongo que no estamos hechos para ser nómadas, después de todo —dijo.

—Es curioso oírte decirlo —asintió papá, también sin sonreír—, pero somos un equipo. Lo lograremos.

—¿Algún remordimiento? —preguntó mamá.

—En absoluto —dijo papá.

Jyn observaba y escuchaba. No sabía qué o quién era el Imperio, pero no le gustaba a mamá, a papá ni a Saw. De alguna manera el Imperio los había obligado a abandonar todos sus juguetes, la ropa de mamá y papá y otras cosas. Y también a Mac-Vee, que no tendría nada que hacer sin ellos. Pero se sentía segura y abrigada en los brazos de papá, y Saw era un nuevo amigo.

Mamá y papá eran buenos y también Saw. Y ella también. Eran buenos como Brin en *The Octave Stairway*. Si se esforzaban suficiente, tal vez encontrarían el hogar que tanto buscaban.

Saw volvió a la cabina; mamá, papá y ella se quedaron junto a la ventana.

Pronto, las luces en el espacio cambiaron; se volvieron unas líneas largas, y la nave de Saw saltó y despareció en los espirales grises del hiperespacio.

LA HISTORIA CONTINÚA…
ROGUE ONE
UNA HISTORIA DE STAR WARS
LEE LA ÉPICA ADAPTACIÓN NOVELÍSTICA DE
ALEXANDER FREED

AGRADECIMIENTOS

Gracias al erudito Ronie Lavon por el curso rápido sobre láseres, cristales y diamantes sintéticos, y a Tim Lapage, de los Expertos Safari, por un poco de inspiración de último momento. Gracias también a los miembros del Lucasfilm Story Group por invitarme a formar parte del grupo; a Elizabeth Schaefer y Greg Kubie, de libros Del Rey; y a Mike Siglain, Jennifer Heddle, y Frank Parisi, de Lucasfilm, por su ayuda y apoyo a lo largo de todo el camino.